



LA MENNAIS



INDIFERENCIA



BT33

L3

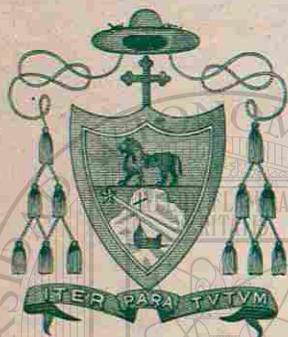
v.1

196

Ignacio



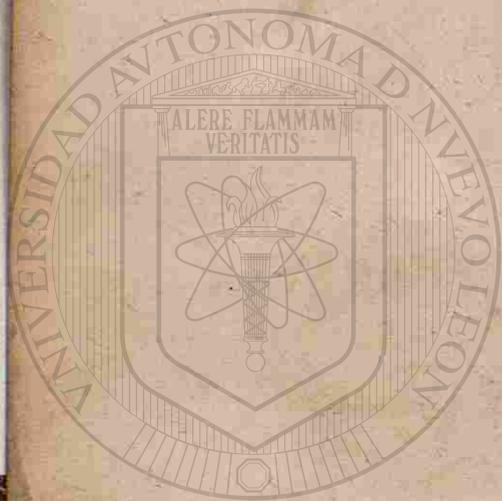
1080014806



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



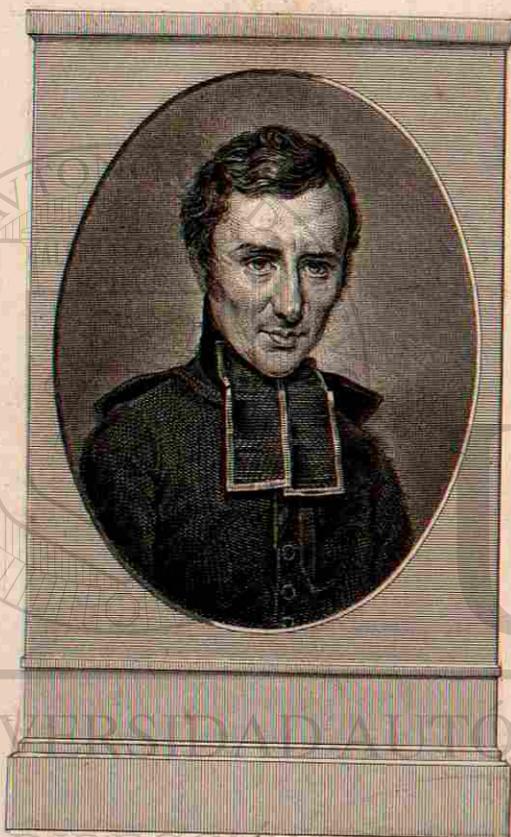
# INDIFERENCIA

EN MATERIA

DE RELIGION.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



J. Adam Sculp.

ENSAYO  
SORBE  
**LA INDIFERENCIA**  
EN MATERIA DE RELIGION.

OBRA ESCRITA  
POR **F. DE LA MENNAIS**, PRESBITERO,  
Y TRADUCIDA DE LA CUARTA EDICION FRANCESA  
Por Fr. José Maria Taso de la Vega,

DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGIA, Y LECTOR EN S. FRANCISCO  
DE LA OBSERVANCIA DE CADIZ.

REVISTA, COTEJADA, Y CONTINUADA SOBRE LA  
OCTAVA EDICION

POR **DON J. M.**,

DOCTOR TEOLOGO DEL GRESIO Y CLAUSTRO DE LA  
UNIVERSIDAD DE ALCALA

Impius, cum in profundam venerit... contemnit.  
Prov. XVIII, 5.

TOMO PRIMERO.

PARIS, MEJICO,  
LIBRERIA DE ROSA. LIBRERIA DE GALVAN.

1835.

44865



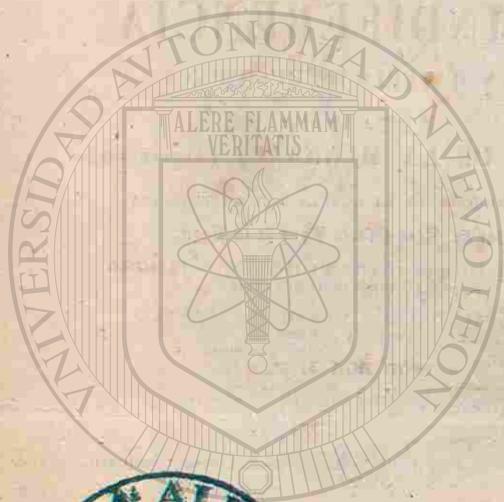
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
Biblioteca Valverde y Tellez

Capilla Alcazar

BT 33

L3

v. 1



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



## PROLOGO

DEL TRADUCTOR.

U A N L

Dar una idea exacta del mérito de esta obra por la importancia de su objeto, grandeza de su plan, profundidad de pensamientos, erudición y estilo, es empresa superior á mis alcances. Un  
I.

008196

sabio, digno conocedor, me prestará su pluma para formar este cuadro grandioso; y al presentar el análisis del *Ensayo sobre la Indiferencia en materia de Religion*, formado por M. de Genoude, veremos dos soles que mutuamente se iluminan!

« Aparecieron en el último siglo  
« unos hombres dotados en grado eminente del talento de seducir, ansiosos de gloria á cualquier precio, y  
« que escogieron la destruccion como

Se insertó en el *Conservateur* impreso en Paris en 1819, obra política y literaria que daban á luz varios sabios para sostener los derechos del Rey, la Constitucion y los hombres de bien, con este lema: *Le Roi, la Charte et les honnêtes gens*, tom. II, p. 195. Eugenio de Genoude, caballero de S. Mauricio y de S. Lázaro, es autor de una traduccion francesa de los libros de Job y de Isaías, y últimamente de los Psalmos, en la que, segun el dictámen de los literatos franceses, por sus conocimientos en la lengua hebrea se ha aventajado á todas las anteriores versiones francesas de este libro que Bossuet llamaba semi bárbaras, y aun á la mejor de todas formada despues de este por el celebre La Harpe.

« medio para llegar á ella; sedientos de  
« dominacion, devorados por un espíritu inquieto de desórden; *tales, en fin, cuales nunca dejan de aparecer cuando el cielo quiere descargar sobre los pueblos algun castigo grande. Las naciones no viven sino por las creencias. Las impugnaron todas, é hicieron la guerra en todas partes al depósito de la verdad confiado á la sociedad. Metafísica, política, poesia, novelas, la literatura toda formó una conspiracion impia. Fué ridiculizado el Cristianismo, y el mundo moral estuvo cercano á sucumbir. Pero aquel que ha dicho á las olas del mar hasta aquí llegaréis y no pasaréis mas adelante, ha señalado al error y á las pasiones humanas un término que no pueden traspasar. Del mismo exceso*

« del mal sale el remedio; y en este caso  
 « se ve obrar aquella gran ley de con-  
 « servacion, que sin violentar la liber-  
 « tad del hombre le detiene en el borde  
 « del abismo que él mismo se habia  
 « abierto. La Francia extraviada por los  
 « sofistas fué abandonada á sí misma,  
 « y la verdad no reinó mas en ella

« Gobernaron la Francia ateistas; y  
 « en el espacio de algunos meses amon-  
 « tonaron en ella mas ruinas, que un  
 « ejército de Tártaros habria podido de-  
 « jar en toda Europa á los diez años de  
 « invasion. Jamas desde el principio  
 « del mundo fué dado al hombre tal  
 « poder para destruir..... Se redujo á  
 « sistema la muerte hasta en las peque-  
 « ñas poblaciones; y acabando con  
 « decretos lo que se habia comenzado  
 « con puñales, fueron exterminadas cla-

« ses enteras de ciudadanos. Entre tanto  
 « el odio al órden, considerándose de-  
 « masiado estrecho en este vasto teatro  
 « de destruccion, rompió sus barreras  
 « y fué á amenazar á todos los sobera-  
 « nos de Europa sobre sus mismos tro-  
 « nos. Tuvo el ateismo sus apóstoles y  
 « la anarquía sus *Seides*. Presentaba  
 « Francia cubierta de ruinas la imágen  
 « de un inmenso cementerio cuando...  
 « ¡cosa espantosa! he aquí que enme-  
 « dio de estas ruinas las cabezas mis-  
 « mas del desórden, sobrecogidas de  
 « un terror repentino, retroceden  
 « asombradas, como si el espectro de  
 « la nada les hubiese aparecido. Su or-  
 « gullo cae por tierra de improviso, co-  
 « nociendo que una fuerza irresistible  
 « les arrastra á ellos mismos al sepul-  
 « cro. Vencidos por el terror, procla-

« man precipitadamente la existencia  
 « del Ser supremo y la inmortalidad  
 « del alma; y puestos de pie sobre el  
 « cadáver palpitante de la sociedad,  
 « llaman á grandes gritos al Dios que  
 « solo puede reanimarla.

« Pero el odio á la Religion católica  
 « se conservó todavía en los corazones.  
 « Se seguia proscribiendo á los minis-  
 « tros de su culto; solo se habia renun-  
 « ciado al ateismo y la anarquía. En-  
 « tonces aparecieron la *teoría del poder*  
 « *político y religioso, la legislacion*  
 « *primitiva y el divorcio*. Quedaron des-  
 « carnados los fundamentos de la so-  
 « ciedad: M. de Bonald leyó en ellos  
 « esta verdad escrita con caracteres de  
 « sangre: *una filosofía irreligiosa des-*  
 « *truye la sociedad; sola la Religion*  
 « *puede fijar á los hombres en un esta-*

« *do conforme á la naturaleza de los*  
 « *seres*. La filosofía moderna confundia  
 « en el hombre el espíritu con los ór-  
 « ganos, en la sociedad el soberano con  
 « los súbditos, en el universo la natu-  
 « raleza con el mismo Dios, y destruía  
 « así todo el orden general y particular,  
 « quitando todo poder real al hombre  
 « sobre sí mismo, á los gefes de los Es-  
 « tados sobre el pueblo, al mismo Dios  
 « sobre el universo. M. de Bonald resu-  
 « citando entre nosotros la metafísica  
 « de Platon, Descartes, Malebranche y  
 « Leibnitz, con la política de los Bos-  
 « suet, Domat, d'Aguesseau y Fene-  
 « lon, puso de nuevo la Religion á la  
 « cabeza de la sociedad y de todos los  
 « pensamientos del hombre. Nadie pro-  
 « bó mejor que él la union íntima de  
 « la Religion con la sociedad; y por lo

« que hace á la metafísica, sus ideas  
 « acerca de la palabra comunican gran-  
 « des Luces á esta ciencia, y la unen  
 « con lazos indisolubles á la revelacion.  
 « De este modo la razon elocuente de  
 « M. de Bonald vindicó al catolicismo  
 « de la política de Rousseau y la meta-  
 « física de Helvecio.

« Pero quedaba otro género de ata-  
 « que mas frívolo y por consiguiente  
 « mas usado. Voltaire en el siglo pasa-  
 « do, Parny á principios de este, y una  
 « turba multa de escritores en pos de  
 « ellos, prodigaron al Cristianismo in-  
 « sultos, sarcasmos y calumnias. Era  
 « la Religion para muchos una supers-  
 « ticion añeja y triste, una produccion  
 « informe de la edad media, con la cual  
 « podia acomodarse la política, pero  
 « que no se habia hecho mas que para

« el pueblo. Apareció el *Genio del*  
 « *Cristianismo*<sup>1</sup> Entonces se desenvol-  
 « vieron las bellezas poéticas y morales  
 « del Cristianismo : entonces se vió  
 « cuanto debian las artes, el ingenio,  
 « las letras y las ciencias tambien á una  
 « Religion, cuyo objeto es la perfeccion  
 « completa del hombre en todo su ser. ↙

<sup>1</sup> A nadie sorprende ver criticado el *Genio del Cristianismo* en una obra llena de todo género de contradicciones y contrastes, singularmente escandalos, en la que un arzobispo celebra la filosofia y la revolucion, desprecia el siglo de Luis XIV y á Bossuet, y guarda toda su admiracion para el despota á quien sirvió de limosnero. ¿No era evidente, aun antes de este ataque que el *Genio del Cristianismo* era uno de los libros que habian hecho mas daño á la filosofia y á la revolucion, y que M. de Chateaubriand habia sido uno de los enemigos mas nobles de la tiranía y usurpacion? Recuerde M. de Pradt que ninguna circunstancia, aunque se le haga difícil de creer, ha producido ú formado el *Genio del Cristianismo*, que el primer tomo se imprimió en Londres en el año de 1789, y sentimos que citando la carta de M. de Chateaubriand al primer consul, no haya añadido M. de Pradt que despues de la muerte del duque de Enghien desapareció de todas las ediciones del *Genio del Cristianismo*. ¿Será esto tal vez, ó querrá decir que tampoco se le perdona á Chateaubriand que Buonaparte no le haya perdonado?

« M. de Chateaubriand se dedicó á ha-  
 « cer ver sus relaciones con la imagi-  
 « nacion, el sentimiento y todas las fa-  
 « cultades del hombre; y en un estilo  
 « lleno de encantos y que hizo brillar  
 « tanto su imaginacion, probó que to-  
 « do tiene conexion en el hombre con  
 « el sentimiento religioso, y que el  
 « Cristianismo presenta este testimonio  
 « en toda su pureza.

« No por esto se dieron por vencidos  
 « los enemigos del Cristianismo; res-  
 « pondieron á M. de Bonald que sus  
 « escritos no eran mas que una pura  
 « metafisica. A Chateaubriand que ha-  
 « bia compuesto una mitologia; y aban-  
 « donando los sistemas de Helvecio y  
 « los sarcasmos de Voltaire, se refugia-  
 « ron á la *indiferencia*. Aquí es donde  
 « M. de la Mennais vino á atacarlos.

« Pretendieron inútilmente sostenerse  
 « en este atrincheramiento; su terrible  
 « contrario les privó de esta última de-  
 « fensa. Vamos á exponer los argumen-  
 « tos de su lógica rigorosa.

« M. de la Mennais reconoce dos gé-  
 « neros de indiferencia: la una que no  
 « es mas que descuido, pereza y seduc-  
 « cion: se ven ejemplos de esta en to-  
 « dos los siglos, y contra ella clamaron  
 « los predicadores en todos tiempos.

« La otra indiferencia que mas par-  
 « ticularmente pertenece á este siglo,  
 « y que puede llamarse dogmática,  
 « consiste en decir que todas las ver-  
 « dades, ó un cierto número de ellas  
 « son indiferentes en sí mismas, ó que  
 « es indiferente negarlas ó admitirlas,  
 « v. g. si existe Dios ó no, si la única  
 « obligacion que tenemos es la de satis-

« hacer nuestros apetitos , ó si debemos  
 « arreglarlos como tambien nuestra  
 « creencia á una ley fija y divina : he  
 « aquí lo que ciertos hombres tienen  
 « por un objeto indiferente. No es esta  
 « una doctrina , nos es tampoco una  
 « duda , es , como dice M. de la Mennais , una ignorancia sistemática , un  
 « sueño voluntario del alma , un en-  
 « torpecimiento universal de las facultades morales. No puede ser duradero  
 « este estado sin destruir la sociedad ,  
 « porque las doctrinas tienen el mayor  
 « influjo en su existencia , porque son  
 « necesariamente verdaderas ó falsas ,  
 « y porque necesariamente producen  
 « el bien ó el mal , porque el *error vicia*  
 « *y la verdad perfecciona*. Si nada hay  
 « indiferente en política ni en moral ,  
 « con mas razon tampoco puede darse

« nada indiferente en lo que toca á la  
 « Religion. ¿ Qué delirio pues enagena  
 « á estos indiferentes sistemáticos que,  
 « á fuerza de haber oido repetir que  
 « todas las religiones son indiferentes ,  
 « las menosprecian todas sin conocer-  
 « las , y rehusan examinar si alguna es  
 « verdadera ? M. de la Mennais reduce  
 « á tres sistemas generales la doctrina  
 « de los que no quieren admitir la  
 « verdad católica : ateismo , deísmo y  
 « heregía. La heregía consiste en esco-  
 « ger , entre las verdades reveladas ,  
 « aquellas de que mas se paga la razon ,  
 « desechando las otras como inútiles ó  
 « dudosas , ó como errores ciertos.  
 « Aquí comienza el desórden ; se  
 « convierte la razon que debe obedecer ,  
 « en autoridad que debe mandar ; y ,  
 « transformando la Religion en pura

« *opinion, se destruye el fundamento*  
 « *mismo de las verdades que se pretende*  
 « *conservar. Si el hombre se resiste*  
 « *á oír la Iglesia, porque su razon no*  
 « *comprende, muy pronto se resistirá*  
 « *á oír á su fundador, porque su razon*  
 « *no podrá comprenderle; rehusará*  
 « *tambien luego creer la tradicion uni-*  
 « *versal del género humano que ates-*  
 « *tigua la existencia de Dios, porque*  
 « *su razon no es capaz de comprender*  
 « *á Dios. Al punto que se desconoce*  
 « *la regla, es indispensable llegar hasta*  
 « *este extremo; falta todo medio para*  
 « *detenerse; el principio arrastra, y*  
 « *cuanto mas vigor y rectitud tenga el*  
 « *espíritu, mas se ha de extraviar.*  
 « Los que dicen que M. de la Mennais  
 « llamaba á los protestantes ateos ó  
 « deistas no le han entendido. M. de la

« Mennais prueba que el principio de  
 « independencía, que quiere no se ad-  
 « mita un artículo del símbolo, sino  
 « cuando la razon le ha comprendido,  
 « lleva á negar todo lo que es incom-  
 « prensible, á saber, Dios y el hombre  
 « mismo. Pone á los protestantes entre  
 « los indiferentes; nombre que el mis-  
 « mo Lutero daba á Zwinglio, el que  
 « no era indiferente en cuanto á la di-  
 « vinidad de Jesucristo, pero lo era  
 « sobre la presencia real: y el mismo  
 « Lutero era indiferente en cuanto á  
 « la primacia del Papa y la transubs-  
 « tanciacion, pues que declaró se podia  
 « no creer estos dogmas sin dejar de ser  
 « cristiano.  
 « Cualquiera pues que esté conven-  
 « cido que no es posible ser indiferente  
 « en materia de Religion, por fuerza

« está obligado á probar, que es posi-  
 « ble y conforme á razon detenerse en  
 « uno de los tres sistemas que niegan,  
 « ya sea la autoridad de la Iglesia, ya  
 « la autoridad del mediador, ya la au-  
 « toridad de Dios, ó bien, que fuera de  
 « la Religion católica hay un cuarto  
 « sistema. Hasta tanto que esto se ha-  
 « ga, M. de la Mennais tiene derecho  
 « para concluir de sola esta parte de su  
 « libro, que, fuera de la Religion cató-  
 « lica, no hay mas que sinrazon y false-  
 « dad, de donde se deduce la obliga-  
 « cion de abrazarla que tiene todo  
 « hombre que no quiera permanecer  
 « en la indiferencia.

« M. de la Mennais hace ver además  
 « que entrando necesariamente uno  
 « en otro los tres sistemas generales de  
 « indiferencia, vienen á parar en la in-

« diferencia dogmática absoluta de Re-  
 « ligion: se sigue de aquí, que refutan-  
 « do los principios en que se apoya esta  
 « indiferencia general, se refuta al mis-  
 « mo tiempo todos los sistemas particu-  
 « lares de indiferencia. La indiferencia  
 « absoluta en materia de Religion no  
 « puede apoyarse mas que en la no  
 « importancia de la Religion, ó supo-  
 « niendo esta importancia, en la im-  
 « posibilidad de discernir entre las  
 « diversas religiones aquella que es ver-  
 « dadera. Dificil sería establecer con  
 « mas fuerza que lo hace el autor, la  
 « infinita importancia de la Religion  
 « con respecto al hombre, con respecto  
 « á la sociedad, y con respecto al mismo  
 « Dios. Se propone además publicar  
 « otro tomo en el que destruirá la se-  
 « gunda base en que se apoya la indife-

« rencia , probando que hay para todos  
 « los hombres un medio fácil y seguro  
 « para distinguir la Religion verdadera  
 « de cualquiera otra.

« El título solo de esta obra es un  
 « rayo de luz, y está tan bien apropiado  
 « á las circunstancias y tiempo , como  
 « el nombre que dió Bossuet á su his-  
 « toria de la Reforma , cuando la llamó  
 « historia de las variaciones. Solo con  
 « haberla hecho conocer debe tener fin  
 « la indiferencia. Así el libro ha sido  
 « acogido con tanta ansia, que la cuarta  
 « edicion está ya casi agotada. Al pronto  
 « no se mezcló censura alguna con los  
 « aplausos que por todas partes se le  
 « daban. Hoy se hace oír en algunas  
 « bocas la nota de intolerancia. Los  
 « que acusan á M. de la Mennais de  
 « intolerante, ponderan al mismo tiem-

« po la tolerancia de Fenelon. Pero  
 « entendámonos. Si se llama toleran-  
 « cia aquel sentimiento de caridad que  
 « no pide cuenta de su vicio al vicioso ,  
 « del error al que yerra ; que distingue  
 « siempre entre opiniones y personas ,  
 « la encuentro por todas partes en la  
 « obra de M. de la Mennais como en  
 « la de Fenelon. No porque este sea un  
 « espíritu particular y privativo de el-  
 « los ; es el espíritu del Cristianismo,  
 « y ambos lo tienen porque los dos son  
 « cristianos. Si se llama intolerancia la  
 « declaracion franca de que nose puede  
 « ser indiferente á la verdad, y de que  
 « la Religion católica comprende toda  
 « verdad, he aquí lo que dice Fenelon  
 « en sus cartas al duque de Orleans.  
 « *No tiene el hombre que escoger ni  
 « deliberar; cualquier otro culto que el*

« católico no es una Religion. Mas  
 « abajo añade : *No hay medio entre*  
 « *el ateismo y el catolicismo, si se ha de*  
 « *ser consecuente.* M. de la Mennais  
 « no pretende mas que esto mismo.  
 « Nada mas responderemos tampoco  
 « nosotros á aquellos á quienes esta  
 « reconvenccion parece un racionio;  
 « pero creemos que la luz es intolerante  
 « en este sentido, porque donde quiera  
 « que ella está no puede haber tinie-  
 « blas : lo mas que probaria esta acusa-  
 « cion si se repitiese , seria la imposi-  
 « bilidad de oponer algo formal. Digá-  
 « moslo hoy porque es una verdad : así  
 « como el último siglo abortó un en-  
 « jambre horroroso de talentos contra  
 « la Religion , el décimo nono comienza  
 « de una manera enteramente opuesta.  
 « Se presentan hombres dotados de un

« verdadero ingenio, y penetrados en  
 « un todo de la importancia de la Re-  
 « ligion y de su verdad. El cielo pues  
 « hecha ojeadas de clemencia sobre  
 « nuestra patria.... ; Infelices de no-  
 « sotros si cerramos todavía los ojos á  
 « la luz!

« El mérito del estilo en el *Ensayo*  
 « *sobre la Indiferencia* se hace tan  
 « digno de atencion, que no hay razon  
 « que alcance á dispensarnos de hablar  
 « de él. Nunca se ha visto desde Pascal  
 « reunida tanta profundidad de pen-  
 « samientos con tan viva fuerza en los  
 « coloridos. Hay en esto algo que se  
 « asemeja á Tácito y á Bossuet. Este es-  
 « tilo pintoresco, la diction tan enér-  
 « gica, unas expresiones tan vivas con  
 « los rasgos de un patético sombrío y  
 « una elocuencia irresistible, final-

« mente aquel arte tan vigoroso de  
 « abrazar el todo sin confundir lo mas  
 « menudo, hacen ver en él un escritor  
 « superior. De tal modo enlaza sus pen-  
 « samientos con una vasta erudicion,  
 « que forma un todo indestructible.  
 « Seria muy embarazoso escoger con  
 « preferencia algun trozo que pre-  
 « sentar aquí, siendo tantos los pasa-  
 « ges sobresalientes, las ocurrencias  
 « felices y observaciones admirables,  
 « tanto en política como en moral é  
 « historia. Solo una cosa nos parece  
 « puede llamar en esta obra la aten-  
 « cion de una crítica escrupulosa, y  
 « es, una acumulacion muchas veces  
 « desmedida de imágenes; pero puede  
 « ser que otro gusto mejor que el nues-  
 « tro le absuelva de este defecto. Se ve  
 « bien, que así es como se debia hablar

« á un siglo indiferente. Tácito no es-  
 « cribió la historia como Tito Livio que  
 « escribia en tiempos mas pacíficos.  
 « Hay un tono propio y peculiar que  
 « viene á hacerse general en cada siglo.  
 « Es claro, preciso y profundo en su  
 « estilo, y todas las bellezas de este en  
 « el *Ensayo* son del orden mas subli-  
 « me, y al mismo tiempo originales.  
 « Se conoce que el autor era todavía  
 « muy jóven cuando vió el espectá-  
 « culo horroroso que hemos dado al  
 « mundo: se estremeció su alma; ha  
 « buscado ahora la causa y tiembla te-  
 « davía al escribir, teme que las mis-  
 « mas causas produzcan de nuevo igua-  
 « les efectos. Se da prisa, porque es  
 « preciso apresurarse cuando todo lo  
 « que nos rodea es instantáneo y pasa-  
 « gero; así su estilo ha tomado el colo-

« rido propio de esta posicion. Se ad-  
 « vierte, singularmente por lo que tiene  
 « de enérgico y sombrío, que temia  
 « siempre decir con la presteza nece-  
 « saria todas las verdades que anuncia,  
 « recelando sea demasiado tarde cuando  
 « lleguen á oirse. La introduccion que  
 « es un trozo aparte, es donde espe-  
 « cialmente se echa de ver esta inquie-  
 « tud: son cincuenta páginas que ofre-  
 « cen cuanto hay mas brillante en la  
 « elocuencia. Nadie, ni aun el mismo  
 « Bossuet presentó con mas fuerza las  
 « consecuencias de la Reforma, ni el  
 « desórden de las filosofías humanas.  
 « M. de la Mennais ha visto lo que  
 « aquel talento superior solo pudo pre-  
 « ver. Tal vez se echarán de menos en  
 « esta obra trozos que den lugar al  
 « alma para descansar; porque el autor

« nos arrastra tras sí sin dejarnos res-  
 « pirar; desde la Reforma nos lleva á  
 « la indiferencia: allí nos hace sondear  
 « el abismo, y al punto nos eleva para  
 « hacernos contemplar las alturas de la  
 « Religion y el Cielo. Su talento se mece  
 « sobre los aires como el águila. El ca-  
 « pítulo mas hermoso que escribió Ma-  
 « lebranche es aquel en que trata de  
 « la importancia de la Religion con res-  
 « pecto á Dios; ni aun las elevaciones  
 « sobre los misterios presentan cosa  
 « que sea mas sublime. M. de la Men-  
 « nais derrama torrentes de luz sobre  
 « las cuestiones mas incomprensibles  
 « al entendimiento humano. Su libro se  
 « conservará como un monumento de  
 « su edad; é inútilmente se pretenderá  
 « impugnarlo; porque su triunfo irá  
 « siempre en aumento y tendrá la suer-

«te de las obras de los grandes talentos «cuando vienen á tiempo.»—*Genoude.*

Tal es el concepto que este sabio ha formado *del Ensayo sobre la Indiferencia en materia de Religion*, y tal es el análisis que ha publicado de él en la ciudad de Paris, entre los mas señalados enemigos de sus doctrinas, y en medio de tantos rivales de su gloria. Nada mas podemos añadir.

Sin embargo, la escena en que va á presentarse M. de la Mennais al aparecer en España es muy distinta y las circunstancias muy diversas. No ha tenido nuestra pátria la desgracia de sufrir los ensayos sanguinarios de una filosofía destructora; no abriga partidos de distintas creencias que en la mudanza aspiren á la superioridad; ni el espíritu de impiedad que mina á un

tiempo la política y la moral ha hecho grandes progresos. Nuestra sabia Constitución formada por espíritus superiores, que han sabido valuar todo el influjo de la Religion santa, y su íntima conexion con la moral y política de los pueblos, que aprovecharon las lecciones que la Providencia á tan corta distancia quiso darnos, ha cerrado la entrada á tantas víboras ponzoñosas declarando en el cap. 2º art. 12 *que la Religion de la nacion española es, y será perpetuamente la católica, apostólica, romana, única verdadera, que la protegerá por leyes sabias y justas, prohíbe el ejercicio de cualquiera otra, y exige en primer lugar el juramento de defenderla, conservarla y no permitir otra*

*alguna* tanto de su augusto monarca <sup>1</sup> como de los dignos representantes <sup>2</sup>. Mas esto mismo hace sea no solo útil sino necesaria la sólida doctrina que la Mennais nos ofrece; para que el cuadro horroroso que ha presentado Francia nos sirva de escarmiento, y para que convencidos de que la Religion santa nada pierde de su vigor, antes sí, se fortifica por esta ley fundamental, mas y mas respetemos y observemos una Constitucion que con estos y otros artículos pone la pátria á cubierto de mil innovaciones peligrosas, que la malicia, el tiempo ó las ocurrencias podrian introducir.

Todo pais está dispuesto mas ó me-

<sup>1</sup> *Constitucion política de la monarquía española*, tit. IV, cap. I, art. 175.

<sup>2</sup> *Ibid.*, tit. III, cap. VI, art. 117.

nos á recibir con ansia, dice un historiador <sup>1</sup>, los principios de la doctrina revolucionaria, así como todo lugar en que hay muchas materias combustibles, está pronto á inflamarse con la menor chispa. En todas partes los que piensan poder ganar y adelantarse en una revolucion son mas que los que tienen que perder; y aun en aquellas mismas clases que la fortuna parece ha ligado con tan estrechos vínculos al gobierno existente en todas las naciones, se encuentran tambien muchos, á quienes la ambicion y el ciego afan de novedades prometen grandes ventajas en otro orden de cosas. Añádanse á este número los aventureros, intrigantes,

<sup>1</sup> *Histoire civile, politique et religieuse de Pie VI, écrite sur des mémoires authentiques, par un françois, catholique romain.* Paris, 1801.

gentes sin oficio ni beneficio, que husmean una revolucion como los cuervos los cadáveres. Puede ser no falten extranjeros que fingiendo amor á nuestra pátria intenten encender ó atizar el fuego de la discordia, soplen si hallaran ocasion la guerra civil por todas partes, é inflamen los corazones con discursos incendiarios. El desórden y la licencia que muchas veces se cubren con la máscara de una falsa libertad tienen tantos atractivos para la mayor parte de los hombres, que se lisonjean siempre de un cambio favorable á su fortuna, y que aun quando se hallen bien, se figuran estar mal por la esperanza de estar mejor. El gobierno pues, mas sabio y mejor que pueda suponerse en el mundo al punto que deje flojas las riendas, y que su auto-

ridad llegue á vacilar por algun reves inesperado, encontrará siempre tantos enemigos, cuantos hombres hay á quienes pueda ser útil el desórden: de lo que se sigue: lo primero, que la severidad y firmeza de un gobierno fuerte y justo es el mayor beneficio para todos los hombres de bien, beneficio casi tan necesario como el aire que respiran: lo segundo, que la Religion divina que ejerce el mas alto imperio en el corazon humano, al cual no pueden alcanzar la fuerza y sabiduria de las leyes, debe prestar todo su apoyo á nuestras instituciones, y estas deben protegerla como su mas segura defensa y garantía. No olvidemos que como dice Proyart<sup>1</sup> en el imperio católico,

<sup>1</sup> M. l'abbé PROYART, en su obra, *Louis XVI de trône avant*

todo enemigo de la Iglesia-madre espera solo la ocasion para presentarse tambien como enemigo del Estado.

Siendo la filosofia el amor á la verdad en todos sus objetos, no dejará alguno de notar que los enemigos de esta, aparezcan siempre en el discurso de la obra con el título de filósofos en mengua y descrédito de la filosofia verdadera; pero además de que el uso y las particulares circunstancias hacen conocer la clase de literatos en quienes se acrimina este nombre, acordémosnos, que no son filósofos todos los que se jactan de este título tan vergonzosamente profanado: y esta es una verdad dolorosa que comprueba el dicho

*d'être Roi, ou tableau des causes necessitantes de la révolution française. p. 576.*

de Caton<sup>1</sup>: *la mayor prueba de corrupcion es que los nombres no signifiquen ya las cosas.* ¡Qué oprobio para la razon humana! ¿acaso son incompatibles el título de racional, de religioso y de filósofo? ¡Qué! ¿para condecorarnos con este nombre ha de ser necesario condenarnos á renunciar al sentido comun? Cúlpense á sí mismos los que abusaron de él para enseñar y sostener absurdos ridículos, sistemas contradictorios y doctrinas inmorales é impías. ¡Cuántos hay que no tienen de filósofos mas que la incredulidad! De estos pues, no de los verdaderos amantes y estudiosos de la verdad habla el autor cuando reduce á polvo sus sistemas. El verdadero filósofo, si fuera posible no

<sup>1</sup> *Jam pridem nos vera rerum vocabula amisimus.* SALUST.  
B. Ho Catilin.

amase, al menos respetaria la Religion, que es el único apoyo de la moral privada y pública.

Encontrará esta obra enemigos; porque el malo aborrece la luz de la verdad que no puede transigir con las tinieblas del error..... sus cavilaciones, malignas llegarán hasta el extremo de figurarse y pretender persuadir que se opone á la sabia Constitucion que hemos jurado, y gloriosamente nos rige. Pero en esta Constitucion misma y en el discurso de la obra están deshechos sus sofismas, y con oportunas notas haré resalte esta verdad. Entre tanto sepan que si esta ley fundamental del Estado es una barrera entre el Rey y el pueblo,

<sup>1</sup> *Non conturbat sapiens publicos mores, nec populum in se vitæ novit de convertit. SENECA, Epist. XVII.*

que defiende á este autorizando á aquel, la Religion será un muro y una nube gloriosa, que rodeando á uno y otro, concentrará sus fuerzas, suavizará sus mutuos sacrificios, y les ilustrará en sus deberes. Los reyes tienen sin duda como los pueblos obligaciones y derechos; el cumplimiento de aquellas en el monarca le asegura mas y mas la estabilidad de estos: y la sumision del pueblo á sus deberes respectivos le afianza tambien el goce de sus derechos para con el trono y entre sus individuos: porque como dice el sabio Burke: « Los reyes serán tiranos por política, cuando sus súbditos sean rebeldes por principios. » Si el pueblo tuviese el derecho de substraerse

<sup>1</sup> BURKE. *Reflexions sur la Révolution de France*, pag. 161.

arbitrariamente á la sumision que ha jurado, en vez de la proteccion que se le ha prometido, los gobiernos de cualquier naturaleza que fuesen no nos presentarian mas que la imágen de una grande y continua anarquía <sup>1</sup>.

Se ha querido confundir la sumision y obediencia á los gobiernos y autoridades, legitimamente constituidos, que el Cristianismo prescribe y enseña, con no sé qué esclavitud y ceguedad que se le achaca como apoyo de la tirania y el despotismo. Sofisma despreciable, con que igualmente se pretende hacer la guerra á la Religion que á todo órden social. « La Escritura santa, » dice un autor religioso y político que es-

<sup>1</sup> *Esprit. pensées et maximes de M. l'abbé Maury* (hoy cardenal. Paris, 1791. pág. 519.

cribe bajo un gobierno constitucional y representativo, « la Escritura santa, « que es la historia mas antigua y auténtica, ni manda ni condena alguna « forma exclusiva de gobierno, y es « muy difícil creer que la palabra de « Dios no se hubiese hecho oír sobre un « objeto tan importante á la humanidad, si Dios hubiese decidido en la « eternidad que solo un gobierno seria « natural á los hombres. El nuevo testamento que se dirigia á todas las « naciones ha sido (séame permitido « explicarme así) mas discreto todavía « en este punto que el antiguo, que « ceñia sus miras solo á un pueblo. De « este silencio se puede concluir que « no hay gobierno alguno natural, es « decir, de tal modo exclusivo que sea « un delito contra la providencia y el

« orden general no someterse á él <sup>1</sup>. »  
 Uno de los mas acalorados defensores  
 de la autoridad real, cuyo testimonio  
 por tanto no debe ser sospechoso en  
 este punto, despues de fijar los dere-  
 chos del poder espiritual, diciendo :  
 « Que siendo su objeto de una sobera-  
 na importancia para el ser inmortal,  
 era digno de la eterna sabiduría el  
 arreglar tan positivamente como lo  
 hizo el modo de su comunicacion y  
 ejercicio, ... » añade <sup>2</sup> :

« En cuanto al poder temporal, el  
 Criador, fuera de ciertas excepciones  
 que recuerdan su derecho impres-  
 criptible, ha juzgado conveniente de-

<sup>1</sup> M. FIEVÉE. *Des opinions et des intérêts pendant la Révolution*, not. 5, pag. 225.

<sup>2</sup> M. l'abbé PROYART, en su obra. *Louis XVI détrôné avant d'être roi*, etc. pag. 131.

« jar á las sociedades, al formarse  
 « ayudadas con los consejos de la expe-  
 « riencia y la razon, la libertad de de-  
 « terminar por sí mismas el modo del  
 « ejercicio, y el orden sucesivo ú co-  
 « municativo.

« Ninguna forma pues de gobierno  
 « temporal hay que no sea agradable  
 « al supremo poder de que dimanar  
 « todos los imperios del mundo, con  
 « tal que, por una parte esta forma  
 « excluya todo lo que seria contrario  
 « al orden eterno, y por otra pueda  
 « proteger eficazmente los verdaderos  
 « intereses del hombre en sociedad.

« Todo depositario del poder tem-  
 « poral desde el punto y hora que le-  
 « gítimamente toma posesion de la ma-  
 « gistratura, recibe por el hecho la  
 « institucion del Criador. Desde enton-

« ces es su representante y su órgano,  
 « substituido á todos sus derechos divi-  
 « nos en el orden temporal. Su minis-  
 « terio es sagrado y su persona inviola-  
 « ble; es una obligacion obedecerle, y  
 « resistirle un sacrilegio. »

Pregunto ; no es esta la doctrina y aun el lenguaje mismo de la Constitucion? En el religioso preámbulo con que da principio á la exposicion de sus artículos dice: « *En el nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu santo, Autor y supremo Legislador de la sociedad.* » ¿No se vé desde este primer paso una nacion católica que va á beber en la fuente divina del poder eterno la fuerza de autoridad con que ha de ligar á sus leyes las conciencias? Sigue: « Las Córtes generales y extraordinarias de la nacion española,

« bien convencidas, despues del mas  
 « detenido exámen y madura delibera-  
 « cion, de que las antiguas leyes fun-  
 « damentales de esta monarquía, acom-  
 « pañadas de las oportunas providencias  
 « y precauciones, que aseguren de un  
 « modo estable y permanente su entero  
 « cumplimiento, podrán llenar debi-  
 « damente el objeto de promover la  
 « gloria, la prosperidad y el bien de  
 « toda la nacion, decretan la siguiente  
 « Constitucion política etc.. »

He aquí un gobierno legítimamente constituido que, conociendo y confesando que la autoridad que ejerce emana de Dios mismo, su representacion de las antiguas leyes fundamentales, camina apoyado en la Religion misma á prescribir sus deberes desde el supremo magistrado hasta el infeliz pordiosero.

¿Quién sin malicia podrá declarar nuestra religiosa Constitucion objeto ú blanco de las reconvençiones de anarquía, ú confundirla con aquellas que el autor acrimina como parto monstruoso de la filosofía ó de la usurpacion? El respeto y obediencia que la Religion pide y manda para aquellos que llama representantes de Dios sobre la tierra, se prescriben expresamente en el tít. 4º cap. 1º art. 168 que dice : « que la persona del rey es sagrada é « inviolable, y no está sujeta á respon- « sabilidad; » y en el 170 que « *la potes- « tad de hacer ejecutar las leyes reside « exclusivamente en el rey, y su au- « toridad se extiende á todo quanto « conduce á la conservacion del orden « público en lo interior, y á la seguri- « dad del Estado en lo exterior, confor-*

« *me á la Constitucion y á las leyes.* »

¿Se oponen pues en algo estas y los preceptos sagrados de la Religion que tienen por objeto perfeccionar la sociedad, llenar el vacío que ninguna institucion humana por perfecta que sea puede llenar, ordenando la sumision y obediencia, no solo por el temor del castigo sino por el amor y la conciencia? ¿Podrá alguno faltar á aquellas leyes sabias ú á estos preceptos divinos sin ofender á Dios, sin atraer su ira sobre sí, y merecer el odio de la patria y su castigo? Concluyamos pues, que no se puede tocar á la Religion sin destruir el Estado; ni ser infiel á este sin ofender á aquella.

El deseo de radicar esta verdad que arroja de sí el todo de la obra, y prueba hasta la evidencia en cada una de

sus partes, me ha obligado á añadir algunas notas que confirmen los hechos, cuyas pruebas, si en Francia fueron inútiles, en España me parecen necesarias. *Se da prisa el autor, dice M. de Genoude, porque es preciso apresurarse cuando todo lo que nos rodea es instantáneo y pasajero.... temia siempre no decir con la presteza necesaria todas las verdades que anuncia, recelando sea demasiado tarde cuando lleguen á oirse.* En Francia, y en el *c. ater* mismo del volcan filosófico, donde todavía arden y fermentan los principios destructores que la asolaron, y amenazaron inundar toda Europa; en Paris, donde la filosofía ensayó de tantas maneras sus teorías inhumanas, tan insociales como impías, bastaba indicar unos hechos, que tienen otros tantos testigos, cuan-

tos son los monumentos gloriosos de la Religion, las ciencias y las artes destruidos, y cuantas son las familias, y son todas, que contaron en su seno tantas víctimas desgraciadas. Yo quiero hacer ver á mis lectores, que tal vez podrán mirar las pinturas elocuentes del autor como exageraciones sistemáticas, los estragos que la impiedad bajo distintas formas ha causado en la nación mas floreciente del mundo, destruyendo en tan corto espacio de tiempo tantos siglos de gloria, y sacrificando á un esqueleto desnudo y descarnado, grandes talentos, excelentes virtudes, y hasta el trono, su rey, y su libertad misma bañada en la sangre de mil generaciones.

Por tanto comprobaré estas verdades con los testimonios mas fidedignos, por

ser públicos y averiguados, de autores que aun viven, que han hecho y hacen hoy un papel distinguido en la historia civil y literaria de su patria. Aventurando mis pobres conocimientos y mis buenas intenciones á la censura de amigos y enemigos, pretendo únicamente ser útil del modo que pudiere á mi patria amada, preservándola de lo que el Espíritu santo llama *vicios de los últimos tiempos*, grabando en los corazones de todos los católicos esta verdad eterna: « La justicia eleva los « pueblos, y la impiedad, que es el « mayor de todos los pecados, los des- « truye. » *Justitia elevat gentes, miseros autem facit populos peccatum.*

El óbolo de la viuda, humildemente ofrecido podrá producir alguna utilidad á mis hermanos y alguna gloria á

Dios, que es Padre universal de la sociedad y de los hombres. No pretendo otra cosa, y esto me indemnizará con usura de toda crítica.

EL TRADUCTOR.



## ADVERTENCIA

SOBRE LA PRIMERA EDICION.

Se piensa dar á luz , dentro de poco, la segunda parte de esta obra. El primer tomo sale por separado, en razon de las circunstancias; ya que en este *siglo ilustrado* las circunstancias regulan las doctrinas, las costumbres, aun los gobiernos mismos y las leyes; y porque las reflexiones de ayer no son aplicables al día de hoy. Cuando todo era estable y fijo, siempre llegaban

ij

ADVERTENCIA.

los libros á buen tiempo. Pues que la sociedad camina con presteza, para llegar al efectivo cumplimiento de sus destinos, es tambien indispensable apresurarse; se debe hablar, cuanto mas antes, á los pueblos de la verdad, el orden y la religion; recelando parecerse al médico, que hiciera una disertacion excelente sobre la vida, al lado de un sepulcro.

**INTRODUCCION.**

El siglo apasionado por el error no es el siglo mas enfermo; pero lo es el que no aprecia la verdad, y que se desdeña de admitirla. Donde se notan violentas conmociones, hay ciertamente fuerzas, y puede sin duda esperarse mejoría; si el movimiento es imperceptible, si no hay pul-

sos, si el frio llega ya al corazon, ¿qué puede esperarse, mas que la próxima, é inevitable dissolution?

Es inútil disimular, que la sociedad europea se adelanta con rapidez á este término fatal. El observador no debe fijar su atencion en el bullicio que se percibe en su seno, ni en los movimientos impetuosos que la estremecen, sino que debe preguntar: ¿Quién la sacará del indiferentismo soporoso, del profundo letargo en que yace?

¿Quién dará el soplo vital á sus áridos huesos, para reanimarla? El bien y el mal, el árbol de la vida, y el de la muerte se crian, se sostienen en un mismo terreno, en medio de los pueblos que pasan sin levantar la vista, alargan la mano, y cogen de pronto los frutos que les presenta la suerte.

La Religion, la moral, el honor, los deberes, los principios mas sólidos y los sentimientos

mas nobles no son para los pueblos, sino una especie de sueño, unos fantasmas brillantes y efimeros, que de improviso se presentan, á lo lejos del pensamiento, para desaparecer muy luego, y nunca mas dejarse ver.

Jamás se vió cosa igual, ni aun se hubiera podido imaginar. A fuerza de continuados esfuerzos, y despues de una lucha interminable ha podido el hombre llegar á esta brutal apatia, bien á pesar de su razon y su conciencia. Fijese por un instante la vista y considérese el principio real de la creacion: ¿Hasta donde llega el envilecimiento! Su espíritu agobiado no se halla bien, sino en las tinieblas; la ignorancia sola es el estado de su gozo, su paz y su felicidad; ya tiene perdido, hasta el deseo de conocer lo que mas le conviene. Contemplando con igual disgusto la verdad y la mentira, afecta creer lo que no podría discernir, para confundirlo todo en un mismo desprecio, como en un centro comun: último exceso

de la depravacion intelectual, á que se le ha permitido llegar. *Cum in profundum venerit..... contemnit.*

A vista de tal extravío, es imposible no compadecerse de la naturaleza humana. ¿Porqué, como puede concebirse condicion mas miserable, que la de un ser, tan ignorante de sus deberes y deseos, sin reconocer un desarreglo total del juicio, cual lo es, fundar la felicidad y el orgullo en esta misma ignorancia; debiendo ser mas bien para él motivo de afliccion y desconsuelo?

No es la debilidad del espíritu del hombre, la que mas contribuye á esta degradacion tan vergonzosa; sino la servidumbre á que le tiene sometido el cuerpo: subyugado el hombre por los sentidos, adquiere un hábito que no le permite juzgar de cosa alguna, sino por ellos, y segun ellos. No mira como realidad, sino lo que toca por si mismo, reputando todo lo demas como abstraccion ó patraña; no hay, segun él,

mas mundo que el mundo fisico, y el intelectual con respecto á él es nulo; sería capaz de negar aun su pensamiento propio, á no tenerle tan á la vista, ó á serle menos íntimo; mas, como no puede, por decirlo así, separarse de él, y al mismo tiempo, tampoco quiere reconocerle tal como es, le hace un mero resultado de la organizacion natural, para evadirse de admitir substancias imperceptibles á los sentidos.

Aparecerá esto tanto mas extraño, cuanto que la cultura de las ciencias naturales, que á cada momento le hace ver la superioridad de lo humano sobre lo bruto, no le ha servido, sino para resolverse á seguir, con mayor teson, la despreciable inclinacion de abatirse, hasta igualarse con las mas viles criaturas, y ocuparse siempre en los objetos materiales. Entonces se disgusta el alma de si misma, se ruboriza de su origen divino, y hace cuanto puede por borrar hasta el mas leve recuerdo. Ella cambió el curso na-

tural del amor que la constituye, para emplearle únicamente en los cuerpos ó seres materiales, que ama, como si fuesen su fin último, y con los cuales quiere identificarse, y perecer como ellos; diciéndose á sí misma: *Tú morirás*; se siente llena de gozo con la esperanza de que así será.

Haciendo ilusión á su verdadero destino, podía en efecto persuadirse de su mortalidad, y el medio de que se valió, podría ser proporcionado: destruyendo la verdad en sí misma, se ha privado ella misma de su existencia, en cuanto le ha sido posible; pues que, bajo cualquier sentido que se tome, la verdad es la vida, como que es la única y sola causa de la existencia del hombre y de la sociedad. Tanto en el orden moral como en el político, todo propende á su destrucción, y marcha *via recta* hácia este punto mas ó menos rápidamente, cuanto que la guerra contra la verdad es mas ó menos activa y destructora.

Una reciente, pero memorable experiencia, no deja razon de dudar en la materia, y para quien no cierre de propósito los ojos, es muy cierto, que la revolucion francesa tan destructora, no debió su caracter mortífero sino al impio delirio de sus promotores, quienes con un furor espantoso atacaron todas las verdades á la vez.

Pero ni por esto, ha dejado por existir en el fondo del corazon humano, una oposicion oculta y directa contra la verdad, que choca con sus inclinaciones y las perturba, abatiendo su orgullo. Él ama la verdad, la teme, la desea, la busca por una propension natural; juzgándola principio de su bienestar; pero, cansado no pocas veces de su yugo, se disgusta por haberla encontrado: contradiccion singular, por cierto, que jamas se nos podrá explicar. Despues de haber fatigado sin fruto nuestro ingenio, la Religion es, quien corrigiendo su debilidad, debe venir á desatar el nudo, cuyos cabos imperceptibles á nuestros ojos, no

pueden hallarlos nuestras conjeturas : es necesario, en una palabra, que una luz mas brillante que nuestra razon poco segura, nos dirija y guie, para formar un juicio recto de nuestro verdadero estado : es preciso para decirlo de una vez, que el mismo autor de la naturaleza nos declare las causas de las contradicciones que nos chocan. Entonces, y no en otro tiempo, es cuando se corre el velo, y cuando descubrimos al hombre tal como es, entonces observamos en el como dos entes distintos que se pelean sin cesar, y que triunfan ambos á su vez : uno, arrebatado de todo lo bueno, verdadero y noble, otro, inclinado á todo lo malo, vil y falso ; uno, que abraza la verdad y la virtud, enamorado de ambas, otro, que se precipita con furor en el abismo del crimen y del error : pero la fe, haciéndonos palpable un tal misterio de grandeza y de bajeza, nos demuestra, en este primer ente, al hombre primitivo, tal como salió de las manos del

Criador, y en el segundo, al hombre, degradado, corrompido por un crimen cabeza de todos, que lleva consigo la marca indeleble de su caída ; marca, que recibió con la vida misma, y en ella una herencia de viciosas inclinaciones y dolores, transmisibles de raza en raza, hasta el último de sus descendientes. Aquí se deja ver, que, segun lo que ha recibido del Criador, el hombre participa de las perfecciones de la divinidad, porque es imagen suya ; la inteligencia, el amor, un deseo insaciable de amar y conocer, le levantan hácia el cielo á cada instante, ó á la contemplacion de la verdad eterna, como si ya gustára de las inestimables primicias de su inmortalidad. La simple apariencia del bien le llena de júbilo. Concebase, si es posible, una accion eminente ; un movimiento generoso, que no se le deba reconocer natural á su corazon. ¿ Se trata de hacer el mas grande sacrificio por una causa noble ? Un instinto superior, y mas veloz que su pensa-

miento mismo, le hace palpar de contento; no duda, no calcula; bendice su suerte y se ofrece muy gustoso. Que hablen en él la humanidad y la conciencia; desde luego le veréis con el sagrado nombre de Dios en sus labios, trasportarse á las naciones salvages, al último rincón del mundo, para ilustrar á sus semejantes, aliviar sus cuitas, suavizar sus modales; por extender el imperio de la verdad se le verá descender al fondo de los calabozos, presentarse á los tormentos, y dar un público testimonio de ella, muriendo gozoso y tranquilo, preparando así su mismo triunfo.

Hay, pues, en todos los hombres, y por lo tanto en todos los pueblos, dos poderes ó facultades que se chocan y se batan, la razon y los sentidos; ó para decirlo en el lenguaje altamente filosófico de nuestros Libros santos, *la carne y el espíritu* (1) y en proporcion, que uno

(1) *Caro enim concupiscit adversus spiritum: spiritus au-*

prevalece contra el otro, la verdad ó el error, la virtud ó el crimen dominan en los particulares ó individuos, en la universalidad ó las sociedades.

Mediante la razon, ciertamente aspira el hombre á la posesion de la verdad, alimento el mas apto y noble de su inteligencia; dirigese con una fuerza inexplicable al orden conservador de los seres.

De aquí procede la inclinacion, que manifiesta por las creencias sublimes, por las doctrinas elevadas y severas, así como por los dogmas inmateriales: de aquí este ardor vehemente de saber, esta sed de inmortalidad, este instinto religioso, esta fe, tanto mas clara cuanto mas sencilla, que se presta á todo lo bello, sublime, útil, y por lo mismo, mas real y efectivo; de aquí, por último nace este imperio admirable, que

*tem adversus carnem: hæc enim sibi invicem adversantur.*  
EPIST. AD GALAT., V. 17.

tiene sobre si mismo, sobre sus movimientos, pasiones, y sobre sus mismos pensamientos; este menosprecio de placeres frivolos y de goces materiales; este disgusto insuperable de todo lo transitorio; estos trasportes hácia un bien inamisible, infinito, pero presentado por el corazon, aunque todavia no comprendido por el espiritu; este amor excesivo de la virtud, y aquellas imponderables angustias que padece tan luego, como se ha separado de ella; esta tierna compasion de todas las miserias físicas y morales, sean de la clase que fueren; y esta constante disposicion, en que se halla, para sacrificarse por otro; origen cierto y único de todo lo bueno, grande, amable y tierno, que se deja ver en la vida humana.

Por los sentidos, el hombre, inclinado á la tierra, sepultado en los goces físicos, y estragado su gusto para los intelectuales, se asemeja con el bruto, y se complace por ello. Su enten-

dimiento se obscurece, aunque no tan de pronto como el quisiera. ¡ Con cuánto ahinco trabaja por obscurecerle totalmente! Diríase, que la verdad es para él un suplicio; tal y tan grande es el odio que la infunde ella misma. Se le vé perseguirla sin descanso, atacarla con furor tanto en otros, como en si mismo, y en su espiritu, en su corazon, en su conciencia. ¡ Vanos esfuerzos! Al punto, en el instante mismo que se cree vencedor; cuando se felicita orgulloso, por haber abismado, aniquilado la verdad implacable, su vision imponente, mas terribles que antes, mas espantosa, se presenta de nuevo para desconsolarle.

Pero si el hombre, como esclavo de sus sentidos es enemigo de la verdad, y por lo mismo de las doctrinas procedentes del cielo, y que le llaman á él, no es menos enemigo de las leyes eternas del orden, por no ser estas mas, que la reunion de las verdades, resultados de la naturaleza de los seres y de sus relacio-

nes; verdades con el nombre de deberes, porque no solo son el objeto del entendimiento, sino que influyen tambien en la conducta que ellos mismos regulan; imponiendo dos obligaciones, que son; abstenerse de ciertos actos, y practicar los contrarios. Teniendo pues estas verdades, íntima union entre sí, y confundíendose, en cierto modo, quanto á su origen, se vé precisado el hombre á embestir con todas ellas, luego que por el interés de sus pasiones, se ha decidido á trastornar una. Por esto la corrupcion de las costumbres aborta la del alma; el desórden de las acciones produce el de los pensamientos, ó el error; y la depravacion del ente moral forma tambien otra del ente inteligente; la inconsecuencia causa tanto tormento al corazon humano, quanto pervierte la razon; y de aquí es, que sucede muchas veces creer la verdad antes negada, por el solo hecho de mudar de vida.

Perola verdad aun en abstracto se hace odiosa, al tiempo que la virtud práctica no es un objeto de amor; y como el odio, por su misma naturaleza, es un principio de destruccion, así como lo es el amor, de produccion y conservacion, embrutecido el hombre por los sentidos, y entregado á los placeres del cuerpo, se vuelve naturalmente destructor: su alma se endurece y se complace con los espectáculos de ruinas y de sangre, adquiere gustos bárbaros, hábitos ferinos, y es muy digno de notar, que todos los pueblos impios, ó si se quiere, incrédulos, han sido voluptuosos; y todos los pueblos voluptuosos, crueles. Considérense las naciones paganas. ¡Qué olvido de humanidad en la guerra y en la paz, en las leyes y en las costumbres, en los templos y en los teatros, en el corazon del amo y en el del padre! pero al mismo tiempo, ¡qué materialismo tan bajo en Religion! ¡Qué aversion á las doctrinas, que

propenden á elevar al hombre y á espiritualizar su pensamiento! La Grecia civilizada y sabia conduce á Socrates al suplicio, porque desprecia sus groseras supersticiones; y esta misma Grecia coronada de flores, degüella cantando victimas humanas, y puebla sus tierras de altares infames.

El vasallage á los sentidos produce siempre una oposicion directa con las verdades morales é intelectuales, y esta debe suponerse ser la causa, con exclusion de toda otra, del odio mortal, declarado al Cristianismo por ciertos individuos, y ciertos pueblos. El combate eterno, el combate á muerte contra el espíritu de la carne y los sentidos, es el medio de que la Religion se vale, para que se sometan estos á la razon, ya penetrada, iluminada y divinizada por ella misma; pues que tanto en sus preceptos, como en sus dogmas no es otra cosa la Religion, sino la manifestacion de todas las verdades útiles al hombre.

En la época, en que se dejó ver el Cristianismo sobre la tierra, no vivian los hombres, por decirlo así, mas que por los sentidos. Reducido el culto á un vano simulacro, no tenia relacion con ninguna creencia. Conservábase por hábito, y á causa de sus pompas en las fiestas, y sobre todo, porque influia en las instituciones del Estado: por lo demas la Religion, en si misma, no inspiraba ni fe ni veneracion. Los sabios y los grandes la dejaban con desprecio al pueblo, quien, acaso menos corrompido, deseaba, que los vicios por él adorados bajo falsos nombres, ofrecieran, á lo menos en sus emblemas, algo de divino. Se puede asegurar, desde luego, que no habia otra religion, que el deleite, y que las sectas mas severas en su origen degeneraban pronto de la austeridad fingida, y vinieron por tanto á identificarse la virtud y el placer, por un trastorno de ideas que se dejó ver aun en el lenguaje.

Segun estas observaciones, puede formarse juicio de la buena fe de ciertos escritores, que pensaron haberse establecido el Cristianismo naturalmente. No tuvo él en efecto nada que vencer, sino los intereses, las pasiones y las opiniones. Vjósele de repente, armado con una cruz de madera, penetrar por entre los hombres embriagados de alegría, por entre las religiones disolutas; entre un mundo, envejecido en la corrupcion. A las fiestas brillantes del paganismo, á las graciosas imágenes de una encantadora mitología, á la plácida licencia de la moral filosófica, y á todas las seducciones de las artes y de los placeres, opone este Cristianismo las lúgubres pompas del dolor; graves, tétricas ceremonias, los gemidos de la penitencia, las mas terribles amenazas, misterios asombrosos, el fausto de la pobreza, el saco, la ceniza y todos los símbolos de un desprendimiento absoluto, y de una consternacion profunda. Esto

y nada mas fué lo que vió el universo pagano en el Cristianismo. Al momento las pasiones atacan con furor al enemigo que se presenta, disputándoles el imperio. Los pueblos de tropel se alistan bajo sus banderas, para oponérsele; la codicia conduce á los sacerdotes de los idolos; el orgullo impele á los sabios, y á los emperadores la política. Comienza entonces una guerra espantosa: y sin miramiento ni á la edad ni al sexo; en las plazas públicas, en los caminos, en los campos y aun en los parages desiertos, se colocan monumentos de tortura; caballetes, hogueras, catalsos, y aun se mezcla la matanza en los mismos juegos: por todas partes se agolpan las gentes, para divertirse viendo agonizar y morir á los inocentes degollados.... y se deja oír el grito bárbaro: *Los cristianos, á los leones*, y al oirlo salta de gozo la multitud embriagada de sangre. En estos horribles holocaustos, que desean ofrecer á sus divinidades

espirantes, cada cual debe hacer eleccion de sus victimas; y una crueldad estudiada, inventa suplicios nuevos, aun para el mismo pudor. Los verdugos, al fin cansados se paran, y el hacha se les cae de las manos; no se sabe que virtud celeste emanada de la cruz, comienza á llamarlos al fondo de sus almas, y á ejemplo de las naciones subyugadas, prosternadas en su presencia, caen ellos mismos postrados á los pies del Cristianismo, quien, por premio de su arrepentimiento, les promete la inmortalidad, prodigándoles desde luego, la esperanza. El signo sagrado de paz y salvacion, el estandarte glorioso tremola ya desde lejos, enarbolado sobre los hacinados escombros del paganismo asolado. Los Césares envidiosos, se conjuran para destruirle y al mismo tiempo se le ve sentado en el trono de los Césares. Si se pregunta, como salió vencedor el Cristianismo contra un poder tan altamente grande se dirá: Fué presentando el pe-

cho á la penetrante espada, y á las pesadas cadenas, las manos inermes. ¿Pero cómo prevaleció victorioso contra tan desenfrenado furor? Entregándose sin resistencia en poder de sus enemigos encarnizados.

Los primeros asaltos que debió sostener, fueron los de una violencia ciega. Sin duda, Dios lo disponia de este modo, porque sabia, que el espectáculo de la constancia y del ánimo de los mártires era quien debia por sí solo admirar y convencer á los hombres, tan dominados por los sentidos.

Ademas, el Cristianismo tan recién nacido, apenas podia disipar las nubes aglomeradas sobre el espíritu del hombre, y menos aun familiarizarle con las elevadas consideraciones de una metafísica severa, y de una teología, toda del espíritu. Esta doctrina, demasiado superior á las ideas de los paganos, ideas á que se hallaban habituados, y por lo tanto, que les impedian comprenderla en su totalidad, así como el penetrarla hasta

su fondo, no podia ser para ellos materia de la que pudiesen hacer un rigido exámen, ni una discusion metódica. Era indispensable que el Cristianismo se rectificase por grados, que ilustrára la razon del hombre, para que se hiciese capaz de combatir, sin envilecerse hasta el extremo, por la ineptitud de sus sofismas. Es innegable, que Celso suscitó cuestiones de grande importancia. En los fragmentos que de sus escritos conservamos, hay, en medio de una multitud de opiniones absurdas, y de pensamientos extravagantes, un gérmen de argumentos contra el fundamento de la fe, que reprodujo despues Rousseau con mas destreza. Pero la inmensa superioridad de este, las sublimes ideas de Dios, de su providencia y su justicia; de nuestra naturaleza, nuestros deberes y destinos, que el autor del Emilio mezcla con sus errores, (siendo como efectivamente son tales ideas, desconocidas á los antiguos, pues que son

enteramente cristianas,) demuestran la mucho que el Cristianismo hizo progresar al espíritu humano, con respecto al sofista ginebrino durante los siglos que separan á los primeros adversarios, declarados contra nuestra doctrina. Así es que, dificultades y soluciones, luz y obscuridad, todo está previsto, dispuesto anticipadamente con sabiduría profunda; todo se desenvuelve progresivamente, y al tiempo preciso en que conviene que se desenvuelva, y siempre, para que sea el triunfo de la verdad tanto mas glorioso, quanto que parecia mas difícil.

Segun que la inteligencia se perfecciona, y extiende, meditando las verdades intelectuales, enseñadas por la Religion á sus hijos, en el estado de la infancia, lo mismo que á los hombres del talento mas grande, ella patroniza la causa de las pasiones, se declara su aliada, y probando sus fuerzas contra las verdades que se las infundieron,

se disputa á sí misma el pan que le da la vida. Entonces las verdades nuevas, atacadas igualmente y en seguida, acuden á la defensa de aquellas que una razon hostil puso en peligro. Cada dogma es el motivo de una heregia particular, porque cada uno de ellos debe probarse para establecerse. Multiplicanse las pruebas, á causa de las objeciones, y el Cristianismo se descubre por entero<sup>(\*)</sup>.

Pero la persecucion de los sentidos sucede á la de los sofismas; queda intacta la fe y sin embargo se depravan las costumbres. Estos cristianos tan austeros, seducidos por el deleite, se dan á desórdenes, cuyos nombres jamás debieron haber sabido. La licencia se avanza hasta el santuario; el altar y el sacrificio están profanados por manos indignas. ¿Qué podrá venir á ser el Cristianismo, profanado de este modo? De repente un principio vivificante, excita en esta ma-

<sup>(\*)</sup> *Improbatio quippe hæreticorum facit eminere, quid Ecclesia sentiat, et quid habeat sana doctrina. S. AUG., Conf., lib. VII. cap. 19, n. 2.*

sa corrompida una saludable fermentacion; todo se cambia, todo se renueva; apóstoles, inflamados de un celo divino, hacen correr lágrimas de penitencia; el orden renace con la santa disciplina, por todas partes se levantan y reflorecen las desfallecidas virtudes; los prodigios de caridad, los milagros de amor pasman de nuevo la tierra consolada, el espíritu triunfó segunda vez de la carne, y vuelve la Iglesia á encontrar sus hijos.

No hay que gloriarse, sin embargo, de que sea durable esta paz; apenas algunas treguas, efectos del cansancio, interrumpen el combate del error contra la verdad, cuyo poder no alcanzaba á destruir efectivamente la fuerza opuesta por la voluntad pervertida. En el seno mismo de la luz el hombre es libre; no porque pueda equivocarse, sino porque puede rebelarse; no porque pueda dejar de ver, sino porque puede negar lo mismo que ve; libertad fatal,

que puesta en uso con frecuencia, viene á ser para el hombre pensador, la prueba menos equívoca del vicio original de nuestra naturaleza, y todo reunido la explicacion de las pruebas, á que han sometido la Religion desde su origen. Agitada sin cesar por alguna tempestad llega como el hombre á su destino, que es el de no gozar jamás aquí bajo de un descanso verdadero. El orgullo, la licencia, la avaricia, todas las pasiones, reunidas contra ella, á cada paso le suscitan nuevas guerras, que le preparan nuevos triunfos; ¡Fuerza pasmosa de la sociedad cristiana! La heregía, ya flexible, ya insolente toma todas las formas, se cubre con todas las máscaras, se deja ver en todos sentidos para combatir sus dogmas, y la Iglesia, constantemente invariable por su doctrina ve rendir el último aliento á las sectas todas, una en pos de otra, y á sus mismos pies; el espíritu de independencía, ó de ambición por dominar, excita en su propio seno divisiones, acompaña-

das muchas veces de cismas lastimosos; pero al momento, de sus entrañas destrozadas, y siempre fecundas, salen de tropel nuevos hijos, que la consuelan en la pérdida de los otros: príncipes envidiosos atentan contra sus leyes, y trabajan, por confundir su divina gerarquía; mas á pesar de sus violencias y astucias, su gobierno, consolidado por los mismos golpes que debían derribarle, subsiste inalterable, y se perpetua de siglo en siglo, en medio de los trastornos y ruinas de los gobiernos humanos: tal como los antiguos monumentos del Egipto, cuando el Arabe vagamundo que, plantó su tienda al abrigo de aquella masa inmóvil, y que se resuelve á partir la mañana siguiente, afanándose por destruirla, dislocando algunas piedras, desaparece después entre las vastas soledades, fastidiado de lo infructuoso de su trabajo.

Pero ahora se verán el Cristianismo y el mundo moral atacados por su misma base. Se ha reco-

nocido que la Iglesia y todos sus dogmas reposan sobre la autoridad, como sobre una roca inexpugnable. Los sectarios entonces, divididos en todo, se coligan para minar el fundamento de todas las verdades. En el primer momento es el grito de guerra: *La reforma*; luego lo será la filosofía. Oyelos y te dirán que ya vienen á librar la tierra de los abusos introducidos por el tiempo, ú las pasiones, y á curar al espíritu humano de las preocupaciones que le obscurecen. Armados, bajo un pretexto tan seductor, multiplican sin término las destrucciones; la supremacia del gefe de la Iglesia, el obispado, el órden pastoral, los sacramentos, el culto y sus santas pompas, nada se libra de la osadía de su celo reformador. Mutilando á porfia la fe, y apresurándose de cierto modo, para librarse del tormento de creer y obedecer, proclaman con rapidez en sus efimeros simbolos, la total abolicion de todos los dogmas religiosos y sociales. Luteranos, Soci-

nianos, Deistas, Ateistas, con diversos nombres que indican las formas sucesivas de una misma doctrina, prosiguen con una perseverancia infatigable su plan de ataque contra la autoridad. Niegan los misterios del Cristianismo; niegan su moral; niegan á su Autor; «niegan á Dios, se niegan á sí mismos. Aquí dá fin la razon humana.<sup>(1)</sup>»

Yo no he diseñado al presente mas que el delirio de sus opiniones; pero su loca rabia, ¿quién la pintará? ¿Quién contará sus esfuerzos impios y sus negras maquinaciones? ¡Insensatos! En vano atacan una Religion, contra la que no es dado al hombre prevalecer: ella levanta su cabeza coronada de resplandores, mientras que ellos precipitados de abismo en abismo, corriendo por todos los grados del error, sin poder fijarse en alguno, agobiados bajo el peso vengador de las verdades de que blasfeman, caen, se abis-

(1) *Ensayo analítico sobre las leyes del orden social*, por M. de Bonald.

man en el tenebroso golfo de la indiferencia, dó el crimen brutalmente tranquilo, se duerme entre los brazos del deleite, postrado ante el idolo espantoso de la nada.

Tal es el término deplorable, á que necesariamente conduce toda filosofia sin regla, que, en lugar de dejarse conducir por un guía superior, que es la razon divina en sí misma, se esfuerza en substituirle la razon humana, haciéndola base de la fe, y acabando por no creer nada, por negarlo todo; porque nada puede comprender, y nada quiere hacer.

Uno de aquellos hombres que ven á lo lejos; porque saben elevarse hasta grande altura, Bossuet, observando que ya se habian atacado sin éxito alguno, todos los dogmas, pronosticaba, hace mas de un siglo, lo que presenciamos cumplido. Espiritus débiles, que, testigos de los efectos, ocultais vuestra equivocacion en reconocer su verdadera causa, oíd las pala-

bras proféticas del orador cristiano. « Yo pre-  
 » veo que los libertinos, y los espíritus fuertes  
 » podrán desacreditarse, no por algun horror  
 » que se conciba á sus sentimientos; sino porque  
 » todo quedará en la indiferencia, excepto los  
 » placeres y los negocios (\*). » Lo habeis enten-  
 dido; mirad en torno de vosotros, y responded.  
 ¿ Qué percibís por todas partes mas que una  
 indiferencia profunda sobre los deberes y cre-  
 encias, y un amor desenfrenado á los place-  
 res, al oro, por cuyo medio nada hay difícil de  
 lograr? Todo se compra; porque todo se vende,  
 conciencia, honor, religion, opiniones, digni-  
 dades, poder, consideracion, y hasta el respeto  
 mismo; ¡ naufragio espantoso de todas las vir-  
 tudes!

La total extincion del sentido moral no con-  
 siente ni aun el interesarse por el error espe-  
 culativo; se le abandona por lo que es; lo mismo

(\*). Sermon para el segundo domingo del Advento.

sucede con la verdad, que nadie piensa en ella, ni se toma trabajo por buscarla: no pudiendo aniquilar el libro de la naturaleza, que se abre magníficamente y á vista de todos, se ha cuidado con esmero borrar el nombre de Dios, y, apresurándose á pasar las páginas que recuerdan al Criador, se leen con atencion las que nos enseñan las propiedades de los cuerpos, y los gozes que de ellos se pueden haber.

Nótese, con todo, qué camino tan largo ha sido forzoso andar, para llegar á los últimos excesos que acaban de trazarse. La razon orgullosa desalojada sucesivamente de todos los puestos que ocupaba, no queriendo ni aun conocer, sino aniquilar y crear segun sus caprichos y el interés de sus pasiones, se refugia ya en una, ya en otra ruina; siempre perseguida por la verdad, que, sin permitirle respirar, está continuamente apresurándola. Recha-

zada hasta los limites del mundo intelectual, no quedándole otro asilo que el ateismo, se precipita en él ciegamente, para esconder entre sus tinieblas, la humillacion de su derrota. En ellas comienza su nuevo suplicio; para asegurar este asilo comprado á tanta costa, es necesario destruir todavia mas: nada le queda por destruir sino á sí misma. ¿Qué hará ella pues en tan desesperada situacion? ¿Qué resolucion podrá tomar? Ella tiembla, pero no duda, el orgullo la enagena, y el sacrificio se consume.

Entonces la calma y el silencio de la muerte suceden á la fiebre y agitacion, tristes pero ciertos indicios de la vida. Nada de disputas, ya no se oyen quejas; se diria que hay una paz perfecta, si hay paz; pero es la paz lúgubre, paz dolorosa, paz, mil veces mas destructora que la guerra que le precedió.

Desengañada de sus mismos sueños; no atre-

viéndose á reproducir sus sofismas, tantas veces refutados, y no pudiendo tampoco inventar otros nuevos, pues que no hay mas que un número de objeciones posibles contra las mismas verdades; irritándose ya la filosofía á vista de su impotencia, debe cesar de discurrir, por mas que se crea tan cargada de razon. Ella no dice sino esto: Oid mis pruebas, yo no quiero escuchar las vuestras. Despues de varias é infructuosas tentativas, no habiendo podido abrir la menor brecha al Cristianismo, ella le declara indigno de sus ataques, y aun de su examen. Llegada ya la razon al fondo del abismo, desprecia, y demasiado escarmentada para no hacer frente á la evidencia que resultaria de una séria discusion, responde con frialdad á cuanto se le pueda decir: ¿Qué me importa todo eso? Y vuelve la espalda, sonriéndose con desprecio.

El ateísmo decia Leibnitz será la última de

las heregias, y en efecto, la indiferencia que va en pos de ella, no es una cosa que se pueda llamar doctrina, porque los sectarios legítimos del indiferentismo ni afirman cosa alguna ni niegan tampoco nada, y esto aun nollega á ser una verdadera duda; porque, siendo la duda una suspension entre dos probabilidades, supone un examen anticipado; es, si, una ignorancia por sistema, un sueño voluntario del alma, que apura sus fuerzas en resistir á sus mismos pensamientos, y en luchar contra recuerdos importunos; es un adormecimiento universal de las facultades morales, una privacion absoluta de ideas, en lo que el hombre debe tener mas interés de conocer. Tal es á lo menos lo que el discurso puede ofrecernos, sobre lo que no ofrece nada, que no sea vago, indeciso y negativo; tal es el monstruo inmundo y estéril, que se llama indiferencia. Todas las teorías filosóficas, todas las doctrinas de la impiedad se han refundido

y desaparecido ocultas en este sistema devastador, verdadera tumba del entendimiento humano á la que descende la inteligencia del hombre, sola, desnuda, tan abandonada del error como de la verdad; sepulcro vacío, donde ni aun huesos se ven.

De esta fatal disposicion, que casi ha venido á ser universal, ha resultado, lo que se llama tolerancia, nuevo género de persecucion y de prueba, última sin duda, que al Cristianismo le faltaba que sufrir (\*). En vano una filosofía hipócrita hace resonar á lo lejos las palabras seductoras, moderacion, indulgencia, apoyo mutuo de la paz; la pérfida miel de sus labios disfraza mal lo amargo de los sentimientos que alimenta su corazon. ¡Extraña moderacion en efecto, y to-

(\*) La que nos está vaticinada para el fin de los siglos será, en cierto modo, una guerra personal del hombre del pecado contra Dios, y el estado al que caminamos, es uno de los signos, en los que se reconocerá esta última guerra, anunciada por Jesu-Cristo: *Creeis vosotros, que cuando yo venga, hallé yo aun fe en la terra?* LUC, XVIII, 8.

lerancia aun mas extraña! Se ha dicho, que la sabiduría aconseja alguna vez tolerar por el momento ciertos errores; pero, tolerar la verdad, ¿qué es, sino una pretension insolente y sacrilega, una sediciosa protesta contra la soberanía que le pertenece en el mundo moral; una confesion implícita de la impotencia que hay para destruirla? ¡Quién habrá oido hablar antes de este siglo de luces, de tolerar la inmortalidad del alma, la vida futura, el castigo del crimen, y el premio de las virtudes; de tolerar á Dios! ¿A qué, pues, se reduce esta tolerancia? ¿Considerése el estado de la Religion: no se la proscribire, pero se la esclaviza, no degüellan á sus ministros, pero se los degrada, para encadenar mejor el ministerio. El envilecimiento es el arma con que se la combate. Prodigásele el desprecio, el abandono ultrajante, y aun la mas grande injuria prestándole una proteccion insultante. Algun dinero, envidiado por la avaricia que

lo da á la miseria que lo recibe; honores derisorios, trabas sin número, leyes opresivas, disgustos repetidos, y cadenas : he aqui los magníficos dones de que casi todos los gobiernos no se cansan de colmarla. Instruidos por la experiencia, ya no se atreven á ensayar el pasarse sin ellos, pero un sentimiento mas fuerte que la voz de la experiencia los conduce á demoler con una mano lo que con la otra edifican. Aun el interés, el interés por lo comun tan poderoso, no tiene bastante poder para obligarlos á disimular el odio secreto que les inspiran las creencias, que son su misma salvaguardia. Convencida la alta política de nuestros dias, bien á su pesar, de la necesidad de unir la tierra al cielo, y el hombre á su Autor, va en busca del Ser soberano al fondo del santuario, donde se le adora, le viste de retazos de púrpura, y con un cetro de caña en la mano, una corona de espinas, le pone de manifiesto al pueblo diciendo : ¡Ve ahí tu Dios!

¿Se debe admirar, que la Religion humillada de este modo, y deshonrada no reciba mas que indiferencia? Despues de mil y ochocientos años de combates y de triunfos, el Cristianismo experimenta por fin la suerte misma que su fundador. Citado, para decirlo así, á comparecer, no ante un proconsul, sino delante del género humano entero, se le pregunta *¿Eres tú rey?* ¿Es verdad, segun se te acusa, que tú pretendes ser nuestro rey? *Tú mismo eres quien lo dice* responde él: sí, *yo soy rey* : yo reino sobre los entendimientos, iluminándolos; sobre los corazones, arreglando sus movimientos, y aun deseos; yo reino en la sociedad colmándola de beneficios. Estaba sepultado el mundo en las tinieblas del error, *yo he venido á traerle la verdad*; este es mi título : *el que ama la verdad me oye*. Pero ya esta palabra carece de sentido para una razon pervertida; es necesario explicársela : *¿Qué es VERDAD?* pregunta el juez, distraido y estúpido, y *se sale*, sin

esperar la respuesta: declara, que no halla por-  
que condenarle, y entrega al acusado con indi-  
ferencia á la multitud, para que le sirva de  
juguete, y poco despues de víctima (\*).

Este drama, profundo en su misma sencillez,  
como todo lo contenido en el Evangelio, pinta me-  
jor que los largos discursos este desfalleci-  
miento moral, esta especie de muerte intelectual,  
á que tocan los hombres y los pueblos, tan luego  
como no engañándolos ya el error é ilusiones,  
rehusan con obstinacion ceder á la fuerza convin-  
cente de la verdad. Tal exclamaba, pocos años  
ha, un orador elocuente, « Tal es hoy la llaga  
grande de la Iglesia, ó para servirnos de una  
expresion de los Libros santos su llaga deses-  
perada, *desperata est plaga ejus* (†) porque,  
¿qué podemos nosotros oponer á este estado de  
cosas? ¿Es posible resistir á la violencia y á la

(\*) JOANN., XVIII, 37, 38.

(†) MICH., I, 9.

« fuerza manifiesta, pero ¿qué puede oponerse á  
« estas armas invisibles que se ocultan á toda  
« especie de lucha, la negligencia y el desden;  
« y como desalojar á la impiedad de este último  
« puesto, donde, fatigada ya de los combates,  
« concluye con atrincherarse? Conocemos bien  
« el remedio de las enfermedades del cuerpo,  
« pero ¿quién descubrirá el conveniente á esta  
« epidémica enfermedad de los espíritus? Puede  
« saberse el modo de curar á un enfermo que  
« quiere curarse; pero el de aquel que no quiere,  
« y que ni aun sabe si está malo; el que á las  
« puertas mismas de la muerte, vive con la mis-  
« ma confianza y seguridad que si tuviera la sa-  
« lud mas perfecta; ¿por donde se le podrá tomar,  
« y cómo, ó quién podrá salvarle? Sabemos co-  
« mo refutar un error ó defender un dogma;  
« ¿cómo refutar, cómo instruir, cuando de todo  
« se duda, y cuando el desprecio de todos los  
« dogmas es el primero y el principal dogma?

« Conocemos el freno que puede ponerse al fanatismo religioso ; porque está en la Religion misma ; ¿ pero cómo detener al fanatismo filosófico ? ¿ Dónde se halla su contrapeso ? y cómo hacer entender la razon , á quienes no tienen otra regla de la verdad , que su propia razon , y que como los fariseos , locamente presuntuosos , de que habla san Juan nos dicen dogmática y friamente : Nosotros somos sabios ; porque somos sabios ; nosotros vemos , porque vemos , *quia videmus* (\*). En fin , podemos detener un torrente en su curso impetuoso ; pero las aguas cenagosas y estancadas de una corrupción razonada , que se complace en su reposo , y no tiene energía , sino para la intriga y codicia , ¿ quién podrá removerlas ? y ¿ quién otro mejor que Dios , por un singular milagro de su misericordia , puede sacarnos de este estado de indefinible torpeza , que á la

(\* JOANN., IX, 41.

« vez desconcierta las observaciones de los sabios , y los solícitos cuidados de los pastores ; y de esta consuncion y postracion moral contra las cuales nada pueden , ni la fuerza de la razon , ni la del cielo , ni la de las leyes y de las armas (\*) ? »

¡ O estolidez incomprendible de los hombres de nuestro tiempo ! Quanto mas penetrados se hallan , tanto mas se endurecen . Quanto mayores son los esfuerzos de la verdad para atraerlos á sí , mas indiferentes se muestran para con ella . ¡ Mueran pues , si ellos lo quieren ! Mas quitémosles toda disculpa , pongamos de manifiesto su inconsecuencia y poca razon ; forzámoslos á que se avergüencen del ídolo á quien todo lo sacrifican , verdad , virtud , y aun vida .

Conseguiremos este fin , si demostramos que la indiferencia en materia de religion , preconizada como el último esfuerzo de la razon , y el

(\*) Carta pastoral del Obispo de Troyes , con motivo de su entrada en la diócesis .

don mas precioso de la filosofia , es tan absurda en sus principios , como funesta en sus efectos. Esperamos pues hacer tan evidentes estas dos proposiciones , que hasta los mismos que conserven el triste valor de negarlas , no intentarán ni tampoco el combatir las con las armas del discurso.

Nada , desde luego hay mas absurdo que la indiferencia ; porque no puede fundarse sino sobre uno de estos dos principios : que no nos interesa el asegurarnos de la verdad de la Religion , ó que es imposible descubrir la verdad que nos importa conocer : estos principios son igualmente falsos y absurdos ; lo probaremos , y además harémos ver que hay , para todos los hombres en general y para cada uno en particular , un medio seguro , fácil , é infalible de convencerse de la necesidad de la Religion , y de discernir la verdadera.

Nada , en segundo lugar es mas funesto que la indiferencia , porque ella conduce á todas las

calamidades , como á todos los crímenes , á causa de que enerva y destruye insensiblemente todas las facultades morales , y por ser incompatible con el orden y la existencia misma de la sociedad.

Y para quitar así tanto á la ignorancia , como á la pereza hasta el mas leve pretexto de tranquilizarse en este lamentable estado , dejaremos á parte , muy de propósito , toda discusion que supone conocimientos extraños al comun de los hombres ; de modo , que baste un talento , el mas comun , para que pueda leerse con fruto este libro.

Puede ser , que algunas almas débiles , algunos espíritus ligeros , y no pervertidos del todo , despues de haberse dejado arrastrar por esto , que llaman *el movimiento del siglo* , impelidos , y con razon , por el espanto , á vista del abismo hácia donde corren ; se decidan á examinar con seriedad lo que despreciaron hasta el pre-

sente, sin conocerlo. Esto es todo lo que les pedimos. No les decimos : Creednos ; sino examinad.

Aunque nuestro intento no exige demostremos la verdad del Cristianismo, ofreceremos no obstante pruebas bastantes de ella, para convencer á los incrédulos de buena fe. Acaso sacarán de esto una instruccion mas útil, que de una refutacion directa de sus errores; pero sin duda hallarán bastantes motivos que justifican y mandan imperiosamente el examen que les pedimos emprendan ; ojalá , que puedan resolverse por la gloria de la verdad, y por su propia felicidad. Por mas que se trate de persuadirse lo contrario, estas dos cosas son inseparables : no hay felicidad , sino en el seno de la verdad , porque solo allí hay descanso : el error embriaga, la indiferencia alarga ; pero ninguna de las dos llena el vacio del corazon. Lo repetimos, nuestro único deseo es que se examine de buena fe ; no nos hemos pro-

puesto lograr mas que esto, y si lo llegamos à conseguir de un solo hombre, daremos por muy bien pagado nuestro trabajo.



## ENSAYO

SOBRE

# LA INDIFERENCIA

EN MATERIA DE RELIGION.

### PARTE PRIMERA.

REFUTACION DE LOS DIFERENTES SISTEMAS DE  
INDIFERENCIA.

### CAPITULO PRIMERO.

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA INDIFERENCIA RELIGIOSA.  
EXPOSICION DE TRES SISTEMAS, A QUE SE REDUCE  
LA INDIFERENCIA DOGMATICA.

El espíritu humano tiene sus épocas de sabiduría y de vahido, de grandeza y decadencia, lo mismo que la sociedad; y la sociedad misma no cede á estas revoluciones, sino en cuanto ellas son naturales al espíritu humano, de cuyos

destinos participa sin variedad alguna. Esta verdad, que, uniendo la moral á la legislación, establece las teorías políticas sobre una base fija, no se habia ocultado al talento penetrante de Pascal. Nadie ha conocido mejor que él la fuerza y poder de la opinión, que él mismo llama *la reina del mundo*, y se concebirá, que no dice nada de mas, internándose un poco en su pensamiento, y si se entiende por opinión las doctrinas dominantes. Su imperio sobre los hombres ya es absoluto; aunque algunas veces no venga á ser aparente sino despues de largo tiempo; y esto es lo que hace que se engañen los observadores superficiales, incapaces de comprender, por un solo acto del entendimiento, un vasto conjunto de relaciones, y de liar á largas distancias lo presente y lo pasado. Se les presentan hechos, cuyas causas buscan demasiado cerca de los hechos mismos; espectadores de las tempestades que agitan la sociedad, por el flujo y reflujo de los acontecimientos de que se compone su historia, explican cada ola por la otra, que la impele mas de cerca, en lugar de remontar, desde luego, al primer impulso que las mueve todas. Por

esto se atribuyó seriamente la Reforma del siglo diez y seis á la envidia de un fraile, y la revolución francesa al *deficit* de algunos millones en hacienda.

Es necesario decirlo, porque nunca se sabrá bastante, las costumbres, la literatura, las constituciones, las leyes, la felicidad de los Estados, y sus desgracias, la civilización y la barbarie, y aquellas horribles crisis, que arrebatan á los pueblos, ó que los renuevan, segun lo mas y menos que les queda de vida; todo, todo procede de las doctrinas.

El hombre no obra, sino porque cree, y los hombres en masa obran siempre de conformidad con lo que creen; porque las pasiones de la multitud se determinan por sí mismas, segun las creencias. Si la creencia es pura y verdadera, la tendencia general de las acciones es recta, y en armonía con el orden: si ella es errónea, las acciones se depravan, porque el error vicia y la verdad perfecciona. Esto se conoció muy bien al principio del Cristianismo, cuando la religion de los sentidos, y la religion del espíritu subsistian á la par en la misma sociedad, los ojos podian

comparar á todo instante sus efectos, al tiempo mismo que la razon comparaba sus doctrinas.

Siguese de aqui lo primero, que, con respecto á la sociedad, no hay doctrina indiferente en religion, en moral, en politica: lo segundo, que la indiferencia considerada como un estado permanente del alma, es diametralmente opuesta á la naturaleza del hombre, y destructiva de su ser.

Decimos, que, cuanto á la sociedad, no hay doctrina indiferente; y es extraño que haya necesidad de probarlo en un siglo de luces, para que se persuadan los pueblos cristianos; siendo un principio tan evidente, como que de él habian formado los pueblos paganos una de las primeras máximas de su politica. Ellos conocian, que la estabilidad de los Estados dependia de la de las creencias. Véase, pues, como, sobre todo en la época de su mayor fuerza real, y de su gloria mas pura, se muestran mas celosos de la conservacion de sus doctrinas establecidas. Se sabe el juramento que hacian los jóvenes de Atenas en el Templo de Agraulo: «Juro pelear hasta el último suspiro por el interes de la Religion

« y de la patria; y permaneceré siempre unido á la fe de mis padres ». Caton no temía tanto la introduccion de la filosofia de los Griegos en su patria, sino porque preveía que, aprendiendo los Romanos á disputar sobre todo, acabarian por no creer nada. El suceso justificó plenamente sus temores. Desterrados muchas veces de Roma, triunfaron al fin los filósofos de la resistencia de las leyes, de la sabiduria del Senado, y aun de los destinos de la ciudad eterna. Algunos senadores, armados de dudas, hicieron lo que no pudieron hacer las fuerzas del mundo entero; vencieron con sus opiniones á esta república soberbia, que habia subyugado la tierra, y es un hecho digno de consideracion la mas seria, que todos los imperios, cuya historia nos es conocida, y que se hallaban apoyados con toda firmeza sobre el tiempo y la prudencia, han sido destruidos por los sofistas.

Los grandes cambios en el orden político producen á la par los de las opiniones; y el secreto

« Habia en Atenas una ley, por la que se castigaba con severidad y sin remision una sola palabra proferida contra la Religion. Joseph. contr. Appion.

de remover los pueblos no es mas que el arte de persuadirlos. Cuanto mas viva es la tal persuasion, mas poderosa es la accion que resulta. Mahoma persuade á ciertos Arabes, que su espada debe someter el mundo al Coran; y en menos de un siglo, la media luna se enarbola desde la ribera del Eufrates hasta la del Ebro. Lutero y sus discipulos persuaden á una parte de la Europa, que la soberania reside en el pueblo, y bien pronto la sangre de los reyes corrió sobre los cadalsos. La lógica de las naciones siempre rigorosa, viene á ser terrible por ser tal, cuando están imbuidos en algunas máximas falsas. Un individuo puede retroceder á vista de las consecuencias; la sociedad, jamás. Algo mas fuerte, que el horror de su destruccion le arrastra; y aun en el acto de perecer, obedece á la ley general, conservadora de los seres intelectivos, á esta razon inmutable, universal, que forma, para decirlo asi, el cimiento de todos los talentos, y cuya rectitud inflexible aplicada al error ó á la verdad, nada es capaz de conmovér.

Hay, pues, necesariamente en toda doctrina,

ó verdad, ó error; con que toda doctrina influye ó para bien ó para mal en la sociedad; luego no existe para la sociedad doctrina indiferente, á menos, que no se sostenga, que el vicio y la virtud, el orden y el desorden son cosas indiferentes. Esto se ha defendido en efecto, y yo no veo nada que pruebe mejor la existencia de esta ley en cuestion, y que haga deducir consecuencias las mas extremadas; porque cuesta menos al orgullo el confesarlas, y algunas veces á la conciencia el practicarlas, que á la razon el negarlas.

En los siglos, llamados bárbaros, el Cristianismo habia afirmado y templado el poder, santificado la obediencia, establecido las verdaderas relaciones sociales, purificado las costumbres, y aun muchas veces suplido por las leyes. Él habia esparcido por toda Europa instituciones admirables, que llenando el vacío, siempre inmenso de las instituciones políticas, ligaban á la sociedad ó al Estado, por la dulce influencia de una caridad pródiga en beneficios, la clase de los innumerables infelices. Gracias al imperio que ejercia en sus ideas, y mas todavia en los

corazones, vino á ser el hombre por este medio un hombre, sagrado para el hombre mismo. Hubo sin duda pasiones, y de consiguiente crímenes; pero la Religión hizo resultasen de estos mismos nuevas virtudes, efectos del arrepentimiento. Sujetos á la regla invariable de los deberes, las acciones y los pensamientos caminaban á la par hácia el bien general; y este es el rasgo característico de aquella época. Era uno poderoso para el débil, rico para el pobre. En lugar de soñar un estado perfecto de cosas, se dejaba estar el órden existente, para que poco á poco fuese perfeccionándose por sí mismo, y cada uno en su esfera se aplicaba á remediar el mal que le daba en ojos. De allí procedían, además de las liberalidades del momento, tantos establecimientos durables, levantados en favor de la indigencia, y que se veían fundar en las ciudades y en los campos, y esto á cada paso; aun en los caminos públicos, como otros tantos arcos triunfales de la caridad. Nadie se contentaba entonces con dar un pedazo de pan á un infeliz, ni se pensaba haber cumplido los deberes de la caridad con esto solo; se sabia que un ser

sensible é inteligente *no vive de solo pan* y que las mas penosas angustias no son las angustias físicas. Una doctrina eminentemente espiritual y compasiva engendró una nueva especie de conmiseracion sublime, ocupada sin descanso en recoger las inteligencias abandonadas, en administrarles con medida un alimento saludable. No menos noble en sus resoluciones, que inagotable en recursos, la compasion no se extendia únicamente á las necesidades del cuerpo. Las almas enfermas, los corazones afligidos tuvieron tambien sus hospicios; y las creencias establecidas obrando á la vez sobre los gobiernos y sobre las naciones, formaron una sociedad gobernada por un poder infinito de amor. Es inútil observar, que, contrayendo la influencia de la Religión á los destinos del género humano en aquella época, yo considero únicamente sus efectos generales permanentes y uniformes en todos los países; aunque sin embargo, ignoro en cuantas circunstancias la felicidad

*Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo, quod procedit de ore Dei. MATTH., IV. 4.*

pública se ha perturbado, ya por las pasiones particulares, ya por las opiniones mas ó menos opuestas á las doctrinas recibidas; y bajo este concepto, la mayor parte de las calamidades, de que la historia de este periodo nos conserva recuerdo, comprueba particularmente lo que llevo dicho del poder absoluto de las creencias sobre la masa de los hombres; porque entre estas calamidades, todas las que pueden atribuirse al pueblo, ó á una parte de él, tuvieron por causa algun error religioso, ú político, en que la multitud estaba embebida.

Sin embargo, á pesar de los desórdenes parciales y de ligeras distracciones, la Europa se adelantaba á la perfeccion, donde el Cristianismo llama no solo á los pueblos, sino á los individuos, luego que la Religion, viene de repente á detener los progresos, y á precipitarla en un abismo, donde ella misma se sume cada dia, y cuyo fondo no nos es dado conocer hasta el presente. ¿Cómo se obró esta revolucion? Por un cambio total que se hizo en las doctrinas. Al principio que era la autoridad, base necesaria de la fe religiosa y social, se substituyó el prin-

cipio del exámen, es decir, que se puso la razon humana en el sitio que ocupaba la razon divina, ó sea el hombre en el lugar de Dios. El hombre entonces se transformó en enemigo del hombre, porque, soberano de derecho en el orden político, así como en el religioso, cada uno pretendió el imperio de hecho, y quiso establecer el reinado de su propia razon, y poder particular: pretension absurda, pero consiguiente, y que debia conducir, sin poder menos, á la esclavitud política, y á la anarquía religiosa, que no es en realidad, mas que la esclavitud á todos los errores. Ella fué la causa de todas las guerras furiosas, que ensangrentaron la Alemania, la Boemia, la Francia, la Inglaterra, los Países-Bajos. El espíritu de independenciancia, ó el espíritu de dominacion, porque bajo diversos aspectos no es sino este último en el fondo, pasó de las opiniones á las costumbres. Habiéndose negado la autoridad, se sacudió el yugo de la obediencia, y cada nueva negacion condujo á una destruccion nueva. Negando el sacrificio, se negaba el culto, se le destruia; y negando el libre albedrio, la vida futura, se destruian los

deberes; y negando finalmente á Dios, se destruía todo, á saber: las leyes, la sociedad y al hombre mismo.

Después de una experiencia tan positiva, creo no se pensará dudar la extremada influencia sobre las doctrinas en la sociedad, ni suponer, que estas puedan serle indiferentes. Mas ya que no se quiera creer á la experiencia, por lo menos se deberá creer á la filosofía. ¿No se autorizaba ella antes, cuando trataba de propagar sus errores á que daba el nombre de verdades, en la inseparable, en la íntima relacion que hay entre las creencias y las acciones, entre la felicidad ó la desgracia del género humano y las opiniones regnantes? Ella no ha cesado por espacio de cincuenta años de repetirnos esta máxima; y las pruebas con que recientemente ha tenido á bien apoyarla, han dado de ello la demostracion evidente, aun para los mas ciegos.

Bastaria saber, que no hay doctrina alguna indiferente con relacion á la sociedad, para deducir que la indiferencia es opuesta á la naturaleza del hombre, que es por esencia sociable. Sin insistir, desde luego, en esta conse-

cuencia, cuya legitimidad acaso no será universalmente conocida, tratemos de llegar á esta verdad por otro camino.

La indiferencia absoluta puede definirse así: « La extincion de todo amor y de todo odio en el corazon, á causa de la carencia de juicio, y de toda creencia en el entendimiento. » Ahora juzgar, creer, amar, aborrecer son actos inherentes á la naturaleza de los seres inteligentes. Este es su esencial modo de existir; y despojarles de ello, seria reducirlos á la nada. Quitando el deseo ó el amor, se destruirá la voluntad; quitando la conviccion, ó la fe (y yo entiendo por fe la tranquilidad del entendimiento sobre una verdad real, ó tenida por tal) se destruye el entendimiento; porque ser inteligente consiste en juzgar, pronunciar sobre qué hay bien ó mal, verdad ó error en los objetos ó en las ideas que se presentan al mismo entendimiento para que los considere. Puede muy bien engañarse nuestra razon, como que es finita, ó limitada, es decir imperfecta, y porque mil causas extrañas pueden concurrir á perturbarla: juzga ella mal; porque no ve mas que parte de lo que

seria necesario viese, para juzgar con rectitud; ó si ve todo lo que necesita, solo es por entre nubes que lo confunden; pero, á pesar de todo esto, sea que vea poco, sea que vea el todo, pero confusamente, nunca queda en estado de indiferencia; porque ella juzga efectiva y necesariamente, ó de lo que percibe, ó de lo que cree percibir.

Es verdad, que, cuando libres de toda preocupacion, reconocemos que no estamos bastante instruidos en una materia, tenemos facultad de suspender el juicio; pero esta misma suspension es un juicio de otra especie; pues es una declaracion de una verdad claramente percibida, cual es, que se ignora voluntaria ó involuntariamente. En este caso viene á ser la indiferencia no solo posible, mas inevitable, porque ¿cómo amar ó aborrecer lo que no se conoce? Mas entretanto, no es esa tal indiferencia sino relativa y parcial; y dista mucho de la indiferencia absoluta, que es la destruccion del entendimiento; aquella es el efecto afflictivo, ya por su capacidad naturalmente limitada, ya por los límites que le prescribe una

voluntad debil ó corrompida; y en este caso la indiferencia, bajo ese último concepto, entra otra vez en el dominio de la moral; porque ya que depende de nosotros el saber ó conocer, puede venir á ser un crimen, y un crimen grande, el quedar en la indiferencia.

Por lo demas la indiferencia, cualquiera que sea, jamás ha sido útil, sino para humillar, pues que siempre es un resultado del defecto de luces, ó de la imperfeccion del entendimiento. ¿Qué gloria podria sacar una criatura racional de una ignorancia que la degrada? Supóngase, que esta ignorancia va sin cesar en aumento, la indiferencia crecerá en proporcion, y se llegará al mismo tiempo á la indiferencia completa, que al idiotismo absoluto.

Para que fuese indiferente el hombre en lo que él conoce, debería tener en sí mismo algo de indiferente; «ahora, pues, yo no temo afirmar», dice uno de nuestros mas profundos escritores «que no hay nada en este género, nada de indiferente, ni en la naturaleza, ni en las leyes, ni en las costumbres, ni en las ciencias, ni en las artes, ni con mucha

« mas causa en la Religion.... En todo hay verdadero y falso, bien y mal, orden y desorden: bien y mal moral, bien y mal filosófico, bien y mal político, bien y mal literario, oratorio, poético, etc., etc. Bien y mal en las leyes, como en las artes; en las costumbres, como en los modales; en los procederés, como en las opiniones; en la especulativa, como en la práctica ».

Así también el hombre no es indiferente en realidad, sino acerca de lo que ignora ó sobre lo que no existe con respecto á él; está en relación de amor ó de odio con todos los objetos de sus pensamientos, y se toma algunas veces mas interés por sus juicios, que por su vida misma \*. De aquí nace el deseo innato de hacer prevalecer nuestras opiniones, aun en las cosas mas frívolas; de aquí el encanto tanto mas vivo que causa el estudio, cuanto mas se cultiva y propaga el entendimiento; de aquí las con-

\* Sobre la tolerancia de las opiniones, por Bonald, *Spectateur français au dix-neuvième siècle*, tome 4, pag. 69, 71.

\* Toda opinión puede preferirse á la vida, que se ama tan fuerte como naturalmente. PASCAL.

troversias en todo género, sobre física, moral, teología y gramática; de aquí las sectas y las academias, las discordias públicas y los espectáculos, las pasiones que estremecen las sociedades, y las virtudes que las conservan; de aquí, en fin, el espíritu de proselitismo tan ridículamente atribuido á los cristianos, y que se observa por todas partes, donde se halla la persuasión, sea cual fuere; en las conversaciones como en los púlpitos; en la política, como en las letras; en las ciencias como en las costumbres; en la filosofía como en la Religion; con esta sola diferencia, que en la Religion es mas durable y mas noble; porque incluye en sí mas verdades, y verdades mas importantes.

Háblese al campesino, ocupado en labrar la tierra, de las leyes de la atracción, que la mantienen en su órbita; tales discursos, incomprendibles para él, le dejarán indiferente acerca de las leyes de que se le habla, y que él ignora. Es muy necesario é interesante, que estas leyes no sean indiferentes, porque de ellas pende el orden del universo; pero no serán indiferentes para un astrónomo, que demuestra su existencia; que

por medio de ellas calcula los fenómenos celestes, y que no se cansa de contemplar en ellos la regularidad, y su fecundidad maravillosa.

Con que viene á estrecharse el dominio de la indiferencia, segun que la inteligencia se desenvuelve. Dios no es indiferente acerca de cosa alguna; porque él lo conoce todo; la materia es indiferente acerca de todo, porque ella no conoce nada. El hombre, puesto entre dos extremos, está mas ó menos indiferente, segun lo mas ó menos que él conoce ó ignora, es decir: segun que él se acerca á los seres puramente materiales, segun que se acerca al sumo Ser inteligente: de donde nace que el materialismo conduce al indiferentismo práctico, y de allí al embrutecimiento; en tanto que la Religion, elevando el hombre á Dios, familiarizándole con sus mas altos pensamientos, y las doctrinas mas espirituales, perfecciona hasta lo infinito su inteligencia\* y no le permite ser indiferente sobre nada de lo que le interesa esencialmente.

\* Es claro que se trata únicamente de la verdadera Religion. Las otras no son mas que *opiniones* que por lo mismo que son falsas son perniciosas.

Aqui es donde se necesita traer á la memoria nuestra primitiva degradacion, y el combate perpetuo de los sentidos contra el espiritu, que es su verdadero efecto; para comprender como la Religion, en razon de la perfeccion que exige de nosotros, y de su misma perfeccion; viene á ser para muchos un objeto de odio, y despues, de indiferencia. Como en ella todo es una verdad rigorosa, no hay nada indiferente á sus ojos, ni cuanto al dogma, las costumbres, ó el culto. Ella no puede dejar al hombre en libertad de creer y de obrar á su voluntad, le obliga á someter su razon á la fe, sus inclinaciones á sus deberes, aun su cuerpo á las prácticas que ella le impone. Sujetando así la Religion al hombre entero, ella fatiga y desespera sus pasiones. Estas, nunca sumisas, aun cuando prestan obediencia, trabajan sin cesar por sacudir un yugo que llevan impacientes y murmurando. El orgullo, *padre de la mentira*, y eterno enemigo de la autoridad, sugiere al espiritu un tropel de sofismas, tanto mas seductores, cuanto que halagan los deseos ocultos del corazón. Muy cerca se está de dejar de reconocer como verdadero, lo mismo,

que se piensa tener interes en hallarlo falso. Las preocupaciones se afirman y extienden, el ejemplo arrastra, y casi siempre domina á pesar del hombre mismo, por el principio de la autoridad, que ataca cada uno sobre la conviccion fingida de otro. Tal es en compendio la historia de todas las rebeliones contra la verdad; se duda, porque otros dudan; se niega, porque otros niegan; y porque acomoda el negar y el dudar. Con todo eso al primer momento se conoce la necesidad de llenar el vacio que dejan los simbolos creidos, ya desechados; se quiere todavia creer, y esto necesariamente, porque la fe está en la naturaleza del hombre, y no se camina, sino por grados, á la incredulidad absoluta. Por lo mismo, se abrazan con ansia las apariencias de verdad que se presentan; y se adhiere á ellas con una obstinacion vehemente, como se asen tablas en un naufragio; y la ciega persuasion del error, produce el fanatismo de la conducta. Pero cada error no tiene mas que un tiempo, y este aun es muy corto, porque los errores no pueden fijar su morada en la razon humana; viven allí, si me atrevo á decirlo, como

en una tienda; porque se pasa siempre de un error á otro, hasta pasarlos y apurarlos todos. Entonces, mas antes que volver á buscar la verdad que se teme, se toman contra ella las armas de la ignorancia, de la distraccion y del olvido. Una voluntad perversa la destierra severa del entendimiento, se la trata como á los proscritos, á quienes no se podria convencer de criminales ante la ley, y á quienes un tirano envidioso hace, que vivos, desaparezcan de la sociedad.

Cuando llega un pueblo á este estado de indiferencia absoluta para con la verdad, está sin duda muy próximo su fin. Este es el signo menos equivoco de la decrepitud de las naciones. Considerada su apática negligencia se parecen á un viejo que perdió la memoria, que nada queda por destruirse en el sino algunos órganos gastados, cuyas causas naturales acaban de día en día de completar la descomposicion total y lastimosa. Objeto de compasion y desagrado, aun para los niños, á quienes un noble instinto impide reconocer al hombre, donde ellos no ven ya el pensamiento humano, vésele arrastrar torpemente

un resto de vida material; y, sin deseos ni recuerdos, sumirse poco á poco en la muerte.

Sin duda depende de los gobiernos precaver esta disolucion terrible; protegiendo contra los ataques de las pasiones las doctrinas vitales, manantiales del vigor y de la energía que se dejan ver en algunas sociedades. La autoridad lo puede todo, tanto para el bien, como para el mal; porque, para lo uno y lo otro, no se puede obrar sobre los pueblos, sino por medio de la autoridad; y la autoridad general, siendo lo que debe ser, prevalece siempre, y necesariamente sobre las autoridades particulares, en el caso que intentasen pervertir el orden, ya por la fuerza manifiesta, ya por las opiniones, medio mucho mas peligroso: y esta misma es la razon de la permanencia de la sociedad religiosa, cuya autoridad general, en virtud de la proteccion divina, está defendida de los errores y de las debilidades, á que se halla sujeta la autoridad en la sociedad política. Pero los gobiernos favorecen, á lo menos por su ejemplo, la licencia de los pensamientos, lejos de refrenarla cuando todavía era tiempo de atajar sus progresos. Ellos son los

primeros que dejan de creer, y la irreligion parte del mismo poder, ó de sus inmediaciones, para difundirse de unos en otros, hasta llegar á las últimas clases de la sociedad. El pueblo, mas adicto á sus creencias, porque tiene menos motivos para desear que sean falsas, resiste largo tiempo á la influencia de las clases superiores. El defiende con su conciencia su fe, atacada por el ingenio, y la rodea en el fondo de su corazon con una barrera sagrada, que forman sus consuelos y sus esperanzas. Mas cuando el pueblo sucumbe una vez, cuando á fuerza de corromperle se han mudado sus intereses; cuando los vicios mas hediondos son ya, como sus costumbres, sin que el remordimiento turbe su sueño; cuando los premios y las penas de otra vida no le parecen mas que ilusiones pueriles; si ya ha perdido en su concepto la Religion sus terrores, y si ademas ignora los dogmas y los preceptos; cuando se sonrie de lástima al oír el nombre de Dios; entonces, me pregunto yo á mí mismo temblando, si hay un medio humano de atraer á un pueblo tal á la creencia de la verdad, y á la práctica de la virtud; me pregunto, si se pueden aun for-

mar hombres de estos seres degradados, y no me atrevo á decidir.

Es de advertir, que deben excluirse del número de los indiferentes reales, muchos de los que afectan esta desgraciada pretension; porque, para el que no sea ni estúpido, ni groseramente ignorante, no es tan fácil, como podría pensarse, el que sea indiferente sobre la Religion, que se halla en todas partes, á cada instante, en nosotros y fuera de nosotros; y que por do quiera forma nuestro tormento ó nuestro consuelo. Por esto la Religion no es indiferente á esta clase de filósofos, que esforzándose en otro tiempo por borrar hasta el nombre, demolieron sus templos y degollaron sus ministros. El odio, el odio implacable, tal es el sentimiento que anima á estos apóstoles de la impiedad, cuyo fanatismo sacrificaría la sociedad entera al triunfo de sus principios desastrosos. Por cierto, es necesario compadecerse de estos insensatos, sellar con la marca del horror sus máximas; pero no se debe intentar curarlos por el discurso: hay en ellos un exceso de delirio que impide toda discusion. No es á estos hombres exaltados,

á quienes se dirigen las reflexiones que siguen. La verdad para conocerse, requiere un espíritu mas en calma, y sobre todo un corazón susceptible, y aun franco á sus impresiones.

Existe una clase de indiferentes, que no tenemos intencion de combatir, quiero decir, la de aquellos Cristianos débiles, que, seducidos por los placeres, distraídos por los negocios, ó subyugados acaso por el respeto humano, se abandonan al torrente del siglo, alejan de sus pensamientos las verdades importunas, sin revocarlas á duda, y en su inconsecuencia no están ligados á la Religion sino por una fe estéril, y por un remordimiento desfallecido. ¿Qué se dirá á estos desafortunados? Ellos se condenan á sí mismos. Su razon no se rehusa á alguna confesion. No es allí, donde se asienta el mal. No necesitan que se les convenza, sino que se les conmueva, que sean justamente atemorizados de la suerte que les espera, seria necesario infundir temores en su conciencia adormecida, y despertarla al ruido formidable de las venganzas de Dios, cuya paciencia cansan, y atormentan la misericordia.

No es esta nuestra tarea. No intentamos en

este ensayo tratar, sino de los indiferentes sistemáticos, ó de los filósofos negligentes, quienes, á fuerza de haber oido repetir, que todas las religiones son indiferentes, las desprecian todas sin conocerlas, rehusan examinar si hay una verdadera; avergonzándose hasta aun de pensarlo, y que sobre la fe ciega de una preocupacion absurda, imaginan, consiste la suma sabiduria en no inquietarse del porvenir, vegetan en un olvido profundo del primer deber de una criatura racional, cual es el instruirse de su último fin, de su origen, y de sus destinos. Lo que uno mira como indiferente, parece algunas veces de un muy grande interés, segun el número de conocimientos y de luces de cada uno. Puédese asegurar, que la indiferencia verdadera es capaz de variar hasta lo infinito. Ella ofrece variaciones tantas y tan diversas, como hay no solo de individuos, sino de grados diferentes en el progreso de la inteligencia, diversidad de combinaciones, pensamientos y situaciones del alma en cada individuo.

Con todo eso la indiferencia, considerada no en los hombres, sino en las doctrinas, se reduce

á tres sistemas, entre los cuales, por necesidad, debe adoptarse uno, luego que se sale de la verdad católica; porque no se la puede atacar sin negar, ó la autoridad de la iglesia, la de Jesucristo ó la de Dios; tres grandes destrucciones, ó errores, que constituyen la heregia, el deísmo y el ateísmo.

Dividiremos, por tanto, en tres clases los indiferentes dogmáticos. La primera comprende, á los que no viendo en la Religion, mas que una institucion política, no la juzgan necesaria, sino para el pueblo. La segunda se forma de los que admiten la necesidad de una religion para todos los hombres; pero que desechan la revelacion. La tercera, en fin, debe ser la de indiferentes moderados, que reconocen la necesidad de una religion revelada, pero permiten negar las verdades que ella enseña, á excepcion de ciertos artículos fundamentales.

Despues de algunas reflexiones sobre cada uno de estos sistemas, que serán suficientes para manifestar cuanto tienen de inconsecuente y absurdo, haremos ver en el último análisis, que todas vienen á concretarse en un solo punto, que es la indiferencia absoluta hácia la verdad,

en materia de religion. Nos dedicaremos á combatir esta indiferencia monstruosa, destruyendo los principios sobre los que el discurso trata de establecerla, de modo que todos los indiferentes, sea cual fuere la modificacion con que juzguen á propósito presentar su indiferencia, se hallarán refutados á un tiempo; pues lo que se diga de esta doctrina lo probaremos aplicable á todos ellos.

Suplicamos á todos, á quienes se destina esta obra, se despojen al leerla del espíritu de disputa. ¿Para qué sería bueno engañarse á sí mismo? La verdad no se destruye obstinándose en desconocerla; ella siempre queda lo que es, y le lega su día tarde ó temprano. En este día inevitable, ya muy próximo á nosotros, la vanidad de haber despreciado la luz será un consuelo muy efímero. Recibámosla contentos, de cualquier parte que nos venga. Hagamos el honor debido al entendimiento que se nos ha dado, elevándole hasta la contemplacion de la verdad eterna, infinita. Nuestra perfeccion consiste en conocerla, y nuestra felicidad en amarla. Criados para ella y para la inmortalidad, reflexionemos, que muy

luego nós faltará la vida, y que nos faltará para siempre; levantemos mas alto nuestras miras, y considerándonos viageros por un momento en regiones extrangeras, no usemos de nuestro miserable orgullo en persuadirnos, que no tenemos patria.

## CAPITULO II.

LIBERE PLACERE  
VERITATIS

CONSIDERACIONES SOBRE EL PRIMER SISTEMA DE LA INDIFFERENCIA  
O SOBRE LA DOCTRINA DE LOS QUE, NO VIENDO EN LA  
RELIGION, MAS QUE UNA INSTITUCION POLITICA, NO  
LA CRREN NECESARIA SINO PARA EL PUEBLO.

La Religion se halla junto á la cuna de todos los pueblos, como se halla la filosofia cerca de su tumba. « No se fundó, « dice Rousseau » ningun estado, que no haya tenido la Religion « por base <sup>1</sup>. » Y cuando la filosofia ha querido

<sup>1</sup> *Contrato social*, libro IV, cap. VIII.

fundar un Estado sin religion, se ha visto forzada á darle ruinas por base; ha establecido el poder sobre el derecho de trastornarle, la propiedad sobre el despojo, la seguridad personal sobre los intereses sanguinarios de la multitud, las leyes sobre los caprichos. Este orden social filosófico ha existido algunos meses, durante los cuales, ha visto la Europa reunirse en su centro mas calamidades y excesos, de los que ofrece ella misma en la historia de mas de diez siglos precedentes; y si Dios no hubiera abreviado estos dias horribles, yo no sé si hubiera quedado un ser humano con vida, para recoger el fruto de la mas terrible leccion, que jamás asombró á la tierra.

Digan lo que quieran los sofistas, está probado de hecho, que no podría existir un pueblo ateo<sup>2</sup>; pues que la sola tentativa de substituir el ateismo á la Religion, ha reynuelto

<sup>2</sup> El ateo Diderot, apreciador no sospechoso de su propia doctrina, conviene en esto; y su confesion tiene tanto mas peso cuanto que está consignada en una correspondencia, que no estando destinada á la luz pública, debe manifestar más fielmente, que sus demás obras, los verdaderos sentimientos del autor.

de arriba abajo la sociedad en Francia. Aun tambien la opinion contraria, avanzada desde luego como una simple paradoja, por hombres de una imaginacion desarreglada, no ha podido venir á ser una creencia, sino para un corto número de insensatos, no menos desprovistos de luces, que llenos de orgullo, y tan profundamente perversos, que cada pensamiento era en ellos un crimen.

En todo tiempo se ha conocido que la Religion era el fundamento de los deberes, como á su vez los deberes son el único lazo de la sociedad. Nada puede suplir á la conciencia, que por si misma suple por todo. Se ha tenido á bien hablar á los hombres del bien público, del interes general; pero el interes particular será constantemente su único móvil; y el poder mismo de la Religion está, en que ella muestre á cada uno en particular un interes inmenso en

Véanse aquí sus propias palabras: «Se ha dicho alguna vez, que un pueblo cristiano, tal como debe ser, segun el espíritu del Evangelio, no podría subsistir. Esto sería mucho mas cierto de un pueblo filósofo, si fuera posible formar uno; hallaría su fin al salir de la cuna, en el vicio de su constitucion.» *Correspondencia de Grimm y Diderot, tom. 1.*

concurrir todos al bien general. No se necesita mas que un buen juicio para ver esto. Los antiguos legisladores no se descuidaron en este punto; en lugar de declamar locamente contra la Religion, se sirvieron de ella, para consolidar el edificio social: la establecieron en todas partes, en la familia, en los hogares, y en el Estado, como parte de la constitucion y del gobierno. Ellos hicieron descender del cielo las leyes, y dieron por la opinion un cierto caracter de divinidad á todos los acontecimientos de la vida humana, á todas las instituciones civiles, aun á los objetos inanimados, á los bosques, á los rios, á las piedras destinadas á separar las heredades; y, si bien se considera, se convendrá en que el paganismo multiplicó á lo infinito las divinidades, á causa de la necesidad infinita, que tiene el hombre de la divinidad.

Cuando se corrompieron las costumbres, cuando la razon comenzó á examinar con aversion sus creencias, fué sin duda muy facil reconocer la falsedad del politeismo; mas no era lo que habia de falso en la Religion lo opuesto á las inclinaciones del corazon, y por consecuen-

cia lo que excitaba su odio: tambien la filosofia, dejando á la idolatría en paz, dirigió principalmente sus ataques contra las verdades que importunaban á las pasiones; contra los principios de la moral, contra las penas y recompensas futuras, contra la inmortalidad del alma, y contra la existencia de Dios. La licencia protegida por esta filosofia, le atrajo muchos discipulos; pero, lejos de revocar á duda la necesidad política de la Religion, se penetraron tanto de ella, que la confundieron con las instituciones puramente políticas, y la creyeron una invencion del legislador. Bajo este título quedó ella exteriormente sagrada como las leyes, y aun el magistrado, imbuido en las máximas de Epicuro hubiera castigado con inflexible severidad, cualquier atentado contra el culto establecido.

Antes de examinar este sistema filosófico, conviene considerarle, para decirlo así, en accion entre los antiguos y entre los modernos. Este es el mas corto y el mas seguro camino, para formarse una idea cabal.

Se introdujo este sistema entre los Romanos, quando comenzaba á declinar la república; y el

origen de este mismo fué concausa de la decadencia de las virtudes públicas y privadas. Sin embargo, al principio penetró por entre los Grandes, siempre fácilmente seducidos por todo lo que lisonjea el amor propio, lo que tranquiliza las pasiones y alivia el tormento del fastidio: el pueblo estuvo mucho tiempo ageno de la nueva filosofia, y á esta época debe fijarse el cuadro que Gibbon trazó del estado religioso del imperio.

Los diferentes géneros de cultos, que prevalecian en el imperio romano, eran todos reputados por el pueblo, como igualmente verdaderos: por la filosofia como igualmente falsos; por el magistrado como igualmente útiles: y esta tolerancia produjo no solamente una indulgencia mutua, sino una verdadera conformidad en las religiones.

La supersticion popular estaba libre de toda mezcla de odio, de toda acrimonia teológica, ni tampoco estaba encadenada en el círculo de un sistema exclusivo. El devoto politeísta, aunque adherido á su culto, y al rito nacional, admitia con una fe implicita todas las religiones de la tierra.

« Los filósofos conservaban en sus escritos y conversaciones la independencía y la dignidad de su razón ; pero quanto á las acciones , se sujetaban á las reglas establecidas por las leyes y el uso. Mirando con una sonrisa lastimera é indulgente los errores del vulgo , practicaban con exactitud las ceremonias religiosas de sus antepasados , frecuentaban con devocion los templos de los Dioses ; uno de ellos mismos haciendo su papel en el teatro de la supersticion , ocultaba los sentimientos de un ateo bajo el vestido pontifical. Hubiera sido difícil el determinar á unos hombres que discurrían así , para que entrasen en disputas sobre los diferentes modos de creencia ó de culto. Les hubiera sido muy indiferente , que las locuras de la multitud tomáran esta ú otra forma , y ellos se aproximaban con el mismo desprecio interior , y el mismo respeto aparente á los altares de Júpiter de Libia , que al del Olimpo , como al del Capitolio . »

Sorprendería menos el gusto , con que el señor

*Historia de la decadencia y de la caída del imperio romano , tom. I. cap. 2.*

Gibbon pinta la incredulidad romana , si hubiera ignorado sus terribles efectos. Mas él sabia mejor que ninguno , que el desprecio interior de los filósofos , no solo por *el Júpiter de Libia* , y *el del Olimpo* , si tambien por toda otra divinidad , no tardó en propagarse entre los *devotos politeistas* , y que , á ejemplo de los Grandes , vino á ser indiferente en todo , excepto en el *placer* , y que la multitud se desprendió de tal modo de las *locuras* y de las *supersticiones antiguas* , que el imperio , privado del apoyo que le daba la Religion , se tartaleaba como un embriagado , y desapareció en el lodo donde le habian echado con ignominia los pueblos constantes en sus creencias y costumbres. Montesquieu no duda atribuir su caída á la filosofia de Epicuro ; cuyo resultado admira Gibbon con tanta franqueza . El no consideró que el cuadro que queria presentar lleno de atractivos , no es mas que una descripcion espantosa del vicio interior , que debia infalible-

\* Bolingbroke piensa sobre este punto absolutamente como Montesquieu. « El olvido y el desprecio de la Religion fueron , dice , la causa principal de los males que Roma experimentó despues. » La Religion y el Estado cayeron proporcionalmente. Tom. IV. pag. 428.

mente conducir á Roma á su propia ruina.

Si se considera con atencion el género humano, en la época en que comienza esta grande revolucion, no costará mucho trabajo descubrir entre el estrépito de los acontecimientos, las causas que la hicieron necesaria. El cuerpo social estaba débil, y el vigor aparente que siguió manifestando algun tiempo despues, consistia únicamente en que hasta la disciplina militar, se alteró enseguida como todo lo demas. El poder absoluto de los Emperadores pudo suplir por el momento á la falta de leyes, costumbres y Religión. Hubo, no sé que triste imitacion de orden; y prestaron obediencia porque no pudieron menos de temblar. La espada legionaria fué el cetro con que se gobernó á estos Romanos altivos que habian puesto cadenas al mundo entero, y como jamás se habia conocido una dominacion semejante, tampoco se vió jamás otra esclavitud como esta.

Comenzando desde el reinado de Tiberio, se dejan ver las almas en tal estado de depravacion, que aun hoy mismo choca; ó, mas bien, se advierte manifestarse una degradacion, ya existente, que no esperaba sino el primer ejemplo

y un indigno salario, para manifestarse en toda su plenitud, y tomar, en cierto modo, posesion solemne del oprobio. Dejábanse notar, sin embargo, aunque á lo lejos, ciertas virtudes raras en la sociedad; virtudes, parecidas á los fuegos nocturnos que se ven á las orillas del mar tempestuoso, por alumbrar al navegante, pero que parece no resplandecen, sino para hacer ver los naufragios que debian haber ellas mismas impedido. ¿Qué eran, pues, tales virtudes examinadas con calma, despues de todo lo que de ellas quiera decirse, sino la facilidad para alcanzar el valor de morir, digámoslo mejor, de substraerse á la fatiga de vivir? La fuerza de las almas elevadas á lo sumo consistia en la conformidad de rendirse bajo la carga de tales y tan calamitosos tiempos. Júzguese del pueblo entero por las excepciones.

El espíritu humano no sabia que hacerse; despojado de sus creencias, y aun de sus opiniones mismas, fluctuaba en un océano inmenso de incertitud y de dudas. Ya no habia paganismos, ni tampoco filosofía; como no se quiera dar este nombre á los juegos fútiles del

talento, con que algunos Romanos se divertian en sus tiempos de recreo, sentados en los jardines de su quinta, ó bajo los pórticos de sus palacios, sin que de todos estos discursos ingeniosos, pudiese deducirse una regla fija de la conducta, ni un principio directivo de la conciencia. Disertábase sobre los Dioses, para dudar si existian; sobre los deberes, para eludir el cumplirlos; sobre la muerte, para concluir que es necesario darse prisa para gozar de la vida; y todos se abandonaban con docilidad por encima de todo á la corriente del impetuoso rio, que se llevaba por junto los escombros del órden social, de los hombres, de las instituciones y del mismo imperio.

Con todo eso, á pesar de la indiferencia, y tal vez por esta misma indiferencia, el culto subsistió, pero era ya un culto vacío de fe, y por lo mismo sin efecto alguno. Continuábase en atestar por autoridad de los Dioses inmortales en la tribuna: nunca retóricos abundaron tanto en máximas, en pomposas sentencias de moral, y á pesar de esto la sociedad se debilitaba visiblemente; porque las frases no són creencias, y las declamaciones insignificantes no pueden ocupar el lu-

gar de las doctrinas sociales. La filosofía misma, aunque decidida á no reconocer en estas doctrinas mas que preocupaciones, no ha podido tambien menos de reconocer en nuestros dias que ellas son necesarias. « Los hombres necesitan tener preocupaciones, » dice uno de sus mas célebres sectarios, en una obra en que enseña el ateísmo; « sin ellas no hay resorte, no hay acción, todo se entorpece, todo muere. » Según esto la muerte de la sociedad, la muerte del género humano, seria el resultado de la victoria que la moderna sabiduría se propone alcanzar contra lo que llama ella preocupaciones. Esto lo sabemos ya nosotros; pero es muy gustoso el oírsele á él de su misma boca.

El Cristianismo, pues, halló el medio de fijar su imperio en este mismo estado de debilidad moral, resultado cierto de la privación de la verdad, y presagio de una próxima disolución; y para ello, le fué necesario superar los obstáculos de la indiferencia general, la resistencia de los magistrados resueltos á sostener el paganismo,

no ya como Religion, si como institucion del Estado. Este fué, sin duda, el motivo de haberse dictado tantos edictos sanguinarios. Tuvo en esto tan poca parte el fanatismo religioso, que se vieron al mismo tiempo unos perseguidores acerrimos de la Iglesia en las personas de Marco-Aurelio y de Trajano, tanto como en la del mismo Neron. Proscribieron á los Cristianos, como enemigos de las leyes, y es muy digno de notar, que la intolerancia politica es la mas bárbara é implacable; porque no la modera la Religion que ella defiende. En toda religion, aunque falsa, hay algo de generoso y favorable á la humanidad; la politica, por el contrario, no conoce la compasion, y siempre se deja ver serena y fria aun en medio de su atrocidad. Esto se ha visto en todas las épocas, y nada se parece mas á las persecuciones de los emperadores contra los primeros Cristianos, que la persecucion de Inglaterra contra los católicos, si se considera el asunto bajo este punto de vista. Pero trataremos esta materia en otra parte, porque merece particular atencion.

No hay mas que un solo medio de sacar á los

hombres de la indiferencia, en que los abismó el abuso de la razon; y es el domar esta razon altiva, forzándola á someterse á una autoridad tan elevada y magnífica, que no pueda desconocer en ella los derechos. Se la debe convencer de que hay una razon superior, regla invariable de lo verdadero, á la que debe subyugarse como al monarca supremo de todas las inteligencias; es necesario, en una palabra, que, reconociendo la soberania de Dios, se resuelva por una obediencia absoluta, que reteniéndola en su lugar, de donde nunca se puede separar sino para extraviarse, la impida el que ella misma se arrebatte la posesion de la verdad. He aquí, lo que hizo maravillosamente el Cristianismo. Anuncióse, desde luego, con todos los caracteres de la divinidad, y luego que probó su origen celeste, desterró todas las dudas, no dejando indecisa una sola verdad necesaria; y obligó á la razon humana á someterse á la divina, y á escuchar, silenciosa, con un pleno asenso, las sublimes lecciones que le dictaba. Adquiriendo el principio de accion ó la fe un grado de fuerza, proporcional con la infinita autoridad que la

enseñaba, se pudo decir al hombre: *Sé perfecto, como lo es el mismo Dios*. Se le pudo mandar todo; porque *todo es posible para el que cree*: y ciertamente, cualquiera que considere lo que era el género humano bajo Tiberio y sus sucesores, confesará la necesidad absoluta de un poder infinito; para substituir á las costumbres de estos siglos bárbaros la severa moral del evangelio, y á la filosofía escéptica su doctrina rigorosa, en oposicion á las máximas de disolucion, tan profundamente arraigadas en los corazones. Este milagro es aun mas grande á los ojos del que sabe mirarle, que el de la resurreccion de un muerto; pues, la palabra, que hace revivir un cadáver volviéndole á la vida de los sentidos, no es acaso tan maravillosa como la que reanima á un pueblo entero, volviéndole á la vida de la inteligencia.

Una constante fidelidad al principio fundamental de la religion cristiana preservó á la Europa, durante quince siglos, no de los escán-

*Omnia possibilia sunt credenti. MARC. IX, 22.*

dalos pasajeros del error, sino del mortífero letargo de la indiferencia. Solo se vió renacer en su seno esta terrible enfermedad, cuando la razon, rebelde á la autoridad suprema, hasta entonces su guia, se esforzó por recobrar la servil independencian, de que la habia rescatado el Cristianismo.

La Reforma, que manifestó muy luego una baja inclinacion, y una veneracion impia á los héroes de la filosofía antigua\*, no fué en si misma, desde su origen, mas que un ensayo de filosofía anárquica, y un monstruoso atentado

\* En la profesion de fe de Zwinglio, á Francisco I. este gefe de la reforma helvética, ponía en el cielo, al lado de Jesucristo y de los Apóstoles, no solo á Sócrates, Aristides, Antígono, Numa, Camilo, los Catones, los Escipiones, sino á Hércules y á Tesco. « Yo no sé porque, dice Bossuet, no puso á Apolo ú á Baco, y aun á Júpiter, y si ha retrocedido por las infamias que le han atribuido los poetas, ¿eran menores las de Hércules? » (*Hist. de las variac.* libr. XI, n. 19.) Lutero mismo se asombró al ver, que la Reforma en su nacimiento cayó en la indiferencia sobre religiones. Él escribió, que Zwinglio « habia venido á ser pagano, poniendo á los paganos impíos, y hasta un Escipion epicureo, hasta un Numa, órgano del demonio, para fundar la idolatría entre los Romanos, en el rango de las almas bienaventuradas. Porque ¿de qué sirven el bautismo y los otros sacramentos, la Escritura y el mismo Jesucristo, si los impíos, los

contra el poder general que rige la sociedad de las inteligencias. Ella hizo retroceder al espíritu humano hasta el paganismo, y causas semejantes á las que obraron entre los Romanos, al tiempo de su mayor corrupcion, produjeron semejantes efectos entre algunas naciones modernas, víctimas, sin advertirlo, de los mismos principios destructores. Consideremos por un momento la Inglaterra en particular. Su posicion aislada permitió á la Reforma extenderse con menos obstáculos, de modo, que no puede observarse mejor en alguna otra parte, su marcha progresiva, é influencia en la sociedad.

Los anarquistas de 1795, trataron de establecer el orden social sobre la *libertad* y la *igualdad*, *libertad* absoluta de accion, é *igualdad* de autoridad ó de derechos, lo que no era mas, que una consecuencia exacta de la soberanía del pueblo, que por una parte, excluyendo todo superior, deja á cada uno enteramente *libre*, y

• idólatras y los epicureos son santos y bienaventurados? ¿Y esto  
• qué otra cosa es sino enseñar, que cada uno se puede salvar en  
• su religion y en su creencia? • *Parv. Conf. Luth. Hosp.*

señor de sí mismo; y por otra, perteneciendo ella *igualmente* á todos, debe dividirse entre todos *igualmente*. Se sabe cual fué el resultado de esta doctrina; pero lo que pretendo hacer observar aquí, es la conformidad perfecta con la doctrina teológica de los protestantes. Habiendo puesto por principio la soberanía de la razon humana en materia de fe, ensayaron dar por base á la Religion la *libertad* y la *igualdad*, es decir, la *libertad* de creencia, y la *igualdad* de autoridad, y esta doctrina comun á los revolucionarios políticos y religiosos, ha debido tener, y ha tenido realmente un mismo resultado en el orden político y religioso; en el uno ha producido todos los crímenes, en el otro todos los errores, y durante las fatales discordias que condujeron á uno de sus reyes al suplicio, la Inglaterra ha experimentado simultáneamente este duplicado efecto.

Sintiéndose desfallecer, cada secta cuidaba de atribuirse sobre sus miembros una autoridad reguladora de las creencias y de las acciones; ó sea, de asirse á ciertos restos del principio conservador, ya imprudentemente derrocado. ; Ten-

tativa inútil! mostrábasele desde luego, que no podia ella reclamar tal autoridad, sin condenarse á sí misma; y la impotencia absoluta de hallar un puesto de descanso sobre las movedizas arenas de la Reforma, forzó á los espíritus consecuentes á atravesar con rapidez el Cristianismo, para llegar al mismo término que la filosofía antigua, es decir al ateísmo por de pronto, y de allí á la indiferencia que reúne todos los errores á la vez; porque también excluye á la vez todas las verdades.

Entonces se operó en las ideas una revolución, tal como la de Roma hácia el fin de la república, dejaron de ocuparse en la Religión como verdadera, para considerarla bajo un punto de vista puramente político. Hizose de ella una institución del Estado, sumisa á su jefe aun cuanto al dogma mismo. Rehusaron creer en el Cristianismo sobre la autoridad de Dios, y se llegó hasta no creer en Dios, sino por la autoridad del rey; « porque es inmoral, é impío » dice un célebre filósofo inglés, cuando el soberano ha sancionado un símbolo, negar ó revocar á duda la autoridad divina en una sola

« línea, ó en una sola sílaba de este símbolo, » y considerando que « el testimonio y la autoridad de las leyes son la única garantía que tenemos contra el error ». Tal es también el dictámen de Hobbes; los Cristianos, según él, están obligados á obedecer á las leyes de un príncipe infiel aun en materia de religión: « el pensamiento es libre, pero en lo que pertenece á la confesión de fe, la razón particular debe someterse á la razón general ó al soberano, que es el lugar-teniente de Dios ».

Es imposible confundir mas completamente el orden político y religioso, y manifestar una indiferencia mas absoluta hácia la verdad. Reconociase la necesidad de un culto; y por consecuencia la de una autoridad que le protegiese contra la inconstancia de las opiniones; y porque no se conocia otra autoridad exterior que el poder humano ú la fuerza, fue constituido arbitrario independiente de la fe el depositario de la fuerza pública. Las pasiones y los intereses

<sup>1</sup> Lord Shaftsbury's Characteristics, vol. 1.

<sup>2</sup> Leviathan, pag. 258.

habianse dado una religion, así como se dieron una constitucion, y la Religion no vino á ser en sí misma, mas que un artículo de esta constitucion; especie de contrato entre el pueblo y el soberano, en que el pueblo estipuló su esclavitud religiosa, en cambio de lo que él tomaba de libertad política: y cuando digo su esclavitud, lo digo con intencion; porque la esclavitud consiste, no en la obediencia á la autoridad que es la sola libertad verdadera, y si en la sujecion á una autoridad, que no tiene derecho á ser reconocida, ni obedecida como tal,

Desde que la Religion vino á ser una simple institucion política, y la fe una ley del Estado, cualquiera que profesó públicamente una fe diferente, debió ser mirado como rebelde á las leyes, y enemigo del Estado. De aquí las persecuciones que sufrieron los disidentes en Inglaterra, persecuciones puramente políticas en su naturaleza. Porque, nótese la diferencia: la Iglesia, sociedad espiritual, no considerando las diversas religiones sino bajo un respecto espiritual, es decir, como verdaderas ó falsas, es altamente intolerante hácia los errores; pero

no pronuncia contra las personas mas que penas espirituales. El poder político por el contrario, no considerando la Religion sino bajo un respecto independiente de su verdad, es en alto grado tolerante de los errores; se reserva para las personas toda su severidad, porque no puede conocer sino de los delitos ó acciones exteriores. Así fué que las leyes en Inglaterra no declararon tales ó tales doctrinas falsas; pero privaron de los derechos civiles á los sectarios de tal, ó cual culto, y condenaron á las personas, convencidas de haber ejercido tal ó cual culto proscrito, á prision, destierro y muerte; penas, todas ellas puramente civiles.

La indiferencia hácia la verdad que era el fondo de estas mismas leyes, protegió cada dia mas contra su rigor á las sectas, nacidas del protestantismo, que participaban en su totalidad mas ó menos de la misma indiferencia. Hermanas, para decirlo así, de la Religion establecida, se aproximaban en sentimientos, é intereses comunes, en tanto que la Religion católica, igualmente opuesta á cada una de ellas, las tuvo todas por enemigas, y acabó por llevar ella

sola el peso de una legislación opresiva. Lo mismo sucedió al Cristianismo en tiempo de los Emperadores; la proscibieron con todo rigor á causa de su incompatibilidad con la Religión del imperio, y toleraron los cultos idólatras; porque fundados sobre el mismo error, no se excluían ellos mutuamente. ¿Qué medio habrá de contradecir la exactitud de este paralelo, cuando se vé á la Inglaterra, prescribir muy detalladamente á sus agentes en el Canadá, medidas odiosas de persecucion contra la Religión católica, y al mismo tiempo, garantir por un tratado solemne á los habitantes de Ceilan la libertad de la idolatría; asistir por embajadores á las ceremonias religiosas de estos pueblos, y ofrecer á sus divinidades sacrilegos dones?

Una nación, á quien este escándalo deshonoroso no ha podido arrancar un ay de indignacion y de horror, ya no es una nacion cristiana. Toca al último término de la indiferencia religiosa, y he aqui lo que la preserva del fanatismo de la impiedad. En lo demas, esta indiferencia siempre en aumento, debilitó progresivamente la intolerancia política, y triunfará tarde ó tempra-

no. Estemomento será el deseado, para la emancipacion de los católicos. La masa de la nacion, indiferente á todos los errores, lo será muy luego á la verdad misma; á fuerza de despreciarla convendrá en tolerarla. La opinion casi se ha pronunciado ya con respecto á esto: el Gobierno resiste solo, y se comprende el porque. La existencia de la Iglesia anglicana está unida á la constitucion del Estado, y el Gobierno tiembla poner su religion facticia en presencia de una verdadera. Convendrá que á ello se resuelva, porque este acontecimiento es necesario. Una política previsora en lugar de retardarle tal vez le apresuraria. Es fácil ver que este suceso no podria ser sino ventajoso á la Inglaterra. Presa de una codicia devorante que nunca deja de apoderarse de las naciones al tiempo de su decadencia, despliega una prodigiosa actividad, que algunos toman por vida, cuando es una vida como la fiebre, ó como las contracciones de un cadáver galvanizado. Ella está muerta quanto á sus costumbres, y al primer golpe imprevisto que sufra en su riqueza, pasmará el ver como espira este gran cuerpo, en quien se supone tanta

vida y vigor, á fuerza del desmayo, y despues de algunas convulsiones. Hay, sin embargo, en este pueblo, elementos de regeneracion; pero no se animará, sino por las creencias. Siendo nula hoy la Religion establecida bajo este respecto<sup>1</sup> la Inglaterra debe decidirse entre el fanatismo de algunas sectas turbulentas, y la Religion católica: es decir entre opiniones, que, despues de haberla inquietado algun tiempo, la trajeran al punto en que al presente se halla, y una doctrina estable y severa, porque es perfecta, esencialmente conservadora, porque es profundamente verdadera, la sola enfin que pueda salvarla al mismo tiempo de la lenta dissolution de la indiferencia, y de los turbulentos desastres en que la precipitarian infaliblemente los anárquicos errores de las sectas independientes.

El resto de la Europa, excepto algunos paises

<sup>1</sup> Warburton, obispo de Gloucester, muerto en 1779, se espantaba de los destinos que preparaba á la Inglaterra la anarquía de las doctrinas, que habian hecho presa de ella: «¿Qué vendrá á ser,» decía él, esta pobre nacion, puesta como un cuerpo de tropas entre dos fuegos, el furor de la irreligion y el furor del fanatismo! *What will this poor nation come to! in the condition*

católicos, padece interiormente la misma enfermedad. Por todas partes la indiferencia por la verdad conduce al sistema de la *libertad* y de la *igualdad* religiosas<sup>1</sup>. Este sistema se propaga aun en muchos paises con mas rapidez que en Inglaterra, porque no ha tenido que saltar la barrera de las leyes y de la constitucion politica. Confiesase, no hay duda, que el pueblo necesita de una religion<sup>2</sup> y sea ella cual fuere; se

« *of troops between two fires; the madness of irreligion, and the madness of fanaticism!* » Warburton's letters.

<sup>1</sup> « Esta es la indiferencia tan justa, y tan racional, tan ventajosa á los Estados, que la sana filosofía puede proponerse introducir poco á poco en la tierra. ¿No seria mas feliz el género humano, si los soberanos del mundo, ocupados en el bienestar de sus súbditos, dejasen á la supersticion sus disputas fútiles? *sometieran la religion á la politica*, forzasen á sus ministros altaneros á ser ciudadanos, é impidiesen con todo cuidado, que sus debates interesasen la tranquilidad pública? ¿Qué ventajas no resultarían á las ciencias, á los progresos del espíritu humano, á la perfeccion de la moral, de la jurisprudencia y á la *educacion*, de la libertad de pensar? » *Sistema de la naturaleza*, tom. II, cap. XIII. El siglo precedente ha establecido los principios, el nuestro ha hecho su aplicacion.

<sup>2</sup> Las concesiones de los mismos ateos no pasan de aqui quanto á esto. « El ateismo, dice el autor del *Sistema de la naturaleza*, no se hizo para el vulgo, ni aun para el mayor número de hombres. » Tom. II, cap. XIII.

le deja escoger, y para que se decida mas libremente, se le presentan todas con un mismo respeto, ú mejor, con un mismo desprecio. Los gobiernos, si hay alguno que de importancia á las doctrinas, en lugar de procurar ayudarse, toman por empeño el neutralizarlas todas entre si, mezclándolas con habilidad. Burlados los gobiernos y sus súbditos, pero aquellos mas que estos, por las luces del siglo, se complacen al parecer en sacudir sobre el pueblo el hacha de la sabiduria moderna, á cuyo resplandor, nada hay que no parezca indiferente, ó falso, comenzando por sus propios derechos. Ya parece piensan que los hombres serian mas dóciles, ó menos bulliciosos, cuando se llegue á destruir las creencias. Ellos no dudan, que la obediencia á la autoridad, aun civil, cuando no es el producto violento de la opresion, es el esfuerzo mas grande de la fe. Si pudiera haber algo ridiculo hasta el extremo, cuando la suerte de las naciones está comprometida, seria el ver á estos absurdos menospreciadores del buen sentido y de la experiencia, prodigar su *proteccion* á todas las locuras, llamadas religiosas, que mas han degradado el ingenio humano, y el

verlos formar una coleccion de cultos, como se hiciera de pinturas en un museo. Gracias á esta idea nueva, la Religion pública no es mas que la reunion de todas las religiones particulares. Se pagan ministros, por que enseñen á Jesucristo como salvador del mundo, y otros por que le nieguen. El sacerdocio envilecido está como un pupilo ú menor, bajo la tutela de la administracion; depende de los caprichos del último dependiente; y cuando entre los paganos, no habia un templo que no tuviera sus rentas sagradas, una divinidad, á quien sus adoradores no hubiesen hecho en cierto modo independiente, dotando sus altares; el Dios de los Cristianos, apenas admitido á un sueldo provisorio, figura cada año en un presupuesto ultrajante, como un asalariado por el Estado, esperando sin duda, que llegue el momento de reformarle. No hay motivo para admirarse, sino para gemir, cuando la política del siglo se sonrie de gozo, al ver el resultado sublime de sus máximas; cuando se aplaude por la paz, que ella ha sabido establecer entre dos religiones enemigas. La paz, una paz inalterable reinaba tambien en los campos lúgu-

bres donde Germánico halló confundidos los huesos de los Germanos, y de los soldados de Varo.

Contémplese la sociedad. Observándola con atención, es como se puede apreciar justamente el sistema filosófico que tanto nos ponderan. La Religión como creencia estaba en todas partes; y en todas partes se conoce su ausencia. Ella estaba en el gobierno, para velar sobre los intereses del pueblo, y protegerle contra los abusos del poder y de la tiranía; ella estaba en el pueblo, para velar sobre la perpetuidad del Gobierno, y protegerle contra las empresas de la multitud, ó la anarquía: resultaba de esto, que el Gobierno era dulce y fuerte, y el pueblo libre y sumiso. Pero apenas ha dejado de ser la Religión una creencia divina, cuando los Gobiernos y los pueblos, constituidos casi en estado de guerra, porque sin contrapeso camina el poder al despotismo, y la obediencia sin seguridad á la rebelion, se han visto forzados á pedirse garantías mutuas, y á buscar su seguridad en pactos ilusorios, visto, que las infracciones no tienen otro juez que las partes mismas. Esta es la causa que hizo

abortar en Europa esta multitud de constituciones semi-monárquicas y semi-republicanas, verdaderos tratados provisorios entre el despotismo y la anarquía.

La Religión era tambien entre las naciones como el resorte, como el manantial de la energía patriótica, de donde la sociedad sacaba en los momentos de crisis, una fuerza inmensa de resistencia y conservacion. Lo que ha pasado en nuestros dias en España hace todo esto evidente. Jamás se olvidará aquel grito generoso, inspirado á todo un pueblo por el Cristianismo. *¡Muramos por la justa causa!* Y los nobles esfuerzos de este pueblo creyente, para mantener su independencia, coronados como debian serlo por el buen éxito, han sido mas notables si se comparan con la debilidad, (aun podria decirse la cobardia) de algunas otras naciones. Así es, que la Religión, forzando al hombre á obedecer al poder, asegura la libertad de los pueblos: al paso, que la incredulidad, cuyo término final es la indiferencia, destruyendo el principio de obediencia, dispone para la esclavitud, y conduce á ella tarde ó temprano.

La Religion intervenia como legisladora y árbitro en todas las transacciones sociales. El matrimonio le debía su santidad, y despues de haber afirmado y consagrado el fundamento de la familia, le conservaba por un sabio convenio de autoridad y dependencia. Todas las instituciones tomaban de ella algo de moral; y, como el poder es necesario en toda reunion de seres semejantes, en la mas pequeña escuela tanto como en el imperio mas vasto, en todo ennoblecia ella la obediencia con motivos sublimes. ¡ Cosa por cierto admirable! Ella substituia la veneracion á la envidia, mostrando la imágen de Dios en todo lo que participaba de su poder. El espíritu de caridad, que le es propio, aproximaba los rangos, sin confundirlos, y los beneficios y la gratitud formaban los lazos que los unian. Separando de este modo al cristiano de los intereses temporales, ella unia con intimidad el hombre al hombre, las familias á las familias, las generaciones á las generaciones, los pueblos á los pueblos. ¿ Qué se ha visto substituir á este feliz estado? En el matrimonio, una brutal disolucion, y la destruccion del lazo conyugal conver-

tido en convenio temporal; la anarquía en las familias, aversion á la autoridad en los inferiores, la dureza en los grandes, en todos el egoismo: la mala fe en los contratos, el desprecio sacrilego de los juramentos, la discordia de los ciudadanos, los odios de pueblo á pueblo, que recuerdan las épocas mas terribles de la historia.

La Religion, en fin, existia en los individuos, sirviendo de freno. Roto este, las acciones, que la ley no podia poner bajo su influencia, quedaron sin otra regla, que las pasiones. Toda su moral se ha escrito en las páginas del código criminal: moral espantosa, cuyo magistrado es el ministro, y cuyo vengador es el verdugo. La distincion del bien y del mal comienza al pié del suplicio, y allí acaba únicamente la indiferencia. Se ha dicho al hombre: la Religion es una invencion del hombre; entonces todo le parece invencion humana, aun la sociedad, aun la justicia; y reconociendo su fuerza bastante para no prestar obediencia sino á Dios, ha desechado con desden el yugo del hombre. Desde este momento, las leyes no han sido para él mas que obstáculos, y obstáculos impotentes; porque no hay escape

de la conciencia, pero puede haberle de la ley; y la esperanza de lograrlo es tal, que, sin el temor de la vida futura, sería locura el abstenerse de intentarlo. La sabiduría consiste en compensar el riesgo por el interés. De este modo no solo las virtudes se han desvanecido ya, sino, que el crimen, lo diré con horror, el crimen, vacío de infamia y de remordimientos, no viene á ser mas que una simple combinacion de acasos, una especulacion vulgar, un cálculo, menos aun, un juego con que la infancia divierte su ociosidad, y se hace para ella un hábito, antes que las pasiones le hayan formado de él una necesidad.

Este es el resultado de la doctrina, cuya historia acabo de trazar. El mundo le ha visto dos veces, y la última con un caracter mas peligroso, extendiendo sus estragos por las naciones enervadas y seducidas. Hace diez y ocho siglos que ella desapareció á la faz del Cristianismo naciente; desaparecerá otra vez delante del Cristianismo plenamente descubierto, ó la sociedad y el género humano desaparecerán delante de ella.

### CAPITULO III.

CONTINUACION DE LA MATERIA.

Hase visto en el capítulo precedente que el sistema cuya procedencia y efectos en él se trataron, es un sistema funesto; vamos á probar ademas, que es un sistema absurdo.

Sin Religion no hay sociedad; la filosofia le

de la conciencia, pero puede haberle de la ley; y la esperanza de lograrlo es tal, que, sin el temor de la vida futura, sería locura el abstenerse de intentarlo. La sabiduría consiste en compensar el riesgo por el interés. De este modo no solo las virtudes se han desvanecido ya, sino, que el crimen, lo diré con horror, el crimen, vacío de infamia y de remordimientos, no viene á ser mas que una simple combinacion de acasos, una especulacion vulgar, un cálculo, menos aun, un juego con que la infancia divierte su ociosidad, y se hace para ella un hábito, antes que las pasiones le hayan formado de él una necesidad.

Este es el resultado de la doctrina, cuya historia acabo de trazar. El mundo le ha visto dos veces, y la última con un caracter mas peligroso, extendiendo sus estragos por las naciones enervadas y seducidas. Hace diez y ocho siglos que ella desapareció á la faz del Cristianismo naciente; desaparecerá otra vez delante del Cristianismo plenamente descubierto, ó la sociedad y el género humano desaparecerán delante de ella.

### CAPITULO III.

CONTINUACION DE LA MATERIA.

Hase visto en el capítulo precedente que el sistema cuya procedencia y efectos en él se trataron, es un sistema funesto; vamos á probar ademas, que es un sistema absurdo.

Sin Religion no hay sociedad; la filosofia le

confiesa : ¿ Pero qué consecuencia saca de ahí ? Suponiendo , que la sociedad no ha podido establecerse y conservarse sino con el auxilio de las creencias religiosas , los legisladores han sido sus inventores <sup>1</sup>. Pregúntesele , quienes son estos legisladores , á quienes el género humano es deudor de una invencion tan importante : lo ignora. Que diga á lo menos el nombre de un pueblo donde se haya visto comenzar la Religion , que indique poco mas ó menos la época de esta maravillosa descubierta : sus conocimientos históricos no alcanzan á tan grande distancia. Por muy alto que se remonte , da siempre de ojos con una fe y un culto anteriores , y todos los monumentos de la antigüedad concuerdan en desmentir sus conjeturas. Podria decirsele apoyándose en esto : tú avanzas un hecho nuevo , un hecho contrario á todos los documentos históricos , y á la tradicion del mundo entero. No basta tu simple asercion para contrarrestar á esta masa imponente de testimonios. Se necesita de algo

<sup>1</sup> Bayle mismo refuta esta opinion absurda en su *Diccionario histórico y crítico*, artículo *Abbas*. (Nota B.)

mas ; se necesitan pruebas : prueba ó calla.

¿ Qué replicaria ella al que le hablase de este modo ? Ella , que se gloria de no ceder á ninguna autoridad , ¿ podria exigir , que todos se sometan á la suya ? Los anales de los pueblos los tenemos tambien entre manos ; los ha leído ella , tambien podemos leerlos nosotros. Que indique la página donde está escrito : *En tal año se inventó Dios*.

Verdaderamente , que la filosofía tiene algunas veces una lógica muy rara. « Esto es así porque yo lo afirmo , y yo lo afirmo porque me parece que esto no puede ser de otro modo. » ¿ No se deja ver en esto una demostracion la mas convincente ? ¿ Qué lástima ! Pero se aumenta el desprecio , al examinar de cerca las visiones incoherentes que nos presenta como certezas.

¿ Cómo no ha visto , que antes de que hubiese legisladores , habia hombres reunidos , y de consiguiente sociedades , y de consiguiente una Religion , segun su confesion misma ?

La sociedad es el estado natural , el estado necesario del hombre : fuera de la sociedad , no puede él ni reproducirse , ni conservarse. Luego

la Religion, sin la que no puede existir la sociedad, es *necesaria* como la sociedad misma; con que no es una invencion humana.

No hay duda, que puede el hombre renunciar de las creencias antiguas, y admitir otras nuevas. Ciertas religiones pueden variar en lo que tengan de arbitrario, sea con ventaja ó menoscabo del orden social; pero el fondo de ellas ha subsistido siempre, sin que la sociedad haya carecido de una condicion indispensable á su existencia: los filósofos, contra quienes hablo, discurren como un fisiologista que, de la necesidad del aire para dar juego á los órganos y vida al cuerpo humano, concluyese que los hombres han inventado el aire.

Los antiguos legisladores se aprovecharon, lo confieso, de las creencias recibidas, para dar á sus leyes una especie de consagracion divina. ¿Pero si la Religion no hubiera sido mas que una parte de estas mismas leyes, si ella no las hubiera precedido, ¿cómo habrían podido ella misma sancionarlas? La necesidad de las leyes es evidente, todos los hombres la reconocen, y con todo, los legisladores, en lugar de apoyarse

sobre esta necesidad patente, hubieran ido á buscar fuera de la razon humana un absurdo, para hacer de él una base del orden social: ¿quién lo creará jamás?

Por otra parte; no se puede imaginar, que sea dado al hombre mudar una sola palabra en las ideas del hombre. No se concibe, es cierto, que un pueblo pueda subsistir sin Religion; pero si la Religion es falsa, ó, de otro modo, si no es mas que una invencion de la política; se concibe aun menos, que haya podido ella establecerse, y perpetuarse en todos los pueblos sin excepcion. No hay ejemplo de un error adoptado tan generalmente, y sobre todo un error que reprima las pasiones. Esto es de tal modo contrario á la naturaleza humana, que yo comprendo mejor que se adopte una lógica errónea generalmente; pues, por lo menos no tendria rivales en las inclinaciones mismas del corazon.

Debe advertirse tambien, que aun cuando las leyes varian casi á lo infinito, como las formas de gobierno; los dogmas fundamentales de la Religion son en todas partes invariablemente los mismos. ¿Se reconoce, en esta maravillosa uni-

formidad el carácter de una invención humana? El error es arbitrario, y por lo mismo las religiones no se parecen en lo que tienen de falso, y aun se contradicen; pero hay ciertos puntos que son comunes á todas, y pregunto la razón de esto, yo pido se me explique esta conformidad admirable entre invenciones desconocidas las unas de las otras. ¿Diráse que el mismo error ha venido al pensamiento de todos los legisladores, de todos los siglos, y de todos los países casualmente, con el intento de servirse de él para establecer el orden social? ¿Extraña casualidad á quien debemos la sociedad! Mas la casualidad no explica nada, y ciertamente no sería una razón convincente en geometría el decir, que el acaso ha hecho que los inventores de esta ciencia entre pueblos diversos, hayan tenido la misma idea de magnitudes y figuras; atribuyéndoles también las mismas propiedades. La cuestión queda siempre en pié, y nunca se resolverá, sino suponiendo una tradición general, mas antigua que los legisladores, es decir, una religión anterior á las instituciones humanas, y á las leyes positivas.

La historia, el discurso, y la experiencia que tenemos de nosotros mismos y de nuestros semejantes, todo nos conduce á deducir esta conclusión. Tan natural es la Religión en el hombre, que, puede ser no haya en él otro sentimiento mas indestructible. Aun cuando su entendimiento la desecha, hay todavía en su corazón algo que se la recuerda; y este instinto religioso que se halla en todos los hombres, es uniforme en todos ellos\*. Bien al abrigo de la variedad de las opi-

\* Nada avanzamos aquí, que la filosofía antigua no haya confesado formalmente, y de donde no haya ella sacado de buena fe la consecuencia. Hay verdades tan poderosas, que pocos talentos tienen el miserable valor de resistirlas. « Una prueba indestructible de la existencia de los Dioses: » dice Ciceron, « es que no hay pueblo tan bárbaro, ni hombre tan embrutecido, que no tenga el sentimiento de la divinidad. Muchos, es verdad, engañados por costumbres viciosas, se forman ideas indignas de los Dioses: todos sin embargo creen que existe un poder y una naturaleza divina. No es pues una opinión que los hombres, conferenciando entre sí, hayan convenido adoptar, una opinión que reposa sobre las instituciones y las leyes. En todas las cosas el unánime consentimiento de los pueblos debe mirarse como la ley misma de la naturaleza. »

*Firmissimum hoc afferri videtur, cur Deos esse credamus, quod nulla gens tam fera, nemo omnium tam sit immanis, cujus mentem non imbuerit Deorum opinio. Multi de Diis prava sentiunt: id enim vitioso more effici solet: omnes tu-*

niones, nada le muda de naturaleza ni le altera. El pobre salvaje, que adora el *Gran Genio* en las soledades del Nuevo Mundo, no tiene, sin duda, una idea tan pura y extensa de la divinidad como Bossuet; pero él tiene el mismo sentimiento. ¿Está pues, en el poder de las leyes el crear sentimientos, y sentimientos universales, invencibles? ¿Qué se pensaría del que viniere á decirnos: El género humano vivia disperso, nadie cuidaba mas que de sí propio, y nadie amaba á otro que á sí mismo. No habia entre el padre y los hijos algun lazo moral, algun afecto reciproco, alguna sociedad durable; el legislador inventó el amor paterno, la gratitud filial y nació la familia?

Aun empenándose en admitir estos desatinos, se presentan otros muchos de tropel. Quitese la Religion, y se destruye toda la moral obligatoria; y en efecto, los filósofos antiguos y modernos que han atacado las verdades fundamentales

*men esse vim et naturam divinam arbitrantur. Nec verò id colloquutio hominum, aut consensus efficit, non institutis opinio est confirmata, non legibus. Omni autem in re consensio omnium gentium, lex naturæ putanda est. TUSCUL., lib. I.*

de la Religion, han desquiciado al mismo tiempo los principios fundamentales de la moral. Los inventores de la Religion, lo son tambien de la moral; antes de ellos no existia ni lo justo ni lo injusto; ni crimen ni virtud; nada era bueno ni malo en sí mismo; sustentar á su padre anciano, ú degollarle eran acciones indiferentes\*. El hombre todo se subleva con esta sola idea, y la conciencia se horroriza. ¿Pero qué digo yo la conciencia? Si la moral no tiene fundamento al-

\* Segun Hobbes todo hombre por la ley natural tiene derecho sobre todas las cosas y todas las personas; de suerte, que la condicion natural del hombre es el estado de guerra. de todos contra cada uno en particular, y de cada uno de por sí contra todos: la razon aconseja á cada uno de los hombres, que ensaye á sujetar á sus semejantes, y los mas que pueda, por medio de la fuerza ó de la astucia, aun por tanto tiempo como le sea posible, sin exponerse al poder superior de otro contra el suyo. las leyes civiles son la regla única del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto. y precedentemente á estas leyes, todas las acciones eran indiferentes por su naturaleza. *Vid. de Cive. cap. VI, secc. 18, cap. X, secc. 1, cap. XII. Leviathan, pag. 21, 23, 60, 61, 62, 63, 71.* — No conviene creer, que Hobbes quisiese establecer directamente estas máximas prodigiosas; pero ha visto, que en buena lógica se deducian de sus mismos principios, y ha querido mejor admitirlas que abandonar sus principios. El primer error conduce muchas veces muy lejos á los entendimientos que discurren.

guno en la naturaleza de los seres, si, como han dicho, y han debido decirlo, los que no ven mas en la Religion que una institucion politica, ella no estriba sino sobre leyes ó voluntades arbitrarias; la conciencia misma no es mas que una preocupacion, una creacion del legislador. Segun esto no hubiera conciencia, moral, Religion, si este legislador desconocido no hubiera caído en inventarlo. ¡Con todo hay hombres, que llevan su orgullo hasta persuadirse estas locuras incomprensibles! A lo menos deberian reconocer, que les cae muy mal el tener á los demas por tan crédulos.

No es esto todo. El sistema que yo examino supone la falsedad de la Religion, y al mismo tiempo la necesidad de ella, para mantener el orden social. Es evidente que la Religion no es útil, sino como creida. Con que no puede menos de ser necesaria una de dos cosas, ó que la sociedad crea en la Religion, ó que ella sea solo necesaria para una parte de la sociedad. Como pues habria contradiccion en que, quienes consideran la Religion falsa, la creyesen; se han visto forzados á establecer por principio,

que la Religion no es necesaria sino al pueblo; principio destructor de toda Religion, como lo confiesa el mismo Condorcet\*, y que incluye mas inconsecuencias, que las que se pudieran presentar en un volumen.

Segun el lenguaje filosófico, todo el que cree, es de la parte del pueblo, ó pertenece á la clase del pueblo, aunque el creyente sea el gefe del Estado. Cuando se sostiene que la Religion no es necesaria mas que para el pueblo, es como si se dijera que ella es necesaria á todos los hombres, excepto á los que no creen; de donde se sigue, que si nadie creyera, no sería necesaria á ninguno. En verdad, que no es fácil de comprender como en este caso no dejaria de ser indispensable á la sociedad: es un misterio, cuyo secreto no ha querido revelarnos hasta el presente la filosofia, y que parece destinado, para ejercitar, aun por mucho tiempo, la fe de sus adeptos.

En segundo lugar no es necesaria la Religion

\* Toda religion, que se trata de sostener como una creencia que conviene dejar al pueblo, no puede esperar ya sino su ruina, mas ó menos distante. *Bosquejo de una pintura histórica sobre el entendimiento humano.*

al pueblo mismo, sino en cuanto ella es la base de los deberes, y la regla de las costumbres. ¿Luego se crearía el filósofo independiente bajo estos dos respectos, ó habría él hallado otro fundamento de la moral? No ignoro que se ha buscado este fundamento con un ardor igual al interés que se ha pensado tener en descubrirle; pero también sé lo que pensaba Rousseau sobre estas inútiles diligencias, que jamás han tenido otro objeto, que el de satisfacer el interés particular. Filósofo, y muy filósofo, él conoce muy bien sus conólegas: podemos pues, con toda confianza apoyarnos en su autoridad, en un punto, sobre que seguramente no es sospechoso de prevención. El que dando crédito á los sofistas se imagine, que es muy hermoso el no creer nada, y cuya alma justa todavía da un cierto mérito á la virtud, retenga bien estas palabras del autor del Emilio: «Yo no entiendo como pueda alguno ser virtuoso sin religion. Yo he tenido mucho tiempo esta opinion errónea de la que estoy bien desengañado».

*Cartas sobre los espectáculos.*

Sin descender hasta los argumentos personales, es permitido observar, que, en efecto, los anales filosóficos estarian muy distantes de sostener la mas minima comparacion con los religiosos. Con que si es alguna vez honroso el separarse del pueblo, no es á lo menos cuando ademas de la Religion, se la deja aun la virtud misma.

Pero quiero conceder por un momento, que el interés bien entendido, ú otro motivo del mismo género, supla con respecto á ciertos individuos, por los preceptos obligatorios de una moral divina y de la conciencia; quiero por fin, que la Religion no sea necesaria sino para el pueblo, aun por este título debía ella ser la mas sagrada de las leyes, por ser la mas importante de las instituciones. Atacarla, minarla en el espíritu de los hombres, es minar el Estado por su base, es hacerse criminal de un delito enorme de lesa sociedad, en el primer grado. Siendo esto así, ¿cuántos filósofos hay entre los mismos que admiten la necesidad política de la Religion, que no trabajan cuanto pueden, cada uno segun su posicion y medios, unos por escritos, otros por discursos, y todos por el

ejemplo, sino para desacreditar la Religión y propagar la incredulidad hasta en las últimas clases del Estado? El que ellos miren *con lástima*, como el sabio de que habla Gibbon *los errores del vulgo*, es una consecuencia natural de los suyos propios; pero, para que fuesen consecuentes, deberían, como el mismo sabio *practicar con exactitud las ceremonias religiosas de sus antecesores, y frecuentar devotamente los templos de Dios*. Su sistema les obliga á ello; ¿y es esto lo que nosotros vemos y observamos? ¿No se avergonzarían ellos mismos de tener en la apariencia las mismas opiniones que el pueblo, y aun de disimular su menosprecio á los objetos de su respeto y de su fe? Su orgullo sufriría demasiado si ellos se persuadiesen que se los podría confundir con la multitud de los creyentes. Se separan de ella con desden, la prodigan sarcasmos, irrisión insultante; y, celosos por aparecer superiores en talento é imaginación, sacrifican con el mayor gusto á las miserables ilusiones de un amor propio el mas ciego, el interes santo del Estado y aun sus principios mismos; de modo, que si no fueran los mas insensatos de los

hombres, todavía se los podría juzgar, con respecto á su doctrina, como los mas inconsecuentes y los mas criminales.

Aunque renunciasen ellos, á favor del bien público, su miserable vanidad filosófica; si consintieran mezclarse en nuestros templos con el vulgo; no consistiría en ellos el disimular bastante sus opiniones reales, para permanecer ocultos á la multitud. No le es posible al hombre el contenerse hasta este punto. Por más, que el incrédulo componga su exterior, y aunque vele atento á sus palabras y movimientos, nunca se parecerá perfectamente á un cristiano; y cuanta mas delicadeza y rectitud de alma tuviere, mucho menos se le parecerá; hay en la hipocresía algo de vil, repugnante absolutamente á todo buen corazón. ¿Cómo, pues, el vago motivo de la utilidad general, que no le afecta sino indirectamente, obtendría de un filósofo, aquello que la fe con sus terrores y esperanzas inmortales, no logra siempre del creyente mismo? Júntese á estas consideraciones el fastidio, la incomodidad que no pueden menos de causar las prácticas que se tienen como ridículas, e or-

gullo secretamente irritado, y sin duda ninguna *el desprecio interior* de que habla Gibbon, se penetrará muy luego y se dejará ver por encima del *respeto exterior*. En este caso renacen los inconvenientes de que hablamos poco ha. El pueblo advertirá *que se le mira con lástima*, y no tardará en avergonzarse de profesar una religion que le humilla. Persuadido de que ella es una participacion de la ignorancia é incapacidad; ¿puede alguno pensar que esta persuasion le lisonjee mucho?

¡Filósofos! Hablad menos de la dignidad del hombre, y respetadla mas. ¿Qué es esto? ¡Sirviéndoos del nombre de la razon, elogiando con entusiasmo sus derechos imprescriptibles condenais con serenidad las tres cuartas partes del género humano á ser el blanco de la impostura! Haced el favor de mostraros mas generosos para con vuestros hermanos; permitid, que lleguen á ellos algunos rayos de la luz que os gloriais poseer. Bienque, tampoco depende de vosotros el impedirlo, porque, tened cuidado; si se necesitan virtudes y de consiguiente fuerza para ser religioso; no se necesitan mas que pasiones y de consi-

guiente debilidad, para ser incrédulo. El corazon se deja inclinar hácia este lado por todo el peso de su corrupcion. ¿Y pensais, que, echándole la Religion al pueblo y diciéndole, que es para él un freno indispensable, se dará priesa á recibirle y á poner las bridas en vuestras manos? Se deja conocer cuán cómodo sería esto. Él se privaría por vuestro respeto, y vosotros gozariais á su nombre. Pero en este cálculo ingenioso habeis olvidado dos cosas que son el orgullo y la codicia. Una vez admitido que la Religion no es mas que una engañifa con que se divierte el pueblo, ¿quién gustará de ser pueblo, y de imponerse deberes penosos, para ganar la reputacion excelente de necio? Cada uno de por sí, tomando ejemplo de la clase superior á él, tratará de elevarse, y vendrá tambien á no creer, y no se abstendrá de repetir en tono desdenoso, que la Religion es necesaria al pueblo. Los grandes la remitirán con desprecio á los magistrados, los magistrados á los propietarios, estos á los artesanos, estos á los trabajadores, y estos á los portadores, de quien, sin duda, tambien será desechada. Semejante á los mensajeros divinos,

que mencionan los Libros santos, esta hija del cielo, extranera en medio de la sociedad, y buscando en vano un sitio de reposo, se verá reducida á sentarse en las piedras de las plazas públicas, rodeada de una multitud fisgona, que se avergonzaria de ofrecerle hospedage.

Apelo á la experiencia: ¿Quién ha introducido la irreligion en las chozas? ¿El discurso? No, si el ejemplo contagioso; si, la vergüenza de parecer crédulo. Esta, junta con el atractivo de la licencia, es la verdadera causa de los progresos de la incredulidad. Confiada en extremo es la filosofía, si espera dividir al género humano en dos clases; una, que crea en favor de la seguridad de la otra, sin ganar por ello mas que el desprecio; una, que no conozca otro deber que obedecer á sus inclinaciones, y la otra que deba renunciar á sus inclinaciones, por obedecer ó cumplir deberes fantásticos; una, que se reiría de lo que la otra reverenciaba gustosa; de modo que en una clase, se hallaria con la independéncia todo cuanto busca el hombre aqui bajo, y en la otra con la servidumbre, todo cuanto el mismo teme y aborrece; pero sin otra recompensa,

que el desprecio. ¿No es esta una feliz y profunda combinacion? ¡Qué delirio! y por lo tanto he aqui lo que, con preferencia á la verdad, se cree y admira. Mas la naturaleza, cuyas leyes nunca varian hasta el grado que las pasiones, refuta muy luego de un modo terrible estas teorías que el orgullo humano prueba oponer al órden eterno. Aquí los hechos hablan, y bastante alto, para que los oigan los mismos que cerrarian los oidos á la razon. Si alguno tuviese el desgraciado valor de ponderarnos las religiones políticas en medio de las ruinas de la fe, de las costumbres, de la sociedad, todas estas ruinas reunidas levantarían la voz para confundirle. Así, pues, la Religion es indispensable en el sistema, y admitiendo el sistema, la Religion no podría subsistir; lector, saca la consecuencia.

Pero concedamos á los indiferentes políticos lo que pretenda, admitamos que la Religion es un error, la moral otro error, y veamos lo que se seguirá. Estos errores, como ellos lo confiesan, son necesarios á la sociedad. El hombre no se conserva sino en el estado de sociedad; no en otra parte sino en el estado de

sociedad es, en donde se desenvuelven sus facultades intelectuales que le elevan sobre el bruto, por el ejercicio de su razon, por la cultura de las ciencias, y por la práctica de las virtudes. Por otro lado el error no existe necesariamente; ha podido ser ó no ser inventado, es el producto contingente de lo que se llama el acaso; de lo que resulta :

1° Que la sociedad es un puro efecto del acaso, y que, segun todas las apariencias verosímiles, el género humano debia perécer al tiempo mismo de nacer, pues que no ha podido perpetuarse sin el auxilio de una invencion casual, infinitamente menos probable, que la de los aerostáticos; porque al fin esta no es mas, que la aplicacion de unas leyes ciertas é inmutables, en tanto que la primera no está ligada con alguna cosa real, y no tiene otro fundamento que el de la imaginacion.

2° Que segun las leyes de la naturaleza, no siendo ellas sino la expresion de las verdades eternas ó de las relaciones necesarias de los seres, la sociedad no debia establecerse, ni el género humano perpetuarse, y que, por consecuencia, la

verdad es destructiva de la sociedad, y destructiva del hombre.

3° Que el descubrimiento progresivo de sus facultades intelectuales ó el ejercicio de su razon, no efectuándose sino en el estado de sociedad, es opuesto á la naturaleza ó, como se expresa Rousseau, que el hombre que piensa es un animal depravado \*.

4° Que todo lo que hay de mas grande, y mas noble en el hombre, sus luces, su talento, sus virtudes son el producto del error; consecuencia tan absurda, que Diderot mismo estableció por principio la proposicion contraria: « El error de derecho, » dice él, (ó el error de doctrina) « influye en toda criatura racional, ó consiente, y no puede dejar de volverla viciosa ».

5° Que la perfeccion del hombre y su existencia misma se fundan sobre la violacion de las leyes naturales; el conocimiento de la verdad en la persuasion del error; en fin, que sé yo; por-

\* Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad de condiciones entre los hombres.

² Ensayo sobre el mérito y la virtud, part. II, secc. 3.

que los absurdos se complican y se multiplican hasta el punto de no poderlos contar. Y sin embargo, es menester ó admitirlos todos, ó abjurar de la lógica, ó renunciar el sistema de donde ellos nacen necesariamente. ¿Es posible dudar en esta alternativa? Es posible, que la razon se condene al suplicio voluntario de creer, no digo lo que ella no podría comprender, sino lo mismo, cuya imposibilidad conoce ella claramente? ¿Qué hay en esta credulidad estúpida y degradante que pueda lisongear el orgullo? El que imaginára en física una teoría fundada sobre contradicciones tan palpables, excitaria la risa y se atraeria el desprecio general. ¿Mudan pues, las contradicciones de naturaleza, ó vienen á ser pruebas cuando se trata de trastornar los deberes y la Religion? En el sistema que yo examino, es imposible que la Religion sea verdadera; en el mismo sistema es imposible que sea falsa. Una de estas dos proposiciones contradictorias es el fundamento del sistema, la otra es su consecuencia. ¿Cómo se ha de salir de aquí, sino negando la misma razon; convirtiendo el absurdo en razon que sirva de motivo á la

creencia? Yo soy Cristiano; pero declaro, que desecho el Cristianismo, que niego su doctrina, luego que se me haga ver que mi fe reposa sobre una base tan humillante.

No puedo menos de ofrecer aquí al lector una reflexion, que, le suplico medite con seriedad. Al escribir este capítulo, no he tenido el designio de probar la verdad de la Religion: he intentado únicamente refutar un sistema particular de filosofía; y por lo mismo, la consecuencia inmediata de lo que se acaba de leer, es, que la Religion es necesariamente verdadera; porque es evidentemente absurdo suponerla falsa: tan cierto es esto que no seria posible ocuparse en Religion, y considerarla bajo un aspecto cualquiera, sin que resalte su verdad de un modo extraordinario, que muchas veces tambien es inesperado. Mil caminos diferentes salen al mismo punto, mil discursos diversos á la misma conclusion, de suerte que, en la multitud casi infinita de pruebas que concurren á establecer la mas importante de las verdades, no hay un solo hombre, sean las que fueren su naturaleza y la capacidad de su talento, que no descubra fácilmente

la que le conviene , la que le sería , ( por decirlo así ) destinada por la Providencia con condicion , que él la busque , en lugar de hacer todo esfuerzo para desecharla.

Resumidas las consideraciones expuestas en este capitulo y en el precedente , se ve :

1º Que la doctrina de aquellos para quienes la Religion solo es una institucion politica , necesaria para solo el pueblo , es destructiva de la sociedad , porque lo es de la Religion , sin la que se confiesa , que la sociedad no puede subsistir.

2º Que esta doctrina es absurda y contradictoria ; en primer lugar , porque supone no poder existir sociedad sin Religion , y que esta misma no ha podido inventarse ó establecerse sino en una sociedad , ya establecida : en segundo lugar , porque resulta de esto , que la sociedad , estado necesario , es un estado contra naturaleza , una invencion fortuita , una institucion arbitraria , fundada en el error , y que solo subsiste por él , institucion en la que , segun las leyes inmutables del orden y las relaciones derivadas de la naturaleza de los seres , no debia el hombre conservarse ; que en este caso su existencia es con-

traria á la naturaleza ; que los deberes son igualmente contrarios á ella ; el adelantamiento progresivo de la razon humana , tambien contrario á la misma naturaleza ; la virtud , contraria á la naturaleza ; que la verdad es la causa del desórden y de la muerte , que el error es el principio de perfeccion y de vida ; y por último , que es imposible sea verdadera la Religion , é imposible que sea falsa.

3º Que , no permitiendo este sistema considerar las diferentes religiones , y la Religion en general , sino bajo un punto de vista meramente politico , reposa , por consecuencia , sobre la indiferencia absoluta de la verdad en materia de Religion . El refutar la doctrina fundamental de la indiferencia , será , sin duda , derrocar por su base este sistema particular.

¿ No tendria yo en este caso un derecho de poner fin á la discusion , intimando á los adversarios , para que , ó abandonen sus principios , ó prueben no se deducen estas consecuencias de los principios que yo les atribuyo ? Pero no ; yo sé lo que cuesta al hombre reconocer que se ha engañado : sé cuanto tiempo lucha contra esta do-

lorosa convicción. Todo lo que yo espero y pido, es que, después de haber leído con reflexión los discursos precedentes, los filósofos con quienes ellos hablan, se decidan únicamente á dudar, á sospechar, que puede ser posible que ellos se equivoquen, y que la Religión no sea una invención humana. Esta simple duda les impone la obligación de examinar. Deben hacerlo como hombres, ó como seres racionales; y como filósofos están otro tanto más obligados. Porque al fin, ¿qué imputan ellos tan amargamente al vulgo? el creer sin examen, por hábito, por error intelectual. ¿Conviene pues, ó es honroso ser incrédulo del mismo modo, que se sostiene es absurdo el ser creyente? El pueblo, á lo menos, en sus preocupaciones se reserva la esperanza: y si él se engañaba, si era necesario decidirse entre este sentimiento celeste y entre las luces que, opacas alumbran solo la nada, la suerte del cristiano aun sería bastante buena.

## CAPITULO IV.

CONSIDERACIONES SOBRE EL SEGUNDO SISTEMA DE INDIFERENCIA,  
 Ó SOBRE LA DOCTRINA DE LOS QUE TENIENDO POR DUDOSA LA  
 VERDAD DE TODAS LAS RELIGIONES POSITIVAS, CREEN QUE  
 CADA UNO DEBE SEGUIR AQUELLA, EN QUE HA NACIDO,  
 Y QUE NO RECONOCEN MAS RELIGION INCONTEN-  
 TABLEMENTE VERDADERA, QUE LA NATURAL.

Las perniciosas consecuencias del sistema precedente y los absurdos de que abunda, conduciendo á los filósofos á modificarle, han hecho hacer una nueva teoría de la indiferencia. Menos osada que la primera, sin ser mas satisfactoria,

lorosa convicción. Todo lo que yo espero y pido, es que, después de haber leído con reflexión los discursos precedentes, los filósofos con quienes ellos hablan, se decidan únicamente á dudar, á sospechar, que puede ser posible que ellos se equivoquen, y que la Religión no sea una invención humana. Esta simple duda les impone la obligación de examinar. Deben hacerlo como hombres, ó como seres racionales; y como filósofos están otro tanto más obligados. Porque al fin, ¿qué imputan ellos tan amargamente al vulgo? el creer sin examen, por hábito, por error intelectual. ¿Conviene pues, ó es honroso ser incrédulo del mismo modo, que se sostiene es absurdo el ser creyente? El pueblo, á lo menos, en sus preocupaciones se reserva la esperanza: y si él se engañaba, si era necesario decidirse entre este sentimiento celeste y entre las luces que, opacas alumbran solo la nada, la suerte del cristiano aun sería bastante buena.

## CAPITULO IV.

CONSIDERACIONES SOBRE EL SEGUNDO SISTEMA DE INDIFERENCIA,  
 Ó SOBRE LA DOCTRINA DE LOS QUE TENIENDO POR DUDOSA LA  
 VERDAD DE TODAS LAS RELIGIONES POSITIVAS, CREEN QUE  
 CADA UNO DEBE SEGUIR AQUELLA, EN QUE HA NACIDO,  
 Y QUE NO RECONOCEN MAS RELIGION INCONTEN-  
 TABLEMENTE VERDADERA, QUE LA NATURAL.

Las perniciosas consecuencias del sistema precedente y los absurdos de que abunda, conduciendo á los filósofos á modificarle, han hecho hacer una nueva teoría de la indiferencia. Menos osada que la primera, sin ser mas satisfactoria,

se verá muy pronto, que no es capaz de sufrir el mas ligero exámen. No se concebiría tampoco la ilusion que esta produce en ciertos entendimientos, si no se supiera, por otra parte, con que facilidad degradante admite el hombre todas las opiniones que se acuerdan con los errores de su entendimiento y que favorecen sus inclinaciones.

El defensor mas hábil de la doctrina que combato, es sin contradicción J.-J. Rousseau. No podría yo hacer nada mejor que valerme de sus mismas palabras para exponerla. Además, que este método será menos árido que un mero analisis, y alejará de mí toda sospecha de infidelidad.

Manifestemos desde luego, en que se diferencian los principios de Rousseau de los de aquellos filósofos, ya refutados en los precedentes capitulos. Por este medio podrá el lector formarse una idea precisa y exacta de unos y otros.

El sistema de los indiferentes políticos incluye el ateismo, y trastorna todos los deberes y esperanzas del hombre. Rousseau considera la

existencia de Dios, la espiritualidad del alma, la existencia de una vida futura, como otros tantos dogmas sagrados y verdades incontestables. Se irrita de que alguno pretenda impugnarlos :  
 « Huid, dice él, de aquellos que, con pretexto  
 « de explicar la naturaleza, siembran en los  
 « corazones humanos doctrinas que desconsue-  
 « lan, y cuyo aparente escepticismo cien veces  
 « es mas afirmativo y mas dogmático, que el es-  
 « tilo decisivo de sus contrarios. Con el arrogante  
 « pretexto de que ellos solos son ilustrados, sin-  
 « ceros, de buena fe, imperiosamente nos su-  
 « jetan á sus tajantes decisiones, y pretenden  
 « que admitamos por principios verdaderos de  
 « las cosas, los ininteligibles sistemas, que en  
 « su imaginacion se han forjado. Derribado en  
 « tanto, destruyendo, hollando á sus plantas  
 « todo cuanto respetan los hombres, privan á  
 « los afligidos de la postrera consolacion de su  
 « miseria; quitan á los ricos y á los potentados  
 « el único freno de sus pasiones; desarraigan  
 « de lo hondo de los corazones el remordimiento  
 « del delito, la esperanza de la virtud; y todavía  
 « se jactan de ser los bienhechores del linage

« humano. Dicen que nunca es la verdad pernicioso á los hombres: lo mismo que ellos piensan yo, eso en mí entender es vehemente prueba, de que no es la verdad lo que enseñan<sup>1</sup> ».

Segun los indiferentes políticos la Religion y la moral son instituciones humanas: Rousseau sostiene, que « las verdaderas obligaciones son independientes de las instituciones humanas... » y que « sin la fe no existe ninguna verdadera virtud »<sup>2</sup>. Y como la virtud es un deber para el hombre, admite que « hay dogmas, que todos están obligados á creer<sup>3</sup>, » proposicion, directamente opuesta al principio que dice, ser la Religion necesaria al pueblo.

Rousseau pues, desecha el dogma de los indiferentes políticos. Júzgale como nosotros le hemos juzgado; á la vez falso y perjudicial; y perjudicial, porque es falso, lo que supone que en materia de doctrina la verdad es inseparable de la utilidad, ó, en otros términos, que toda doctrina ventajosa al género humano, y con

<sup>1</sup> *Emitio*, libro IV.

<sup>2</sup> *Ibidem*.

<sup>3</sup> *Ibidem*.

mas fuerte razon, toda doctrina necesaria, es una doctrina verdadera<sup>1</sup>. Suplico al lector tenga presente esta observacion.

Hasta aquí Rousseau no es mas que el órgano de la tradicion universal, su razon está de acuerdo con la de todos los pueblos, con la experiencia, con todas las autoridades dignas de citarse en esta cuestion tan grande; y, como sucede siempre que se camina con tales guías, apoyándose él en la excelencia de su causa y el consentimiento de los siglos, la verdad así manejada por su pluma, adquiere un tal caracter de evidencia, que ni aun se ha intentado responder á sus argumentos.

Pero, luego que él se propone no escuchar sino á su propio entendimiento; cuando estrechado entre el Cristianismo y las doctrinas desconsoladoras que ha refutado con tanta elocuencia, emprende abrir un camino nuevo

<sup>1</sup> El autor ateo del *Sistema de la Naturaleza* confiesa que la verdad no puede jamás ser perjudicial « puede muy bien serlo para el que la dice, pero ninguna verdad puede dañar al género humano. » *Sistem. de la Natur.*, tom. II, cap. XIII, nota. Y aun « lo que es falso, no puede ser útil á los hombres: lo que constantemente los daña no puede fundarse en la verdad, y debe proibirse para siempre. » *Ibid.*, cap. XIV.

quimérico, que no conduce á ninguno de estos dos términos extremos; sus ideas se confunden, y extraviándose de sofisma en sofisma, cae, casi á cada paso, en groseras inconsecuencias, imposibles de disimular aun á todas las sutilezas de una dialéctica maestra.

Hase visto, que admite la necesidad de una Religion en todos los hombres. Esto supuesto, ¿ qué resta sino decidirse entre las diversas religiones, despues de un examen competente para determinarse á una eleccion digna de la sabiduría? Mas esto es lo que Rousseau niega expresamente. « Si nos descarriamos, dice, nos quitamos una poderosa disculpa delante del tribunal del soberano juez. ¿ No perdonará mas bien el error en que fue uno criado, que el que se atrevió á escoger por sí propio? »

O este discurso no tiene sentido alguno, ó supone el autor que existe una religion verdadera; porque si no existiese, ¿ dónde estaria el peligro de *descarriarse*, tratando de buscarla? Descarriarse, es alejarse del punto donde se trata de lle-

\* *Emilio*, lib. IV.

gar; con que, siendo este punto imaginario, ¿ cómo puede concebirse el alejarse de él efectivamente? ¿ Puede uno alejarse de un punto que no existe? Obsérvese que Rousseau confiesa, que en materia de Religion, el error puede ser criminal á los ojos del *soberano Juez*; luego es preciso confiese tambien, que hay una religion verdadera; pues, si no hubiera verdad, el error seria inevitable, y un error inevitable no necesita de *disculpa* ni *perdon*. Aun hay mas: no pudiendo ser verdaderas dos doctrinas á la vez contrarias; ya que existe una religion verdadera, no puede existir sino una sola, y Rousseau lo confiesa en términos formales: « Entre tantas religiones diversas, que reciprocamente se proscriben y se excluyen, *una sola es la buena* si hay alguna que lo sea. » Luego todas las religiones menos una son falsas necesariamente; todas las religiones menos una son *perjudiciales* segun Rousseau, cuyas palabras quedan ya citadas. Con que las religiones *perjudiciales* no son ciertamente *necesarias* al

\* *Emilio*, lib. IV.

hombre: pues si una religion es necesaria como lo sostiene Rousseau, no puede ser otra que la verdadera. Por esto mismo que es la única verdadera, ella es la única buena, la única necesaria, la sola que viene de Dios. ¿Cómo, pues, será creible que, imponiendo Dios á los hombres la obligacion de seguirla, les haya negado los medios de distinguirla de las falsas? Esto repugna, y sin embargo Rousseau debe decirlo, ú abandonar sus máximas; y no puede decirlo sin caer en manifiestas contradicciones, como ya queda visto.

Para salir de este apuro, se complica en contradicciones nuevas. Resulta de sus propios asertos, que hay una Religion verdadera, y que no hay mas que una: la consecuencia es que todos los hombres deben abrazarla; pero esta consecuencia le conduciría al Cristianismo, que él se empeña en trastornar. ¿Qué hace, pues? Pretende que no se podría discernir cual es la verdadera Religion. Reconociendo por otra parte la necesidad de una religion, para todos los hombres, aconseja á cada uno, que siga aquella en que nació. En la impotencia real de descubrir la verdadera, sería el

partido mas sabio, si estas diferentes religiones, en que los hombres nacen, llenaran el objeto para el que Rousseau las juzga necesarias. Siendo asi que el error, segun él, esencialmente es perjudicial, este objeto no podria llenarse por religiones falsas. Por esto se ve forzado á sostener que todas las religiones son indiferentes, es decir igualmente buenas, ó igualmente verdaderas; porque estas dos cosas están inseparablemente unidas en sus principios; dejémosle explicarse por sí mismo. « Todas las religiones  
« particulares las miro como otras tantas insti-  
« tuciones saludables, que en cada pais prescri-  
« ben un modo uniforme de honrar á Dios con  
« un culto público, y pueden todas tener sus  
« motivos en el clima, el gobierno y la índole  
« del pueblo, ó en alguna otra causa local que  
« haga una preferible á otra ». » Y aun: « Hon-  
« rad en general á todos los fundadores respec-  
« tivos de vuestros cultos, que cada uno dé al  
« suyo lo que cree deberle; pero, que no des-  
« precie al de los demas. Han tenido ellos gran

« talento, y virtudes grandes ; esto siempre ha sido apreciable. Se han presentado como enviados de Dios. Esto puede ser ó no ser ».

Esta es la primera vez que oigo hablar de las grandes virtudes de Mahoma. Cuanto á lo demás, como sería absurdo el suponer que *Enviados de Dios* enseñaran el error, y por otra parte que, fundada en la impostura una Religion no podría ser verdadera, la última frase que acabo de citar significa literalmente : Es posible que sean verdaderas todas las religiones, como que sean falsas. Así es, que se puede elegir entre esta proposicion, y las que siguen, deduciéndose todas naturalmente de los principios de Rousseau: Todas las religiones son igualmente verdaderas; no hay mas que una sola Religion verdadera.

Para un lector que gusta de entenderse, no es trabajo pequeño tratar de poner al autor del Emilio de acuerdo consigo mismo. Esta tarea tiene bastante con que desalentar, aun al argumentista mas sutil. Así es, que á cierta distancia de páginas Rousseau nos enseña, que hay « dog-

<sup>1</sup> Lettre à M. de Beaumont.

« mas, que están obligados todos á creer » . y « que las obligaciones de la moral son las únicas verdaderamente esenciales » . Y como si tratara de hacer la contradiccion mas patente, añade en seguida « la primera de estas obligaciones es el culto interno » y que, « sin la fe no existe ninguna verdadera virtud » ; ¿ Qué confusion de ideas tan rara ! ¿ Es el culto interior la moral ? ¿ Es la fe la moral ? Y si ninguna virtud existe sin la fe, ¿ cómo puede ser la virtud una obligación esencial, sin que tambien lo sea la fe ?

Separándose de lo verdadero, la razon privada de punto de apoyo, es semejante á una nave, que ya no es dueña de sus movimientos, y fluctua incierta, siguiendo á cada instante rumbo enteramente opuestos. La inconsecuencia es siempre la compañera del error, porque nunca se desprende el hombre de todas las verdades de un golpe, y las que retiene como incompatibles con el error, le obligan á contradecirse, aunque no quiera. Esto mismo es lo que

<sup>1</sup> Emilio, lib. IV.

<sup>2</sup> Ibid.

<sup>3</sup> Ibid.

« Rousseau le sucede casi á cada página. « En la  
 « incertidumbre en que vivimos » dice , « es  
 « presuncion que no tiene disculpa profesar otra  
 « religion que aquella , en que uno ha nacido , y  
 « falsa no practicar con sinceridad la que uno  
 « profesa » . Algunas lineas antes hace hablar  
 asi á su personage ficticio : « Reconciliaos con la  
 « religion de vuestros padres » ( la religion de  
 « Calvino ) . . . . « Es muy sencilla y muy santa ; y  
 « entre todas las religiones de la tierra , creo que  
 « es aquella cuya moral es mas apurada y que  
 « mas satisface á la razon » . » .

1º Hay , segun su dictamen , diversos grados  
 de incertitud , y de consiguiente motivos de pre-  
 ferencia , pues que hay una religion , con la que  
*se contenta mejor la razon* . Ahora pues ; ¿ sobre  
 cuál fundamento estaria uno obligado á vivir en  
 una religion , con que la razon *se contentase me-  
 nos* ? Juan Jacobo echa en cara falsamente al  
 Cristianismo , el exigir el sacrificio absoluto de  
 la razon , y véase sin embargo como impone

<sup>1</sup> *Emilio*, lib. IV.

<sup>2</sup> *Ibid.*

aquí á los hombres el deber de obrar contra las  
 luces de su razon . ¿ Paraqué será ella buena , s  
 no la debemos consultar sobre un punto , del  
 que depende nuestra salud eterna ? Rousseau nos  
 enseña en sus confesiones , que ha quedado  
 muy satisfecho jugando su salvacion á cara y  
 cruz , y aconseja á los demás que hagan otro  
 tanto . Por miedo de engañarse el mismo ú de  
 que otro le engañe , excluye de una vez la auto-  
 ridad y la razon ; esto es mucho : ¿ no se podria  
 transigir ? El azar tiene sin duda su valor ;  
 y con todo á lo que se ve , la filosofia le encarece  
 un poco .

2º A los ojos de Rousseau el calvinismo es una  
 religion *muy sencilla y muy santa* . Con que una  
 religion *muy santa* es una religion muy verda-  
 dera , ó de lo contrario , preguntaremos , ¿ qué  
 significa la palabra *santa* ? ¿ La incertitud con  
 que el autor del Emilio nos atemorizaba  
 poco ha , no es , pues , tan temible en realidad ,  
 ya que no le ha arredrado para descubrir una  
 religion muy verdadera ? Siendo las otras ne-  
 cesariamente falsas , ¿ porqué no sería permitido  
 abandonarlas todas por esta ? La única dificultad

tad está en discernir la *sola buena*; pues hela aquí, según Rousseau: ya no hay peligro de equivocarse, y cuando, retractando sus propios asertos, supusiera todas las religiones buenas, aunque no en el mismo grado; cuando hubiera cuestión de saber, cual es la mejor; aun entonces no se debería dudar, porque no pienso haya querido hacer ver que se debe uno detener en escoger la verdadera, por el temor de que pueda haber otra *mas que muy verdadera*.

5º Si se le ha de creer, *no hay otras obligaciones verdaderamente esenciales, que las de la moral*: Enhorabuena; con que ¿es una obligación esencial abrazar una religion cuya moral es *la mas pura*? Nada de eso; todo lo contrario; es una *presunción inexcusable*.

Esta consecuencia es tan absurda, que ha forzado á Rousseau á modificar sus mismos principios, pero como de paso en una nota, por no desarreglar al parecer la perfecta regularidad del texto. Sea como fuere, él conviene en que « la obligación de seguir y amar la religion de su pais, no se extiende hasta los dogmas con-

« trarios á la sana moral »; No se pida mas; porque no se logrará otra concesion. Esta ya no es tal vez sino muy embarazosa; porque ¿ cómo sin preceptos religiosos, sin ley positiva distinguir con certeza lo que es ó no, *contrario á la sana moral*? En fin cada uno saldrá como pueda. Pero cuanto á lo demás por convencido que estuviere cualquiera mil veces, de que tal dogma es falso y por lo mismo *perjudicial*, y por lo mismo injurioso á la Verdad suprema; se le manda, á nombre de la filosofia el amarle, esto es una *obligacion*, y seguramente una obligación de moral; pues que no hay otras *esenciales* que estas. ¿ No ha hecho muy bien el autor en haber excluido desde luego la razón de su sistema?

Otra contradiccion. Despues de un magnifico elogio del Evangelio añade: « Con todo esto, este mismo evangelio está lleno de cosas increíbles, de cosas que á la razon repugnan, y que no es posible que conciba ni admita ningun hombre de razon ». ¿ Parece esto positivo?

<sup>1</sup> *Emilio*, lib. IV.

<sup>2</sup> *Ibid.*

esperemos pues un poco y se nos dirá que « el Cristianismo », no el de hoy, sino *el del Evangelio...*, es una Religión santa, sublime, verdadera. Según esto el Cristianismo es una religión *santa, sublime, y es imposible á todo hombre sensato el admitirla*; el Cristianismo *repugna á la razón* y el Cristianismo es una Religión *verdadera*. Dóciles admiradores de este inconsecuente sofista; con qué gracia echais en cara á los cristianos su obediencia á la fe! El Cristianismo, examinado seriamente les parece á ellos, como á vuestro maestro, una *religion verdadera*, y la creen: ¡ pobres gentes, ciegos por las preocupaciones hasta el punto de no ver que *es imposible á todo hombre sensato el admitir esta religion santa, sublime, verdadera*; visto que *ella repugna á la razón!*

Por lo demas el sistema de indiferencia, adoptado por J.-J. Rousseau, no es obra suya propia; hasta en sus contradicciones no es él más que un copista de Chubb, y de otros deístas ingleses. Este reconoce, « que no se puede explicar

1 *Contrato social.*

« el establecimiento del Cristianismo, sino admitiendo la verdad del relato evangélico; que el ministerio de Jesucristo, y el poder que él desplegó, habiendo sido á lo menos en general favorables al bien público, es verosímil que Dios fuese el primer agente de este poder, « y que él mismo dirigiese su ejercicio. » Y despues de algunas otras reflexiones de igual naturaleza, añade: « se sigue de aquí, á lo que me parece, que es probable, haya tenido Jesucristo una mision divina; » lo que, por tanto, no quita á Chubb el pensar que hay tambien *motivos plausibles* de atribuir á la religion de Mahoma un *caracter divino*; combinense estos pasages con aquel en que Rousseau habla así de los fundadores de los diferentes cultos: « ellos se han llamado los enviados de Dios, esto puede ser ó no ser: » se convendrá en que la identidad de principios es perfecta. La consecuencia tambien es semejante; porque, según el autor inglés: « Pácese del Mahometismo al Cristianismo, ú hágase

1 Véase Chubb's *posthumous works*, tom. II.

2 *Ibid.*

« lo contrario, este acto únicamente será abando-  
 « nar una forma exterior de religion por otra for-  
 « ma; acto, que no ofrece otras ventajas reales, que  
 « las que hay en cambiar uno el color del vestido,  
 « quitándose uno azul para ponerse otro encar-  
 « nado; » y lo que Chubb dice aqui de los ma-  
 « hometanos, lo dice igualmente de los paganos,<sup>2</sup>  
 « que abrazaron el Cristianismo en su origen.

La indiferencia absoluta de religiones es, sin  
 duda, el fundamento de este sistema mil veces  
 mas injurioso á la Divinidad que el ateismo, y  
 mas humillante para el hombre, á quien atrevidamente se le dice: « Ente limitado, mortal mi-  
 « serable, incapaz de descubrir la verdad, ¿de  
 « dónde te viene la *inexcusable presuncion* de in-  
 « tentar conocerla? ¿Qué te importa, que ella  
 « exista, ó no? Ella no existe para tí. Tu *deber*  
 « es obedecer ciegamente á todos los imposto-  
 « res que se llaman *Enviados de Dios*. Tú debes  
 « apreciar cualquier error que ellos enseñen; tú  
 « debes *practicar con sinceridad* cualquier culto

<sup>1</sup> Chubb's posthumous works, tom. II.

<sup>2</sup> *Ib. d.*

« que ellos establezcan; la suerte te hizo nacer  
 « en un pais pagano, adora pues los Dioses de  
 « tu pais, sacrifica á Júpiter, á Marte, á Priapo,  
 « á Vénus; inicia á tus hijas en los misterios de  
 « la buena Diosa. Tú harás los honores divinos  
 « en Egipto á los crocodilos sagrados, y al buey  
 « Apis; entre los Fenicios, ofrecerás tus hijos á  
 « Moloch; en Méjico tomarás las armas para  
 « conquistar vietimas humanas al horrendo ídolo  
 « allí reverenciado; en otra parte, te postrarás  
 « humildemente ante un tronco de árbol, ante  
 « las piedras, las plantas, los despojos de ani-  
 « males, restos impuros de la muerte. Naciste en  
 « Constantinopla, repite pues en el fondo de tu  
 « corazon; *Dios es Dios y Mahoma su profeta!*  
 « En Roma, despreciarás á este mismo Mahoma  
 « como á un impostor. Todas estas religiones, y  
 « otras mil son *otras tantas instituciones saluda-  
 « bles, que tienen sus motivos en el clima, el go-  
 « bierno, y la índole del pueblo, ó en alguna  
 « otra causa local, que haga una preferible á otra.*  
 « Ve aquí la única diferencia, y sin atormentarse  
 « por escoger, el sabio se atiende á la que el acaso  
 « le ha dado. »

Tal es en toda su sencillez la doctrina de Juan Jacobo, porque la sola restriccion que pone en ella, es á la verdad quimérica. «La obligacion de seguir y amar la religion de su pais, no se extiende, dice él, hasta los dogmas contrarios á la sana moral. Muy bien; pero ¿Quiénes son los pueblos, que obedeciendo á sus leyes religiosas, se imaginan ofender *las obligaciones de la sana moral*? Al contrario, violando estas leyes se creeria cometer un crimen, y atraerse la cólera del cielo. Cuando recorrian el Asia los discípulos de Mahoma, con la cimitarra en una mano, y en la otra el Coran, ; se debe pensar que ellos dudasen, si tenían el derecho de degollar á los que se rebelasen á la autoridad de su profeta! Lejos de experimentar remordimientos matándolos, se persuadian hacer una obra agradable á Dios. La historia está llena de tales ejemplos. Sacrificando sus hijos á Saturno, los habitantes de Cártago, no sofocaban en apariencia los sentimientos naturales, por solo el gusto de creerse culpables de un horrendo crimen: Digámoslo, porque no hay verdad mas importante y mas desconocida: la religion de los pueblos es su

moral toda, y esto es lo que forma en parte el peligro del sistema que combatimos. Consagrando todos los cultos, Rousseau consagra todos los vicios y aun todos los crímenes. La poligamia, la prostitucion, todos y aun el asesinato, vienen á ser no solo permitidos, sino *saludables, segun el clima, el gobierno, y la índole del pueblo*; ¡Gran Dios! ¿Dónde estamos, si es necesario refutar semejante doctrina? ¿No se deberá ya nada á la humanidad, cuando por medio de una arteria pérfida, se hayan adornado estas máximas execrables con seductoras frases, con las palabras halagüenas, concordia, tolerancia y paz?

Nótese, ademas, que Rousseau no quiere que se examinen los dogmas, para enterarse de su veracidad; sino para saber su conformidad con la *sana moral*; como si este examen fuera mas fácil que el otro, como si estuviera mas al alcance de todos los hombres. ¿Cuántos hay que sean capaces de percibir la union muchas veces lejana, aunque muy real, que hay entre los deberes de la moral y los dogmas especulativos? ¿Sobre qué principios; por qué reglas deberá procederse á este examen? ¿Segun la regla de la concien-

cia? Por esta cuenta, cada uno se quedará tranquilo en su religion; porque yo no sé, que la conciencia del Musulman, del Chino, del Indio, del Taiciano haya disutado á alguno de su culto. Se consultará la razon, diráseme, Ya entiendo; se pondrá otra vez la moral en problema, y esto necesariamente; porque para juzgar si un dogma es contrario á la sana moral, es indispensable conocer desde luego con certeza esta sana moral. Se discurrirá sobre los deberes hasta mas no poder, como los filósofos de la Grecia, y como los de nuestros tiempos; y cansándose de buscar en vano el fundamento en vagas abstracciones, se negarán para concluir. Esta fué siempre la marcha de la filosofia. ¿Nómbrese una virtud, á quien ella respetase? ¿un vicio de que se haya ruborizado por ser su apologista? Desde Aristipo hasta Diderot, no ha sabido ella mas que dar larga brida á las pasiones, esforzándose para conciliar los deberes del hombre con sus inclinaciones, ó mas bien haciendo de sus inclinaciones la regla única de sus deberes. No hay, por lo tanto religion, inclusa la de los Druidas, cuya moral no sea

preferible á la moral filosófica. Los Druidas, á lo menos recomendaban las virtudes que sostienen el buen orden en las familias, el respeto á la ancianidad, la fidelidad conyugal; sacrificaban, ciertamente, victimas humanas á sus divinidades sanguinarias; pero despues á su turno la filosofia ha juzgado bueno el sacrificarlas, y en mayor número, á una divinidad no menos terrible; no veo que ofrezca ella, mas ventajas, aun bajo este mismo respecto; á menos, tal vez, que no sea mas consolante, mas dulce, mas conforme á la dignidad del hombre, el ser degollado sobre los altares de la Diosa Razon, que sobre los del Dios Teutates.

La experiencia prueba, que, considerando la moral como independiente de la Religion, la moral viene á ser tan problemática como la Religion misma. De este modo la restriccion que Rousseau pone en su sistema, es en realidad nula. Él por un lado excluye el discurso, y por otro le admite, mas con tales condiciones, que se hace imposible á la mayor parte de los hombres y peligroso á todos; porque, si se quitan las promesas y amenazas de la Religion, todos tienen

un interes notorio en equivocarse acerca de los deberes, y el mismo Rousseau da en sus escritos mas de un ejemplo del modo, con que se pueden obscurecer ó embrollar en provecho de las pasiones, los mas claros preceptos así como los mas esenciales deberes de la moral.

Para reducir la cuestion á sus mas sencillos términos, no hay mas que tres suposiciones posibles: ó son verdaderas todas las religiones, ó son todas falsas, ó, en fin, hay una sola Religion verdadera.

La suposicion de que son verdaderas todas las religiones es, sin disputa, absurda; dogmas contradictorios, el si y el no jamás pueden ser verdaderos al mismo tiempo. Esto es puramente conforme al sentido comun. « Entre tantas religiones « diversas, que recíprocamente se proscriben « y se excluyen, una sola es la buena, si hay « alguna que lo sea » dice Rousseau.

La suposicion de que todas las religiones son falsas, destruye radicalmente el fundamento sistemático del autor del Emilio; porque, en este sistema la Religion es necesaria para la socie-

*Emilio, lib. IV.*

dad. *Es una obligacion el seguir y amar la Religion de su pais.* Luego el error, que por confesion de Rousseau, de Chubb, de Diderot es perjudicial por su naturaleza, *no puede menos de volver viciosa á toda criatura racional y consecuente*, no es de cierto *necesari* ni al hombre, ni á la sociedad: *Amar lo falso* y por esto mismo pernicioso, no podria ser una *obligacion* para alguno. Con que, si todas las religiones son falsas, la religion es perjudicial en lugar de útil; lejos de haber obligacion de *profesar*, de *amar* alguna, se deberán despreciar todas, aborrecerlas, proscribirlas, como el mas cruel azote de la humanidad. ¿Quién se atreveria efectivamente á *imponer á una criatura racional el amar el error*, que *no puede menos de volverla viciosa*? ¿Y qué vendria á ser este otro principio, que *las obligaciones de la moral son las únicas esenciales*? Luego la suposicion que se discute, es incompatible con el sistema de Rousseau. Admitir el uno es desechar el otro evidentemente.

Queda ya la suposicion de una sola Religion verdadera, y por consecuencia la sola útil, sola *necesaria*; siendo todas las demas falsas, y por

consiguiente *perjudiciales*. ¿Qué hay pues mas absurdo en esta hipótesi, que constituir un deber en el hombre, de profesar la religion en que ha nacido, presentar todos los cultos como indiferentes, como igualmente *saludables*; atribuir al error, origen impuro de los vicios, los mismos derechos que á la verdad, madre de la virtud; prohibir á un ser racional todo el uso de su razon, acerca del objeto que mas le interesa, forzarle á respetar, *amar* extravagancias que irresistiblemente repugnan á su entendimiento? ¿Es esto lo que se llama filosofia? « Un hijo nunca hace mal en seguir la religion de su padre. » Con que el nacimiento lo decide todo en materia de religion. Aquí es una *obligacion* el ser politeista, y allí el adorar un solo Dios. La fe debe cambiar con el clima, variar segun los grados de latitud; tantos paises, otras tantas *obligaciones* opuestas. Cristiano en Europa, Musulman en la Persia, idólatra en el Congo; iréis á las orillas del Ganges tributar los honores divinos á Vishnou. Vuestro padre, un poco crédulo, adoraba una piedra, una cebolla, conservad este culto doméstico. *Un hijo nunca hace mal en seguir la religion de su padre.*

Esta religion sin embargo, siendo indigna de Dios, es degradante para el hombre. Nada importa; en ella has nacido; *el profesar otra seria una presuncion inexcusable.*

Discípulos de Juan Jacobo, reconoced las palabras de vuestro maestro, y decid, si en la hipótesi de una religion verdadera, es posible llevar mas lejos la inconsecuencia; ahorremos de palabras, la locura. ¿Qué! ¿Existe una verdadera religion, y la mayor parte de los hombres deberán *profesar sinceramente* una falsa? ¿Seria para ellos una *obligacion* el ultrajar la divinidad por un culto que ella reprueba! Todo deber, segun confiesa Rousseau, deriva de la voluntad de Dios; ¿luego es la verdad suprema, quien impone á las tres cuartas partes del género humano la *obligacion* de *profesar* el error y de *amarle*? ¿Dios es, quien ha impuesto á ciertos pueblos la *obligacion* de adorar el vicio? Convenid en que hay artículos extraños en el simbolo de la indiferencia.

\* Toda justicia procede de Dios, él solo es su origen. *Contrato social*, lib. II, cap. vi.

Cualquiera suposición que se adopte, el sistema de Rousseau repugna al sentido comun. En teoría es imposible: porque Juan Jacobo exige dos cosas abiertamente discordantes. Quiere, se crean todas las religiones igualmente verdaderas, y que *sinceramente se profese* la del país en que se ha nacido; pero, ¿no observa él mismo, que las diversas religiones se *proscriben y excluyen reciprocamente?* que *profesar sinceramente una, es excluir y proscribir todas las otras?*

Un judío *sincero* aborrece necesariamente el Cristianismo, como un *sincero* Cristiano desecha la religión judía. Lo mismo un Mahometano, así un pagano, así los sectarios de todos los cultos opuestos. No se cambia la naturaleza de las cosas con frases de retóricos; no puede hacerse que crea el hombre la misma doctrina como verdadera y falsa al mismo tiempo; y esa pretendida fe *sincera* en dogmas, que *reciprocamente se excluyen*, no es en la realidad mas que una incredulidad, ó una indiferencia absoluta.

Por las consideraciones discutidas en este capítulo, tengo derecho de concluir, á lo que me parece, que los principios de Rousseau, despo-

jados del prestigio de una falsa elocuencia, no presentan mas, que un todo informe de incoherencias, absurdos y contradicciones. Esto bastaría para echarlos á un lado, sin examinarlos: con todo, lo que pido es que se haga de ellos el debido examen. No hay que apresurarse á juzgar, diré yo, á los partidarios de estas máximas, convenid solamente en que hay motivos bastantes para reputar dudosa la verdad en esta materia. Dejad á parte toda prevención; buscad de buena fe lo verdadero; estudiad las pruebas del Cristianismo con el mismo cuidado, con la misma sinceridad que estudiariais una ciencia humana. Seguramente, que os importa otro tanto saber si el Cristianismo es verdadero, como conocer la teoría de la electricidad, ó las leyes de la gravedad. Haced una vez por el interés de vuestra eterna suerte, lo que haceis cada día por satisfacer vuestra curiosidad. Por poco precio que deis á la verdad, la razón, la virtud, estais mas que ningun otro obligados á buscar una regla infalible de creencia y conducta; porque vosotros, mas que nadie, necesitais esta regla. La que os lisongeis tener, es nula, falsa,

ilusoria. Es admisible en especulativa y se desecha en la práctica. Os lo pregunto á vosotros en particular, porque habeis nacido en un país católico, de padres católicos, ¿ *profesais sinceramente*, como quiere Rousseau, la Religion de vuestros padres? Se os ve practicar los deberes, impuestos por la Religion católica á los que hacen *profesion* de seguirla; asistis regularmente en los templos, á los oficios públicos, á las instrucciones pastorales; observais las leyes de la Iglesia; guardais escrupulosamente los preceptos de la abstinencia, del ayuno; huiis de los espectáculos peligrosos; frecuentais los tribunales de la penitencia? Os sonreis de estas preguntas, y no obrais mal. Persuadidos que todas las religiones son indiferentes, ignorando si hay una verdadera, y cual es la verdadera religion; ¿ porqué en la incertitud os sugetariais á tanta incomodidad, á tantas prácticas penosas? Vosotros lo debeis no obstante, y segun vuestros principios; mas estos principios contradictorios, que exigen y suponen lo imposible, os obligan á ser inconsecuentes, aun en el error, y este es el único provecho, que sacais de ello.

El sistema de Rousseau, compatible en apariencia con todas las religiones, las destruye todas de hecho. Con que él destruye tambien todas las virtudes; porque, dice Rousseau: « Yo no entiendo, que pueda uno ser virtuoso sin religion; tuve mucho tiempo esta opinion, de la que estoy bien desengañado ». Luego destruyendo él la virtud y la Religion, destruye necesariamente la sociedad; y aun Rousseau es quien dice: « Jamás se fundó un Estado, cuya base no fuese la Religion ». ¿ Quitando la base; qué será del edificio? ¡ Ah! demasiado lo sabemos. Y si alguno se engañara en este punto, no sería por falta de experiencia.

Fundado en esta experiencia, para siempre memorable, nos es permitido juzgar la doctrina de Rousseau, como él mismo juzga la de los filósofos que tenemos ya refutados, y podemos dirigirle sus propias palabras: « Jamás, segun vos decís, es nociva la verdad á los hombres, yo lo creo como vos, y es á mi parecer, una gran

<sup>1</sup> *Lettre à d' Alembert sur les Spectacles.*  
*Contrato social*, lib. IV, cap. VIII.

« prueba de que no es verdad lo que enseñáis ».

El cae, lo mismo que Hobbes, y por todo el peso de sus principios, en la indiferencia absoluta de todas las religiones. El uno las declara todas falsas, ó de institucion humana; no sabe el otro, si hay una verdadera, y bajo el supuesto de que hay una, pretende ser imposible descubrirla. En ambas hipótesis es igualmente absurdo el creer, é inútil el examinar. Por lo tanto la conclusion es la misma; y solas las premisas son diferentes. Yo no considero aquí sino las máximas proferidas, porque Rousseau en la realidad, no evita el ateismo, donde le conduce su sistema, sino multiplicando las contradicciones. Sea como fuere; probando, que hay una verdadera religion, acabaré de refutar á los indiferentes políticos, y refutaré á Rousseau; haciendo ver, que Dios ha dado á todos los hombres un medio seguro, fácil, infalible, para discernir la Religion verdadera de las falsas.

Si el lector tiene repugnancia en seguir nuestras importantes discusiones, si descuidándose de la verdad, se resiste á dedicar á sérias meditaciones algunos instantes que prodiga en favor

de sus placeres, será necesario llorar amargamente la miseria de los hombres, á quienes, todo, á excepcion de sus eternos destinos, tiene facultad de interesar, conmovery y penetrar.

## CAPITULO V.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS  
CONTINUACION DE LAS CONSIDERACIONES SOBRE EL SEGUNDO  
SISTEMA DE INDIFERENCIA, Y REFLEXIONES SOBRE  
LA BELIGION NATURAL.

La sola dificultad que se presenta al combatir las doctrinas filosóficas, es el reducirlas á máximas fijas y precisas. En logrando esto, todo está hecho; en sí mismas se halla su mas fuerte refutación. No es el error embarazoso, sino cuando

tomando mil formas diferentes, y por su móvil inconsecuencia huyéndose del espíritu que quiere apoderarse de él, se sustrae al alcance del raciocinio, por sus muchas variaciones. Este es el grande arte de Rousseau, y su método constante. Demasiado penetrante para engañarse cuanto á los vicios de su sistema, observando á cada paso las objeciones, que contra él se presentan de tropel, intenta prevenirlas ó eludirlas, ya por discursos ambiguos, ya por concesiones formales que muy luego tácitamente revoca; y, seguro de engañar, auxiliado de una dialéctica flexible y con un tono apasionado, al lector desprevenido, muda sin cesar de principios y de cuestion; pasa con destreza, segun se requiere, de una hipótesi á otra; establece una suposicion, y luego la deja, para volver despues á ella, y abandonarla otra vez; entremezcla con artificio el error con la verdad; ofrece á sus contrarios argumentos ridiculos y sentimientos que desechan, para reservarse un triunfo brillante; acalora, deslumbra, fascina por medio de sus frases, siempre que no le es posible convencer por pruebas; y llega de este modo, á formar una ilusion, que él

mismo no tiene. Jamás otro alguno hizo mejor uso de las palabras. Parece que tiene gusto particular en recoger visiones, largo tiempo abandonadas al olvido; sin servirse apenas de un pensamiento suyo, parece gusta de sorprender al entendimiento, ofreciéndole estas visiones, hermoseadas con gracia, y propuestas con una verbosidad encantadora. Tal es el hechizo de su estilo, que se apodera de los sentidos, como si fuera la mas dulce y suave melodía: el alma queda enervada con estas máximas seductoras de una filosofía, que promete al orgullo una lisongera superioridad de luces y la independencía del pensamiento, pero que no produce realmente mas que la esclavitud de la razón, y la muerte del entendimiento.

La causa principal de las contradicciones, que nos han admirado en Rousseau, procede de que convencido él de la destruccion de la sociedad, una vez destruidas las religiones positivas, se ve obligado por sus mismos principios á desecharlas como falsas, y por lo mismo nocivas. « Con sus revelaciones, » habla él mismo, « no hacen mas que envilecer á Dios, atribuyéndole las

« pasiones humanas. Lejos de poner en claro las nociones del gran Ser, veo que las complican los dogmas particulares; que lejos de ennoblecerlas, las envilecen; que á los incomprensibles misterios que le cercan, añaden absurdas contradicciones; que hacen soberbio, intolerante, cruel al hombre; que en vez de cimentar la paz en la tierra, la talan á hierro y fuego. Me propongo la cuestion, para que sirva todo esto, y no sé que respuesta dar. Solo veo los delitos de los hombres, y las miserias del linage humano. »

Fundándose estrictamente en lo contenido en esta pintura, hubiera sido muy difícil el que se formase cada hombre una *obligacion, en amar y seguir la religion de su pais*, es decir: en creer *contradicciones absurdas*, en ser *soberbio intolerante, cruel*, en *seguir y amar doctrinas*, que en lugar de *cimentar la paz en la tierra, la talan á hierro y fuego*, y en las que por fin Rousseau *no ve mas que los delitos de los hombres y las miserias del linage humano*. Por otra parte conocia muy

bien , que proscribiendo todos los cultos , cuyo retrato poco agradable traza, se aniquilaría toda religion entre los hombres, cuando reconoce, segun su sistema, serles absolutamente necesaria una Religion. No teniendo, por consecuencia, otro remedio que elegir entre las contradicciones , prefirió prudentemente la que le era útil por el momento, y dejando de representar como falsas y nocivas las religiones positivas, las declara todas igualmente *saludables*, ó igualmente verdaderas. La *obligacion de profesar sinceramente* aquella en que se ha nacido, se deducia fácilmente de lo anterior; y esto era todo lo que á Juan Jacobo le hacia falta por el pronto.

Con todo, no se piense que por esto abandona sus máximas primeras. No; el renunciarlas sería admitir la revelacion que él impugna. Establece principios cuando los necesita, los deja cuando no tiene que hacer con ellos, y reproduce con gravedad sus asertos precedentes.

Con arreglo á esto, despues de haber avanzado á decir, que *un hijo nunca hace mal en seguir la religion de su padre*, añade « ¿ Indagamos sinceramente la verdad? pues no atribuya-

« mos nada al derecho del nacimiento, ni á la  
« autoridad de nuestros padres y pastores; em-  
« pero acrisolemos al examen de la conciencia, y  
« de la razon todo cuanto desde nuestra niñez  
« nos enseñaron » de donde resulta, ó que Juan Jacobo se contradice claramente, ó que un *hijo jamás hace mal en no indagar sinceramente la verdad.*

Despues de promulgar, exponer el precepto *de amar y seguir la religion de su pais*, nos dice con la mayor serenidad: « Si no queremos ce-  
« der ni á la autoridad de los hombres, ni á las  
« preocupaciones del pais donde hemos nacido,  
« las meras luces de la razon no pueden en la  
« institucion de la naturaleza llevarnos mas ade-  
« lante que la Religion natural » ; No es un modo particular de corroborar el precepto de que se trata, el enseñarnos que no hay alguna especie de fundamento en la razon!

Rousseau habia ya establecido expresamente esta proposicion, al principio de la segunda parte

• *Emilio*, lib. IV.

• *Ibid.*

de la Profesion de Fe « En mi exposicion solo la  
 « Religion natural habeis visto : *¿ cosa extraña es*  
 « *que sea necesaria otra !* ; Por donde he de venir  
 « yo en conocimiento de esta necesidad ? ; Cuál  
 « puede ser mi culpa en servir á Dios segun las  
 « luces que á mi entendimiento ha dado, y se-  
 « gun los afectos que á mi corazon inspira ? ; Qué  
 « pureza de moral, qué dogma provechoso para  
 « el hombre y que á su autor honre, puedo  
 « yo sacar de una doctrina positiva, que no pu-  
 « diera sin ella sacar del buen uso de mis facul-  
 « tades ? Mostradme lo que añadir podamos,  
 « para gloria de Dios, para bien de la sociedad, y  
 « para mi utilidad propia, á las obligaciones de  
 « la ley natural, y qué virtud derivareis de un  
 « culto nuevo, que del mio no sea consecuencia.  
 « Por la razon sola adquirimos las mas altas  
 « ideas de la Divinidad. Mirad el espectáculo de  
 « la naturaleza, escuchad la voz interior : ; no lo  
 « ha dicho Dios todo á nuestros ojos, á nuestra  
 « conciencia, á nuestro juicio ? ; Qué mas nos  
 « han de decir los hombres ?

« Era necesario un culto *uniforme* ; sea en  
 « buena hora ; ; empero tan importante era este

« punto, que fuese preciso todo el aparato de la  
 « potencia divina, para establecerle ? No confun-  
 « damos con la Religion el ceremonial de la Re-  
 « ligion. El culto que pide Dios es el del cora-  
 « zon ; y este, cuando es sincero siempre es uni-  
 « forme. Vanidad muy loca es figurarse que  
 « tanto interes tome Dios en la forma del vestido  
 « del sacerdote, en el orden de las palabras que  
 « pronuncia, en los ademanes que en el altar  
 « hace y en todas sus genuflexiones. He, amigo  
 « mio, empinate lo mas que puedas, siempre te  
 « quedarás al ras de la tierra. Dios quiere ser  
 « adorado en espiritu y en verdad : esta es la  
 « obligacion de todas las religiones, de todos los  
 « paises y de todos los hombres. En cuanto al  
 « culto exterior si debe ser uniforme para el  
 « buen orden, ese es mero asunto de policia, y  
 « no se necesita para eso revelacion' . »

Partiendo de estos principios, y siguiéndolos  
 hasta el fin, se llega á un resultado contrario á  
 las conclusiones de Rousseau ; pero siendo, co-  
 mo ya lo he mostrado, contradictorias estas con-

« *Emilio*, lib. IV.

clusiones en sus términos, sus discípulos se ven forzosamente precisados á caer en el sistema puro y simple de la Religion natural; es decir, que mirando todas las religiones positivas, como inútiles, absurdas, funestas, las desechan todas sin distincion, y se juzgan dispensados de practicar alguna.

Es verdad, que Juan Jacobo distingue el *ceremonial*, de la Religion misma; mira el culto exterior como un *mero asunto de policia*, y esto en el caso en que *él debe ser uniforme*, lo que por fin no decide, pareciéndole bien conformarse con *él para el buen orden*. Mas esta condescendencia es abiertamente ilusoria; porque en toda religion, el culto unido intimamente al dogma, no es, por decirlo así, mas que la expresion del mismo, de modo que no se puede, obrando racionalmente, negar el uno y practicar el otro.

Así es, que en la Religion católica el sacrificio de la misa supone la presencia real de Jesucristo, su divinidad, etc. La confesion supone en los sacerdotes el poder de liar y desliar, y lo mismo en los otros sacramentos. Para practicar un culto tal, es necesario ser, ó católico de buena

fe, ó el mas vil de los hipócritas y el mas cobarde de los impostores: no se da medio. Muy bien, Rousseau no dirá seguramente que la mentira, la impostura, la hipocresía son compatibles con la sana moral. Además que si lo dijera, no sería menor el embarazo, porque el filósofo que se mostrara exteriormente católico contra su conciencia, contribuyendo por su ejemplo á conservar y á propagar unos dogmas, que, segun Rousseau, *hacen al hombre soberbio, intolerante, cruel, y que talan á la tierra á hierro y fuego*, cometería uno de los mayores crímenes que la justicia de Dios pudiera castigar.

Para extraviar al lector, finge Rousseau confundir el culto con lo que no es mas que un leve accesorio suyo, *la forma del vestido del sacerdote, sus ademanes, sus genuflexiones*. Pero esta equivocacion voluntaria prueba solo, que él previó la objecion, y que le ha parecido mejor hacerla cambiar de naturaleza, que responder á ella,

Despojada su sistema de las contradicciones heterogéneas de que abunda, no es mas que el Deísmo puro, especie de secta abortada por el socinianismo, hácia el principio del siglo diez y

seis. Testigo de los rápidos progresos de la licencia de pensar entre los protestantes, Melancton, preveía con espanto los mayores desastres, y que ninguna verdad, ningun dogma podría contener á los novadores<sup>1</sup>. Lutero habia dado el impulso fatal; el entendimiento humano, para decirlo así, se habia precipitado; nada podía ya en adelante ni detener ni moderar su caída; era preciso que fuese siempre de caída en caída hasta que llegara al fondo del abismo. Aunque el calvinista Viret es el primero que menciona á ciertos sectarios con el nombre de *Deistas*<sup>2</sup> en una obra publicada en 1565, remonta su origen á una época mas lejana, y se ve en los escritos de los fundadores del protestantismo, y sobre todo en sus cartas confidenciales, que la reforma se sentía desde entonces interiormente afectada de yo no sé qué enfermedad terrible, que á ella misma atemorizaba. Tristes presentimientos agitaban á sus gefes, quienes descubrian únicamente en el porvenir *horrorosos combates* de opi-

<sup>1</sup> Lib. IV, Epist. 14.

<sup>2</sup> Véase *Dictionnaire de Bayle*, art. *Viret*.

niones, y *guerras mas crueles que las de los Centauros*. ¡ *Buen Dios!* exclamaba uno de ellos, ¡ *qué tragedia verá la posteridad!* ¡ Cundia sin embargo el contagio de unos en otros, la *santa libertad evangélica* disponia infatigable la destruccion del evangelio; porque la libertad era entonces el grito de reunion de los sectarios, como lo ha sido despues de los facciosos, y la *libertad de obrar* que ha trastornado el orden político, no era mas que una consecuencia de la *libertad de pensar* que habia trastornado el orden religioso.

Un siglo despues de Socino, el veneno del deismo circulaba en todas las venas de la Reforma, y sus rígidos teólogos, ya poco numerosos en esta época, no hablaban sino de los espantosos progresos de la indiferencia de religiones en su seno. Pero deploraban el mal, y no podian aplicarle remedio; el árbol produjo su fruto, y aunque parecia cada vez mas amargo y peligroso; cómo se le podia impedir el nacer y madurar, conservando con gusto el árbol mismo que no podia menos de producirle por necesidad.

<sup>3</sup> *Historia de las Variac.*, lib. V, n.º 51.

Así la Inglaterra y la Holanda, receptáculos impuros donde fermentaban las heces de las sectas que abortaba sin cesar el ardor de innovar, se poblaron de una nueva especie de hombres, que, con el nombre de *tolerantes*, de *pensadores libres* minaban todos los cimientos de la sociedad, y todos los fundamentos del Cristianismo. Contenidos por el temor de las leyes en Francia, donde se apellidaban *espíritus fuertes*, se multiplicaron en ella lentamente, y se circundaron de tinieblas espesas, en tanto que vivió Luis XIV. Si un ruido sordo de impiedad venia de tiempo en tiempo á herir los oídos atentos de Bossuet, é indignar su alma grande, este ruido no era todavía por decirlo así, mas que soterráneo; y se sustraía la temerosa incredulidad á la vigilancia de los obispos y magistrados, custodios de las doctrinas sanas. Fué este siglo para la Francia el siglo de gloria y de Religion. En tiempo de la Regencia se deja ver un período muy diferente. Las conocidas costumbres y opiniones de Felipe habian prometido muy temprano á los espíritus fuertes un protector digno de ellos en la persona de este regente. Apenas se apoderó el vicio

del poder, cuando ya conocieron ellos que iban á reinar. El ejemplo del príncipe, la vanidad, el atractivo del libertinaje, engrosaron sus filas con una multitud de prosélitos, procedentes en su mayor parte de las altas clases de la sociedad. Creció su audacia por el éxito, traspasando los últimos límites; atacaron de frente todas las creencias y todas las instituciones religiosas. Toussaint dió la señal con su libro *Des Mœurs*, que sublevó contra él toda la Francia cristiana. Pero mayores escándalos hicieron olvidar bien pronto este primer escándalo. Un hombre de entendimiento inmenso pero depravado, se persuadió que no sería perfecta su fama, en tanto que le quedase á Jesucristo un solo adorador. La imponderable actividad de este hombre, sus raros talentos, su odio irreconciliable á la Religion, todo concurrió á colocarle á la cabeza del partido filosófico, á cuya extension y firmeza contribuyó, mas que otro alguno. La multitud se apresuró á ponerse al rededor de su gloria, y se urdió públicamente una conjuracion terrible

\* De las costumbres.

contra el Cristianismo, aunque se mantenía en secreto desde mucho tiempo antes, según el relato de Jurieu, quien nos dice, que muchos de los ministros refugiados en la Holanda, después de la revocación del edicto de Nantes, eran de estos indiferentes ocultos, que « formaban en las iglesias reformadas de Francia, desde algunos años, *este desdichado partido, donde se formaba conjuración contra el Cristianismo* ». El testimonio no es sospechoso, y sabemos entre tanto á que escuela pertenecían los primeros autores de la guerra contra la Religión revelada.

Esta escuela no ha cesado de prestar auxiliares á la misma causa. Bayle era protestante, Rousseau, nacido protestante, no ha hecho mas que desenvolver los principios de los protestantes; los deístas ingleses, de quienes Voltaire y sus discípulos han tomado casi toda su ciencia anticristiana, eran protestantes, y protestantes mas consecuentes que los otros, como lo probaremos. Comenzóse pues desde luego por reformar

*Tableau du Socinianisme, let. 1.*

ó abolir ciertos dogmas, y se acabó por la reforma de todos, incluso el de la revelación. Entonces fué cuando los filósofos modernos se sirvieron del protestantismo; y, siempre reformando, vinieron también á reformar á Dios mismo, y á querer realizar la monstruosa ficción de un pueblo ateo, inventada por Bayle, y tan estimada por Diderot y por todos los sabios de su escuela. Puede cualquiera convencerse de que la impiedad, tan humana y tan dulce en las palabras, sabe valerse en los casos de necesidad del hacha del verdugo, también como de la pluma del sofista.

Durante los primeros años que siguieron á esta época sangrienta, la filosofía descendida apenas de los cadalsos donde ella tenía sus tribunales, y todavía, si me atrevo á decirlo, respirando solo muertes, vino á ser un asqueroso y fanático ateísmo. Mas con todo, poco á poco se acostumbró á escuchar sin estremecerse el nombre de Dios. Robespierre había dado el ejemplo de tolerar al Ser supremo y la inmortalidad del alma, y se juzgó con sensatez que nadie tenía derecho para mostrarse menos tolerante que Robespierre.

En el día de hoy se inclina la opinion á la indiferencia universal. La protejen los gobiernos con todo su poder, y ¡cosa inaudita! se esfuerzan por arrastrar el Cristianismo á este sistema; nuevo género de persecucion cuyos efectos estamos muy distantes de conocer. El tiempo los descubrirá, y al decidir de la suerte de las doctrinas sociales, lo hará tambien sobre la de la sociedad y de la existencia del linage humano. Volvamos á la discusion.

La soberania de la razon humana en materia de fe, dogma fundamental del protestantismo, asi como del deismo, tiene por distintivo la exclusion absoluta de toda revelacion.

El deismo, dice un autor inglés, « no es otra cosa que la Religion esencial al hombre, la verdadera Religion de la naturaleza y de la razon ». Rousseau tiene el mismo language: « Por la razon sola adquirimos las mas altas ideas de la Divinidad. Mirad el espectáculo de la naturaleza, escuchad la voz interior: ¿ no lo ha dicho Dios todo á nuestros ojos, á nuestra

*Deism fairly stated, and fully vindicated, pag. 5.*

« conciencia, á nuestro juicio? ¿ Qué mas nos han de decir los hombres? *Con sus revelaciones no hacen mas que envilecer á Dios, atribuyéndole las pasiones humanas* ».

Falta entre tanto saber, en qué consiste esta Religion de la naturaleza y de la razon, esta Religion esencial al hombre, y con la que el hombre, no obstante, nunca ha podido contentarse; porque es un hecho notable no haber existido en ningun tiempo algun pueblo deista, que todos han tenido religiones que se creian reveladas, religiones por consecuencia opuestas á la razon y á la naturaleza; lo que no impidió á Rousseau el imponer á los hombres la obligacion de seguir las y amarlas. No importa, pasemos por este juicioso precepto, olvidémosle á ejemplo de los discípulos de Juan Jacobo. Toda Religion se compone esencialmente de dogmas, de culto y de moral. Examinemos la Religion natural bajo este triple aspecto.

Primeramente, cuanto á los dogmas, parece conceder á cada uno la Religion de la naturaleza su

*Emilio, lib. IV.*

plena y entera libertad de eleccion; y bien pronto verémos, que esto no puede ser de otro modo. Tantos deistas, otros tantos símbolos. El de lord Cherbury, patriarca de los deistas ingleses se reduce á cinco artículos: 1º Que hay un Ser supremo. 2º Que debemos tributarle un culto. 3º Que la piedad y la virtud forman la parte principal de este culto. 4º Que debemos arrepentirnos de nuestras culpas, y que en este caso Dios nos las perdonará. 5º Que los buenos serán premiados y los malos castigados en una vida futura<sup>1</sup>.

Podriase pedir á lord Cherbury mil explicaciones sobre este símbolo. ¿Qué entiende él por piedad? ¿Qué entiende él por virtud? ¿Cómo sabe él con certeza que Dios perdonará al arrepentido? Asegura, que la Religion cristiana es muy indulgente en este punto<sup>2</sup>. Conoce á lo justo la medida precisa del arrepentimiento que merece el perdon: como si un sentimiento cualquiera tuviera una medida facil de apreciarse.

<sup>1</sup> *De Religione gentiliū.*

<sup>2</sup> *Appendix ad op. de Relig. laici, quest. 6.*

Así es que no procura fijarla, y deja al hombre en la ignorancia mas terrible, en que una criatura racional y débil puede hallarse.

¿Parece insuficiente el símbolo anterior? Blount ofrece otro con siete artículos: 1º Hay un Dios eterno, infinito, criador de todas las cosas. 2º Que este Dios gobierna el mundo por su providencia. 3º Que es un deber nuestro el darle un culto como á nuestro criador y á nuestro dueño. 4º Que este culto consiste en la oracion y en las alabanzas. 5º Que el obedecer á Dios es conformarse con las reglas de la recta razon, por la práctica de las virtudes morales. 6º Que debemos esperar en una vida futura penas y premios, segun que hayamos obrado en esta vida, lo que incluye la inmortalidad del alma. 7º Que cuando nos hayamos separado de las reglas del deber, debemos arrepentirnos, y confiarnos quanto al perdon en la misericordia de Dios<sup>1</sup>.

La razon de Blount, por lo que se ve, es un poco mas exigente que la razon de lord Cherbury, en materia de fe. Este no admite expresa-

<sup>1</sup> *The Oracles of Reason, pag. 197.*

mente la inmortalidad del alma en el símbolo; tal vez será por olvido: no siempre se puede pensar en todo.

Cuanto á lo demas, Blount arguyendo contra la revelacion, escribia á Sydenham: « En nuestro viage hácia el otro mundo, el camino comun es, sin duda, el mas seguro, y aunque el deísmo sea una buena preparacion para la conciencia, si en él se le siembra el Cristianismo, producirá ella una cosecha mas abundante ».

Bolingbroke, poco satisfecho de los simbolos de sus predecesores, ensanchó de un modo extraordinario el camino de la Religion natural: niega que Dios pueda ser ofendido por el hombre, y ataca en consecuencia la doctrina de las penas y premios del porvenir<sup>2</sup>. Todo se perfecciona con el tiempo.

Si el alma es inmaterial ó material, si es distinta del cuerpo, y si siéndolo, es perecedera como el cuerpo, ó si debe sobrevivirle: Chubb

<sup>1</sup> *The Oracles of Reason*, pag. 91.

<sup>2</sup> *Bolingbroke's works*, vol. V. pag. 209, 336, 495, 495, 498, 508, 510.

no decide estas cuestiones; porque él no halla nada, sobre que poder fundar la decision<sup>1</sup>. Sin embargo parece inclinarse fuertemente al materialismo<sup>2</sup>, y aun suponiendo que haya premios y castigos, cosa muy dudosa á su parecer, la masa del género humano no tiene porque inquietarse mucho; pues estas recompensas y estos castigos no serán sino para los hombres cuyas acciones hayan influido poderosamente en la felicidad ó desgracia del género humano. Los demas nada tienen que esperar ni temer. Su vida es demasiado insignificante, para que Dios se digne de pedirles cuenta de ella. Valdría lo mismo imaginarse, dice Chubb, que algun dia juzgará él á todos los animales<sup>3</sup>.

La existencia de Dios, pues, viene á ser el solo dogma, que formalmente admiten los dos últimos autores, de que acabo de hablar. Esta grande y sublime verdad, entre los escombros de todas las doctrinas religiosas, ha quedado en pie en medio de su entendimiento, como la columna

<sup>1</sup> *Chubb's posthumous works*, vol. I, pag. 312, 315.

<sup>2</sup> *Ibid.*, pag. 317, 318, 324, 326.

<sup>3</sup> *Ibid.*, pag. 396, 400.

de un templo antiguo que se cayó con el tiempo, ó que derribaron los bárbaros.

Juan Jacobo extiende un poco mas el simbolo de la Religion natural; pero yo haré ver dentro de poco, que él no tiene derecho fundado en sus principios para exigir que alguno, sea quien quiera, adopte un artículo de él. Admite la existencia de Dios, la distincion del alma y del cuerpo, y una vida futura, en la que se acordará cada uno de lo que habrá sentido, y hecho durante su vida; y no duda de que constituya un dia esta memoria la felicidad de los buenos y el suplicio de los malos. « No me preguntéis, dice él, si habrá otras fuentes de pena y gloria; no sé. »

Es bastante satisfactoria esta doctrina para el malvado, sobre todo si á esto se junta la esperanza de que sus memorias se acabarán con su existencia. Esto es, por tanto, lo que Rousseau hace esperar al que, como él, deja á los buenos el temor de llegar algun dia al término fatal de la feliz vida que les promete. « ¿Cuál es esta vida? » se pregunta él á sí mismo, « y ¿ es inmortal el alma

<sup>1</sup> Emilio, libro IV.

« por su naturaleza? Mi entendimiento limitado nada concibe sin límites; todo lo que llaman infinito se me esconde. ¿Qué puedo negar ó afirmar, qué racionios hacer acerca de lo que no puedo concebir? Creo que sobrevive el alma al cuerpo lo bastante para la conservacion del orden: ¿quién sabe si lo bastante para que dure siempre? »

Así es como Dios lo ha dicho todo á sus ojos, á su conciencia, á su juicio. Nótese tambien, que él deduce el dogma de la otra vida, de la nocion de los atributos de Dios: « Y si llego sucesivamente á descubrir, dice él, estos atributos de que no tengo ninguna idea absoluta, es porque camino, por consecuencias forzosas ó forzadas »

<sup>1</sup> Emilio, libro IV.

\* Rousseau se vale aquí, y tal vez de intento, de una palabra equívoca. En el lenguaje ordinario se entiende por consecuencias forzadas, consecuencias falsas, ó á lo menos dudosas. Podría tambien decirse que estas consecuencias eran consecuencias necesarias ó forzosas, que el entendimiento se ve precisado á admitir. El buen uso de la razon de que habla Rousseau favorece á este último sentido, lo demas de la frase lo contradice; porque sacar una consecuencia es afirmar alguna cosa, el que nada afirma, no concluye. Además Rousseau cae en un error grave suponiendo que es necesario comprender, para afirmar real-

« y haciendo buen uso de mi razon ; empero los  
 « afirmo sin comprenderlos , y en la realidad esto  
 « es no afirmar nada. En balde digo : Dios es de  
 « tal manera, lo conozco, y lo pruebo ; pero no  
 « por eso concibo como puede ser Dios de tal  
 « manera. Finalmente cuanto mas me afano en  
 « contemplar su infinita esencia, menos la concibo ;  
 « pero existe, eso me basta : cuanto menos  
 « la concibo, mas la adoro . »

Así funda Rousseau la *esperanza del justo*, sobre atributos, de que él no tiene ninguna idea absoluta, que él afirma sin comprenderlos, de modo, que en la realidad esto es no afirmar nada. ¿ No se deja ver aquí una maravillosa certeza, y una esperanza muy consoladora? *Cuanto mas se afana en contemplar la esencia infinita de la Divinidad, menos la concibe* : no la conoce ni en si

mente ; esto no es así, basta tener una idea neta de lo que se afirma. Así la palabra *atracción*, excitando en nosotros una idea, y en cada uno de nosotros la misma idea, podemos afirmar ó negar la existencia de esta fuerza oculta, que no comprendemos en sí misma. Por lo demás, el pasage á que pertenece esta nota, no es el solo, en donde Rousseau procura ocultar la inconsecuencia y lo vago de sus doctrinas con la ambigüedad de las expresiones.

*Emilio*, libro IV.

misma ni en sus atributos : y de este modo es como *las mas grandes ideas de la Divinidad, nos vienen por la razon sola*. ¡ Cosa admirable, y que la filosofía sola podía enseñarnos ; la mas grande idea que tenemos de la Divinidad es no tener de ella ninguna !

Pero finalmente se dirá, *ella existe, esto nos basta* : su existencia es un dogma admitido por todos los sectarios de la Religion natural. En hora buena ; pero yo sostengo, que segun sus principios, se puede negar legitimamente este dogma, y aun algunas veces debe negarse.

En efecto, la primera regla de Juan Jacobo y de todos los deistas, su principio fundamental es el formar su fe con las solas luces de la razon ; y por consecuencia, no creer nada mas que lo que claramente se concibe. Ahora bien ; supóngase un filósofo, que no tenga de la existencia de Dios, ideas mas claras que las de Rousseau acerca de su esencia y atributos, podrá y deberá negarle, si es consiguiente á sí mismo. Porque Rousseau nos enseña, que es imposible el quedar indeciso en una cuestion tal : « Para el espíritu humano, es violento además el estado

« de duda acerca de las cosas que nos importa  
 « el conocer : no persevera en él mucho tiempo ;  
 « de un modo ú de otro, mal de su grado se re-  
 « suelve : »

Realicemos por un momento el hecho que acabamos de suponer ; pongamos en boca de Rousseau sus propias palabras, y veamos lo que le respondería el supuesto filósofo, á quien por otra parte no daré sino las opiniones sostenidas por un célebre partidario de la Religión natural.

ROUSSEAU.

Os compadezco sinceramente, porque no creéis en el Ser infinito. No concebís que él existe; pero tampoco concibo sus atributos y sin embargo los creo : « El uso mas sublime de mi razon « es anonadarse en su presencia ». » Seguid pues mi ejemplo.

EL FILÓSOFO.

« Decirme que someta mi razon, es ultrajar á

<sup>1</sup> *Emilio*, libro IV.

<sup>2</sup> *Ibid.*

« su autor » : puede tambien decirme el que me  
 « engañe : necesito razones para someter mi  
 « razon ». »

ROUSSEAU.

Y bien, « mirad el espectáculo de la natura-  
 « leza : en este grande y sublime libro, aprendo  
 « á servir y á adorar á su divino autor. Ninguno  
 « tiene disculpa si no lo lee, porque á todos los  
 « humanos habla una lengua para la mente de  
 « todos inteligible ». » Responded : ¿ no lo ha  
 dicho Dios todo á nuestros ojos ?

EL FILÓSOFO.

A los vuestros, puede ser, pero á los míos, no; y además no podría yo disimular que me parece raciocináis muy mal. « Argüir del curso de la « naturaleza, para inferir la existencia de una « causa inteligente que ha establecido el orden « en el universo y le mantiene, es abrazar un

<sup>1</sup> *Emilio*, libro IV.

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> *Ibid.*

« principio incierto en su totalidad é inútil, por ser este objeto enteramente fuera de la esfera de la experiencia humana ».

ROUSSEAU.

A lo menos, convendréis en que « Dios lo ha dicho todo á nuestro juicio. » ¿No negaréis la correspondencia eterna del efecto con la causa, de donde tan claramente he deducido la existencia del Ser primero?

EL FILOSOFO.

¿Porqué no? Segun mi juicio, « no se podria sacar un argumento, aun probable de la relacion de la causa con el efecto, ó del efecto con la causa ». La correspondencia del efecto con la causa es enteramente arbitraria, no cuanto á su primer nocion *à priori* solamente, ó tomada de la misma esencia, sino aun despues de que nos ha sugerido la experiencia esta

<sup>1</sup> *Hume's Philosophical essays.*

<sup>2</sup> *Ibid.*

« nocion ». Ya veis que estamos muy lejos de entendernos. Vuestras pruebas hacen sobre mi entendimiento una impresion muy distinta que sobre el vuestro: en ellas no veo mas que sofismas, y los sofismas no me convencen. Por otra parte me hablais de un Dios cercado de misterios *incomprensibles*; pues, si comienzo á creer misterios *incomprensibles* ¿dónde vendré á parar? ¿Quién me guiará para acertar en la eleccion que de ellos debo hacer? ¿Con qué derecho negaré la revelacion? Vos mismo lo decis: « El que de misterios y con tradiciones carga el culto que me predica, con eso mismo me enseña á que de él me desconfie ».

ROUSSEAU.

« Os he manifestado sin rebozo mi corazon; lo que tengo por cierto os lo he presentado como tal. Os he dicho mis razones para creer: aho-

<sup>1</sup> *Hume's philosophical Essays.*

<sup>2</sup> *Emilio*, libro IV.

<sup>3</sup> *Ibid.*

« ra á vos toca decidir ». No tengo la presuncion  
 « de reputarme infalible; otros han podido »  
 tener por dudoso lo que yo tengo por demos-  
 trado, falso lo que yo creo verdadero: « Yo  
 « discorro para mi y no para ellos, ni los vitupe-  
 « ro ni los imito; mejor que el mio puede ser su  
 « juicio; pero no es mi culpa si no es el mio<sup>1</sup>. »  
 Se me testifica la existencia de Dios por sus  
 obras: *Ninguno*, os decia, *tiene disculpa si no lee*  
*en este grande y sublime libro*: esta máxima es  
 general, y convengo en ello, se me ha escapado,  
 como otras muchas sin reflexionar bastante. En  
 realidad, sin embargo, habeis debido ver, que  
 no estaban allí mi primero ni último pensamien-  
 to. La prueba está en las palabras que preceden  
 á todo un volumen, las que os recordaba en este  
 momento ya muy modificadas: « El filósofo que  
 « no cree, obra mal, porque hace mal uso de la  
 « razon que ha cultivado, y porque está en estado  
 « de entender las verdades que desecha<sup>2</sup>. » Con-  
 fieso que este texto es muy duro: pone á cubierto

<sup>1</sup> *Emilio*, libro IV.

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> *Ibid.*

ciertamente al pueblo, pero deja al filósofo en el  
 atoladero. Siento mucho esto, tanto por vos á  
 quien condeno filosóficamente, cuanto por mí,  
 pues aborrezco la bárbara intolerancia. Con todo,  
 « no es negocio de poca monta conocer que existe  
 « Dios, y cuando hasta aquí hemos llegado, cuan-  
 « do nos preguntamos, ¿ Quién es? ¿ Dónde es-  
 « tá? Se confunde y se descarría nuestra inteli-  
 « gencia, y no sabemos que pensar<sup>1</sup>. » He aquí  
 justamente lo que os sucede. « Las ideas de crea-  
 « cion, de aniquilacion, de ubienidad, de eterni-  
 « dad, de omnipotencia, las de los divinos atribu-  
 « tos; todas estas ideas que á tan pocos hombres  
 « es dado ver tan confusas y oscuras como ellas  
 « son, se os presentan con toda su fuerza<sup>2</sup>. »  
 Es decir con toda su obscuridad. Seria, pues,  
 cruel condenarse por haber tenido un poco mas  
 talento que los demas hombres: y entonces,  
 ¿ podria ser que no haya salvacion sino para los  
 necios? Supuesto lo que acabo de decir, esto mis-  
 mo seria resultado de lo que expresa el principio

<sup>1</sup> *Emilio*, libro IV.

<sup>2</sup> *Ibid.*

vulgar. « Es necesario creer en Dios para salvarse. » No permita la filosofía que yo me obstine en sostener esta máxima despiadada, cuyas consecuencias veo con demasiada claridad. « Mal entendido, este dogma es el principio de la sangrienta intolerancia, y causa de todas esas vanas instrucciones que han dado un golpe de muerte á la razon humana, acostubrándola á que se contente con voces <sup>1</sup>. » Vuestra causa es la de la razon humana, y no debeis temer, *que yo le dé el golpe de muerte*. « Es claro que tal hombre que ha llegado á viejo sin creer en Dios, no por eso será privado de su presencia en el otro mundo, si no ha sido su ceguedad voluntaria; y digo que no siempre lo es <sup>2</sup>. » Envejeced pues con sosiego en vuestra incredulidad; *bien diferente* de los que se persuaden, *que es necesario confesar tal ó tal artículo*, pienso por el contrario « que lo esencial de la Religion consiste en la práctica; que no solamente es necesario ser hombre de bien, mise-

<sup>1</sup> *Emilio*, libro IV.

<sup>2</sup> *Ibid.*

« ricordioso, humano, caritativo, sino tambien « que quien fuere tal, bastante cree para salvarse <sup>1</sup>. »

« Habis hecho cuanto habeis podido por alcanzar á la verdad, empero está muy alta su fuente : cuando os faltan las fuerzas para ir mas adelante, ¿ en qué podeis ser culpado ? á ella le toca acercarse <sup>2</sup>. »

¿ Qué es, por tanto, la Religion natural mas que un abismo donde vienen á sumirse todos los dogmas, y aun el de la existencia de Dios ? Bossuet la ha definido completamente, cuando dijo, que el deismo no es mas que el ateismo disfrazado. Entre sus sectarios, admite uno lo que otro niega, y niega lo que afirma este. Con mucho trabajo se hallarian dos que profesasen la misma doctrina. Nadie tiene el derecho de exigir que se sometan á sus enseñanzas. Supremo juez de su fe, cada uno goza de la facultad de extenderla ó restringirla como le agrada, y ninguna creencia es esencial, en la sola Religion esencial

<sup>1</sup> *Lettre à M. de Beaumont.*

<sup>2</sup> *Emilio*, libro IV.

al hombre. ¡Extraña Religion, cuyo simbolo puede reducirse al ateismo!

Ademas el culto exterior que no es mas que un vano ceremonial y un asunto de mera policia es indiferente en sí mismo, nada importa el pasarse sin él.

« Las verdaderas obligaciones de la Religion son independientes de las instituciones humanas<sup>1</sup>, y el culto que pide Dios es el del corazón<sup>2</sup>. » Luego si Dios no lo pide, ¿quién se atreverá á pedirle? Plena libertad pues en este punto, y cualquiera podrá no dar una sola señal de religion en toda su vida sin infringir las verdaderas obligaciones de la Religion. ¿De qué sirven ceremonias y templos? « El pecho del justo es el verdadero templo de la Divinidad<sup>3</sup>. » Que desde el principio del mundo no haya habido nacion sin culto público, poco importa. « Nosotros, dice Rousseau, hemos puesto á un lado toda autoridad humana<sup>4</sup>. Yo no me he

<sup>1</sup> Emilio, libro IV.

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> *Ibid.*

« resuelto hasta despues de largos años de meditación, y me atengo á mi resolución<sup>1</sup>. » Esto es sin réplica y si hubiesen sus discípulos sabido resolverse tan decididamente, si hubieran excluido de la Religion natural toda especie de ceremonial, no hubieramos visto establecerse en Francia, por el siglo diez y ocho el culto de la Razon<sup>2</sup>, representada por una prostituta. Pero no insistamos sobre esta ligera aberracion, que por mas que se diga, es un asunto de mera policia.

El único culto esencial confesado por Bolingbroke<sup>3</sup>, lo mismo que por Rousseau es el culto interior. Piénsese como se quiera del culto exterior, es cierto á lo menos que el primero depende de los dogmas, y de ellos debe dimanar. Rousseau combatiendo la Religion revelada habla así:

<sup>1</sup> Emilio, libro IV.

<sup>2</sup> En la revolucion francesa de 1789, quedaron abolidos todos los cultos, y se reconoció á la Razon como única Divinidad, que representaron en la eleccion, de toda calidad moral; y todas las iglesias se vieron trasformadas en templos dedicados á esta Deidad. (Nota del editor.)

<sup>3</sup> Bolingbroke's works, vol. V.

« Como viene de Dios esta doctrina, debe traer  
 « estampado el sagrado caracter de la divinidad;  
 « no solo debe aclarar las ideas confusas, que  
 « acerca de ella ha bosquejado el raciocinio en  
 « nuestra mente, sino que tambien debe proponer-  
 « nos un culto, una moral y máximas que conven-  
 « gan á los atributos por solos los cuales concebimos  
 « su esencia<sup>1</sup>. »

O la Religion natural no viene de Dios, es decir es falsa, ó debe presentar ella los caracteres que Rousseau juzga inseparables de una Religion que viene de Dios: ella debe por tanto proponernos un culto que convenga á los atributos por solos los cuales concebimos nosotros su esencia. Por desgracia se conoce, que cuanto mas nos afanamos en contemplar esta esencia infinita, menos la concebimos, que nosotros no tenemos ninguna idea absoluta de los atributos de Dios; que los afirmamos sin comprenderlos, lo que es en la realidad no afirmar nada<sup>2</sup>. De suerte que si es insuficiente la Religion natural, es por la

<sup>1</sup> *Emilio*, libro IV.

<sup>2</sup> *Ibid.*

« obscuridad que deja en las altas verdades que  
 « nos enseña, » obscuridad que resulta de que ella reposa sobre el mero raciocinio, el cual no bosqueja en nuestra mente sino ideas confusas acerca de la Divinidad.

No trataré de hacer advertir la intima connexion, la perfecta conformidad de estas ideas entre si, y con cuanta razon Rousseau nos pondera una Religion, que deja en la obscuridad las altas verdades que nos enseña, que no bosqueja en nuestra mente mas que ideas confusas acerca de la Divinidad, y cuyos sectarios en la realidad no afirman nada porque no comprenden nada. Quanto á mi confieso que por muy conmovido que se halle el buen Juan Jacobo presentándonos esta doctrina clara y sublime, aunque haya él hablado con vehemencia, « no me  
 « figuro oír al divino Orfeo cantar los pri-  
 « meros himnos, y enseñar á los hombres el  
 « culto de los dioses<sup>1</sup>. » La dificultad para mí, por el contrario, está en comprender, como saldrá de estas obscuridades y de estas

<sup>1</sup> *Emilio*, libro IV.

*ideas confusas* un culto cualquiera que sea.

Tampoco veo mas que discordancia y contradiccion, en todo lo que los deistas nos dicen de este culto misterioso que jamás definen. Si Blount le hace consistir en la *oracion y las alabanzas*, Rousseau corta desde luego la mitad del precepto.

« Me ejercito, dice, en las sublimes contemplaciones. Medito en el orden del universo, no para explicarle con sistemas vanos, sino para maravillarme de él sin cesar, para adorar al sabio autor que en él se hace sentir. Converso con él, embebo todas mis facultades en su divina esencia, me enternezco con sus beneficios, le bendigo por sus dádivas *empero no oro*. ¿Qué le habia de pedir? » En efecto se concibe que el hombre nada tiene que pedir á Dios: él es tan rico por sus propios caudales, su entendimiento abunda tanto en luces, y es tan fértil su corazon en afectos buenos.

Por lo demas, no pienso que Rousseau pretenda en la enumeracion que se ha leido, imponer á todos los hombres un deber en cada punto

Emilio, libro IV.

de su práctica personal. *Ejercítese* cuanto guste en las *súblimes contemplaciones*, medite en el *orden del universo*, enternézcase; nada mejor que esto: pero nadie *se enternece* cuando le acomoda, y el pobre labrador, que con trabajo cultiva un pequeño rincon de este universo, cuyo orden le es desconocido, seria muy digno de lástima, si debiera *meditar* sobre el orden que él ignora; y si se le exigiese precisamente el *ejercitarse en sublimes contemplaciones*. Se debe á lo menos creer, que lo *sublime* no es de precepto rigoroso. Juzgo tambien que la mayor parte de los hombres no tiene obligacion perentoria de *embeber todas sus facultades de la esencia divina del autor del universo*. Seria muy importante, antes de todo, explicarles lo que esto significa, y no es tarea tan fácil como parece.

Con tantos escritores, como han tratado de la religion natural, todavia no se sabe á que atenerse en cuanto á la naturaleza y necesidad del culto interior recomendado por ella, y aun menos se puede saber, recordando que ella deja á cualquiera en toda libertad sobre la creencia de los dogmas, origen de donde, segun Rousseau, se

deriva este mismo culto. Quisiera se me enseñase, por ejemplo: ¿Qué causa puede inducir á practicar un culto interior ó exterior á aquellos, que no esperan vida futura, y qué culto puede dar á Dios el que no le cree?

Se me responderá que el ateo no pertenece á la religion natural. Muy bien; pero segun los principios de la Religion natural no se le puede condenar al ateo; y si el ateo no está obligado á practicar culto alguno, luego no será este necesario para la generalidad de los hombres. No es cuando mas, sino un deber relativo á la creencia, lo mismo que la creencia un deber relativo á la razon, *razon sin principio, entendimiento sin regla*, á juicio de Rousseau, no dejando por eso de ser esta razon el soberano árbitro del culto y de la fe, tanto para el sabio como para el ignorante, para el mas estúpido de los mortales como para Bossuet y Newton; porque, añade Rousseau, « ¿quereis mitigar este método y dar á casa, por menuda que sea, á la menoridad de los hombres? al punto se lo restituís todo ».

<sup>1</sup> *Emilio*, libro IV.

Por otra parte, no siendo permitido segun los principios de la Religion natural, el mandar la creencia de dogma alguno, ni por lo mismo el exigir la práctica de culto alguno, se sigue que toda ella puede reducirse á las obligaciones de la moral: por esto nos asegura Juan Jacobo, « que estas son las únicas verdaderamente esenciales ».

Voltaire no da mas extension á la Religion natural:

Sed justos lo demas es arbitrario.

*Lo demas* es buenamente el culto, la doctrina, la inmortalidad del alma, las penas y los premios futuros, la existencia de Dios, nada mas.

Ya que los dogmas son *arbitrarios*, y que las obligaciones de la moral son las únicas *esenciales*, deben existir independientemente á los dogmas. Esta consecuencia es forzosa. Por lo mismo Bolingbroke se pone contra los que « piensan que sin Dios no puede haber ley natural, á lo menos obligatoria ».

Proposicion plenamente contradictoria á sus principios, como á los de Voltaire y de Rousseau.

<sup>1</sup> *Emilio*, libro IV.

<sup>2</sup> *Bolingbroke's works*, vol. IV.

Si se quiere saber, lo que es *la ley natural* para los ateos, se formará alguna idea leyendo el pasage siguiente de Voltaire: « Yo no quisiera tener que tratar con un príncipe ateo, que pensara interesarle machacarme en un mortero; estoy bien seguro de que me machacaría. Yo no quisiera, si fuera soberano, tener algo con cortesanos ateos que tuvieran interés en envenenarme; porque tendria precision de tomar todos los dias contraveneno. Conque es absolutamente necesario para los príncipes y para los pueblos que la idea de un Ser supremo, criador, gobernador, remunerador, vengador, esté bien grabada en los entendimientos ». « Sí, ciertamente; pero cómo se entiende que lo que poco ha era *arbitrario* es ahora absolutamente necesario? ¿Varia la verdad segun las movibles conveniencias de la filosofia, y con arreglo á la necesidad de sus sistemas? Abramos el *Emilio*, y veamos si Rousseau es mas consecuente.

Despues de pintar la influencia, que sobre el

\* Voltaire. *Diccionario filosófico*, artículo *Ateismo*.

espíritu de su discípulo debe tener la doctrina, nueva para él, de la existencia de Dios, y de una vida futura: « Sálgase de aquí, dice, y solo injusticia, hipocresia y mentira entre los hombres veo: el interes personal, que en la concurrencia puede necesariamente mas que todas las cosas, enseña á cada uno á ataviar el vicio con máscara de virtud. Labren todos los demas hombres el bien mio á costa del suyo; refiérase todo á mi solo; perezca, si es menester, el linage humano en la pena y la miseria por ahorrarme un momento de hambre y dolor: este es el idioma interior de todo incrédulo que discurre. Si, lo sostendré toda mi vida, cualquiera que en su corazon ha dicho: No hay Dios, y habla de otro modo, es un mentiroso ó un insensato ».

La imposibilidad de imponer á todos los hombres la obligacion de créer algun dogma sea el que fuere, aun la existencia de Dios, ha forzado á Rousseau á sostener, que *las obligaciones de la moral son las únicas esenciales*; y la imposibi-

\* *Emilio*, libro IV.

lidad no menos total de hallar en el ateísmo un fundamento para las tales obligaciones de la moral, le ha obligado á confesar que *sin fe no hay verdadera virtud, y que hay dogmas que todo hombre está obligado á creer*. ¿Qué se debe pensar de un sistema de donde se deducen sin poder menos tantas y tan groseras contradicciones?

Pero, suponiendo la existencia de Dios, ¿por qué medios, y con qué reglas descubriremos con certeza las *obligaciones esenciales* de que habla Rousseau? No estando nadie dispensado de practicarlas, nadie hay que no deba conocerlas con facilidad: y como, con respecto á la salvación, dice Juan Jacobo de la moral lo que de la Religión el cristiano, las consecuencias que deduce de la doctrina del Cristianismo respecto de la fe, podemos también deducirlas de la suya con respecto á los deberes. Luego es preciso que la verdadera moral tenga caracteres « de todos tiempos y de todo país, sensibles igualmente « para todos los hombres, grandes y chicos, ignorantes y sabios, Europeos, Indios, Africanos, Salvages. Si hubiera una *moral* en la tierra, fuera de la cual solo pena eterna hu-

« biese \* y si en un país cualquiera del mundo á « un solo mortal de buena fe, no le hubiera hecho « impresion su evidencia \*\*, sería Dios el mas « inicuo y el mas cruel de los tiranos ».

Todos los deístas convienen en esto, y en efecto, sería absurdo desechar la revelación con pretexto de las obscuridades en ella contenidas, si no se hace mas que sustituirla obscuridades de otra clase. Bolingbroke lo ha conocido muy bien, así es que sostiene *que la ley natural no es sino la ley de la razón* \*. « Igualmente inteligible « en todas partes, y proporcionada á las mas « debiles inteligencias, teniendo cuanta claridad « y precision pueda darla Dios ó pueda el hombre « apetecer. » Tal es la ley en sí misma; no se trata de saber mas que donde está ella, y por qué camino llega el hombre á conocerla. Oigamos á Rousseau:

\* Rousseau deja en duda la eternidad de las penas; pero aun cuando la negara; basta que admita los castigos futuros para que nuestro discurso retenga todo su vigor.

\*\* Rousseau entiende por Dios, el de esta Religión.

<sup>1</sup> *Emilio*, libro IV.

<sup>2</sup> *Bolingbroke's works*, vol. V.

« Todo cuanto siento que es bueno , es bueno ;  
 « todo cuanto siento que es malo , es malo : el  
 « mejor de todos los casuistas es la conciencia ;  
 « y solo cuando con ella altercamos , recurrimos  
 « á las sutilezas del raciocinio... ' Tan á menudo  
 « nos engaña la razon , que nos sobra derecho  
 « para recusarla \* ; nunca empero nos engaña la  
 « conciencia , que es la verdadera guía del  
 « hombre , y con respecto al alma lo que con res-  
 « pecto al cuerpo es el instinto ; quien la sigue ,  
 « obedece á la naturaleza , y no teme descarriar-  
 « se..... ; Conciencia , conciencia , divino ins-  
 « tinto ; inmortal voz del Cielo ; guía segura de  
 « un ser ignorante y flaco , empero inteligente y  
 « libre ; infalible juez de lo bueno y lo malo , que  
 « haces al hombre semejante á Dios ! tú consti-  
 « tuyes la excelencia de su naturaleza y la mo-  
 « ralidad de sus acciones : sin tí , nada siento en

\* *Emilio*, libro IV.

He aquí como poco despues habla Rousseau de este *derecho que nos sobra* : « Enseñarme que me engaña mi razon , no es refutar lo que en vuestro abono me dijere ? El que quiere recusar la razon , ha de convencer sin valerse de ella. » *Emilio*, libro IV.

« mi que sobre los brutos me encumbra , como  
 « no sea el privilegio triste de descarriarme de  
 « errores en errores en pos de un entendimiento  
 « sin reglas y de una razon sin principios ' . »

Segun Rousseau la ley natural no es *la ley de la razon* , pues que esta *razon sin principio* , que nos sobra derecho para recusar , no nos encumbra sobre los brutos como no sea por el triste privilegio de descarriarnos de errores en errores. Cuanto á lo demas ya se ha visto mas arriba que *las mas altas ideas que tenemos de la Divinidad* , nos vienen de la razon sola ; es decir , de esta noble facultad , que *descarriándonos de errores en errores* , no nos encumbra sobre los brutos ; porque la ignorancia es menos degradante que el error , pero nos hace inferiores á ellos. No deja esto de ser raro ; pues que así es , prosigamos. Buscamos la regla de las obligaciones , y Rousseau nos la enseña en la conciencia , *guía segura de un ser ignorante y flaco* , infalible juez de lo bueno y lo malo. Tan á menudo nos engaña la razon , nunca empero nos engaña la conciencia , y es con respecto

\* *Emilio*, libro IV.

*al alma lo que con respecto al cuerpo es el instinto.*

Parece dejarnos entrever esta doctrina consoladora la certeza de lo que deseamos. Desgraciadamente no hallo entre los sectarios de la Religión natural la conformidad de sentimientos que se debía esperar sobre un punto de una importancia tal. Bolingbroke por ejemplo trata de *entusiastas* y de gentes que hacen *ridícula* la Religión natural, á los que tienen por cierto que existe « un instinto ó sentido moral por medio del cual « los hombres distinguen lo que es moralmente « bueno, de lo que es moralmente malo, de « modo que resulta una sensación intelectual « agradable ó desagradable ». « Puede esto, añade, « adquirirse hasta cierto punto por un « hábito muy continuado, y por una como devoción filosófica; pero el hacer de ella una facultad « natural es una ilusión fantástica ». ¿ A quién creerémos, á Bolingbroke ó á Rousseau? y ¿ á quién de los dos deberán atenerse sus discípulos, cuando tan poco acordes están los mismos maes-

<sup>1</sup> *Bolingbroke's works*, vol. V.

<sup>2</sup> *Ibid.*

tros? Lo que uno mira como un *principio innato*<sup>1</sup>; es para el otro una ficción de la fantasía, una *ilusión fantástica*. Si el uno nos dice que la ley natural es *la ley de la razón*, el otro nos asegura, *que por la razón sola ninguna ley natural se puede establecer*<sup>2</sup>. Y no debe olvidarse, dicen, que la moral clara, precisa, igualmente inteligible en todos los tiempos, en todos los países, y proporcionada á las inteligencias mas débiles entre estas aserciones opuestas se halla.

Pero vease aquí una cosa algo mas fuerte: Rousseau mismo es quien va á destruir la consoladora tranquilidad con que nos lisonjaba; revelándonos que la conciencia, *esta guía segura, esta guía verdadera del hombre*, no camina sino apoyada en la razón. « La razón por sí sola nos « enseña á conocer lo bueno y lo malo: la conciencia, que hace que amemos lo uno y aborrecamos lo otro, aunque independiente de la « razón, no se puede desenvolver sin ella. »<sup>3</sup> Además: « Conocer lo bueno, no es amarlo; no tiene

<sup>1</sup> *Emilio*, libro IV.

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> *Ibid.*, libro I.

« de ello el hombre un conocimiento innato; pero  
 « tan luego como se lo da á conocer su razon,  
 « le induce su conciencia á amarlo; este es el  
 « sentimiento innato<sup>1</sup>. »

La razon, pues en último resumen es el único juez de los deberes y de la fe: La conciencia solo viene despues de ella, *no se puede desenvolver sin ella*; ella ama lo que la razon hace conocer como bueno, ella aborrece lo que la razon le hace conocer como malo; esclava pasiva del entendimiento, tiene sus funciones limitadas á juntar á cada idea que le ofrece, un sentimiento cuya naturaleza está de antemano determinada por el juicio de la razon. *Ella sola conoce lo bueno y lo malo*; ella sola tambien puede por la tanto instruirnos en nuestras obligaciones, y Rousseau parece convenir en ello, cuando despues de habernos advertido, que « no son los actos de la conciencia juicios<sup>2</sup>, son afectos<sup>3</sup>, » añade: « Consiste toda la moralidad de nuestras accio-

<sup>1</sup> Emilio, libro I.

<sup>2</sup> As la conciencia no juzga, y la conciencia es un juez infalible.

<sup>3</sup> Emilio, libro IV.

« nes en el juicio que formamos de ellas nosotros mismos<sup>1</sup>. » Y mas expresamente: « El hombre elije el bien, como ha juzgado la verdad; y si erróneamente juzga, elige mal<sup>2</sup>. »

Es verdad, que pone en otra parte la moralidad de nuestras acciones en la conciencia, pero entonces necesitaba hallar en ella la regla infalible de las obligaciones. Esta regla por lo demas está tan lejos de ser universal, y suficiente á todos los hombres, *grandes y chicos, ignorantes y sabios*, que por confesion de Rousseau, ella es por el contrario, enteramente nula para el pobre, es decir, para las tres cuartas partes del género humano. « No se hace oír la voz interior, » estas son sus palabras, « de aquel que solo en man- tenerse piensa<sup>3</sup>. »

¿Qué se sigue de aquí, sino que en el sistema de la Religion natural, no estribando los deberes sino sobre la razon que *tan á menudo nos engaña*, no tienen regla alguna de certeza, y que la moral del deísmo es tan vaga, tan indecisa, tan

<sup>1</sup> Emilio, libro IV.

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> *Ibid.*

poco fija como sus dogmas? Cada uno tendrá la suya, como cada uno su símbolo, y bastarán algunos de estos sofismas tan familiares á las pasiones, para que engañándose la razon sobre los verdaderos deberes, engañe á su turno á la conciencia; *ataviando el vicio con máscara de virtud.* ¿ Se necesita una prueba de hecho? Bolingbroke, discurriendo sobre la ley natural, tan clara, tan precisa como le parece, va, no digo á justificar la poligamia, el libertinage, el adulterio, el incesto; mas á ponerlos en ciertos casos en el rango de los deberes<sup>1</sup>. Si prohibieron los Romanos, los Griegos y otros pueblos la pluralidad de las mugeres, y estimularon la monogamia es, dice él en su lenguaje cinico, « porque con-  
tratando tales matrimonios, nada sino la falta  
de ocasiones impediria á los maridos y á las mu-  
geres satisfacer libremente sus apetitos, á pe-  
sar de los nudos sagrados que los uniesen, y  
del mutuo derecho de propiedad que la ley les  
concediera sobre sus respectivas personas<sup>2</sup>. »

<sup>1</sup> *Bolingbroke's works*, vol. V.

<sup>2</sup> *Ibid.*

Rousseau, aunque habla mucho de virtud, tampoco es mas severo que Bolingbroke. Él confiesa ciertamente, que *es la continencia una obligacion moral*, empero añade, *las obligaciones morales tienen sus modificaciones, sus excepciones*; y no deja de hallarlas en la obligacion de la continencia, fundado sobre que *la flaqueza humana*, hace algunas veces el crimen inevitable; asi es, que basta ser flaco, para tener el derecho de caer, no siendo los deberes obligatorios mas que en proporcion de la facilidad que se tiene de cumplirlos; hay tantas morales diferentes como individuos, y todo es licito al malvado consumado, para quien el crimen ha venido á ser una necesidad casi insuperable. Bajo sin querer los ojos, y me avergonzaria de ser hombre si no me acordara que soy cristiano.

No dudo en decirlo, el deismo que se nos representa como la *Religion de la naturaleza*, como la sola *Religion esencial al hombre*, es la destruc-

<sup>1</sup> *Emilio*, libro IV.

<sup>2</sup> Voltaire aun mas cinico, dice claramente que todos saben que el adulterio es de derecho natural. *Lettre à Helvétius*, del 15 de agosto de 1764.

cion de toda doctrina, de todo culto, de toda moral; y por mas que haya dicho La Harpe, entonces filósofo, Condorcet tenia razon en negar que habia una Religion puramente natural\*, como no se quiera que las frases sean una Religion, las dudas una Religion, y el ateismo disfrazado una Religion.

Ahora bien, ¿qué otra base hay de un sistema, que todo lo abrasa hasta el mismo ateismo, sino la mas absoluta indiferencia hácia la verdad? Tal es la esencia del deísmo, cuyo carácter distintivo lo es tambien la exclusion de toda revelacion. Lo refutaré probando la necesidad y la existencia de una Religion revelada.

Antes de concluir con esta materia, permita-

\* Véase su *Vida de Voltaire*. En su *Plan d'Education*, presentó á l'Assemblée législative el 21 y 22 de abril de 1791, Condorcet observando que « los filósofos teístas no están mas de acuerdo que los teólogos sobre la idea de Dios, y sobre las relaciones morales con los hombres; » concluye de aquí « que la proscripción debe extenderse á lo que se llama Religion natural, » Conocia la imposibilidad de pararse en este medio vago, y para asegurar el triunfo de la filosofía sobre el cristianismo, no veía otro medio que el de *proscribir* á Dios.

seme añadir la última observacion á las consideraciones que se acaban de leer. ¿Quién lo creyera? Fundado el deísmo, en solo el discurso, conduce á la razon á renegar de sí misma. La filosofía, orgullosamente despreciable, nunca ha sabido comprender en que consiste la verdadera grandeza de esta noble facultad, á quien ella tan pronto hace inferior al instinto del bruto, y tan pronto superior á Dios mismo. Hemos visto á Rousseau caer alternativamente en estos dos extremos; casi envidiar la suerte de los brutos de los que no se juzgaba distinto sino por el privilegio triste de descarrarse de errores en errores, en pos de un entendimiento sin reglas, y de una razon sin principios; y querer que esta misma razon sin apoyo alguno, sin otra guia, sin alguna enseñanza extraña, decidiendo ella sola de los mas elevados dogmas, sea el árbitro exclusivo de la fe. Tomar nuestro propio entendimiento por única regla de creencia, desechar con desden las verdades que él no descubra inmediatamente, prohibirle á Dios el derecho de revelarnos, por otro camino, algunos secretos de su ser, ¿Qué otra cosa es sino encadenar la sabiduría y

poder de Dios, someterle á las leyes que gustemos dictarle, y sujetar la razon eterna á la nuestra debil? ; Extraño delirio! ; Quiénes somos nosotros para que osados prescribamos á Dios un modo de accion del que jamás deberá separarse; para atrevernos á decirle: ahí tienes el solo medio que te permitimos emplear para iluminarnos? Y si no es bastante este medio, si vosotros mismos confesais que nuestra razon *sin principios* no sirve mas que para *descarriarnos de errores en errores*, ¿será necesario, ó extraviarnos si la escuchamos, ó imponerle silencio, y desfallecer eternamente en una ignorancia irremediable, y entre las densas tinieblas de una voluntaria imbecilidad? Tal es su resultado y la sola eleccion que dejabais al hombre; y la verdad viene á ser para él un enigma inexplicable, una ilusion y un engaño.

Y bien, ¿quién duda de eso? responde Rousseau; ¿os he dicho que fuese hecho el hombre para conocer la verdad? ¿que pudiese él descubrirla? ¿que debiera él buscarla? No, no, comprended mejor mi doctrina, y acordaos, que á mis ojos, el hombre que piensa es un animal de-

*pravado*<sup>1</sup>. El mejor uso que se puede hacer de la razon es aprender á no usarla; ella misma, nos advierte que sofoquemos su voz engañosa, que aniquilemos en nosotros, en cuanto sea posible, la facultad que concibe y juzga; que extingamos con un cuidado escrupuloso todas las luces del entendimiento. « Puesto que cuanto mas saben los hombres, mas se engañan, la ignorancia es el único medio de evitar el error. No juzgueis y nunca os engañaréis. Leccion es esta de la naturaleza no menos que de la razon. » ¿Y á fuerza de tanto discurrir venimos á parar en tal consejo? Comparad métodos con métodos y doctrinas con doctrinas. Promulgando el Cristianismo, con autoridad y sin detencion las verdades necesarias al hombre, no exige que las conciba plenamente, porque nada concibe el hombre plenamente; pero quiere que los motivos de su fe estén en conformidad con la razon *rationabile obsequium vestrum*<sup>2</sup>. Temblando pro-

<sup>1</sup> Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad de condiciones entre los hombres.

<sup>2</sup> Emilio, libro III.

<sup>3</sup> Epist. ad Rom., XII, 1.

pone la filosofía dudas á que opone otras dudas, y desesperando llegar á certeza alguna, para evitar el error que la estrecha por todas partes, renuncia de la verdad y proclama solemnemente este axioma, que incluye en compendio toda la sabiduría humana: destruir en si mismo la razón *lección es esta de la razón*; y no pensar, no juzgar, ignorarlo todo, es la perfección del ente racional.

Se cae la pluma de la mano. ¿Qué se dirá á unos hombres que han llegado hasta aquí? El escepticismo absoluto es una doctrina sensata en comparación de un delirio semejante. ¿Qué! ¿Nos ha dado Dios el entendimiento y en el un lazo para que caigamos; y el pensar es errar casi infaliblemente? Finalmente he aquí lo que promete la filosofía á los que se obligan á seguirla; el error, y nada mas que el error. A lo que me parece se ha visto con bastante claridad que la filosofía debe ser creída en este punto. El Cristianismo promete la verdad con no menos certeza. ¿Habría pues un riesgo tan grande en escucharle á su vez? Si él nos engaña, ¿qué habremos perdido? Algunas horas que muchas veces nos fas-

tidian: ¿y no nos quedará bastante tiempo, para dedicarnos al cuidado sublime de apagar en nosotros la razón, y ponernos al nivel de la ignorancia y sabia estupidez de los brutos?

## CAPITULO VI.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

CONSIDERACIONES SOBRE EL TERCER SISTEMA DE INDIFFERENCIA . O  
SOBRE LA DOCTRINA DE LOS QUE ADMITEN UNA RELIGION  
REVELADA . CON LA FACULTAD SIN EMBARGO DE DE-  
SECHAR LAS VERDADES QUE ELLA ENSEÑA .  
EXCEPTO ALGUNOS ARTICULOS  
FUNDAMENTALES.

Algunos filósofos, educados en la escuela del protestantismo, adoptando obstinadamente un solo error, acabaron por negar todas las verdades religiosas, morales y políticas. Forzados, por una serie de consecuencias inevitables á negar una causa primera inteligente, explicaron el ór-

den por el acaso; el universo por el caos, la sociedad por la anarquía, los deberes por la fuerza, el pensamiento mismo por la extension animada de un movimiento ciego. Con todo eso, dos hechos los atollaron. Por todas partes, en todos los tiempos el hombre ha tenido la idea de Dios, y le ha tributado un culto público: en cualquier tiempo, en todo lugar el hombre ha reconocido la distincion esencial del bien y del mal, de lo justo y lo injusto; y á pesar de las varias equivocaciones en apreciar los actos libres considerados como virtuosos ó criminales, jamas pueblo alguno confundió las nociones opuestas del crimen y de la virtud. Estas nociones inmutables, unidas á los sentimientos y obligaciones que de ellas derivan, son la base de toda sociedad; así como la existencia de un Ser eterno, remunerador y vengador es el único fundamento de estas mismas nociones. ¿Qué hicieron entonces nuestros filósofos, para conciliar su sistema con la conciencia del género humano? Convinieron en la necesidad de la Religion, y concluyeron de esta necesidad, que la Religion era tambien mera institucion política. Ellos dijeron: Para que se

desprendan los hombres de su independencia natural y acepten el yugo de las leyes, es necesario que se imaginen un poder superior á ellos, é infinito que les imponga este pesado yugo, y que repare algun dia con rigurosa equidad las injusticias del poder y aun los caprichos de la fortuna; sin cuya creencia no hay sociedad: se penetraron de esto los legisladores y forjaron á Dios. Añadieron aun: no hay sociedad sin deberes mutuos; de los que resulta un concurso general de voluntades á sostener el orden y á sacrificar el interes particular de cada uno, en favor del interes general; conocieron perfectamente esto los legisladores, y forjaron la moral. Esta es la doctrina de los ateos indiferentes.

Penetrados de los absurdos en ella contenidos, de las funestas consecuencias á que ella arrastra, los deistas, armados de argumentos irresistibles, demuestran con evidencia su extravagancia y peligro. Os dejamos todas las Religiones positivas, dicen ellos á sus contrarios; porque, aun en el caso de que alguna fuese verdadera, no tendríamos medio alguno de discernirla. Pero negar la existencia de Dios, la vida futura, la

diferencia esencial del bien y del mal, es cegarse voluntariamente, es autorizar todos los crímenes, trastornar la sociedad por sus mismos fundamentos. Escuchad la voz interior; ella os dirá que hay una Religion verdadera, necesaria; Religion que se funda sobre la razon sola, y que nosotros llamamos *natural*; porque la enseña la naturaleza á todos los hombres, que aun no han pervertido su juicio, por entregarse á las pasiones. Asi hablan los deistas; pero cuando se trata de examinar de cerca su sistema, no se halla en él sino incoherencia y contradiccion. La naturaleza usa con cada uno de ellos de un lenguaje diferente. No podrian convenir en culto, ó simbolo alguno. Forzados á concederlo todo, y á negarlo todo á la razon, se les escapan los dogmas, se les escapa la moral, y por mas que hagan, se ven impelidos hasta la tolerancia del ateismo ú hasta la indiferencia absoluta.

Entonces se presenta una nueva clase de indiferentes, quienes, probando sin trabajo la insuficiencia, ó mejor, la nulidad de la Religion natural, establecen sin poder menos la necesidad de una revelacion, y la verdad del Cristianismo.

Pero procediendo, en la realidad, del mismo principio que los deistas, es decir, de la soberanía de la razón en materia de fe, someten también la revelación á esta, y sostienen que, creyendo ciertos dogmas como revelados, se pueden desechar los otros, sin dejar de ser Cristiano, y sin excluirse de la salvación.

Yo haré ver que, reduciendo así el Cristianismo á ciertos artículos fundamentales, que jamás se han podido definir, inmediatamente se pasa al deísmo, y á la tolerancia de todos los errores sin excepción; y habiendo venido á ser este sistema la base de la teología protestante, probaré que la Reforma ha venido por fuerza á ellos en virtud de sus principios, de donde se concluirá, que debía llegar por necesidad, según la predicción de Bossuet <sup>1</sup> á la indiferencia absoluta de religiones.

Tan importante es probar la conexión íntima del protestantismo con la filosofía moderna, que no debo ceder al temor de cansar al lector con

<sup>1</sup> Véase *Sixième avertissement aux Protestans*, part. III. num.

un análisis un poco extenso de las controversias que hacen palpable esta verdad.

En la época en que Lutero comenzó á dogmatizar, había desde quince siglos una Iglesia ó sociedad religiosa, gobernada bajo la autoridad de un Gefe supremo, por un cuerpo de pastores que siempre se habían creído, según las palabras de Jesucristo, y habían sido creídos por los miembros de esta sociedad, revestidos del poder de juzgar soberanamente, ó para explicar la misma idea en otros términos, de decidir infaliblemente las cuestiones relativas á la fe y á las costumbres; no creando nuevos dogmas porque hubiera sido crear verdades (cosa por cierto imposible); ni citando los dogmas antiguos al tribunal del discurso, para examinarlos en sí mismos, porque esto hubiera sido someter la revelación ó sea la razón divina á la razón humana; pero sí, por vía de testimonio, haciendo constar la tradición ó la fe universal, por la tradición ó la fe de cada Iglesia en particular. La doctrina que anunciáis es inaudita, se decía á los novadores; aun ayer no se había oído hablar de ella: luego no es esta la verdadera doc-

trina. La verdad no es ni de ayer ni de hoy, es de todos los tiempos, existía al principio como existirá hasta el fin; el error, por el contrario, no tiene otro carácter mas cierto, que el de la novedad. O no enseñáis lo que ha enseñado Jesucristo, y no se os debe creer, ó vuestra enseñanza es conforme á la suya, y entonces necesitáis demostrar, que ella es conforme á la de la Iglesia: porque la Iglesia *doctrinante*, con la cual ha prometido Jesucristo estar *todos los días hasta la consumacion de los siglos*<sup>1</sup> no ha podido *un solo día* enseñar otra doctrina, que la misma recibida por ella de Jesucristo. Fundados los concilios en este principio inmutable, sin argumentar, sin discutir peligrosamente el fondo de los dogmas, sin perderse en disputas interminables con los heresiarcas, pronunciaron la sentencia irrevocable, y la Iglesia entera dijo anatema á Ario, á Nestorio, á Eutiques, á todos los insensatos que osaron poner los sueños ó vi-

<sup>1</sup> *Enantes ergo docete omnes gentes... Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi.* Matth., XXVIII, 20.

siones de su propio entendimiento en lugar de la antigua creencia.

Antes de la Reformation, ni un solo sectario atacó directamente la autoridad de la Iglesia, ni uno le contestó el derecho de juzgar de la fe, ni puso en duda la infalibilidad de sus decisiones. Pusieron ellos ciertas incidencias en la forma de los juicios; negaron fuesen verdaderos y legítimos los concilios que los condenaban, que se hubiesen observado en ellos las reglas indispensables; pero jamas alguno de ellos murmuró, ni aun en voz baja, la fatal palabra de independencia, y pretendió negarse á tener otro juez que su razon; ¡tan vivo estaba todavía el terror que inspiraban estas formidables palabras! « Si él no oye á la Iglesia, tenle por un gentil y un publicano ».

Lutero mismo al principio protestaba con sinceridad, á lo menos aparente, su sumision al juicio de la Iglesia; solicitaba á voz en grito la convocacion de un concilio, y este hombre impetuoso,

<sup>1</sup> *Si autem Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus.* MATTH., XVIII, 17.

cuya alma parecia ser únicamente la reunion de pasiones violentas, alimentadas por un orgullo sin limites, se mostró desde luego resuelto á inclinar su frente soberbia á la autoridad de los primeros pastores y de su Gefe. La práctica constante de todos los siglos fundada en textos formales de la Escritura, que no se habia aun atrevido nadie á desnaturalizar de su verdadero sentido, no le dejaba concebir la idea de que se pudiera allanar esta barrera que Jesucristo habia opuesto á las innovaciones. Pero cuando sus errores fueron proscritos en Roma, cuando el rápido aumento de su partido llevó su audacia al colmo, no tomando ya consejo sino de sus sombríos resentimientos, mudó de repente su lenguaje, y no guardando ya medida, lanzó en su furor *anatema* contra *anatema* y enarboló el estandarte de la rebelion.

Entonces se abrió en Europa un como vasto curso de Religion experimental, porque, en el espacio de tres siglos, no hay una sola doctrina religiosa, de que no se haya hecho aplicacion á alguna sociedad. Entre tanto por el primer momento, sobradas raices habia echado la creencia

antigua en el corazon de los pueblos, y en la mente de los mismos gefes de la Reforma, para que se desenvolviere en toda su plenitud y sin obstáculos el sistema de errores que se esforzaban en sustituirla. Algunos hombres penetrantes, y cuyo carácter incapaz era de arredrarse á vista de ningun resultado, percibieron al golpe los últimos limites, y los alcanzaron. Mas dejándose lentamente arrastrar la multitud sobre sus pisadas, descubriendo á lo lejos el blanco fatal por ellos indicado, y acercándose á él contra su voluntad, veía con inquietud violenta habérsela ellos adelantado. Las primitivas sectas estaban aun fuertemente adheridas á muchas verdades principales del Cristianismo; y es de admirar que cuantas mas verdades de estas conservaban, tanto mas se inclinaban á retener el principio de la autoridad tan necesario, como que nada subsiste sin él ni en el orden político, moral, ni religioso. Rousseau, que le excluye en teoría, cuando trata de establecer preceptos positivos, le vuelve todo su poder en la práctica, y aun abusa de él hasta destruir enteramente la razon; forzando á cada uno á seguir sin examen *la religion de*

su país por mas evidentemente absurda que sea. No aniquila esta autoridad, la saca de su lugar, y ella existe en todas partes de hecho, do quiera se hallan dogmas cualesquiera, un culto sea el que fuere, y ley moral cualquiera. La diferencia no es otra que la que existe entre la legitima autoridad y la usurpada; entre la anarquía ó el despotismo, y la monarquía constituida. La Iglesia anglicana, en su organización esencial, no es mas que una sociedad religiosa, gobernada despoticamente\*. *Uno solo lo arrastra todo por su voluntad y por sus caprichos*†. La Reforma en general es, por la ley misma de su existencia, una república, ó mas bien una anarquía religiosa, donde el poder sin estabilidad y sin regla, pertenece al mas hábil, ó al mas atrevido. Pero el principio de autoridad, á pesar de las máximas que le proscriben, allí queda y allí estará tanto tiempo, como algo se crea\*\*. Él no se acaba sino

\* *Espíritu de las leyes*, libro II, cap. 1.

† Segun Blackstone (Lib. I. cap. II.), el parlamento de Inglaterra lo puede todo, en materia civil y eclesiástica, y aun *mandar la religion establecida en el país*.

\*\* La ausencia de una autoridad general hace lo mismo, segun

cuando acabe la última verdad, y yo dudo que alguno crea firmemente en Dios, si el testimonio de su razon no está confirmado por la autoridad del género humano. Aqui se ve porque todo sistema religioso, fundado en la exclusion de la autoridad, encierra en su seno el ateísmo y le aborta en su tiempo.

Los teólogos reformados admitian en su origen los primeros concilios ecuménicos, y oponian sus decisiones á los arianos y á los socinianos. No hablaba la mayor parte de ellos, sino con respeto, de los antiguos Padres; los citaban ellos mismos con honor, cuidaban de apoyarse en su autoridad, y les daban una muy grande en la decision de las controversias\*. Es en efecto muy

la observacion de Burke, que la autoridad personal de cada pastor, siendo esta mucho mas grande allí que entre los católicos. Un protestante no cree en la iglesia; pero cree en su ministro. Véase *Edmund Burke's letter to his son. Orthodox Journal*, vol. VI, n.º 37, Junio 1816.

\* Stillingfleet, aunque sea uno de los defensores de la doctrina de la inspiracion particular, confiesa que los Padres son de un auxilio maravilloso, *were admirable helps*, para interpretar la escritura. V. *Catholicon*, vol. III. V. tambien, Daillé, *de vero usu Patrum*, lib. II, cap. VI. y Cave, Grabe, Reeves, Blakwal, Pearson, Beveridge, Bullus, Hammond, Fell, etc., y

fácil de conocer que, ó la Religión cristiana no es mas que una palabra vacía de sentido, ó se la debe hallar, tal como Jesucristo la estableció, en los escritos de los santos doctores que vivieron tan próximos á los apóstoles; de lo contrario se debería decir, que la doctrina de la salvacion, está doctrina celestial que el hijo de Dios ha venido á anunciar á los hombres, no se ha comenzado á entender sino quince siglos despues de su predicacion; que Lutero ha sido el primer cristiano, pero cristiano todavia en la infancia y grandemente imperfecto; pues que sus discipulos han modificado de un modo tan extraño su simbolo. Se estremece el sentido comun, al oír tantos absurdos, y sin embargo esto es lo que se ha visto forzada la Reforma á sostener, á lo menos implicitamente, cuando, aterrada por los testimonios de los Padres, se ha visto obligada á reconocer que la fe de estos ilustres defensores del Cristianismo, no se diferenciaba en nada de la fe que ella atacaba; que habian creído ellos y

al mismo Mosheim. *Vindicat. antiq. Christian. disciplinæ ad-  
ver. Tolandi Nazarenum*, secc. I. c. v, vers. 5 y 4. — *Disc.  
sur l'Hist. Eccles.*, secc. IX, tom. I.

enseñado todo lo que hallaba ella reprehensible en la Iglesia enseñar y creer, y que no podria ella abrir sus obras inmortales, sin leer en cada página su expresa condenacion.

En cuanto á los concilios no era menos grande el conflicto de los novadores. Tenian que defenderse al mismo tiempo contra los católicos, y contra una multitud de teólogos de su propio partido. O mirais, decian los católicos, los antiguos concilios como infalibles, ó pensais que han podido errar; en el primer caso, su infalibilidad no puede fundarse sino en las promesas de Jesucristo; promesas indefinidas, cuyo efecto no es de vuestraalzada suspender en ninguna de las épocas en que durare la Iglesia. Si ella ha sido infalible durante seis siglos, tambien lo es ahora, y lo será siempre, y si resistis á su autoridad, resistis al mismo Jesucristo, porque entre los argumentos que poneis contra los concilios posteriores, y especialmente contra el que os condena, ni uno solo puede aplicarse con tanta verosimilitud á los concilios que vosotros admitis. Desquiciando uno, deben caer todos los demas; caen ó se sostienen todos juntos. Los discipulos

de Eutiques y de Dióscoro hablaban del concilio de Calcedonia, como vosotros hablais del de Trento; decian como vosotros que sus enemigos dominaban en él, que la verdad habia sucumbido á los golpes de la intriga y cábala. No se les escuchó, y se tuvo razon como vosotros lo confesais. ¿Cómo no serian interminables las disputas, si fuera necesario, para la firmeza del juicio, que tuviese este la aprobacion de todos los partidos interesados? Siendo la fe incompatible con la mas leve incertitud; ó no hay tribunal para terminar las contestaciones en materias de fe, ó este tribunal es infalible. Conque vosotros no podriais admitir la autoridad de un solo concilio ecuménico, sin reconocerlos todos por infalibles, y, por una consecuencia inevitable, sin declararos rebeldes á la Iglesia y á Dios.

Si, para substraeros de estas dificultades concluyentes, rehusais la infalibilidad á los antiguos concilios generales, ¿qué ventaja sacaréis entonces contra los arianos y los socinianos? ¿Los creeréis obligados á obedecer á decisiones humanas? ¿No os opondrán ellos vuestros principios y ejemplo? Y ¿qué motivo hay de con-

formarse uno en materia de fe con el juicio del que puede errar? ¿No seria esto abandonar abiertamente su salvacion al acaso, y creer por puro capricho, sin certeza ni regla? Pero, aunque sujetos al error, los primeros concilios no han errado, decís vosotros, Dios ha permitido que conservasen en su primitiva entereza el depósito de las verdades santas. Esto es precisamente, responderán los discipulos de Socino, lo que nosotros contradecimos; vosotros sentais la misma cuestion de hecho. Probadnos por la razon y la Escritura los dogmas que nosotros no admitimos, entonces será superfluo alegar la autoridad de los concilios; si no podeis probarlos, aun mas en valde para convencernos ó para hacernos callar, alegais concilios que admitis puedan haber enseñado el error. ¿Qué replicaréis, continuaban diciendo los católicos, á los sectarios que hablen así? Será indispensable, aunque no querais, venir otra vez á discutir el fondo de la doctrina, sin dependencia de lo que ha creído ú definido la antigüedad, y con riesgo de extrañarse á cada paso, perseguir, para decirlo así, todas las verdades del Cristianismo una tras otra

en el tenebroso laberinto del discurso ; porque , si se quita la autoridad , nada queda sino esto , y en materia de fe , toda autoridad falible es nula de derecho.

Por otra parte los tolerantes y los unitarios , mas consigüentes en los principios de la teología protestante , se quejaban con energía de que , para forzarlos á admitir los dogmas que desechaban como repugnantes á su razon , se trastornaba el fundamento de la Reforma , y se daban ventajas á los papistas. O la Iglesia antigua , decian ellos , era infalible , ó no. Si lo era , lo es aun , y no debe buscarse la verdadera fe en otra parte sino en sus decisiones ; conque el someternos y callar es nuestro deber incontestable. Pero si la Iglesia no es hoy infalible , no lo ha sido jamas ; siempre se ha podido y debido examinar lo que ha decidido , y es hacerse una ilusion muy grosera el lisongearse , de que se nos obligará á sujetar nuestro juicio á la autoridad de algunos de sus decretos , en tanto que pueda uno excusarse de la obediencia á todos los demas , que no son ni menos importantes , ni menos claros , ni menos solemnes. ¡Cómo ! ¿No rompisteis vo-

sotros con la Iglesia católica por solo haberos puesto en su lugar ? ¿No la habeis acusado de tirania , sino para fundar sobre sus ruinas otra mas repugnante ? Porque , al fin tenia por lo menos en favor suyo una larga y tranquila posesion ; y usando ella de su poder , que vosotros pretendis usurparle , no se contradecia , como vosotros lo haceis , en sus propias máximas. Vosotros recibis ciertos concilios y desechais otros : ¿ En qué principios fundais esta eleccion ? ¿Cómo sabeis , que de estos concilios , unos han enseñado el error , y los que vosotros admitis han conservado la verdadera doctrina ? ¿Qué otra certeza teneis en este punto mas que vuestro juicio particular y vuestra opinion ? Conque vosotros en substancia quereis sugetarnos á vuestra particular autoridad. Pero no os engañeis ; porque despues de habernos enseñado á negar la infalibilidad de los obispos de todos los siglos , y de la Iglesia entera , no podreis decidirnos fácilmente á reconocer la vuestra personal.

Jamas remontan las doctrinas á su origen , y en vano la Reforma procuraba detener el curso del rio que se la llevaba. Fué necesario que sus

miembros proclamasen unánimes este gran principio: La Escritura es la única regla de fe, independiente de cualquier interpretación particular, y con exclusion de toda autoridad visible. « Para conocer la Religion de los protestantes, » dice Chillingworth, « no debe servir de regla la doctrina de Lutero, Calvino, ni de Melancton; ni la Confesion de Ausburgo ó de Ginebra, tampoco el catecismo de Heidelberg, no los artículos de la iglesia anglicana, ni la armonía de todas las confesiones protestantes, sino sola la Biblia á la que prestan todo su asenso, y consideran como una regla perfecta de su fe y de sus acciones. » Si, la Biblia, la Biblia sola es la Religion de los protestantes' . »

• *La Religion des protestans une voie sûre au salut*, cap. VI. 36. — « Cuando los reformadores, dice Rousseau, se separaron de la Iglesia romana, la acusaron de error, y para corregir este error en su origen, dieron á la Escritura otro sentido diferente del que le daba la Iglesia. Preguntábaseles con qué autoridad se separaban de la doctrina recibida, y decían que por la suya propia, por la de su razon. Decían que no siendo claro é inteligible el sentido de la Escritura á todos los hombres, en lo que toca á la salvacion, cada uno era juez competente de la doctrina, y podia interpretar la Biblia, que es su regla, segun su espíritu particular; que de este modo se pondrian de acuerdo

Véase pues donde habia llegado la Reforma en menos de dos siglos, despues de su nacimiento. Avergonzada y cansada de errar de simbolo en simbolo, los abandona todos y á sus autores con ellos. Nuestra fe, dicen los protestantes, no deberá conocerse por la lectura de nuestras numerosas profesiones de fe. Nos burlamos de Lutero, de Calvino y Melancton, de todas nuestras iglesias, de nuestras confesiones todas, y aun de su armonía: la Biblia, la Biblia sola es nuestra Religion.

Con todo la Biblia es muda, y muchas veces obscura; no se explica por si misma; ¿Quién la

• en las cosas esenciales, y que no se tendrían por tales aquellas, en que no se conviniessen.

• Ve aquí al espíritu particular establecido único intérprete de la Escritura; ve aquí desechada la autoridad de la Iglesia; ve aquí á cada uno puesto bajo su propia jurisdiccion con respecto á la doctrina. Tales son los dos puntos fundamentales de la Reforma: reconocer la Biblia como regla de la creencia, y no admitir como su intérprete á nadie sino á sí mismo. Combinados estos dos puntos, forman el principio sobre el cual los cristianos reformados se han separado de la Iglesia romana, y no pueden menos de hacerlo así, para no caer en contradiccion; porque ¿cuál autoridad interpretativa podían ellos reservarse, despues de haber desechado la del cuerpo de la Iglesia? *Lettres écrites de la Montagne.*

explicará? Llamados todos los hombres al conocimiento de la verdadera Religion, es necesario que todos descubran claramente en la Escritura las verdades que deben creer. Conceden esto los reformados; siendo así, ¿cómo negar una verdad tan manifiesta? pero no les ha sido posible hacer esta concesion sin verse implicados en dificultades sin solucion, y contradicciones de tal modo extrañas, que cualquiera se avergüenza, á vista del entendimiento humano tan extraviado. Despues de inventado el sistema extravagante de la inspiracion particular, despues de haber sostenido que reconocemos los dogmas necesarios á la salvacion, en los libros santos, como ellos dicen, *por sentimiento, por gusto, como nosotros distinguimos lo frio de lo caliente, lo dulce de lo amargo*, corridos de esta extravagante y *sensitiva* Religion, acabaron por atribuir á la razon el exclusivo derecho de interpretar las divinas Escrituras, y la declararon el solo juez y árbitro de la fe. No es aquí donde debe examinarse á fondo esta doctrina. Trataré únicamente de considerar sus efectos.

Trasformada la Religion en una ciencia puramente discursiva, tomó tantas formas, cuantas

eran las cabezas. Nacieron sectas de otras sectas sin intermision ni término. Nunca se vió otra tal abundancia de opiniones extraordinarias, tal profusion de simbolos opuestos, aunque todos se decian fundados en *la pura palabra de Dios*. Tampoco faltaban además ejemplos que justificasen las innovaciones. Habia en la Reforma una inquietud y una duda trasmitidas como por tradicion, al tiempo que tambien las variaciones personales de Lutero, de sus discipulos, y mas que todo, sus máximas autorizaban todas las variaciones.

En medio de todo esto, á pesar de estas máximas, los protestantes excomulgados por la Iglesia romana, se inclinaron á excomulgarse los unos á los otros, movidos por la adhesion natural del hombre á sus propios pensamientos, y tal vez por un resto de amortiguado respeto á la fe, y de amor á la verdad. Se sabe hasta que punto detestaba Lutero la doctrina de Calvino, y el suplicio de Serveto prueba bastante el horror de aquel á la de los unitarios. Despues de todo esto, no es facil conocer lo que estos dos gefes del protestantismo, podian reprenderse mutuamente cuanto á dogmas abominables; pues que

si Lutero aniquilaba la moral, negando el libre albedrío, y calificando las buenas obras de *nocivas à la salvacion*; no la destruía menos en su raíz Calvino, por el dogma inaudito de la inamisibilidad de la justicia, por la que justificado una vez el hombre, lo estaba ya para siempre, y por mas crímenes que cometiera, estaba perfectamente seguro de salvarse. Ambos llegaron al mismo término, es decir á la completa abolición de los deberes; enseñando ser la fe, una y la sola obligacion del cristiano, libre de toda ley eclesiástica y divina en virtud de la *libertad*, por él adquirida en el bautismo. No se atrevieron á exceptuarle tambien de la obediencia á las leyes civiles, aunque sus principios llegaban hasta ello. Pero los metodistas, como buenos lógicos, dieron este último paso, y pusieron como uno de los artículos de su símbolo, el no reconocer en el orden religioso y político ningun otro superior que Jesucristo. No temo decirlo: esta máxima no será estéril. Cuando el infierno, por especial permiso de Dios, prepara calamidades muy graves al género humano, y presenta el espectáculo de algunos crímenes

enormes, infunde un error en el mundo, y deja al tiempo que haga lo demas.

No es mi ánimo describir la Reforma segun todos sus extravíos, ni menos recordar las insensatas opiniones abortadas por ella, visto, seria mas fácil contar las nubes que de paso amortiguan el brillo del sol en un dia tempestuoso. En vano se afanaban por contener este torrente desbordado de Religiones nuevas; la Escritura, esta *regla perfecta de la fe*, nada concluía, callaba, ó si hablaba, lo hacia en un lenguaje diferente para cada sectario. Con la Biblia en la mano se enseñaba el pro y el contra, el sí y el no con una confianza imperturbable. Reconociendo los reformadores, que se les huían una tras otra todas las verdades del Cristianismo, quisieron, á imitacion de los católicos, conservarlas por la fuerza de la autoridad; mas este medio, exterminio total de la Reforma, no tuvo otro resultado, que dejarles ver la desesperacion á que los habia ella conducido. Se reían de los sinodos, de sus anatemas, de sus decretos, y al mismo tiempo cada uno continuaba dogmatizando segun sus caprichos.

El medio de conciliacion no tuvo ya efecto alguno. No alcanzó á mas que á ciertas reuniones aparentes, á tratados parciales de tolerancia, que sobretexto de caridad, infundian en los espiritus el hábito de juzgarlo todo indiferente. Era tambien un escándalo, nunca visto en el Cristianismo, la conclusion de negociaciones religiosas, por cuyo medio se pensaba obtener la paz, y en las que se hacian concesiones mutuas de dogmas; cediéndose de parte á parte artículos de fe, como príncipes cansados de una guerra devastadora, se cederian territorios y ciudades, estipulando además impias indemnizaciones en cambio de las verdades que se abandonaban.

Los católicos, testigos de estos cambios interminables, por ellos antes previstos, intimaban á los novadores para que por último declarasen donde pensaban pararse, procurando hacerles ver por esta multitud de profesiones contradictorias de fe, la unidad, caracter esencial de la fe verdadera, como lo dice San Pablo, *una fides*<sup>1</sup>. La Religion cristiana, les decian, fundada

<sup>1</sup> *Ep. ad Eph.*, IV, 3.

sobre la revelacion, es inmutable como esta; toda secta que varía en su doctrina, no tiene el caracter esencial de la Religion de Jesucristo. Bossuet desenvuelve este formidable argumento con ciencia profunda y con toda la fuerza lógica, en la Historia de las variaciones, modelo sin par de analisis y elocuencia. Confundida la Reforma, enmudeció ó mas bien confesó las variaciones patentes, con que se le daba en rostro, y aun se admiró de no haber variado mucho mas<sup>1</sup> tanto como todo esto conocia ella misma su inestabilidad.

Habiendo hecho la Reforma una confesion tal, no le era posible de modo alguno el defenderse, sino sosteniendo que los dogmas en que habia hecho variaciones, no eran esenciales en si mismos, y que se podia desecharlos ó admitirlos sin cometer un atentado contra el Cristianismo, y sin excluirse del derecho de salvarse. Asi nació el sistema de puntos fundamentales, que reducen la fe necesaria á ciertos articulos, por definir, y

<sup>1</sup> Véase BURNET, *Crit. des variat.*, pag. 7, 8. JURIEU, *Lettres* V, VI, VII, VIII, año 1686. BASNAGE, *Rép. aux Variat.*, Pref.

que tolera todo lo demás como indiferente, fijando también al mismo tiempo, la libertad de creer todo, sin excepcion de los errores mas execrables, y de negarlo todo incluso, el mismo Dios.

Viérouse aun los protestantes impelidos á este sistema con fuerza mucho mayor, á causa de la controversia sobre la Iglesia, controversia, cuya decision debia definirlo todo, y que, por lo mismo se dedicaron los católicos á ilustrar con particular esmero. Como debo tratar este punto tan esencial mas adelante, no hablaré aqui mas que lo preciso para que se perciba como la Reforma se vió forzada, y tuvo que abrazar la doctrina de los artículos fundamentales.

Siendo la verdadera Religion una esencialmente, al modo que la verdad, la Iglesia que profesa esta religion es decir la verdadera Iglesia es por lo mismo una sin réplica. *Unus Deus, una fides, unum baptisma*<sup>1</sup>.

La Religion no es un simple pensamiento sepultado al fondo del espíritu; es una creencia manifestada exteriormente por un culto con-

<sup>1</sup> Ep. ad Eph., IV, 5.

servador de los dogmas, y hecho sensible con actos externos, por ser este culto la expresion de los mismos dogmas, y al mismo tiempo de la Religion; conque la Iglesia, ó la reunion de los fieles que profesan la Religion verdadera, es una sociedad *visible*. Además, ó la Religion no es mas que un ser moral, una mera abstraccion, ó hay hombres que creen las verdades que ella enseña; luego para creerlas deben conocerlas, para éconocerlas deben también oirlas anunciar. *La fe viene del oido*, dice el Apóstol; *Cómo creerán aquellos que no oyeron, y cómo oirán si no se les predica*<sup>1</sup>.

De aquí es, que la Iglesia se compone precisamente de pastores que enseñan, y de un pueblo que cree las verdades enseñadas; como el pueblo y los pastores son seres visibles, se sigue claramente que la Iglesia es visible, el Evangelio la supone tal, representándola como una *ciudad edificada sobre la montaña*<sup>2</sup>. Como un tribunal donde los cristianos deben presentar sus

<sup>1</sup> *Fides ex auditu... quomodo credent ei quem non audierunt. Quomodo autem audient sine predicante?* Ep. ad R., X.

<sup>2</sup> MATTH., V, 14.

diferencias, *dic Ecclesie* : . ¿ Podrá dirigirse alguno para ser juzgado á un tribunal invisible? Fuera de esto, Jesucristo ha prometido á los pastores *que enseñan* asistirlos *todos los dias*<sup>1</sup>, hasta el fin de los siglos : luego la Iglesia ha sido y será siempre visible.

Habiendo Dios establecido la Religion no solo para algunos, sino para todos los hombres, la Religion establecida por Dios, subsistirá perpetuamente, con arreglo á sus promesas, *omnibus diebus* : luego la Iglesia es *católica* ó universal, cuanto al tiempo. Jesucristo mandó á sus apóstoles que anunciassen el Evangelio á *todas las naciones*, *docete omnes gentes*<sup>2</sup> : luego la Iglesia por su misma institucion es *católica*, ó universal cuanto á los lugares.

No debiendo acabar nunca la verdadera Religion, y debiendo la sociedad de los que la profesan ser siempre visible, deben sucederse los pastores sin interrupcion alguna, de modo que, en

<sup>1</sup> MATTH., XVIII, 17.

<sup>2</sup> *Ibid.*, XXVIII, 20.

<sup>3</sup> *Ibid.*, 19.

todas las épocas de su permanencia, se pueda remontar por una sucesion no interrumpida, desde los pastores actuales hasta los apóstoles : luego la Iglesia es apostólica.

Estas nociones, fundadas sobre el juicio y sobre textos formales de la Escritura, se confirman además por una tradicion unánime, por la autoridad de los concilios y los Padres, por los escritores eclesiásticos de todos los siglos, por las liturgias y la historia entera de la Iglesia desde su origen : de modo que la razon, los libros santos, el consentimiento de todos los siglos, todo concurre á presentarnos dichos caracteres como otras tantas señales distintivas de la verdadera Iglesia.

Admitidos estos principios, que no se pueden negar sin destruir plenamente el Cristianismo, los protestantes que atacaban una Iglesia establecida desde tan larga serie de años, estaban obligados á probar dos cosas : Que la Iglesia católica no tenia los caracteres esenciales de una Iglesia verdadera, y que los tenia todos y exclusivamente la Reforma.

Tan luego como la cuestion se hubo reducido

á estos términos tan sencillos y precisos, era muy difícil pintar las angustias de los novadores, viéndose convencidos de que ni les era posible probar la existencia de una de las señales de la verdadera Iglesia, aun con alguna verosimilitud, ni excusarse de reconocerlas en la Iglesia antigua, de que se habían separado.

Pero qué respuesta podían dar, cuando los católicos, apoyados sobre máximas tan incontables, y hechos tan claros como la luz del día, les hablaban así: La fe es *una*, y vosotros no habeis podido conveniros en la fe conviniendo en un símbolo comun, ni tampoco habeis podido contentaros con alguno de los muchos símbolos, que cada uno de vosotros tiene sucesivamente adoptado, sino que *fluctuando por acaso, como niños abandonados á su misma debilidad, y dejándose llevar por todo y cualquier viento de doctrina*, no habeis sabido sino andar errantes de dogma en dogma, de unas opiniones en otras, siempre incapaces de fijar la inconstancia de vuestro espíritu, y la inestabilidad de vuestra fe:

\* Ep. ad Eph., IV, 14.

con que vosotros no formais ni sois la Iglesia santa que Jesucristo fundó sobre una inmóvil roca<sup>1</sup>.

La verdadera Iglesia es *una*, y vosotros estais divididos en mil sectas, esencialmente opuestas, que tan pronto se toleran como se excomulgan mutuamente; con que no sois la verdadera Iglesia.

La Iglesia verdadera ha sido siempre *visible* ¿dónde ha estado vuestra Religión antes de Lutero? Decidnoslo. ¿Mostradnos como antes de este fraile apostata, ha existido una sociedad que profesara vuestra doctrina? ¿Callais? Observad bien que el callar, tratándose de justificar uno su fe, es confesar que no hay nada que responder, y condenarse á sí mismo irremisiblemente. Entoncez se les ve revolver inquietos y fogosos los anales de la heregia, recoger en el montón retazos llenos de errores, y apresurarse por reunir entre los vestigios del tiempo, y á distancias lejanas, los impuros restos de algunos sectarios olvidados, para hacerse un rico vestido, y

<sup>1</sup> MATT., XVI, 18.

presentarse llenos de gloria; pero sin poder, á pesar de todo, cubrir su deshonrosa desnudez. Si hallan en el quinto siglo un Vigilancio, enemigo de las santas reliquias; en el décimo siglo, un Berengario, que negaba la presencia real; se ve que estos heresiarcas condenados por la Iglesia entera, desde luego que se presentaron, casi no tuvieron discípulos, y que uno de ellos abjuró públicamente sus errores impíos. Sin tener por otra parte algun error comun, variaban con respecto á los reformados, aun en puntos de la mayor importancia. Trabajan, pues, en vano estos por levantarlos de la tumba, á fin de que sus reprobadas sombras los adopten. Escápanseles los diez siglos primeros, y se ven precisados á buscar predecesores entre los albigenses, infame colonia de los maniqueos, que pasaron del Oriente á Italia, y de aqui a las Galias, cuyos habitantes escandalizaron por sus crímenes nunca vistos; entre los vaduanos, puñado de fanáticos oscuros, imbuidos en muchas opiniones, ya desechadas por la Reforma, y que á su turno desechaban tambien la mayor parte de la doctrina de la misma. Avergonzados al fin los nova-

dores de haber adoptado tales abuelos, renunciaron una filiacion igualmente deshonrosa como falsa, y se limitaron á sostener, que hubo siempre en el seno de la Iglesia católica, un cierto número de justos ocultos que profesaban secretamente los principios de la Reforma. Pero á esto respondian los católicos, si estos tales justos se ocultaron tan bien que no dejaron vestigio alguno, ¿cómo habeis descubierto vosotros, que han existido? ¿De qué modo habeis podido conocer vosotros con tanta precision las opiniones *ocultas* de hombres, que nadie ha conocido jamas? ¿Qué bella invencion, fundada con un rasgo de pluma, la de estos justos ignorados del mundo entero, para eludir un argumento tan molesto por tan concluyente! Admitiendo por un momento vuestra suposicion absurda, ni con ella respondeis á nada, ni remediais nada; porque una porcion de justos *ocultos*, ni es, ni forma Iglesia visible; esta se compone de fieles, de pastores *que enseñan*; os intimamos que nos los mostreis. Vosotros no lo habeis hecho, no lo haceis, ni jamas lo haréis; con que vosotros no sois la verdadera Iglesia.

La verdadera Iglesia es universal, y vosotros sois de ayer, y cada una de vuestras sectas en sí considerada, no es apenas conocida en un rincón del globo; porque si contais, en Francia, Inglaterra y Alemania, en suposición de que se pueda, la multitud de doctrinas diversas, comprendidas bajo el nombre genérico de luteranismo, calvinismo, anglicanismo, etc.; casi cada familia os presentará una Religión diferente. Aspiráis tan poco á la universalidad, que habeis dejado á la Iglesia antigua este glorioso dictado de *católica ó universal*, con que se hace ella distinguir de toda otra, y conocer por toda la tierra. Lo que peculiarmente os queda como propio es el espíritu particular, ese espíritu, que separa y divide hasta lo infinito; este y no otro es vuestro indeleble caracter, con que vosotros no sois la verdadera Iglesia.

Por último la verdadera Iglesia es apostólica, y vosotros, lejos de poder remontar hasta los apóstoles por una sucesión no interrumpida de pastores, que hayan enseñado en todos tiempos la misma fe; por vuestra confesión misma, no sois sucesores de nadie; no podeis nombrar por

espacio de quince siglos no solamente un solo pastor, pero ni un solo hombre, sea el que fuere, que haya tenido la Religión que vosotros; con que, lo repito, vosotros no sois la verdadera Iglesia.

La ignorancia y la necedad no se arredran á vista de ningún argumento; con hablar les parece haber respondido. Pero habia entre los teólogos reformados, hombres verdaderamente hábiles y de gran penetración, comprendieron estos muy luego, que, ó se debía renunciar de la Reforma, ó se debían mudar todas las ideas, que hasta entonces habian tenido los cristianos de la Iglesia.

Mestrezat<sup>1</sup> y Jacobo I<sup>o</sup> bosquejaron el nuevo sistema. Claudio despues de ellos, probó á sostenerle, como último recurso, para corroborar á sus hermanos vacilantes. Háblales de « un cuerpo de cristianos, dividido en muchas comuniones particulares, al que aun en algún modo se le puede dar el nombre de Iglesia; porque todos

<sup>1</sup> *Traité de l'Église*, pag. 186 et 371.

<sup>2</sup> Véase *Réplique au cardinal Duperron*, cap. LX.

« los cristianos están todavía bajo cierto respecto en el recinto general de la vocacion del Evangelio ». Parece que la conciencia de este ministro retenia su pluma á cada palabra. No habla sino temblando, dudando, *bajo un cierto respecto*, dice él, *en algun modo*; como si hubiera medio; como si Jesucristo, habiendo establecido una sola y verdadera Iglesia, pudiera cualquier otra sociedad *en algun modo*, *bajo un cierto respecto* ser esta misma Iglesia establecida por Jesucristo.

Mas atrevidamente absurdo, pero tambien mas consecuente, Jurieu, á la vez sofista y profeta, furioso controversista, y el terror de su mismo partido, donde era temido por lo rigido de su genio, y por la violencia de sus trasportes; Jurieu se encargó de desenvolver llanamente el sistema no propuesto aun sino con reserva.

El sostuvo que la verdadera Iglesia, lejos de formar una sociedad, distinta y separada de todas las otras, por el contrario, se compone de

« Défense de la Réforme », pag. 200.

la reunion de todas las sectas cristianas, que hacen profesion de creer ciertas verdades que llama él *fundamentales*. « Queremos, dice, que la Iglesia católica y universal esté esparcida por todas las sectas, y que tenga verdaderos miembros en todas aquellas sociedades, que no han trastornado el fundamento de la Religion cristiana; aunque se hallen tan desunidas que se excomulguen una á otra ». No era una necesidad de poco momento la que forzaba á la Reforma á precipitarse en esta doctrina. Estaba reducida á la imposibilidad de hacer parte, (ni aun á pretenderlo) de la verdadera Iglesia, establecida por Jesucristo, á menos de no introducir con ella todos los errores, y aniquilar el Cristianismo. No consistiendo la verdadera Religion, segun esta hipótesis rara, sino en un corto número de dogmas, comunes á la mayor parte de las sectas, y, por inmediata consecuencia, no formando estas sectas mas que un solo cuerpo ú sola una Iglesia, los argumentos de los católicos se disipaban por sí mismos.

« Le vrai système de l'Eglise », pag. 79.

Vosotros sosteneis que la verdadera Iglesia es una; y nosotros tambien, decian los reformados; pero esta unidad resulta de la creencia de las mismas verdades fundamentales: *viniedo á ser todo lo que se cree mas allá de ellas, materia de opinion y no materia de fe*<sup>1</sup>, que no rompe la unidad necesaria.

Vosotros sosteneis, que la verdadera Iglesia de Cristo ha sido siempre visible; nosotros tambien: Es verdad, que siempre hay en el mundo una Iglesia visible; pero es falso, que esta Iglesia sea una cierta comunión, distinta de todas las otras comuniones. La Iglesia ha estado siempre visible por todos los siglos en las comuniones, que, á pesar de su separacion y los anatemas que unas contra otras se han fulminado, han conservado siempre las verdades fundamentales<sup>2</sup>.

Vosotros sosteneis, que la verdadera Iglesia es universal; y nosotros tambien: con gusto confesamos que este caracter *le es esencial*<sup>3</sup>. ¿Pero

<sup>1</sup> *La Religion des Protestans une voie sûre au salut*, c. VI. 36.

<sup>2</sup> *Le vrai système de l'Eglise*, pag. 226.

<sup>3</sup> *Accomplissement des prophéties*, por Jurieu, pag. 82.

qué universalidad mas completa que la de no tener como esta, otros limites que la extension, no en una comunión, sino en todas las comuniones, que en todos los tiempos han conservado las verdades fundamentales?

Vosotros sosteneis, que la verdadera Iglesia es apostólica, y nosotros tambien, porque esto es una consecuencia evidente de su perpetuidad visible. Pero advertid, que nosotros no os acusamos hoy por desechar alguna verdad fundamental; luego vosotros sois miembros de la Iglesia; miembros enfermos, es verdad, mas, al fin miembros vivos; y á falta de otra sucesion constante, vosotros dais una, cuya legitimidad no negaréis segun parece.

No se puede menos de convenir, en que estas

Es necesario, dicen, recibir el ministerio de las manos de esta Iglesia; fuera de la que no se da el Espíritu Santo. Yo lo confieso. Pero esta Iglesia que da el derecho de ejercer el ministerio, no es ni Iglesia romana, ni griega, ni protestante, es la Iglesia universal que no da este derecho por sí misma; le da por las diversas sociedades cristianas, que viven bajo diversas confederaciones, y las cuales tienen cada una en sí misma, el poder de establecer el ministerio, para la edificación de sus pueblos. *Le vrai système de l'Eglise*.

consecuencias se deducen claramente del sistema de Jurieu. Mas yo mostraré en el capítulo siguiente, que este sistema no puede sostenerse, y que la doctrina de los puntos fundamentales es destructiva de toda Religión, y de toda razón.

Considérese el espacio inmenso que habian ya recorrido los reformadores en la época donde llegamos. No puede medirlo el pensamiento sino temblando. ¡Cuán espantosa es la marcha del error! Ofendido Lutero de algunos abusos reales, en lugar de reconocer en ellos el efecto inevitable de las pasiones humanas, culpa á la doctrina misma. Ataca un punto de la fe católica, al parecer poco importante. ¡Espíritu débil, que no percibía el enlace riguroso de las verdades del Cristianismo! Apenas ha separado un anillo de esta cadena, cuando ya se le escapa la cadena entera. Un error llama á otro error. Ya no es contra algunos dogmas aislados que él se opone, de un solo golpe desquicia el fundamento de todos los dogmas. La tradición le incomoda, y la desecha, la Iglesia proscribire sus máximas, y niega la autoridad de la Iglesia, y declara, que

solo admite la Escritura como regla de fe; finalmente la Escritura misma le condena, y mutila con audacia los libros santos, excluyendo una epistola apostólica toda entera\*, y cuando se le pregunta, ¿con qué derecho? responde con arrogancia: *Yo Martin Lutero, así lo quiero, así lo mando: sea mi voluntad en lugar de razón*†. Segun esto Martin Lutero era no solo el fundador, el gefe de la Reforma, sino el Dios; pues que su voluntad, sin alguna otra razón, prevalecia contra las revelaciones divinas, consignadas en un documento auténtico y sagrado.

Con todo eso, varios discípulos suyos sacuden el yugo de hierro que trataba de imponerles. Oponiendo sus opiniones y orgullo al orgullo y opiniones de aquel, se burlan de sus furores y hacen trozos su imperio. Levántanse nuevas sectas, que al momento se dividen para subdividirse despues á lo infinito. Enséñase y niega se toda doctrina. No es mas grande la confusion del infierno, y su desorden mas espantoso. No pu-

\* La Epistola de Santiago.

† *Ego Martinus Luther, sic volo, sic jubeo, sit pro ratione voluntas.*

diendo ya la Reforma sostenerse por sus propias fuerzas, desesperando de lograr el restablecimiento de la paz en su seno, llama en su auxilio á la Iglesia antigua que ha repudiado; llama á los hereges de todos los siglos, á sus numerosos hijos, y los junta en torno de sí con sus odios implacables, sus acaloradas animosidades, sus simbolos contradictorios, y de este incoherente amasijo de verdades y errores, se esfuerza para formar una sola Religion; se esfuerza para componer una sola Iglesia, de esta anarquía monstruosa de sectas, que mutuamente se combaten y destruyen, y de tantos partidos irreconciliables. ¡O vergüenza eterna de la razon humana! Si, ve aquí la verdadera Religion tan verdadera como es verdad que los pensamientos inconstantes del hombre son los inmutables pensamientos de Dios; ve aquí la verdadera Iglesia, que lo es tanto como el imperio dividido de Satanás es el Reino de Jesucristo. Pero, en fin, estas ideas habian prevalecido en la Reforma. Cedia ella muy á su pesar al ascendiente insuperable de sus máximas, y ofreciendo la paz á todos los errores, tolerándolo todo, y aun tambien la ver-

dad, se adelantaba á paso largo hácia la infidencia absoluta de las Religiones, donde vamos á ver que el sistema de los artículos fundamentales conduce sin poder menos.

## CAPITULO VII.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS  
CONTINUACION DE LA MISMA CONSIDERACION. EXAMEN DEL SISTEMA  
DE LOS PUNTOS FUNDAMENTALES.

Como no hubieramos patentizado que la Reforma, apurados ya todos los medios de defensa y por su misma naturaleza se halló en la obligación de refugiarse á los puntos fundamentales, con dificultad se habria creído, que este sistema fuese mas que una opinion arbitraria; y con tra-

bajo se hubiera concebido, qué motivos fueron capaces de resolver á los protestantes á conformarse con una doctrina no solo absurda en sí misma, sino además incompatible con sus máximas; una doctrina, en fin, que no puede ser verdadera, no siendo falso el Cristianismo, y cuyo término inevitable es la tolerancia del ateismo.

Para justificar desde luego el motivo con que doy en rostro á los reformados con su propia inconsecuencia, acordémonos que la Escritura es, como ellos dicen, la única regla de fe. Conque deben probar, que la Escritura establece claramente la distincion de puntos fundamentales y no fundamentales, y que con igual claridad especifica lo que es y no es fundamental. Esto mismo es lo que jamas han podido hacer, aunque se les haya estrechado muchas veces, para que lo hagan. Nunca presentaron un solo texto, que favoreciese en el sentido natural y verdadero, ni aun indirectamente, lo extravagante de su doctrina. Todo lo contrario, la Escritura está llena de pasages que la condenan. Cuando Jesucristo envió sus apóstoles, para que anunciasen el

Evangelio á las naciones, ¿ les dijo: Enseñad á los hombres á discernir con cuidado los dogmas fundamentales de los que no lo son, y á no confundir los artículos de fe, que absolutamente deben creer, de aquellos que pueden negar sin excluirse del derecho á la salud eterna? No; Jesucristo no dice en parte alguna cosa que se le parezca. ¿ Qué dice pues? Id, instruid á todas las naciones... enseñándolas á observar todo lo que os he mandado yo<sup>1</sup>. Todo, sin excepcion, *omnia quæcumque*, ó como se expresa otro escritor sagrado, « id por todo el universo; predicad el Evangelio á toda criatura: todo el que crea se salvará, y el que no crea se condenará<sup>2</sup>. » Con que es preciso creer á lo menos implícitamente todas las verdades reveladas; pues que en el Evangelio ú en la palabra de Cristo se comprenden todas; con que es preciso creerlas

<sup>1</sup> *Euntes ergo docete omnes gentes... docentes eas servare omnia quæcumque mandavi vobis. MATH. XXVIII. 19, 20.*

<sup>2</sup> *Euntes in mundum universum prædicate evangelium omni creaturæ. Qui crediderit et baptizatus fuerit, salvus erit; qui verò non crediderit condemnabitur. MARC. XXVI. 15, 16.*

ó condenarse, lo que hace decir á san Pablo que el herege *se condena á sí mismo*<sup>1</sup> porque reconoce la autoridad de los libros divinos, donde está escrita su condenacion. Con que un sistema de fe, opuesto á la Escritura y que no se contiene claramente en ella, es incompatible al principio, que supone no debe admitirse otra regla de fe, que la Escritura misma. Luego los protestantes no pueden adoptar el sistema de los puntos fundamentales, sin renunciar á sus máximas, ó sin contradecirse expresamente.

Añádase que este sistema no podría ser verdadero, á menos que el Cristianismo no sea falso. En primer lugar, como acaba de verse, Jesucristo ha enseñado una doctrina contraria, de donde se infiere que él se ha engañado, ú nos ha engañado, que él era por consecuencia ó un fanático ú impostor.

En segundo lugar, sus discipulos, fieles ejecutores de las órdenes que les habia dado, no toleraron jamas que se atentase ni aun levemente á los dogmas revelados. San Pablo declara que

<sup>1</sup> *Ep. ad Tit. III. 11.*

la fe es una como Dios mismo es uno<sup>1</sup> que por lo tanto nada se puede quitar ni añadir sin destruirla, y por esto excomulga al que se atreva á predicar otro Evangelio ú otra fe diferente de la que él predica<sup>2</sup> manda *se huya del hombre herege*; enseña, que todos los novadores, preciándose de una ciencia falsa han *perdido la fe*<sup>3</sup> y comprende formalmente entre los crímenes que excluyen del reino de Dios, los cismas y las heregias; *sectæ*<sup>4</sup>. San Pedro las llama á todas en general *sectas de perdicion*, y mira á los que las introducen, como blasfemos<sup>5</sup>.

« El que se aparta » dice San Juan « y no persevera en la doctrina de Jesucristo, no tiene Dios<sup>6</sup>. » Se le entiende: el Apóstol no hace diferencia entre negar á Dios y negar un artículo de la doctrina de Jesucristo, porque sería inútil buscar en sus palabras una distincion, ni una

<sup>1</sup> *Ep. ad Ephes.*, IV, 5.

<sup>2</sup> *Ep. ad Galat.*, I, 8.

<sup>3</sup> *Epist. II ad Timoth.*, II, 17.

<sup>4</sup> *Epist. ad Galat.*, V, 20.

<sup>5</sup> *Epist. II*, II, 1. 10.

<sup>6</sup> *Ibid.*, II, 9.

restriccion. « Si alguno » prosigue « se os presenta, y no trae esta doctrina, » ¿ qué va él á decir? Examinaréis si las verdades que él desecha, son ó no fundamentales; y si no ataca el fundamento, le concederéis la tolerancia, le admitiréis, como un miembro de la verdadera Iglesia en vuestra comunión. Esta es la respuesta de los protestantes, y ve aqui la del apóstol: « No le recibiréis en vuestra casa, ni le saludaréis; porque quien le saluda participa de su pecado *operibus ejus malignis* »<sup>1</sup>. Esta es la tolerancia de los apóstoles, esta su doctrina. Luego esta doctrina es falsa, si el sistema de los puntos fundamentales es verdadero; con que este sistema y el Cristianismo segun le enseñan los apóstoles son incompatibles.

En tercer lugar, todos los Padres, todos los concilios, los cristianos todos, católicos ó hereges, han ignorado hasta que naciese la Reforma, la distincion de dogmas fundamentales y no fundamentales, han creido no habia mas que una sola fe, por la que uno se pudiera salvar, una sola

<sup>1</sup> *Epist.*, II. S. JOAN., X, 11.

Iglesia que profesase esta fe<sup>1</sup>, excluyendo de la salvacion á todas las sectas separadas de esta única y verdadera Iglesia. Luego, si un error de tal importancia pudo reinar universalmente por espacio de diez y seis siglos; si por todo este tiempo, nadie ha sabido lo que era la Iglesia; si cuando los cristianos del mundo entero rezaban el simbolo de los apóstoles, han profesado un error absurdo, calificado por Jurieu de *prodigio de crueldad, de imaginacion la mas fuera de trastes que jamas pudo haber en el entendimiento humano*<sup>2</sup>; si todos estos cristianos, y todas las Iglesias particulares han dirigido constantemente su conducta segun este error absurdo y cruel, resulta el Cristianismo evidentemente falso; porque no ha podido enseñar un Enviado divino el error, error de consecuencias tan fatales; ni tampoco hombres verdaderamente inspirados pudieron consagrarle en sus escritos, autorizando su aplicacion por el ejemplo; ni menos en todo caso

<sup>1</sup> Véase le *Traité de l'Unité de l'Eglise*, por Nicole; le *Cinquième avertissement de Bossuet aux protestans*; WALLEMBOURG. de *Controv. tract. 5.*

<sup>2</sup> *Le vrai système de l'Eglise*, pag. 79, 92.

hubiera Dios permitido jamas, que él hubiera prevalecido tanto tiempo sin reclamacion, en una Iglesia, por él establecida, para recibir en ella un culto digno de su magestad, de su santidad y verdad.

Dejamos á los protestantes el averiguar el fundamento, sobre que pueden vivir tranquilos en sus principios anticristianos. No es este la Escritura, no la autoridad de la Iglesia, tampoco la autoridad de los primeros siglos (asi lo hemos probado); pero mucho menos lo es la razon, como lo haremos ver, considerando el sistema de los puntos fundamentales, bajo un punto de vista mas filosófico, ú mas general.

¿Qué hacen los partidarios de este sistema, para demostrar contra los deistas, la necesidad de una revelacion? Apoyados en los mismos asertos de los deistas, prueban la necesidad de una Religion, su existencia, y por consecuencia, que es Religion verdadera. Con los anales de la filosofia en la mano prueban despues, que seria imposible asegurarse plenamente de algun dogma por la razon sola; que tomandola por única guia, no se hace mas que vagar de dudas en du-

das, de una incertitud en otra; y que, lejos de llegar á una creencia fija, se cae sin poder menos en la necesidad de tolerar aun el ateismo, ó la de negar todo dogma, la de excluir todo culto, y la fatal de destruir toda especie de moral. Por lo tanto concluyen ellos de este modo: si es necesaria una Religion verdadera, tambien es necesario que Dios revele esta verdadera Religion.

Pero he aqui una cosa bien rara: Dios revelará á todos los hombres las verdades necesarias al hombre, y ellos no estarán obligados á creerle; ¡y serán árbitros para desechar las verdades que Dios les revelare! ¿Para qué sirve, pues, la revelacion? Mas valdria que Dios guardara silencio, si se le puede desmentir, si se puede corregir lo que él enseña, si se le puede decir: te conocemos nosotros mejor que tú te conoces á ti mismo. Tal es por tanto la libertad que establece la tolerancia. Porque seguramente es contradecirse, y burlarse de los hombres y de su mismo autor, valerse del pretexto de obscuridad, para tener en suspension la autoridad de la revelacion, ó parte de ella, siendo así, que tiene por objeto

disipar las dudas que tenga el entendimiento humano quanto á las verdades que debe creer.

Oigo á los discipulos de Jurieu, que responden: « Nosotros no decimos, que se puedan negar, sin excluirse de la salvacion todos los dogmas revelados, sino solo aquellos, que no son fundamentales. » Se verá muy pronto lo vano de esta distincion. Mas quiero admitirla por el momento, y tomar el sistema tal como se nos ofrece, con las restricciones arbitrarias que una especie de pudor cristiano le concede esforzándose á mas no poder. Es siempre cierto, que nuestros argumentos retienen todo su vigor quanto á los dogmas no fundamentales, ó, lo que es lo mismo, con respecto á la mayor parte de los dogmas revelados. Además preguntaré yo á los indiferentes moderados: ¿De dónde ó cómo sabeis vosotros, que haya Dios revelado verdades no necesarias? Esta hipótesis arbitraria pugna con la sabiduria de Dios, y trastorna el principio del que os habeis valido, para fundar la necesidad de la revelacion. Mas esto no es todo, sino que yo sostengo ser infinitamente mas absurdo el afirmar, que es permitido el negar sola-

mente una parte de la revelacion, que el negarla toda entera ; ó , de otro modo ; que el sistema de los puntos fundamentales es mas irracional, mas inconsecuente y mas injurioso á la divinidad ; y mas capaz de desesperar al hombre, que el deísmo.

Desecha el deísta la revelacion, porque no cree que Dios haya hablado : el cristiano de que trata Jurieu no admite una parte de la revelacion, que él cree divina. El uno, persuadido de que el Cristianismo se funda en una autoridad puramente humana, no le adopta, sino en cuanto le juzga conforme á la razon ; el otro, convencido que el Cristianismo reposa sobre la autoridad de Dios, niega la obligacion de someterse siempre y en todo á esta autoridad. Él atribuye al hombre el derecho de preferir en una multitud de circunstancias, su propia razon á la razon del Ser supremo, y de desobedecer á sus leyes. El deísta, por fin, reconociendo la insuficiencia de la razon para establecer inmutablemente un dogma cualquiera, dice que no depende la salvacion de la creencia de dogma alguno. Jurieu declara, por el contrario, que la fe de los dogmas fundamentales es de una necesidad ab-

soluta ; y como ni él ni sus discípulos jamas han podido definir á punto fijo cuales son estos dogmas fundamentales, como no hay un solo punto de doctrina, en que convengan los protestantes, tampoco hay uno solo, entre todos ellos, que pueda estar cierto de creer todo lo que es necesario creer para salvarse : incertitud tan espantosa, que, suponiendo la fe de la revelacion, no podria concebirse mas horrible en el mas deplorable estado.

Hasta esto se llega, sin poderlo evitar, luego que se quiere forzar al Cristianismo á que capitule con la razon humana, con sus inconstantes caprichos y sus desdenosas repugnancias. No se sabe lo que se puede ceder, y lo que se debe retener. Faltan los principios para hacer, lo diré sin miedo, una distincion sacrilega : porque imaginarse que Dios habla en vano, que revela dogmas superfluos, es ultrajar su sabiduria, y acusarse á sí propio de locura, censurando los decretos de su consejo impenetrable. ¿Quién, por otra parte, no ve que están fuertemente encadenados unos con otros, todos los puntos de la fe cristiana? Con que donde todo está unido, todo es esencial. El

objeto de la Religion es señalar al hombre su lugar en el orden de los seres, y mantenerle en él, regulando sus pensamientos, sus afectos y acciones, segun las dos reglas principales de la verdad y de la justicia, de las que son su misma expresion los dogmas y los preceptos. ¿Qué puede haber, pues, de indiferente en estas leyes? ¿A título de qué sería la verdad menos inviolable que la justicia? Ellas se identifican en su origen, y el distinguir las sería destruirlas; porque la justicia no es otra cosa que la verdad, hecha sensible en las acciones, segun esta palabra misteriosa del Apóstol « El que *hace la verdad*, obra á la luz, » para manifestar que sus obras vienen de « Dios. » Dios, pues, no puede tolerar el error, porque no puede tolerar el crimen; y la tolerancia del crimen es el resultado forzoso de toda doctrina, que admite la tolerancia del error. El sistema que discutimos ofrecerá la prueba de ello.

Nótese sin embargo la inconsecuencia de sus partidarios. Admitir la revelacion es creer

*Qui facit veritatem, venit ad lucem, ut manifestentur opera ejus, quia in Deo sunt facta. S. JOAN. III. 21.*

las verdades reveladas, por la autoridad de Dios que las ha revelado: siendo así, que esta autoridad es la misma, cualquiera que sea la importancia relativa de las verdades reveladas, la obligacion de creer es tambien la misma; y desechar una sola de estas verdades divinas, es negar la autoridad, sobre la que todas se fundan; es destruir la base de la revelacion y entregarla indefensa á los deístas.

Mas para mejor dar á conocer la union íntima de la doctrina de Jurieu con el deísmo, examinemos el sistema de los puntos fundamentales, como acabamos de examinar la Religion natural, bajo el triple aspecto de dogmas, culto y moral. La identidad de principios deberá deducirse, á vista de la identidad de consecuencias y resultados.

Supuesto que hay unos dogmas, que pueden negarse sin excluirse de la salvacion, y otros cuya creencia es de absoluta necesidad para salvarse, lo primero que deben hacer los protestantes es dar « una regla segura, para juzgar cuales son los puntos fundamentales, y « distinguirlos de los que no lo son; cuestion, »

añade Jurieu, « tan espinosa y difícil de resolver: » Asi, desde los primeros pasos se ve parado por una dificultad terrible; porque al fin a salvacion de un gran número de hombres, á lo menos, depende de la solucion de esta cuestion *tan espinosa y tan difícil de resolver*. Los artículos fundamentales se hallan en la Escritura, yo lo admito; pero, « además de las verdades fundamentales, la Escritura contiene miles de verdades de derecho y de hecho, cuya ignorancia « no podria condenar á nadie: » y en ninguna parte especifica lo que es ó lo que no es fundamental, en ninguna parte da regla para hacer esta distincion, luego es indispensable que se formen los protestantes estas verdades á su arbitrio, y ya los tenemos dueños de su misma fe; pues que lo son ya de las reglas, que deben determinarlas.

Jurieu propone tres inadmisibles, y que despues la Reforma tambien echó á un lado. La primera puede llamarse una regla de *sentimiento*. Segun

<sup>1</sup> *Le vrai système de l'Église*, p. 257.

<sup>2</sup> JURIEU, *Axis tr.* I, art. 4, pag. 49, *Tabl., Lett. III.*

Claudio y Jurieu, se *sienten* las verdades fundamentales, como se siente la luz, cuando se la ve, el calor cuando se está cerca del fuego, lo dulce y lo amargo al gustarlo<sup>1</sup>. Los deistas dicen lo mismo; oigase á Rousseau: « El *sentido interno* « es el que me debe guiar, mi regla es abandonar- « me mas al *sentimiento* que á la razon<sup>2</sup>. En todas « partes reconozco á Dios en sus obras, *le siento* « en mí, le veo en derredor de mí<sup>3</sup>. *Siento* mi alma, la conozco por el *sentimiento* y el pensa-

<sup>1</sup> *Le vrai système de l'Église*, liv. II, cap. XXV.

<sup>2</sup> No hay error que no contenga alguna verdad; y esta es la causa porque se introduce el error con tanta facilidad en el entendimiento del hombre; recibe lo falso á causa de lo verdadero que con él está mezclado. Se verá en la tercera parte de esta obra, que hay en efecto verdades de sentimiento, es decir verdades, que pasan de la inteligencia al corazón, donde se conservan; y todas las verdades sociales son de este género. Pero de esto no se sigue que el sentimiento sea el medio único, que se nos ha dado para conocer la verdad con certeza; y la consecuencia contraria, falsamente deducida de un hecho incontestable, y exagerada mas allá de lo justo por Claudio y Jurieu, y aun por Rousseau, desde luego conduce á un fanatismo absurdo, y en fin á la destruccion de toda verdad.

<sup>3</sup> *Emilio*, libro IV.

<sup>4</sup> *Ibidem*.

« miento. » La diferencia está en que los deistas no *sienten* mas que la Religion natural, y que Jurieu sentia además la Religion revelada. El ateo, que nada siente, puede merecer lástima; porque al fin no se le podria condenar segun esta regla, siendo así que nadie es dueño de darse un *sentimiento* que le falta. Teniendo cada uno su modo de *sentir* en el seno mismo de la Reforma, el arminiano, por ejemplo, no *siente* la necesidad de la gracia, el sociniano no *siente* la Trinidad ni la Divinidad de Jesucristo, el luterano *siente* la presencia real, que no *siente* el calvinista, por tanto fué necesario abandonar bien pronto esta regla extravagante y solamente propia para nutrir un fanatismo insensato.

La segunda regla de Jurieu, para distinguir los artículos fundamentales, se saca de su union con el fundamento del Cristianismo. Pues bien; jamas los protestantes han podido convenir entre sí, sobre lo que constituye el fundamento del Cristianismo, con que esta regla resulta inutil. ¿Quién puede juzgar de la union de un dogma

\* Emilio, lib. IV.

con otro dogma que no se conoce? Sin eso, es evidente que Jurieu se hace, ó quiere hacer á los demas una ilusion ridicula. ¿Qué es en efecto el fundamento de la Religion cristiana, sino la colleccion de ciertas verdades de fe, que deben creerse para ser cristiano? El fundamento ó las verdades, no son pues mas que una sola y una misma cosa, y la regla del ministro se reduce á este aforismo: el fundamento del Cristianismo se reconoce por su enlace con el fundamento del Cristianismo.

No habiendo parecido esta regla, aun al mismo Jurieu, de grande auxilio en la práctica, propone otra tercera en estos términos: « Todo lo que han creído unánimes los cristianos, y que creen todavía en todas partes, es fundamental ó necesario para la salvacion. Yo creo », dice, « que en esto está la regla aun mas segura. » Con que *lo mas seguro* es no creer nada, ó creer solamente lo que cada uno quiera; como que no hay un solo dogma creído por todos, porque cada herege niega el suyo, se

\* Le vrai système de l'Église, pag. 237.

sigue de aquí, no existir ningunas verdades fundamentales, y que se pierde el tiempo en buscarlas. *Lo mas seguro* es pensar que uno se puede salvar en todas las sectas, aun en el mahometismo; supuesto que, segun Jurieu, los mahometanos son *una secta del Cristianismo*<sup>1</sup>, y como nada de lo que niegan estos puede ser fundamental, se sigue que el deista Chubb tiene razon en sostener que « pasar del mahometismo al Cristianismo, ú de este al otro, es únicamente abandonar « una forma exterior de Religion por otra igual. »

Aun cuando no causasen asombro estas consecuencias, la regla de donde se deducen no dejaria de ser menós inadmisibile segun los principios de los protestantes. Su principal máxima es no reconocer autoridad humana alguna en materia de fe. Pues que el consentimiento de todos los cristianos no forma otra cosa sino una autoridad humana, ella es como tal, insuficiente, segun dicen los reformados, para determinar

<sup>1</sup> *Le vrai système de l'Eglise*, pag. 448.

<sup>2</sup> *Chubb's posthumous works*, vol. II, pag. 40.

con certeza lo que es ó no fundamental, y para que sirva de base á la fe.

En todos los entendimientos hay una rectitud natural, que, aun cuando se descarrian, les obliga á ello forzosamente, por decirlo así. Luego no era posible, que, permaneciendo la Reforma lo que antes era, adoptara las reglas arbitrarias de Jurieu. Formóse ella otras diferentes, que han prevalecido; porque salen del fondo mismo de su doctrina. Jurieu las vió establecer, y Bossuet le probó que no podia oponerse á ninguna de ellas<sup>1</sup>.

La primera es, que *no conviene reconocer otra autoridad que la Escritura, interpretada por la razon*. Esta regla, como fundamento del protestantismo, no puede desecharla ninguno sin dejar de ser protestante.

La segunda es, que *para ser obligatoria la Escritura, debe ser clara*. Esta regla tiene en su favor al buen sentido; porque, de lo contrario, se creeria sin saber lo que se cree, cosa evidente-

<sup>1</sup> *Sixième avertissement aux Protestans*, part. III, n. 47 y sig.

mente absurda, ó se creeria sin estar cierto de que obliga la Escritura á creer, es decir, sin necesidad de la razon, y contra la primera regla.

La tercera es que *en los pasages, en que la Escritura parece enseñar cosas, que no se pueden entender ó comprender, se debe volver la Escritura al sentido á que la razon pueda acomodarse; aunque parezca que se violenta el texto.* Esta regla todavía es una consecuencia, ó una exposicion de la primera. Suponiendo ser la razon el único intérprete de la Escritura, no podria ella interpretar la contra sus propias luces, y darle un sentido que chocase al entendimiento. En una palabra, las interpretaciones de la razon deben ser evidentemente razonables; pues que si fueran á la vez *claras*, con arreglo á la segunda regla, y *absurdas* por suposicion, resultaria una obligacion de creer un *absurdo claro*.

\* Sin dificultad reconocen los deistas la autoridad de la Escritura, con la restriccion establecida por esta tercera regla: «A menos,» dice Chubb, «que no se la interprete de un modo conforme á las reglas de la recta razon, lo que exige se la violente alguna vez, no podria ser la Biblia guia segura del género humano.» *Chubb's. Posthumous works*, vol. II, pag. 326.

Admitido el principio fundamental del protestantismo, deben necesariamente admitirse las reglas de él deducidas por los indiferentes. Pero, ¿quién no reconoce que entonces la autoridad de la Escritura viene á ser autoridad de la razon sola, y de tal modo que las dichas reglas se reducirian á esta: cada cual debe creer lo que su razon le muestre ser claramente verdadero; lo cual es el principio idéntico del deista y del ateo, como ya lo hice ver; pero, volveré á tratar de este asunto.

Para que, con todo, no se juzgue exagero las consecuencias del sistema que combato, reuniré á la autoridad del discurso, la de incontables hechos.

Jurieu, el menos tolerante de los hombres por su genio, y el mas tolerante por sus máximas, no quiso admitir á los socinianos en el número de las sectas que conservan el fundamento del Cristianismo. Pero al instante se le preguntó ¿con qué derecho excluia de la salvacion á unos hombres, que, como él, admitian la Escritura? ¿con qué derecho ponía él su propia razon sobre la de ellos? ¿con qué derecho, al fin, deci-

dia él por sí, lo que la Escritura no decide, determinando los dogmas que era necesario creer para salvarse? No era fácil responder á estas preguntas. La Reforma lo conoció y los socinianos fueron admitidos á la tolerancia\*. Se permitió negar la Divinidad de Jesucristo, la Trinidad, la eternidad de las penas, todo lo que se quiso.

¿Para qué servían ya las confesiones de fe, sino para turbar la razon y la libertad que tienen todos os hombres, de interpretar por ella la Escritura? La enseñanza aun la mas sencilla, preocupando el entendimiento de los pueblos con ciertas opiniones, propendia á la substitution de la autoridad de los ministros, por el examen particular absolutamente indispensable, con arreglo á las máximas de los protestantes. Los brownistas ó independientes, tan luego como reconocieron estos inconvenientes, desecharon

\* M. d'Huisseau, ministro de Saumur publicó, quince ó veinte años há, *la Reunion du Christianisme*, bajo el pié de la tolerancia universal, sin excluir á herege alguno, ni aun á los socinianos. BOSSUET, *Sixième avertissement aux protestans*. part. III, n. 3. — Estos sentimientos estaban por éntonces con extremo esparcidos, como confiesa Jurieu, entre los calvinistas de Francia, de Inglaterra, y de las Provincias-Unidas.

todas las fórmulas, los catecismos, los símbolos, aun el de los Apóstoles, para atenerse, como ellos decían, á la sola palabra de Dios. Estos eran sin contradiccion los mas consecuentes de todos los reformados.

A pesar de todo, el fanatismo, abusando del texto sagrado, multiplicaba las religiones al antojo de sus locas visiones, y la Reforma se pobló de mil sectas extravagantes, que, por mas absurdas, por mas contradictorias, que fuesen, todas tenían derecho igual á la tolerancia. De este modo se vino á establecer poco á poco el *latitudinarismo* mas excesivo. Sus progresos eran, además, favorecidos por una disposicion particular en que se hallaban los espíritus, y vino á generalizarse entre los protestantes, distantes por su genio del exceso del fanatismo. El calor con que sostenian ciertos sectarios, dogmas evidentemente impíos ó insensatos, les inspiraba un secreto disgusto á toda especie de dogmas. La razon, incapaz por sí sola de sostener el peso de los misterios, rebajaba todo lo elevado del Cristianismo, y, á fuerza de cavar por encontrar el cimiento, acabó con no dejar piedra sobre piedra.

Disminuyendo siempre, y simplificando sin cesar, ha venido á ser la Reforma una religion á pié llano, de que acusaba Jurieu á los indiferentes ser los introductores, y de que con el nombre diferente, no es mas que un deismo tímido y mal disfrazado. A tal estado han reducido la Religion en Inglaterra Hoadly y sus discipulos. Forzados por sus principios de tolerar aun á los mahometanos, aun á los deistas \* aun á

\* Véase *Millner's letters to a Prebendary*.

\* El doctor Watson, que murió poco ha siendo obispo de Saint-Asaph, salva sin dificultad á los deistas de buena fe, cuya conducta es moralmente buena. « Nosotros los cristianos, dice, esperamos y creemos que el gran Juez considerará nuestros hábitos de estudiar y de reflexionar, á causa de diversas circunstancias, que influyen en la mente de los hombres con una eficacia, que no podemos calcular ni comprender.—*I have not had so little intercourse with mankind, nor shunned so much the delightful freedom of social converse, as to be ignorant, that there are many men of upright morals and good understandings, to whom, as you express it, a latent and even involuntary septicism adheres, and who would be glad to be persuaded to be christians: and how severe soever some men may be in their judgements concerning one another, yet we christians, at least, hope and believe that the great Judge of all will make allowance for our habits of study and reflexion, for various circumstances, the efficacy of which in giving a particular bent to the understandings*

los paganos\*, han abierto un abismo donde vienen á caer todas las religiones, ó mejor á perderse; porque no puede existir alguna, sin desecharse todas las otras: ellas espiran abrazándose. Destruyendo la barrera, que separa el Cristianismo de los cultos inventados por el hombre, se borra hasta la señal distintiva del verdadero cristiano. El bautismo, pues, cuya necesidad en-

\* *of men, we can neither comprehend nor estimate.* \* No hace mal el doctor Watson, segun se ve, en elogiarnos « esta moderacion de la Iglesia anglicana, por lo que permite-ella á cada individuo *et sentire quæ velit, et quæ sentiat dicere.* »—*An Apology for christianity, in a series of letters, addressed to Edward Gibbon, by Rev. Watson, professor of Divinity in the university of Cambridge.*

\* El autor de una refutacion de Gibbon titulada: *Remarks on the two last chapters of M. Gibbon's History of the Decline and Fall of the roman Empire, in a letter to a friend:* es decir, *Apuntes sobre los dos últimos capítulos de la Historia de la decadencia y de la caída del imperio romano, por M. Gibbon,* protesta, en nombre de la iglesia anglicana, contra la doctrina que Gibbon atribuye á todas las iglesias cristianas, tocante á la condenacion de los idólatras: « No temo afirmar, dice, que las suaves decisiones de nuestra iglesia, no están afeadas con una mancha tan negra como lo seria la condenacion de los mas sabios y de los mas virtuosos paganos.—*I cannot but presume to enter a protest against our author's judgement, at least in the name of one church, the church of England; and am bold to affirm that her mild decisions are not stained with so foul a*

seña el evangelio tan claramente, no es á los ojos de Hoadly mas que un vano rito, una ceremonia pueril, y, en algunos Estados protestantes, se ha visto precisada á intervenir la autoridad civil, para impedir su total abolicion. Si el niño es todavia en estos Estados un ser sagrado, si la religion rodea su cuna con una proteccion poderosa, deben darse gracias á la politica que ha defendido á la humanidad, contra la inexorable indiferencia de una bárbara teologia.

Han pasado estas doctrinas anti-cristianas de Inglaterra á la América. La juventud las aprende en la universidad de Cambridge, desde donde las lleva á todas las provincias de este vasto continente. Allí tienen su germen, allí se desenvuelven con una prontitud tal, que ya la Reforma vieja parece casi sofocada por su sombra. Allí, como en Europa, los ministros de las diversas sectas, evitan chocarse mutuamente, predicando dogmas contestados, y como lo están todos, no se enseña ya ninguno: se contentan con disertar

*blot, as the condemnation of the wisest and most virtuous pagans.*

*S. JOAN., III, 5.*

vagamente sobre la moral, que se mira como la sola esencial, á imitacion de los deistas. La Biblia, desprendida de toda explicacion, se pone, á fuerza de grandes gastos, entre las manos del pueblo, último juez de las controversias que agotaron la sagacidad, y apuraron la paciencia de sus doctores; y con darle al pueblo un libro que no lee, ó que lee sin comprender, se piensa haberle dado una religion.

La Alemania protestante ofrece un espectáculo, acaso mas deplorable aun. Parece que se ha tomado allí como por tarea el destruir toda la Escritura, sin embargo de que no se cesa de reconocerla en apariencia por única regla de fe. Se sostiene que Jesueristo jamas tuvo el intento de fundar una Religion diferente del judaismo; que la Iglesia, obra del acaso, no fué al principio sino una reunion casual de individuos, ó de pequeñas sociedades particulares, de las que se valieron ciertos hombres ambiciosos, auxiliados por las circunstancias, para formar una confederacion general. Con ayuda de lo que se llama

*Geschichte der Christlich-Kirchlichen Institution von*

*exegesis* (ó exposición) bíblica, es decir, de una crítica sin freno, se niegan las profecías, los milagros, la verdad del relato de Moisés; y el Génesis, á juicio de estos doctos intérpretes, viene á ser un tejido de alegorías, ó, para explicarse en su language, *mythos*, ó meras fábulas.

¿Quién probará que estas interpretaciones cómodas, recibidas hoy por lo general, hieren el fundamento del Cristianismo? Parecen opuestas á la Escritura, es cierto; pero si bajo este pretexto se desechaban, al mismo tiempo se debería desechar la regla que prescribe *violentar* en ciertos casos *el texto sagrado*. No se podría pues rehusar el tolerarlas, y aun siendo consecuente, admitirlas como mas *claras* y satisfactorias para la razon.

Así es como se llega al *Cristianismo racional*, tan ponderado en Alemania y en Inglaterra. Excluyese de la Religion todo lo que no concibe la razon, por consecuencia, todos los miste-

D. Planck, tom. I, cap. 4. — Kirchenstaat der drey  
1<sup>ten</sup> Jahrhunderte von S. Bohmer, pag. 8. — OBERHEUR,  
*Idea Biblica Ecclesie Dei*, tom. I, pag. 1, 6, 100, 104.

rios y todos los dogmas; porque no hay un solo dogma, que no incluya algun misterio, supuesto que no hay alguno que no toque á lo infinito por algun lado. ¿Qué resta entonces sino el deísmo? Pero no es posible pararse aun en el deísmo, el principio arrastra mas allá; se ve uno forzado á *violentar*, no solo la Escritura, mas tambien la razon, la conciencia, el testimonio unánime del género humano: se ve uno forzado á negar á Dios; porque es preciso confesar que *misterios incomprensibles le cercan*<sup>1</sup>. En llegando á este punto cesan divisiones; no porque las doctrinas estén de acuerdo, sí, porque ya se han aniquilado. La discordancia de las opiniones, la diversidad infinita de creencias, llenan todo el espacio que separa la Religion católica del ateísmo: no se halla la unidad sino en estos dos términos extremos: *unidad de fe* en la Religion católica; porque encierra la plenitud de la verdad; *unidad de indiferencia* en el ateísmo; porque no es en la realidad mas que la plenitud del error.

Trabajan en vano los protestantes por mante-

<sup>1</sup> *Emilio*, libro IV.

nerse á una distancia igual entre estos dos extremos; no sufre la razon que se la retenga entre dos. Tolerar dogmáticamente un solo error, es empeñarse en tolerarlos todos. Este es el problema que se debe resolver en este caso: conservar el Cristianismo sin exigir la fe especial de dogma alguno. Jamas se halló ni se podrá hallar otra solucion que la de Chillingworth, quien reduce los articulos fundamentales á « una fe implícita en Jesucristo y en su palabra ». El ministro ingles se vió forzado por Bossuet á restringir aun mas este simbolo ya tan breve, impeliéndole este hasta la tolerancia del ateismo, sin que pudiera defenderse. « Esta fe, pues, con que se contenta, » decia el Obispo de Meaux, « yo creo lo que quiere Jesucristo ó lo que enseña su Escritura, no es mas que decir: Yo creo todo lo que quiero, y todo lo que me agrada atribuir á Jesucristo y á su palabra, sin excluir de esta fe, religion y secta alguna de las que admiten la Escritura Santa, ni aun los Judios;

\* *La Religion des protestans une voie sûre au salut. Rép. à la Préf. de son advers., n. 26.*

« porque ellos pueden decir como nosotros: Yo creo todo lo que Dios quiere, y todo lo que él hace decir del Mesias por sus profetas: lo cual encierra otra tanta verdad, y en particular la fe de Jesucristo, como la proposicion con que se contenta nuestro protestante. Se puede tambien formar segun este modelo otra fe implícita, que pueden tener el mahometano y el deista, como el judío y el cristiano. Yo creo todo lo que Dios sabe; ó, si se quiere, se puede llevar aun mas adelante, y darle tambien al ateo, para decirlo asi, una fórmula de fe implícita: Yo creo todo lo que es verdadero, todo lo que es conforme á la razon; lo que implícitamente lo contiene todo, y aun la fe cristiana; pues que sin duda ella es conforme á la verdad, y que nuestro culto, como dice San Pablo, es razonable\* »

\* *Sixième avertissement aux protestans, part. III, n. 109.* Reconociendo Chillingworth la fuerza de los argumentos, procura volverlos contra los católicos, modo de arguir muy vicioso en el caso presente. Porque, si él tuviera razon, probaria únicamente que la Religion católica es falsa, y no probaria, como debe, que el protestantismo es verdadero. ¿Por qué reglas de derecho se justificará uno de un crimen, acusando á un tercero de haber

Bayle, aunque, como protestante interesado en sostener el sistema de los puntos fundamentales, pensaba del mismo modo sobre esto que Bossuet. Prueba: que segun los principios de

participado del mismo crimen? Además, que la acusacion del ministro es de falsedad manifiesta. « ¿Porqué, » pregunta él á un católico, « no bastaria una fe implícita en Jesucristo y en su palabra: tanto como una fe implícita en vuestra Iglesia? » Dejamos que Bossuet responda. « Nadie hay que no conozca la diferencia entre un católico, que dice: *Yo creo lo que cree la Iglesia*, y nuestro protestante, que dice: *Yo creo lo que Jesucristo quiere que yo crea, y lo que él ha querido enseñar en su palabra*: porque es muy fácil ver lo que cree la Iglesia, cuyas expresiones sobre cada error están á la vista de todos; y si quedan algunas obscuridades, siempre está viva para explicarse, de modo que estar dispuesto á creer lo que cree la Iglesia, es someterse claramente á la renuncia de sus propios sentimientos, si son contrarios á los de la Iglesia, lo que puede entenderse con facilidad: lo que incluye una renuncia de todo error, que ella condenó. Mas el protestante que yerra está muy distante de esta disposicion; pues por mas que diga: *Yo creo todo lo que quiere Jesucristo, y todo lo que está en su palabra*: Jesucristo no vendrá á desengañarle de su error, y la Escritura no tomará tampoco otra forma que la que tiene para el mismo efecto: de tal modo que esta fe implícita, que se precia de tener en Jesucristo y su palabra, no es en substancia mas que una indiferencia para con todos los sentidos que se le quieran dar á la Escritura: y el contentarse con tal profesion de fe, es aprobar de un modo terminante toda clase de religiones. » BOSSUET, *ut supra*.

† *Jánua Cælorum omnibus reserata*. Obras de Bayle, t. II.

Jurieu no se puede excluir de la salud eterna á ningun herege, ni los judios, ni los mahometanos, ni los paganos; es decir, que aboliendo la verdad, en cuanto ella es la ley de las inteligencias, se proclama la libertad absoluta de creencia, y se establecen tantas religiones como pensamientos pueden ocurrir al espíritu del hombre. Porque, no admitiendo limites el principio de donde se parte, en vano seria imponerlos á estas consecuencias. En cualquier punto que se las haga detener, el principio de donde nacen, reclama, para decirlo así, contra la violencia que se le hace, y triunfa de la conciencia misma, en el tribunal de la inflexible lógica.

Ya lo he dicho, todos los errores están ligados, como lo están todas las verdades; así, tolerar algunos errores, y no otros de ellos derivados, es con arreglo á un sistema religioso fundado en el mero discurso, absolver á una cierta clase de hombres, por su inconsecuencia, y condenar otra, porque ha discurrido mejor. Resistase cuanto se quiera al buen sentido, el vencerá, y la tolerancia universal, como ley general y precisa del er-

ror, establecerá su imperio sobre las ruinas de todas las verdades.

En efecto, partamos del principio que sirve de base al protestantismo, especialmente al sistema de los puntos fundamentales. Siendo la Escritura la única regla de fe, y no habiendo Jesucristo dejado en la tierra alguna autoridad viva, para interpretar la Escritura, cada uno está obligado á interpretarla por sí mismo, ó buscar en ella la Religión en que debe vivir<sup>1</sup>. Su deber se limita á creer lo que le parece enseña la Escritura claramente, y no contradice á su razon; y como ninguno tiene el derecho de decir á los demas: «Yo tengo mas razon que vosotros, mi juicio es mas seguro que el vuestro.» Se sigue de aquí que todo hombre debe abstenerse de condenar la interpretacion de otro<sup>2</sup>, y debe mirar todas las religiones, como

<sup>1</sup> « Todo hombre, » dice el doctor Middleton, « tiene derecho á juzgar por sí mismo, y la diversidad de opiniones es tan natural, como la de gustos. » *Introductory discourse to a free Enquiry into the miraculous powers*, pag. 58.

<sup>2</sup> Esto es lo que Rousseau decia con mucha razon á los ministros de Ginebra, que le condenaban: « Hombres, y sujetos al

tan seguras y buenas como la suya. Además, aunque uno se persuadiera, que solo tiene infaliblemente razon, como nadie es dueño de darse á sí mismo esta infalibilidad, no se podria aun excluir de la salvacion á los que por hipótesis se engañasen, haciendo el mejor uso que se pueda de la razon que han recibido.

Por el mismo motivo, no se puede excluir tampoco de la salvacion á los que no mostrándoles la razon claramente, que la Escritura es inspirada, dudan de la revelacion, ó mas bien la niegan formalmente, porque despues de un maduro examen, se imaginan que hay contra ella argumentos perentorios. La razon, intérprete y juez de la Escritura, siendo en último análisis el fundamento de la fe, seria absurdo, contradictorio, impio, el obligarlos á creer lo que repugna á su razon.

« error, como yo, ¿ sobre qué pretenden ellos, que su razon sea el árbitro de la mia, y yo deba ser castigado por no haber pensado como ellos?... Si lo que os parece claro, á mí me parece obscuro, si lo que juzgais demostrado, no me parece estarlo. ¿ con qué derecho quereis someter mi razon á la vuestra, y darme vuestra autoridad por ley, como si aspirarais á la infalibilidad del Papa? » *Lettres écrites de la Montagne*.

He aquí pues, á los protestantes ó á los indiferentes moderados, obligados ya á tolerar no solo todas las sectas que admiten la Escritura, los arianos, socinianos, independientes sino á los deistas mismos que la desechan, ó por mejor decir que desechan las interpretaciones humanas de los protestantes; pues en la realidad admiten la Escritura bajo el mismo aspecto que estos, la interpretan por el mismo método, y, como ellos, no se niegan á creer, sino lo que les parece obscuro y contrario á la razon. Rousseau hace un elogio magnífico de los Libros santos. Se sabe que los leía sin cesar, y *la santidad del evangelio*, decia él, *hablaba á su corazon*<sup>1</sup>. Lord Herbert de Cherbury llama al Cristianismo la *mas hermosa de las religiones*<sup>2</sup>. Todos los deistas tienen el mismo lenguaje, y pretenden, negando la revelacion como los socinianos niegan la divinidad de su autor, entender mejor la Escritura que los reformados, y obedecer mas fielmente á Jesucristo, quien no pre-

<sup>1</sup> *Emilio*, libro IV.

<sup>2</sup> *Relig. laici.*, pag. 28.

dicó, segun ellos, sino la religion natural<sup>1</sup>.

Se presenta el ateo á su vez, y dice: Yo no reconozco, como vosotros, otra autoridad que la de la razon; yo creo, como vosotros, lo que comprendo claramente, y ninguna otra cosa mas. El calvinista no comprende la presencia real, la niega, y tiene razon; el sociniano no comprende la trinidad, la niega, y tiene razon; el deista no comprende ningun misterio, los desecha ó niega todos, y tiene razon. Conque si la Divinidad es á mis ojos el mas grande y el mas incomprendible misterio, no pudiendo mi razon comprender á Dios de consiguiente no le admite<sup>2</sup>. Yo reclamo, pues, la misma tolerancia que el calvinista, el sociniano y el deista. Nosotros todos

<sup>1</sup> VOLTAIRE. *Profession de foi des theistes. Pieces détachées*, tom. II, pag. 187. édit. de 1775.

<sup>2</sup> La incomprendibilidad de Dios basta, para autorizar los absurdos, y los misterios incomprendibles que de él se dicen. Estos absurdos misteriosos proceden necesariamente de una ficcion absurda, que no puede producir mas que otras ficciones, que la imaginacion extraviada de los mortales hará pulular incesantemente...

« Si el Dios del supersticioso es repugnante y lúgubre, el Dios del deista será siempre un ser contradictorio, que vendrá á ser funesto cuando se le llegue á meditar. » *Sistema de la Nat.*, t. II, cap. xiii.

tenemos la misma regla de fe, nosotros excluimos igualmente la autoridad; ¿entonces con qué autoridad se atreverá ninguno á condenarme? Y si yo debo renunciar de mi razon, si me juzgais culpable en escuchar lo que ella me dicte, renunciad tambien vosotros de vuestra razon, que no es mas infalible que la mia. Abjurad vuestra regla de fe, y declarad francamente que todo lo que habeis enseñado hasta el momento, segun esta regla, no estriba sobre base alguna, y que si existe la verdad, aun os falta saber cual es el medio de hallarla.

No podrian los protestantes sin abandonar sus máximas rehusar la tolerancia al ateo. Dirán ellos, ¿que hace mal uso de su razon, que no obra con sinceridad? Lo mismo se puede decir del deista, del sociniano, de todos los hereges sin

« La religion protestante es tolerante por principio; es esencialmente tolerante; lo es cuanto es posible serio, pues que el solo dogma que no tolera es el de la intolerancia. Esta es la barrera insuperable, que nos separa de los católicos, y la que reúne á las otras comuniones entre si: cada una mira á las otras como que están en el error; pero ninguna mira ó no debe mirar este error como un obstáculo de la salud eterna. ROUSSEAU. *Lettres écrites de la Montagne.* »

excepcion. Esta réplica está sin fuerza en la boca de los sectarios, porque tienen todos un derecho igual de hacersela uno á otro. Lo que el ateo dice del luterano, el luterano lo dirá del ateo. ¿Quién será juez entre ellos? ¿La razon? Pero como á esta se la niega la facultad de juzgar, cada uno quiere que decida ella á favor suyo. Seria resolver la cuestion por la misma cuestion, el llamarla para terminar esta diferencia; es burlarse claramente del sentido comun.

No consigue el protestante mas que poner á descubierto su inconsecuencia, cuando trabaja por fijar limites á la indiferencia, exigiendo la fe de ciertas verdades, que llama el fundamentales. Porque lo primero, no determina qué verdades son estas, y en segundo lugar le es imposible determinarlas. ¿Cómo separar en efecto lo que está unido por su misma esencia? Nada está aislado en la Religion; cada verdad se apoya en otra verdad, que es como su fundamento. Proceden ellas una de otra, se siguen y se penetran; de modo que sin hallar jamas el mas ligero punto de division se remonta de una en otra hasta Dios, manantial eternamente vivo de todas las

verdades. No se podría negar una, sin verse precisado á negarlas todas, y el ateísmo no es mas que la última consecuencia del sistema de los reformados, su complemento necesario: hasta que se le alcance hay contradicción en las ideas.

Parece que Jurieu debió conocerlo, porque no encuentra otro recurso para conservar la Religión, que entregarla al príncipe, ó el de trasformarla en una institución política, lo cual es el grado mas próximo de indiferencia hácia el ateísmo, ó mas bien el ateísmo puro, como ya lo he mostrado\*. No sufre aun el ministro que se tenga á esta doctrina por dudosa ni un momento, por la urgente precisión que de ella tiene la Reforma. Dice: « Es cierto.... que los príncipes son gefes natos de la Iglesia cristiana tambien como de la sociedad civil, igualmente dueños de la Religión como del Estado ». Esto y nada mas es lo que sostienen Hobbes y Shaftsbury. Pero luego que

\* Véanse los capítulos II y III. Tambien se sostuvo esta máxima impia primeramente por un ateo, por Espinosa, á quien se puede considerar, bajo este respecto como uno de los patriarcas de la Reforma. Véase *Tract. theolog. politic.*, cap. ult.

*Tabl. Lett.* VIII, pag. 378. 482.

los príncipes son dueños de prescribir símbolos á su arbitrio, luego que su voluntad es toda la Religión, no debe hablarse mas de la Escritura, de la revelación, de la verdad; las creencias envilecidas vienen á ser una especie de impuesto, establecido por el soberano con motivo de la razón pública, para el bien del Estado, y que ya él agrava, ó aligera, segun las circunstancias, ó segun sus meros caprichos.

Las revoluciones del culto han seguido entre los protestantes á las de los dogmas, porque en toda Religión el culto es la expresión del dogma.

De una doctrina indigente nace un culto indigente como ella. Por eso cuantos mas dogmas ha conservado una secta, tanta mas vida ha tenido su culto, y tanta mas grandeza y pompa ha conservado. Esto se ve claramente comparando el culto de los luteranos con el de los socinianos. Los independientes, que desechan toda fórmula exclusiva de fe, desechan tambien toda forma exclusiva de culto, y en esto son consecuentes; porque las liturgias son, con respecto á los símbolos, casi lo que las palabras para las ideas: cuando las ideas se pierden desaparecen las pa-

labras, ó á lo mas subsisten como las inscripciones en lengua desconocida, que son monumentos misteriosos de algun pueblo ya desvanecido.

No basta, sin embargo admitir ciertas verdades especulativas, para tener un culto propiamente tal. El deista admite Dios, y no le tributa culto alguno, ó no sabe qué culto darle. ¿Porqué es esto? Porque el deismo no es una Religión, sino una *opinion*. La *fe* propende á manifestarse al exterior por los actos, porque reside principalmente en el corazon, donde está el principio de accion. Las *opiniones* por el contrario no existen sino en el entendimiento; su expresion natural es la palabra. De aquí es que los protestantes, cuyas máximas trastornan el fundamento de la fe, manifiestan desde el origen una mortal aversion á las ceremonias religiosas, ó al culto exterior, Sus frias liturgias, casi únicamente compuestas de prees enfáticas y secas, excluyen todos los signos sensibles, que son la lengua del corazon: y las inculpaciones de idolatria, que en otro tiempo hacia la Reforma á los católicos, tenia por causa, menos aun la diferencia de doctrinas, que el cambio total que ella

habia hecho en la naturaleza de las creencias. Todos los ritos de un culto magestuoso, sublime expresion de una fe sublime, debieron parecerle opuestos á la esencia del Cristianismo, cuando el Cristianismo vino á ser para ella una simple *opinion*.

Es notorio cuanto á lo demas que el sistema de los puntos fundamentales forzando á tolerar todas las doctrinas, fuerza á tolerar todos los cultos, y conduce naturalmente á la supresion de todo culto, conduciendo á la negacion de todo dogma.

Pero ¿escapará la moral de este naufragio de todas las verdades? ¿Ah! Esto es preguntar si el hombre consentirá en ser inconsecuente, por tener gusto en asolar lo que tiene de mas amado, es decir sus pasiones. Los deberes dependen de las creencias, tantos simbolos, otras tantas morales. Será pues preciso tolerar todas las morales, como se toleran todos los simbolos. La regla de las costumbres entre los cristianos es perfecta, y los preceptos de justicia completos, porque se halla en el Cristianismo toda verdad, y se conserva en él por medio de una regla de fe perfecta. El Mahometismo mezclando el error con la

verdad, corrompe en parte las nociones de lo justo y honesto, y junta preceptos de vicio con preceptos de virtud. El deísmo, creencia muerta y limitada, no presenta mas que preceptos limitados é inciertos. La moral del deísmo es toda de opinion, toda de frases, lo mismo que su doctrina. El ateo no tiene mas que un solo deber que es el no conocer ninguno. Dice un filósofo célebre « no hay mas que un deber que es el de hacerse feliz ». El sistema de Jurieu, que consagra la indiferencia absoluta de dogmas, consagra tambien la indiferencia absoluta de deberes. Cada uno será libre para hacerlo todo como lo es para creer ó negarlo todo. Estas dos facultades son inseparables.

La Reforma no lo ignora, pues que, desde su nacimiento se ha visto precisada á juntar la tolerancia del crimen á la del error. Sabida es aquella famosa consulta, por la que Lutero, Melancton, y algunos otros doctores de la misma escuela, autorizaron formalmente la poligamia,

<sup>1</sup> Hist. philosoph. des établis. des Euvop. dans les Indes, lib. XIX.

permitiendo al *Landgrave* de Hesse casarse con otra muger, y continuar viviendo con la primera.

¿Quién no reconoce, que cuando se desecha toda autoridad viviente, la regla de las costumbres se hace tan variable, como incierta se hace la regla de fe. Es necesario distinguir desde luego en el Evangelio lo que es de precepto y lo que es de consejo: primera cuestion importante que el Evangelio deja indecisa. Es preciso distinguir despues los preceptos fundamentales de los que no lo son, y para esto explicar la Escritura segun las reglas generales de la interpretacion protestante, que permite *violentar* en ciertos casos al texto sagrado, y que reduciéndose como se ha visto al juicio de la razon, por consecuencia dejan á cada uno dueño de su conducta y de su fe.

La Reforma va todavia mas lejos, y como el Evangelio enuncia tan claramente ciertos preceptos, que es imposible desconocerlos ó desnaturalizarlos, ella encuentra *excepciones* en el Evangelio, último exceso mas allá del cual nada se puede imaginar. « La buena fe y las leyes del príncipe, » dice Jurieu, « son los intérpretes

« de las excepciones que se pueden hacer en la ley evangélica, que prohíbe el divorcio, y ellas bastan para tranquilizar la conciencia ». Era natural que el ministro despues de haber hecho al príncipe árbitro soberano de la fe, le hiciera igualmente árbitro soberano de las costumbres. « Tan adormecidas están las conciencias, y aletargados los corazones en la Reforma, » advierte el obispo de Meaux con este motivo « que, á pesar de las decisiones del Evangelio, se queda uno *sin ninguna inquietud*, acerca de las excepciones que le hacen padecer las leyes y una autoridad humana. Este nó es el dictámen de un ministro particular: es el de Ginebra, de donde ha nacido el *derecho canónico* de la Reforma; es el de la Iglesia anglicana, que forma la parte principal de ella como la llama nuestro ministro; y M. Legrand acaba de hacerle ver á M. Burnet, que segun las leyes de esta Iglesia, *se hace divorcio por haber abandonado el matrimonio, por una ausencia demasiado larga, por enemistades ca-*

<sup>1</sup> *Tabl., Lett. VI, p. 508.*

*pitales, por malos tratamientos, y en todos estos casos se puede uno volver á casar.* Ve aquí cuatro excepciones en el Evangelio, sacadas del Código de leyes eclesiásticas de Inglaterra, resueltas y aprobadas como leyes en una asamblea, donde predicaba *Tomas Cranmer arzobispo de Cantorbery*, el grande reformador de este reino ».

Débil, pues, la Reforma contra el vicio y el error, sacrifica la Escritura misma á las pasiones, y se levanta de su base para abrirles un campo mas libre y vasto. Continuemos oyendo á Bossuet: « Nuestros indiferentes, avergonzados de las divisiones en que caen, por el método que proponen para entender este libro divino, creen ser un remedio el hacer poco caso de los dogmas especulativos y abstractos, como los llaman ellos, y no ensalzan sino la doctrina de las costumbres. Esta es la máxima de estos *latitudinarios*, de que acabamos de hablar, que dicen es necesario estrechar la voz del cielo en las costumbres, ensanchándola en los

<sup>2</sup> *Sixième avertissement aux protestans, part. III, n. 80.*

« dogmas..... No hablan mas que de vivir bien ,  
 « como si el bien creer no fuera su fundamento.  
 « Mas para contraernos á lo que llaman ellos las  
 « costumbres, donde parece quieren encerrar  
 « toda la Religion, ¿no han sido los socinianos  
 « y los otros que tanto las ponderan, los pri-  
 « meros en censurar los principios de la Refor-  
 « ma, donde se habia resfriado la práctica de las  
 « buenas costumbres, enseñando claramente que  
 « no eran necesarias para la justificacion ni para  
 « la salvacion; ni tampoco el amor de Dios, sino  
 « la sola fe en las promesas, como muchas veces  
 « lo hemos demostrado? ¿No probaban invenci-  
 « blemente los mismos socinianos, tambien como  
 « los católicos, que no hay nada mas pernicioso  
 « á las buenas costumbres que lo inamisible de  
 « la justicia, la certeza de la salvacion, y en fin  
 « la imputacion de la justicia de Jesucristo, del  
 « modo que se enseñaba en la Reforma? Esto  
 « basta para convencerlos de que pueden hallar-  
 « se en la Escritura, así sobre las costumbres  
 « como sobre el dogma, generalidades donde se  
 « ocultan tantas opiniones, y tantos errores di-  
 « ferentes. Que si se comienza á discurrir, (lo

« que se hace demasiado) sobre la doctrina de  
 « las costumbres, sobre las enemistades, las  
 « usuras, la mortificacion, la mentira, la casti-  
 « dad, los matrimonios, con este principio que  
 « es necesario reducir la santa Escritura á la  
 « recta razon, ¿adónde irémos á parar? ¿No  
 « se ha visto la poligamia enseñada por los pro-  
 « testantes, en especulativa y práctica? ¿Y no

\* Se ha ido bien lejos ciertamente. Algunos teólogos no se han avergonzado de hacer apologia del vicio, con una franqueza tan chocante que yo no me atreveré á copiar sus palabras. Las virtudes por el evangelio recomendadas con mayor formalidad, han sido entregadas al desprecio público, como restos del monaquismo, y no se ha temido avanzar á decir que la doctrina de las costumbres, no reposa sino sobre una fe ciega. (Véase n. 1 y 5 de la parte II del *Magasin* de M. Henke de Helmstadt, y el n. 5 de su *Eusebia*; y la *Critique de la Doctrine chrétienne pratique*, pag. 185, por el superintendente Cammabich.) En fin, como para destruir de un solo golpe toda la moral, se ha sostenido « que nada tiene que ver la Religion con los deberes. » (*Investigateur biblique*, por M. Scherer, n. 1.) De donde se sigue que se podian cometer habitualmente todos los crímenes sin ser menos religioso. Tales son las máximas que se enseñan hoy en la Reforma; y sin embargo se le oirá hablar todavía de Cristianismo! iavito á los que quieran saber mas por menor el actual estado del protestantismo, á que consulten la obra intitulada: *Entretiens philosophiques sur la réunion des différentes communions chrétiennes*, por el baron de Stark, ministro protestante.

será tan fácil el persuadir á los hombres, que Dios no ha querido llevar sus obligaciones mas allá de las reglas del buen sentido, como persuadirles no ha querido llevar su creencia mas allá del buen discurso? Pero en llegando á esto, ¿qué será este buen sentido para las costumbres, mas que lo que es el buen discurso para la creencia, es decir, lo que á cada uno le acomode? Así perderemos todas las ventajas de las decisiones de Jesucristo: la autoridad de su palabra, sometida á estas interpretaciones arbitrarias, tan poco fijará nuestras agitaciones, como pudiese hacerlo la libertad natural de nuestro discurso, y nos veremos abismados otra vez en las disputas interminables, que han trastornado el juicio á los filósofos. De este modo sería necesario tolerar á los que errarán en las costumbres, como á los que errarán en los misterios, y reducir el Cristianismo, como hacen muchos, á la generalidad del amor de Dios y del prójimo, de cualquier suerte que se aplique y se le vuelva despues de esto.

¿Cuánto han dogmatizado los anabaptistas y los entusiastas, ó pretendidos inspirados, so-

bre los juramentos, los castigos, el modo de orar, los matrimonios, la magistratura, y sobre todo el gobierno eclesiástico y seglar, cosas tan esenciales á la vida del Cristiano? Los socinianos, que con los indiferentes no alaban sino la buena vida, y el camino estrecho en las costumbres, ¿cuánto no se ponen á sus anchuras, no sometiendo á las penas de la condenación y á la privación de la vida eterna mas que los hábitos viciosos? Hasta el punto de no temer Socino afirmar que *el asesino ú el homicida, á quien se juzga digno de muerte, y que no puede tener parte en la vida eterna, no es el que ha matado un hombre, ó el que ha cometido un acto de homicidio, sino el que ha contraído un hábito de un crimen tan grande.* No hay cosa mas inculcada en sus obras que esta doctrina. Es tambien el dictámen de la mayor parte de sus discípulos, entre otros Crelió, uno de los mas célebres, y que está tenido entre ellos por mas regular quanto á la doctrina de las costumbres: y con todo eso, él hace buenamente consistir la naturaleza del pecado que excluye de la vida eterna..... *en el hábito.* No se trata

« aquí de librarse de la eterna condenacion por  
 « una penitencia sincera y verdadera de sus cul-  
 « pas; porque de esto no habla en todos sus dis-  
 « cursos, y se sabe que los pecados todos, aun  
 « los mas enormes, como tambien los mas leves y  
 « frecuentes, se perdonan de este modo: se trata  
 « de hallar en el pecado excusas al pecado mis-  
 « mo, y he aquí lo que piensan entre los protes-  
 « tantes, aquellos que mas se precian de conser-  
 « var entera la regla de las costumbres. Aquí se  
 « ve cuan relajados son en esto: mientras que  
 « en otra parte son rigidos hasta el exceso, con-  
 « viniéndose con los anabaptistas en condenar  
 « en los cristianos, los juramentos, la magistra-  
 « tura, la pena de muerte, y la guerra, aun em-  
 « prendida por la autoridad pública, y por mas  
 « justa que parezca ».

Se ve que ciento y cincuenta años hace, la Reforma habia venido ya á tener todos los dogmas en la indiferencia, y arrebatada por sus principios, al tiempo que alababa su moral como la sola esencial, caía con relacion á las costum-

*Sixième avertissement aux protestans, part. III, n. 114.*

bres en un desenfreno inaudito, que toleraba e asesinato, con tal que no viniera á ser un hábito espantoso\*.

Está pues demostrado por el discurso y por la experiencia, que el protestantismo, ó el sistema de los puntos fundamentales, que es su base, conduce inevitablemente á la tolerancia universal, ó á la indiferencia absoluta de religiones. Doctrina, culto, moral, todo se hunde, y el ateísmo solo queda en pié en medio del entendimiento arruinado.

Ahora, que se ha visto como los sistemas de indiferencia, incluyéndose los unos en los otros, van á salir todos á la indiferencia absoluta, se puede concebir que refutando la doctrina general de la indiferencia, se hallan refutados estos diversos sistemas, y en particular el de los protestantes, contra quienes, por otra parte, probaré, que asi como no hay mas que una verdadera Religion, tampoco hay mas que una

\* Bastante se ve sin que yo lo diga, que no se trata aquí sino de doctrinas. Cuanto á la práctica es cosa distinta. Hay por todas partes hombres inconsecuentes y en gran número, tanto en el bien como en el mal.

sociedad que profese esta verdadera Religion; sociedad, por consecuencia, fuera de la cual es imposible salvarse.

No se olvide, sobre todo, que esta obra no es propiamente una apología del Cristianismo; que si despues de haberla leído, todavía no se haya uno persuadido de la verdad de la Religion cristiana, con tal que se halle convencido de la importancia sobre hacerla objeto de un estudio sério, habré yo conseguido plenamente el intento que me propuse. No quiero, en resúmen, sino excitar dudas en el entendimiento de los indiferentes; hacerles conocer que un ciego desprecio, reprobado por el buen sentido, es tan insignificante prenda para la quietud, como tambien un débil título para aspirar á la superioridad del talento; y manifestarles que, sin abjurar de la razon, les viene á ser necesario el examinar y comparar con todo el cuidado que les sea posible, los fundamentos de la fe y los de la incredulidad.

FIN DE LA PRIMERA PARTE Y DEL TOMO PRIMERO.

## NOTAS

### DEL TRADUCTOR.

NOTA I (pág xxxvi). — « No pudiendo aniquilar el libro de la naturaleza, que se abre magníficamente y á vista de todos, se ha cuidado con esmero borrar el nombre de Dios, y apresurándose á pasar las páginas que recuer-

sociedad que profese esta verdadera Religion; sociedad, por consecuencia, fuera de la cual es imposible salvarse.

No se olvide, sobre todo, que esta obra no es propiamente una apología del Cristianismo; que si despues de haberla leído, todavía no se haya uno persuadido de la verdad de la Religion cristiana, con tal que se halle convencido de la importancia sobre hacerla objeto de un estudio sério, habré yo conseguido plenamente el intento que me propuse. No quiero, en resúmen, sino excitar dudas en el entendimiento de los indiferentes; hacerles conocer que un ciego desprecio, reprobado por el buen sentido, es tan insignificante prenda para la quietud, como tambien un débil título para aspirar á la superioridad del talento; y manifestarles que, sin abjurar de la razon, les viene á ser necesario el examinar y comparar con todo el cuidado que les sea posible, los fundamentos de la fe y los de la incredulidad.

FIN DE LA PRIMERA PARTE Y DEL TOMO PRIMERO.

## NOTAS

### DEL TRADUCTOR.

NOTA I (pág xxxvi). — « No pudiendo aniquilar el libro de la naturaleza, que se abre magníficamente y á vista de todos, se ha cuidado con esmero borrar el nombre de Dios, y apresurándose á pasar las páginas que recuer-

« dan al Criador, se leen con atencion las que  
 « nos enseñan los propiedades de los cuerpos, y  
 « los goces que de ellos se pueden haber. »

Verdad horrorosa que presentan las producciones de algunos literatos franceses que el Cristianismo no puede mirar sin escándalo, ni la sana filosofia sin temor por la suerte del género humano. En un plan de educacion formado por S. F. La Croix, impreso en Paris en 1816 se observa un empeño tan impio como ridículo en apartar de los ojos de la juventud, no solo el nombre sacrosanto de Dios, que no me acuerdo si se ve sola una vez en todo el discurso de la obra, sino que excluye toda noticia é instruccion de los principios religiosos, dice: « que solo las leyes son un « suplemento útil á las nociones abstractas de lo « justo é injusto; porque ya se sabe, » añade en una nota citando á Bayle, « á que se reduce el influjo de « la Religion en la conducta de la mayor parte de « los hombres. Las ideas religiosas, » dice mas adelante, « traen su origen de esa inquietud que sufre el « hombre en medio de los males que le sitian por « todas partes, de los fenómenos que le atemorizan ó.

Essai sur l'enseignement. par S. F. La Croix. Paris. 1816. pág. 81.

« le espantan, cuando su razon no le muestra la  
 « causa en los resultados de las propiedades de la ma-  
 « teria ó el cumplimiento de las leyes de la naturaleza.  
 « Se ha escrito sobre esto una multitud de libros,  
 « condenados la mayor parte á un justo olvido. » ¡Te  
 engañas, La Croix! los libros que enseñan y defienden  
 las grandezas de Dios, la moral religiosa y la felicidad  
 del hombre que de ellas pende, no se han olvidado  
 ni olvidarán jamas, y cuanto mas se empeña la falsa  
 filosofia en persuadirlo, tanto mas nos convence de  
 sus impotentes esfuerzos contra ellos. Oigamos á M.  
 de Bonald, en sus reflexiones sobre la sesion del 17 de  
 Abril de 1819. « Se ha visto al primer ministro de  
 « justicia que siempre habia sido en Francia el pri-  
 « mer defensor de la Religion, desechar de la ley su  
 « nombre augusto como superfluo y peligroso! » No  
 es extraño, cuando en todo el código frances no se en-  
 cuentra, ni una sola vez, el nombre santo de Dios:  
 cuando el artículo 5º de la Carta constitucional de  
 Francia, dice « Cada uno profesa su Religion con  
 igual libertad, y obtiene la proteccion misma para  
 su culto. Esta declaracion peligrosa por estar conce-  
 bida en términos muy generales fué modificada por  
 el artículo 6º, que declara que la Religion católica

Conservateur, tom. III, pág. 372 y 373.

es sin embargo la religion del Estado, y por el 7º, que no paga del tesoro público mas que la Religion católica y los demas cultos cristianos<sup>1</sup>. Despues de una acalorada discusion, fué desecheda por pluralidad de nueve votos la palabra *Religion cristiana*, que tratándose de la moral pública, pretendian algunos individuos de la cámara de los Pares, ingerir en el artículo 8º. El Duque de Fitz James despues de haber desvanecido, aunque sin fruto, todos los pretendidos inconvenientes suscitados contra la palabra *Religion*, dijo: *Se podia esperar que, tranquilos bajo este noble escudo*, (se refiere al artículo 5º de la ley, que ya habia probado defendia de todo ataque el artículo 5º de la Carta que consagra la libertad de cultos) *la libertad de cultos se pudiese mirar en adelante como á cubierto de todo peligro, y que la sombría susceptibilidad de la filosofia moderna se dignaria permitir á la Religion humilde, encontrar en la misma ley, que tan eficazmente la protege, un abrigo contra los ataques de la incredulidad, y los ultrages mas peligrosos todavía de la licencia y la impiedad*<sup>2</sup>. En fin véase el estado lastimoso á que este olvido de Dios, esta exclusion de la moral reli-

<sup>1</sup> M. FIEVET, *Correspond. politiq. et administr.*, quest. x, pag. 8.

<sup>2</sup> *Conservateur*, tom. III, pag. 375.

giosa ha reducido la célebre Iglesia Galicana, cuando sus pastores se ven obligados á reclamar la proteccion sola de la ley, dispensada á los demas cultos, para que el catolicismo esté á cubierto de los ultrages de la impiedad. « Parece se teme, » dicen los cardenales y obispos de Francia, en una declaracion solemne, inserta en el diario de los Debates de 15 de Mayo de 1819, « que la represion de los ultrages hechos á la « Religion ofrezca un pretexto á la intolerancia; se « establece una comparacion ridícula entre las leyes « perseguidoras de Domiciano y una que no permitiese que la Religion fuese ultrajada. ¿ Y se atreve « la incredulidad á hablar de intolerancia? la incredulidad que, en los cortos instantes que usurpó el « poder, puso por obra la persecucion mas atroz! Al « menos las leyes de Domiciano y demas perseguidores paganos inmolaban los cristianos uno á uno « y con el aparato judicial. Pero los impios de nuestros dias los asesinaban de monton, sumergian en « masa los ministros fieles á la Religion, sin que nos quedase otro medio para sustraernos de su rabia « que expatriarnos y abandonarles cuanto poseiamos. « A nombre pues de la tolerancia reclamamos contra « la secta mas intolerante y sanguinaria, pidiendo « solo esta ligera represion, que la Religion no sea « el blanco de sus ultrages. » ; En un reino cristia-

nísimo la Religión católica se ve obligada á pedir para sí la tolerancia que gozan todas las creencias! menos todavía... ¡que no se la ultraje!

NOTA II (pág. xli). — « Algun dinero, envidiado por la avaricia que lo da á la miseria que lo recibe; honores derisorios, trabas sin número, leyes opresivas, disgustos repetidos, y cadenas: he aquí los magníficos dones de que casi todos los gobiernos no se cansan de colmarla. »

En la seccion 3ª del título 4.º de los artículos orgánicos de la Convencion de 26 Messidor, año IX, acerca de la Iglesia católica y sus relaciones con los derechos y policía del estado, se señalaba á los Curas, divididos en dos clases, desde 1500 francos ó pesetas, hasta mil. Sin embargo Fievée, hábil político, en su correspondencia política y administrativa, dice se habia reducido á quinientos francos su salario; y era tal la escasez de Curas en Francia, por la miseria en que estaban sumergidos, que en 1815 habia pueblos de 1200 y 1300 individuos, que en 7 años no habian tenido, ni conocian pastores, culto, ni educacion cristiana. En su departamento solo, que era el de la

Nièvre, faltaban 100 Sacerdotes de los 240 que eran indispensables, (*Corresp. polít. et admin. par M. de Fievée*, parte 2ª. pág. 3.) Nuestra gaceta de gobierno de 13 de Julio de 1820 dice en el artic. de Paris que hay vacantes, en todo el reino de Francia, 45. 596 plazas eclesiásticas que se juzgaron de primera necesidad en el concordato de 1801. Lejos de aumentarse, se han reducido tanto, que la mitad de los habitantes no conocen pastores ni culto público.

NOTA III (pág. 11.) — « El hombre entonces se transformó en enemigo del hombre, porque, soberano de derecho en el orden político, así como en el religioso, cada uno pretendió el imperio de hecho, y quiso establecer el reinado de su propia razon, y poder particular: pretension absurda, pero consiguiente, y que debía conducir, sin poder menos, á la esclavitud política, y á la anarquía religiosa, que no es en realidad, mas que la esclavitud á todos los errores. »

Distingamos, para no confundir las ideas del autor, la soberanía nacional, de la soberanía individual, que es la que Lutero establecia en fuerza de sus prin-

cipios, y aquí impugna La Mennais. Si bajo cualquier gobierno legítimamente establecido, ya fuese monárquico moderado, constitucional y representativo, ya republicano, cualquier individuo fuese todavía soberano, quedaría con el derecho de someterse ó no á las leyes; cuya sancion como su origen pendia de su voluntad; lo que es un absurdo, y se sigue necesariamente de la doctrina de Lutero. Aplicando este á la política su principio de independencia de toda autoridad en materias religiosas, dejando á la razon árbitro soberano y juez de su creencia, por la inteligencia que podía dar segun su espíritu privado á la Escritura, queria tambien dejar la voluntad individual ó privada, árbitro y juez soberano de las leyes, por consiguiente independiente de toda autoridad y gobierno, libre para someterse ó no á las leyes; absurdo que conservaria las naciones en una anarquía continua, pues cada individuo podía sustraerse á la voluntad general, que nunca tendría derecho para dominar la suya. Esta soberanía pues, es la que impugna La Mennais, no la legítima que ejercen las naciones conforme á sus derechos y leyes fundamentales, obligando á reconocer aquellos y someterse á estas á cuantos viven bajo su gobierno y proteccion, y coartando con justas penas la insubordinacion y rebeldía.

NOTA IV (pág. 12). — « Despues de una experiencia tan positiva, creo no se pensará dudar la extremada influencia sobre las doctrinas en la sociedad, ni suponer, que estas puedan serle indiferentes. »

« El paisano que no sabe leer, » dice M. Fievée en su *Tratado de las opiniones y de los intereses*. p. 234. « pero que cree aquello que ha conservado de memoria, y aprendido en el Catecismo que le explicó el Cura de su aldea, está mas adelantado en civilizacion que un filósofo que, despues de haber dado á la prensa cien volúmenes, repite mil veces que cuanto mas reflexiona mas conoce se le aumentan las dudas sobre la existencia de Dios é inmortalidad del alma; porque el que cree, tiene una regla para dirigirse, un motivo para determinarse; por el contrario el que duda no puede hacer otra cosa que abandonar cobardemente al acaso sus pensamientos y acciones. El hombre no es fuerte mas que por lo que cree: quitadle la conviccion; ¿ qué le queda para decidirse á obrar? Saber y creer son dos operaciones, que tienen resultados muy diferentes así en el individuo como en la sociedad; no es con el talento con lo que un Rey gobierna, y un particular arregla sus negocios y familia, sino con su carácter. cuya fuerza se apoya siempre en la con-

« viccion; no es por el talento por lo que uno es  
 « hombre de bien, sino por la conciencia. ¿ Y si tanta  
 « diferencia hay entre creer y saber, cuánta oposicion  
 « no hay entre saber y dudar? ¿ y qué pensaremos  
 « de nuestros sabios que confesaban sin cesar que du-  
 « daban de todo, sino que cuanto mas multiplicaban  
 « los libros que contenian la explicacion de sus dudas,  
 « mas se debilitaba el órden social? porque el mundo  
 « religioso, político, y moral no camina ni puede ca-  
 « minar sino por la conviccion. El filósofo que publica  
 « sus obras para anunciar al universo que duda de to-  
 « do, es tan digno de ser silbado, como el orador que  
 « en un momento peligroso montase á la tribuna para  
 « decir únicamente que no sabia el partido que se de-  
 « bia tomar. »

Tal es, segun este sabio, la importancia de las doctrinas: las que, no estando sostenidas por la Religion, vuelven al caos de la duda y opiniones humanas, y pierden con la conviccion la fuerza. El oráculo de la elocuencia y filosofia romana decia á su república: *Lo primero es que los ciudadanos estén plenamente convencidos de que los dioses son los dueños y soberanos de todo, y que todo se hace por su poder y segun su voluntad.* El célebre inglés Burke, á quien la posteridad ha señalado ya su asiento entre los mas grandes políticos, decia en 1760, en su obra

inmortal sobre la revolucion francesa: « Sabemos, y lo que mas es sentimos interiormente que la Religion es la base de la sociedad civil, y fuente de todos los bienes y consuelos; en Inglaterra estamos tan convencidos de esta verdad, que se encontrarán noventa y nueve personas por ciento que preferirian la supersticion á la impiedad, aun cuando la polilla compuesta de todos los absurdos del espíritu humano, pegándose á la Religion, hubiera podido destruirla por espacio de muchos siglos.

NOTA V (pág. 53).— « Los antiguos legisladores no se descuidaron en este punto; en lugar de declamar locamente contra la Religion, se sirvieron de ella, para consolidar el edificio social. »

*Videamus igitur rursus, dice Ciceron (de Legib. lib. 2.º) en apoyo de la doctrina de La Meunais, priusquam aggrediamur ad leges singulas vim naturamque legis... Hanc igitur videro sapientissimorum fuisse sententiam, legem neque hominum ingeniis excogitatum, neque scitum aliquod esse populorum, sed eternum quiddam, quod universum mundum regeret imperandi, prohibendique sapientia. Ita*

*principem legem illam, et ultimam, mentem esse dicebant, omnia ratione aut cogentis aut vetantis Dei.*

NOTA VI (pág. 46).—« Los anarquistas de 1793, trataron de establecer el orden social sobre la libertad y la igualdad, libertad absoluta de acción, é igualdad de autoridad ó de derechos, lo que no era mas, que una consecuencia exacta de la soberanía del pueblo, etc. »

Es claro habla el autor de la soberanía individual, pues dice excluye todo superior, y deja á cada uno libre enteramente y dueño de sí mismo. No así la soberanía nacional apoyada en leyes fundamentales y que, por medio del gobierno que autoriza y sostiene, ejerce sus derechos, obligando á los individuos á someterse á sus justas determinaciones, y prescribiendo penas en caso de no obedecerlas ó atentar contra el orden establecido. Mably en su *Tratado de los derechos y deberes del ciudadano* \* dice, que si el origen de todo bien es el amor á la libertad, se entiende, cuando esté acompañado del amor á las

\* Traducido é impreso en Cádiz en 1812, pág. 141.

leyes; sin la union de estos dos sentimientos, las leyes inciertas siempre y vacilantes serán alternativamente dictadas y destruidas por las pasiones de la multitud; y al fin la anarquía producirá el despotismo. Esta doctrina aparece exactamente comprobada por la experiencia en el ejemplo doloroso que ha dado al mundo Francia. La asamblea constituyente, despues de haber roto la unidad católica del reino y destruido la dignidad real, conservando solo su nombre, fué reemplazada por la asamblea legislativa, que proscribió á los nobles, desterró á los Sacerdotes, abrió causa al Rey, y llamó á la Convencion para organizar la Francia. Vino la Convencion y abolió el culto católico, quitó la vida al Rey en un cadalso, dió poderes amplios para disponer de la vida de los ciudadanos á sus agentes, sin mas regla que su capricho, entregó á los verdugos á cuantos se les hicieron sospechosos, redujo á sistema los delitos, y no dió lugar á la muerte mientras duró su poder para que escogiese víctimas. El Directorio que siguió luego violó los principios mismos de su existencia; y no hizo otro bien que preparar con su imprevisión su caída. Siguióse la república y el Consulado; prometió este todo á todos los partidos, se hizo así dueño absoluto del imperio, tiranizó y asoló á Francia, é hizo y causó tantos males á toda

Europa cuantos vimos en nuestra patria en los aciagos días de la invasión. La inestabilidad en los principios del gobierno; el ascendiente de la multitud, manejada y dirigida ciegamente por facciosos, sobre las leyes; una libertad mal entendida y contraria al orden social produjeron en aquel reino todos estos males, que solo una Constitución fija pudo remediar.

NOTA VII (pág. 75). — « ¿ Cuantos filósofos hay entre los mismos que admiten la necesidad política de la Religión, que no trabajan cuanto pueden, cada uno segun su posicion y medios, unos por escritos, otros por discursos, y todos por el ejemplo, sino para desacreditar la Religión y propagar la incredulidad hasta en las últimas clases del Estado. »

Uno de los primeros gefes de la filosofía anticristiana escribía así á sus cooperadores. « La razon y la naturaleza; he aquí los dioses de la filosofía.—Echemos por tierra las preocupaciones de las naciones; ahogemos una Religión bárbara y funesta á la sociedad. — Nuestras máximas bien entendidas nos hacen superiores á todo; y si fuese posible que llegásemos á ser malvados, ellas harían callar los remor-

« dimientos, que no son otra cosa que el tormento inútil de una alma sin fuerza ni virtud. — La conquista de un reino es incierta: depende siempre de la fortuna y de las circunstancias; pero nuestra dominacion se establece solo por el ingenio. Subyugamos á los pueblos solo por la razon. El interes personal, los deleites, la libertad, he aquí nuestras cohortes y legiones... ¿ y qué poder resistirá armas tan imperiosas? » Véanse *Mémoires philosophiques de l'Abbé Crillon*.

NOTA VIII (pág. 90). « El defensor mas hábil de la doctrina que combato, es sin contradiccion J.-J. Rousseau. »

Al presentar sobre la escena este talento extraordinario, blanco de la perfidia filosófica, y víctima de la falsedad de sus principios, no me parece fuera de propósito formar su retrato original, descargado de los coloridos con que la preocupacion de amigos y enemigos le ha desfigurado: en él se verá que si fué inconsecuente en sus doctrinas, débil en su conducta, resistió sin embargo por conviccion y por amor, á los de la divinidad. Tenia necesidad de un Dios, para amarle, dice Audinell; y si el universo todo hubiese

estado abandonado al ateismo, él le hubiera creado y hecho adorar. Veamos el premio que recibió de la tolerancia filosófica. « En medio del siglo 18 apareció de repente, en aquella época en que el común de los autores deja la pluma, un hombre que por la primera vez armó su mano invencible. Este gran talento formado en la adversidad y pobreza, había embriagado su corazón en lo más vivo de sus desgracias, y en la indigencia más cruel con todos los encantos que rodean la vida de las ilusiones celestiales del sentimiento y del amor. Prendado de los atractivos de la virtud y la amistad, su corazón nunca pudo desprenderse; y su alma resistió por su sola inclinación á los corruptores que, conociendo su talento, querían armarle contra la divinidad misma. Esta alma tan bella, tierna y enamorada tenía necesidad de un Dios para amarle. Lo habría creado y hecho adorar, si el universo se hubiese abandonado al ateismo. Cuando la felicidad de una vida obscura se alejó de Juan Jacobo para siempre, se vió en medio de los filósofos: los amó, pero supo conocerlos. Sondeó aquel ojo penetrante el abismo de sus conciencias; y adivinó su doctrina interior antes de que se la confiasen. Cuando Diderot finalmente llegó á manifestársela, fué tal el horror que le inspiró, que formó de él, el más celoso.

« sumiso, é invencible defensor de la divinidad....  
 « Arrebatado por sus sentimientos, si cayó en grandes errores, nunca cometió crímenes. Puso él mismo el correctivo al lado de sus errores.. Aborrecido de los filósofos, para quienes vino á ser el azote más terrible, se mecía su talento sobre sus cabezas culpables. Era para ellos su mirada un rayo del Cielo.... Su aparición en aquel tiempo desesperó á las filósofos y ateistas; y en sus escritos es especialmente donde se encuentran las pruebas de la tiranía ateista de aquellos que ya aspiraban á privarnos de nuestra Religión.

« Creo esencial probar hasta la evidencia, que el odio de D'Alembert y Diderot contra Juan Jacobo no tuvo otro motivo que no haber querido reunirse con ellos para impugnar la existencia de Dios.»

« Cuando en 1768 Juan Jacobo, retirado á Bourgoin sintió los primeros accesos de aquella melancolía profunda que sus enemigos implacables habían logrado excitar en su alma, cuya sensibilidad conocían bien, quiso desahogar los secretos de su corazón en el de un hombre de bien, y con este motivo se dirigió á M. Anglaniér de S. Germain, que en efecto era el *justum et tenacem* de Horacio; católico celoso, pero católico tan sumiso á la Religión como ilustrado en sus obligaciones, y que ha-

« bía conservado en punto de honor aquella delicadeza extremada, que en otro tiempo adornaba la probidad severa de nuestros padres, y que la servia de lo mismo que la fisonomía á la hermosura. »

M. de S. Germain lejos de introducirse con Juan Jacobo, habia hecho conocer que le tenia oposicion, porque la tenia á sus principios que él no creia conformes á los de la Religion católica.

Juan Jacobo en lo mas fuerte de sus dolores se dirigió á él escribiéndole esta carta.

Bourgoin, hoy 9 de Noviembre de 1768.

« No tengo, Mr., el honor de que me conozcais, y sé no os agradan mis opiniones: pero tambien sé que sois un militar valiente, un caballero lleno de honor y rectitud, que tiene en el corazon la verdadera Religion, aquella que forma los hombres de bien; esto es lo que yo busco. No es posible seducir á M. de S. Germain, mucho menos intimidarle; disimulad, Mr., la familiaridad de la frase: sois precisamente el hombre que necesito.

« Yo lograria, Mr., depositar en el corazon de un hombre de bien confianzas, que no son indignas, y que aliviarian mucho el mio. Si gustais ser este depositario generoso, tened la bondad de señalarme en vuestra casa, hora y dia para una conferencia

« pacifica, y yo pasaré allá. Os prevengo que no se mezclará en mi confianza indiscrecion alguna; que no tengo que pedir os ni cuidados, ni consejos, ni nada que pueda ocasionaros la menor molestia ó comprometeros de algun modo. El único uso que tendréis que hacer de mi confianza será honrar mi memoria, cuando ya no habrá peligro.

« Nada os digo de mis sentimientos para con vos, pero os doy esta prueba. » — *Rousseau.*

#### CONTESTACION.

« Ciertamente, Mr., las opiniones contrarias á la Religion católica, apostólica, romana, que yo profeso, nunca serán las mías. Si mi corazon reúne al amor del bien el deseo de practicarle, solo se lo debe á la antorcha de la fe, que ilustrando el alma sobre sus propios intereses, la señala una senda segura al través de las espesas tinieblas de que estamos rodeados. Debo pues prevenir os, Mr., que si se trata en lo que exigitis de mí, de cosas que no se concilien con la Religion cristiana que es mi norte, no me es posible tomar en ellas parte alguna; siempre que ella no se comprometa, yo os ofrezco, y ella me prescribe seros útil y agradable hasta donde alcancen mis fuerzas.

« ¿Necessitais para lo que teneis que confiarme un  
« hombre amigo de la verdad, y que no tenga otro te-  
« mor que el de obrar mal? En este caso, Mr., po-  
« deis disponer de mí, y escoger á excepcion del mar-  
« tes próximo el día que mas os agrade.

« En él os suplico me deis el gusto de venir á comer  
« conmigo. »—*S.-Germain*.

Despues de esto, Rousseau dirigió á S. Germain la carta impresa en la edicion de sus *Confesiones*, hecha por Fauche-Borel en Neuchatel en 1790 y que comienza así « *Où êtes-vous, brave S. Germain*, etc.

Por lo dicho y la lectura de esta carta; se puede conocer si Juan Jacobo Rousseau tenia una entera y absoluta confianza en M. de S. Germain.

Veamos ahora otra que este, muerto hace tres años<sup>1</sup> escribió á un amigo suyo, y cuyo original escrito y firmado de su mano, entregaré á cualquier hombre público á la primera peticion que se me haga per medio de los pápeles públicos.

Grenoble, 10 de Febrero 1785.

« El encarnizamiento de los enemigos de M. Rous-  
« seau no ha llegado al extremo que él se figuraba.

<sup>1</sup> En 1788.

« Su excesiva sensibilidad y desconfianza, le impedían  
« recibir consuelo alguno y raciocinar con exactitud en  
« este punto. Hubiera sido el mejor contraveneno á su  
« mal, el motivo que le atraía sus ódios. Me decia á  
« veces: Sabeis cual es mi delito con ellos y para el-  
« los? *Porque yo creo en Dios, y ellos no creen en*  
« *él*. He sabido por otro conducto, y fidedigno, que  
« M. Rousseau agasajado, lisongeado, acariciado por  
« los Diderot y D'Alembert, se indispuso irreconcilia-  
« blemente con ellos, por haberse negado con indigna-  
« cion á atacar la existencia de Dios. ¿Qué hombre  
« sensato no se hubiera felicitado de tener por ene-  
« migos hombres entregados á un designio tan crimi-  
« nal y nocivo á la sociedad? Pero su flaco era el temor  
« de ser aborrecido hasta por los malvados. Ni la es-  
« timacion, ni la amistad, ni el voto de los buenos le  
« consolaban, etc. »—*Anglazier de S. Germain*.

Considérese ahora donde llegó el encarnizamiento de estos hombres que predicando la tolerancia de todos los errores, declaraban la guerra mas cruel y sanguinaria, aun á los mismos de su partido, que absolutamente no se la hacian á Dios hasta negar su existencia; y lamentemos la desgracia de este talento nralogrado en fuerza de sus principios, y obligado á contradecirse á sí mismo, siempre que el amor á Dios y á la virtud de que tanto se gloria le obligaban.

á racionar rectamente. De aqui tambien el peligro de sus doctrinas y el escándalo que causan sus escritos. « El entusiasmo de la Francia, especialmente de « las mugeres, » dice Proyart, ' « por las producciones « de este sofista, si debió mucho al natural seductor « y á la pompa de su estilo, no por eso deja de acu- « sar la corrupcion de costumbres de su tiempo. » Era necesario que fuese esta muy profunda, pues que daba todavía cierta reputacion de probidad y virtud al cinismo personificado en este escritor, al historiador complacido y satisfecho de sus propias infamias, á un pícaro sin remordimientos, que encuentra satisfaccion en referir que renegó y abjuró su Religion por dinero, que pagó los mas señalados beneficios con ingratitudes, que siendo lacayo robó, y habiendo robado imputó su delito á una persona inocente, en fin al libertino mas impudente, que pretende que el preceptor á quien se confia la juventud puede seducirla sin dejar por esto de ser virtuoso, así como él, sin dejar de ser justo; y estando apasionado por la moral pura, recargó los hospitales con el fruto de sus amores adulteros.

La contradiccion entre sus sentimientos y principios le hizo tan inconsecuente en sus doctrinas: así

• *Louis détrôné*, pag. 81.

como la falta de la moral religiosa le hizo violar frecuentemente con sus acciones las virtudes que celebraba en sus escritos, pero privándolas de su mas firme apoyo y fuerza que vienen de la revelacion. No veo otro modo de conciliar á este hombre extraordinario consigo mismo.

NOTA IX (pág. 154). « En tiempo de la Regencia se deja ver un período muy diferente. »

« Apenas habia espirado Luis XIV, » dice Proyart, « cuando el regente duque de Orleans, hecho dueño « absoluto del manejo y direccion de los negocios, como « se debia esperar, no tardó en hacer al reino de Fran- « cia todo el mal que habia querido precaver el rey di- « funto. Este príncipe le habia dicho al morir en presen- « cia de su corte: Vais á gobernar, mi amado sobrino, « y lo que yo mas especialmente os recomiendo es la « conservacion de la Religion. Pero apenas el monarca « hubo cerrado los ojos cuando la Religion no encontró « mayores enemigos en el reino que los ministros del « poder, es decir, el regente y sus consejos. Con un « descuido y abandono tal en la materia que tocaba ya « en irreligion, y no falta quien diga en ateismo, el « nuevo administrador no se contentó con dejar en « inaccion aquel consejo á que la piedad de Luis el

« grande confiaba todas las causas religiosas: y habien-  
 « do llegado á ser inútil para un impio, por carecer de  
 « objeto el consejo de conciencia, lo suprimió. Poco  
 « despues sin embargo lo creó de nuevo para mayor da-  
 « ño, pues que le abandonó á los jansenistas. Sus mi-  
 « embros, incluso el presidente, habian sido refracta-  
 « rios. \* Volvieron á entrar triunfantes en la capital  
 « todos aquellos que la sabiduría del gobierno habia  
 « alejado de ella; fué desterrado el confesor del difunto  
 « rey con otros muchos jesuitas; y estos sufrieron un  
 « entredicho general en Paris y toda la diócesis. Muy  
 « pronto el duque de Orleans, temeroso de las cabalas  
 « jansenistas, y tan fatigado con las pretensiones de es-  
 « tos sectarios como con las del Parlamento, convirtió en  
 « sistema de rigor el favor momentáneo con que habia  
 « pagado su celo en aplaudir su usurpacion: los separó  
 « todos del consejo de conciencia. No cesó este escán-  
 « dalo sino para dar lugar á otro; porque el regente  
 « tuvo la desvergüenza de dar una plaza en el nuevo  
 « consejo de conciencia que él se formó, al hombre mas  
 « notoriamente conocido en toda la Francia por ex-  
 « traño á todo principio de conciencia; tal era su an-

\* Fué este presidente, el Cardenal de Noailles, envuelto entre los jansenistas por las astucias de estos, y que reconoció despues y abjuró sinceramente su error.

« tigo preceptor Dubois, hecho su favorito, despues  
 « de haber sido fautor de sus primeras disoluciones.  
 « Desde este punto se miraron con desprecio en el  
 « nuevo gabinete los intereses de Dios, para quien solo  
 « deben reinar los que solo por él reinan, y la Religion  
 « santa fué humillada hasta ponerse á nivel con las insti-  
 « tuciones humanas que emplea la política para dirigir  
 « y contener la multitud. En esta época nació el axi-  
 « ma, hasta entonces desconocido entre nosotros, que  
 « *con conciencia no se medra*; y que es imposible que  
 « el hombre de estado entienda otra cosa por *fidelidad*  
 « á las palabras, *buenafé* en los tratados, que el arte de  
 « engañar con mas habilidad, y dar mejor al dobléz ó  
 « astucia la fisonomía de la rectitud. Esta moral, tan  
 « justamente horrorosa, era conforme en todo al genio de  
 « aquel que el regente se habia asociado para que fuese  
 « el primer cómplice de su administracion; y esta máxi-  
 « ma fué la regla constante del ministro Dubois. Debe-  
 « mos convenir en que, por este medio desembarazados  
 « de las trabas de la conciencia, estos acusadores de la  
 « probidad de Luis el grande, encontrarán el secreto de  
 « adelantar en poco tiempo todos los negocios del Es-  
 « tado; pero será en una direccion muy deplorable.

« Francia que se habia recreado con la idea de un  
 « porvenir pacífico y venturoso, bajo el gobierno de un  
 « principe idolatrado por sus virtudes, privada cruel-

« mente de su esperanza, ya no tuvo que hacer otra cosa  
 « que gemir esclavizada por el imperio de todos los vici-  
 « cios. El regente no la ofreció mas que escándalos  
 « domésticos y calamidades en el Estado, los *asignados*  
 « de Law y la bancarrota pública. Este príncipe inmo-  
 « ral habia convertido su palacio en un serrallo de pros-  
 « titutas, donde tenia por comensales á los hombres  
 « mas disolutos y los impios mas famosos de su tiem-  
 « po. Su corte, que era un volcan de disolucion,  
 « inundó en pocos años con sus lavas impuras la capital  
 « y las provincias.

« Todo era en su administracion una crítica tan in-  
 « decente como injusta del reino anterior. Pero tras-  
 « tornándolo todo con sus innovaciones, publicaba y  
 « hacia correr la voz de que él no hacia mas que poner  
 « en ejecucion los planes del duque de Borgoña; lison-  
 « jeándose de cubrir las heridas que hacia al Estado,  
 « con nombre tan querido. Tampoco se respetaron las  
 « disposiciones del difunto Rey, relativas á la persona  
 « y educacion de su sucesor. Quitaron al Rey pupilo su  
 « ayo y su confesor.

« Cada día señalaba y hacia mas notable el regente  
 « su menoscupio hácia las costumbres y decencia con  
 « algun nuevo y singular escándalo. Como si estudia-  
 « damente se complaciese en insultar á la Francia cris-  
 « tiana con horriblos contrastes, no contento con ha-

« ber hecho que el poder soberano hubiese sido cóm-  
 « plice en la elevacion de un hombre extraido de la na-  
 « da, hombre el mas vicioso é impio; luego le hizo  
 « arzobispo y cardenal; por manera que desde lacayo\*  
 « subió á ser el árbitro de los negocios públicos, y no hu-  
 « bo reparo en que el infame Dubois apareciese sentado  
 « en la misma silla que acababa de ilustrar Fenelon. »

« El fin de Felipe de Orleans fué digno de su epicu-  
 « reismo, y el último acto de su vida fué tambien el úl-  
 « timo de sus delitos. Encenagado en la crapula y diso-  
 « lucion, pasó repentinamente y sin que mediase ni  
 « un instante de los brazos de una prostituta á los de  
 « la muerte †. »

NOTA X (pág. 135). — « Un hombre de enten-  
 « dimiento inmenso pero depravado, se persuadió  
 « que no sería perfecta su fama, en tanto que le  
 « quedase á Jesucristo un solo adorador. »

Voltaire, hombre tan grande por su talento como vil

\* Fué lacayo en Reims, luego criado del cura de San Eustaquio de Paris, entró despues al servicio del segundo ayo ó subpreceptor del hijo de *Monsieur*, el hermano de Luis XIV, hijo de Luis XIII y Ana de Austria. Hecho secretario de estudios del príncipe, sucedió á su preceptor, y le sirvió de guía en la carrera de todos los vicios.

† PROYART, *Louis détrône*.

en sus principios, tan sublime en sus poesías como bajo en su conducta; era un compuesto monstruoso de insolencia y de bajeza, de orgullo y de servilismo; enemigo de Dios y esclavo de los grandes; despreciaba la ira del cielo y temblaba de pavor cuando disgustaba ó se figuraba haber disgustado á los poderosos; predicando la tolerancia fué el mas intolerante y tirano de todos los sectarios, y reunia para destruir la Religión y las costumbres el mismo ardor, la misma rabia, los mismos furios que los heresiarcas mas insignes tuvieron por aumentar sus prosélitos; finalmente se les parecia en todo, salvo en la cobardía, que le hacia estremecerse con la sola vista del peligro, y á no haber habido suplicios y verdugos se hubiera atrevido á todo. Despues de haber hecho la guerra por espacio de cuarenta años á la divinidad de Jesucristo, celebró la pascua instituida por el Salvador, se presentó á la comunión, é hizo circular en los pápeles públicos la noticia; y sus mismos discípulos se llenaron de escándalo y rubor, censurando de demasiado baja y cobarde esta farsa hipócrita.— El fin mas constante y mejor conocido de sus voluminosas producciones es dar ensanche á todas las pasiones y embotar el remordimiento en el corazon de los culpables. Para conseguirlo quita al hombre la libertad, y le presenta como impelido hácia su destino por el ciego imperio de un fatalismo

irresistible. Sin poder soportar el yugo de autoridad alguna, ni aun de las que adulaba, habiendo querido dominar en la corte de Prusia al despotismo envuelto en la capa filosófica, no se proponia menos que sustraer al mundo entero de toda sujecion, para lo cual al mismo tiempo que lisonjeaba las pasiones con la perspectiva de una licencia universal, se esforzaba á despojar los gobiernos de todo derecho á la veneracion de los pueblos. Sin hablar de los misterios de su correspondencia, hoy tan conocidos, ni de los manejos ocultos de una alma hipócrita y bajamente malvada, se le vió siempre tan sedicioso como impio insultar audazmente el cetro y la tiara, la Religión y la moral, ultrajar con furor cuanto hay mas sagrado, y como dice Proyart, blasfemar en prosa y rimar blasfemias<sup>1</sup>.

NOTA XI (pág. 205).— « El suplicio de Serveto prueba bastante el horror de Calvino á la doctrina de los unitarios. »

Miguel Serveto, español, fué quemado vivo en Ginebra por influjo y á instancias de Calvino; el que habiendo negado la autoridad del papa contra los

<sup>1</sup> Véanse ALEJ. AUDINELL, *Avis aux Cathol.*, PROYART, *Louis del'one* y el *Nuevo Diccionario histórico*, por L. M. Chandon y Delandine, impreso en Leon en 1804.

hereges, publicó despues de este hecho diferentes escritos para justificar su conducta, sin advertir que luego que un particular es árbitro en explicar á su modo las divinas Escrituras, sin oír á la Iglesia, es una grande injusticia condenar á un hombre porque su juicio no se acomoda al de un entusiasta que puede engañarse como él.

Melancton felicitó á los magistrados de Ginebra por su conducta con Serveto. Fueron varios los errores de este herege, especialmente contra la Santísima Trinidad, y en sus libros aparece como un pedante obstinado que fué víctima de sus locuras y de a intolerancia de un teólogo tan terco, inconsecuente y cruel como superficial y rencoroso.

NOTA XII (pág. 249). — « De este modo se vino á establecer poco á poco el *latitudinarismo* mas excesivo. »

El mismo M. La Mennais<sup>1</sup>, exponiendo los peligrosos excesos de la anarquía religiosa en que ha venido á parar, diré mejor, en que se precipita cada día la pretendida Reforma, dice de las *sociedades bíblicas*, especie de misiones encargadas de propagar

<sup>1</sup> *Conservateur*, tom. III, págs. 49 y 291.

ja independencia de toda autoridad en la interpretacion de las Escrituras, que en los once años que precedieron al de 1815 se habian empleado mas de veinte millones en repartir un millon y trescientos mil ejemplares de la Biblia, traducida en cincuenta y cinco lenguas ó dialectos, sin nota, explicacion, ni comentario alguno: último exceso, añade, de una secta moribunda que no pudiendo perpetuar sus dogmas, quiere al menos perpetuar su espíritu, y que sucumbiendo ya á la verdad, llama al espirar nuevos errores, á quienes encarga la venganza. Compara este plan al siguiente discurso que dirigiese algun loco á todos los hombres, tratándose de la salud del cuerpo: « Ved aqui un tratado de higiene y de filosofia; no conocemos con certeza su autor, no sabemos si se contienen en él errores ó verdades, ni aun estamos seguros de comprender su sentido; sin embargo si quereis vivir tomad este libro, buscad en él las leyes de vuestra naturaleza física, leyes que os son desconocidas, y á las cuales estais no obstante obligados á conformaros para conservar ó recuperar la salud si no quereis morir. »

Tales el fundamento en que se apoyan las sociedades bíblicas, misiones verdaderas de anarquía religiosa, que por sí solas bastarian para llevar á la anarquía política. Luego que se establecieron en Inglaterra, los miembros mas ilustrados de la iglesia anglicana

temblaron del porvenir que preparaban á la sociedad. Los gritos de alarma han resonado tanto en el alto clero como entre los ministros inferiores. « El peligro, » dice uno de ellos, « amenaza mas y mas cada día. Se « acrecienta el partido; extiende sus planes, concentra « sus fuerzas, calcula sus medios: muy pronto la gerarquía será denunciada como anticristiana y la monarquía como antisocial. » M. Wix tambien ha combatido las sociedades bíblicas en una obra singular publicada recientemente en Londres. « La sociedad « bíblica nacional y extranjera, dice, obrando de cierto con personas de todas sectas, camina ciertamente á propagar un vasto sistema de indiferencia, « fatal á los verdaderos intereses del Evangelio. » Después de haber pintado los tristes efectos del inconsiderado celo de los repartidores de estas biblias, añade: « Tales han sido los progresos del cisma, con el influjo « de esta sociedad funesta, organizada sobre un plan « incompatible con la pureza del Cristianismo, y peligroso para la unidad de la fe, con tanta instancia recomendada por Jesucristo á sus apóstoles. » No me

<sup>1</sup> *Conservateur*, tom. III, pág. 55. *Thoughts on the tendency of Bible Societies, etc.* by the Rev. A. O. Callaghan, 1816, pág. 58.

<sup>2</sup> *Reflections concerning the expediency of a council of the Church of England and the Church of Rome*, pág. 88. Londres, 1819.

parece inverosímil sea uno de los perniciosos efectos de que habla Wix, las continuas inquietudes de la juventud alemana en las universidades, y los movimientos de los radicales en Inglaterra. Se le encontró á Sand, asesino del célebre Kotzebüe una apelacion á la juventud alemana bajo el nombre colectivo de *Teutonia*, en la que decía entre otras cosas: « Odiemos y matemos « todo cuanto se oponga á nuestro engrandecimiento, « hagamos de los Alemanes un pueblo de hermanos, y « tenga la reforma de Lutero su entero cumplimiento. » Mr. Innis<sup>1</sup> castigado con pena capital en Inglaterra, en 15 de Abril de este año, habia sido gefe entre los metodistas de Irlanda, no reconocia las leyes, y miraba á todo agente del gobierno como enemigo de los derechos del pueblo. Enseñaba la doctrina de la sagrada Escritura sin creer en ella: aunque poco instruido, habia por desgracia conseguido propagar la opinion de que toda Religion es inútil, y que la eternidad no es mas que un sueño, etc... « Para escarmiento de los incrédulos añadimos con gusto (así acaba el citado artículo) que desde el lunes ha mostrado « un arrepentimiento sincero y que conmovia. »

NOTA XIII (pág. 255). — *Unidad de indife-*

<sup>1</sup> Véase el n.º 5 del *Universal Español* del Domingo, 14 de Mayo de 1820, artic. *Noticias extranjeras*. Inglaterra.

«rencia en el ateísmo, porque no es en la realidad mas que la plenitud del error.»

El autor de una obra que apareció en París en 1819 bajo el título de *la libertad religiosa*, comprueba esta verdad presentando con el mayor desenfreno las consecuencias necesarias de este odioso sistema de indiferencia. Declara como un error absurdo la creencia de un *poder espiritual*, cualquiera que sea. Llama una *grande heregia política* la independencia del sacerdocio en el ministerio de las cosas divinas, y reclama la protección del príncipe para el ateísmo y la idolatría. He aquí la definición que da de la libertad religiosa. «La libertad religiosa es el poder de hablar y obrar conforme á la voz de su conciencia y de su propio juicio, «sin encontrar obstáculos por fuera en ningún caso.» Adoptado este principio ¿qué freno podrá imponerse al vicio y al error? Discurre consiguiente, no pide mas que la unidad de indiferencia que pide el ateísmo; y admitida, ¿quién tiene derecho para castigar al seductor, al asesino, al ladrón, al sedicioso, que según su conciencia y juicio, ataquen el honor, la vida, las propiedades y el gobierno? Parece imposible quepan tales absurdos en cabezas humanas, y en un siglo de luces. Miserables serian, si no tuviese otra prueba que alegar de sus adelantos. No pensaron así Montesquieu, ni

aun Rousseau, y aunque el autor nada deja que desear en la materia, quiero presentar aquí estos pasajes, de los cuales el primero no se halla, me parece, en el cuerpo de la obra, y el segundo no está en toda su extensión: el primero dice en el *Espíritu de las Leyes*: «Este es el principio fundamental de las leyes políticas en «el punto de Religion: cuando está en manos del gobierno no recibir una Religion nueva en el Estado ó no recibirla, no debe permitirse se establezca; cuando está establecida se debe tolerar.» Prueban ahora los que propendan á la libertad de conciencia y de cultos, contra la misma letra expresa de la Constitución, qué provincia de España, qué pueblo, qué familia profese ni reclame esta libertad que ellos, es de temer, desean solo para profesar públicamente á su sombra la impiedad. Rousseau dice contra el ateísmo: y no creo haya merecido nunca la nota de intolerante: «La existencia de una divinidad poderosa, inteligente, benéfica, previsora y providente, la vida futura, la felicidad de los justos, y el castigo de los malos, he aquí dogmas positivos. Sin poder el príncipe obligar á nadie á creerlos (ni aun la misma Iglesia juzga de los actos internos) puede desterrar del Estado á cualquiera que no los crea; puede desterrarle no

« como impio, sino como insociable. Mas si alguno  
 « despues de haber reconocido públicamente estos mis-  
 « mos dogmas, se porta como si no los creyese, debe  
 « ser castigado con pena capital. » Oigamos á Bossuet.  
 « Aquellos á quienes parece intolerable que el príncipe  
 « sea rigoroso en materia de Religion, porque la Re-  
 « ligion ha de ser libre, yerran impiamente. De otro  
 « modo será necesario permitir en todos los súbditos y  
 « en todo el Estado la idolatría, la blasfemia y aun el  
 « ateísmo; y los mayores delitos serian los mas impu-  
 « nes. » « El estado » dice Mr. Clausel en su *Réponse aux*  
*quatre Concordats* « es una persona moral capaz de  
 « obrar, contraer obligaciones, entablar relaciones,  
 « cumplir ó quebrantar deberes. El Estado, como re-  
 « presentante y director del pueblo, debe tener y dar  
 « señales de sus relaciones y dependencia hácia el  
 « Criador del universo. Si todo poder viene de Dios, ¿no  
 « ha de ser necesario que las leyes recuerden este origen  
 « y quién afianzará su fuerza, si la autoridad de que  
 « emanan no reconoce al supremo legislador ? »

NOTA XIV (pág. 266). — « Pero luego que los  
 « príncipes son dueños de prescribir símbolos á  
 « su arbitrio, luego que su voluntad es toda la  
 « Religion, no debe hablarse mas de la Escritura,  
 « de la revelacion, de la verdad; etc. »

Puede añadirse: y aun el mismo gobierno polí-  
 tico vacila y pierde su mayor fuerza. Es del interes  
 del gobierno no permitir nunca, se crea que le está  
 sometida la Religion; porque de la opinion contraria,  
 esto es, de la persuasion de que la Religion no de-  
 pende de su influjo y poder sino de Dios, cuyas le-  
 yes invariables la gobiernan, saca para su provecho  
 una gran fuerza de autoridad. La de aquellos que go-  
 biernan ó forman leyes, la de los que las aplican no  
 es dulce, ni tal vez posible, dice Fievéé, sino en  
 tanto que los pueblos miran la Religion como la pri-  
 mera autoridad. Los sacerdotes deben estar sometidos  
 al gobierno; pero este debe distinguir la Reli-  
 gion de sus ministros; y he aquí una clara explica-  
 cion de aquella máxima de que tanto se ha hablado,  
 y cuya aplicacion en opuestos sentidos puede causar  
 tantos bienes ó males á la Iglesia y al Estado. Abu-  
 saron de ella hasta el último exceso los filósofos en la  
 Asamblea nacional, y explicándola con espíritu de  
 verdad les decia el sabio autor del Aviso á los católi-  
 cos. »

« Si; la Iglesia está en el Estado, en todo lo que  
 « concierne á la ley civil y política y á la sumision de-  
 »

<sup>1</sup> *Corresp. polit. et administr.*, q. V, pág. 3.

• ALEJ. AUDINELL. *Avis aux Cathol.*, pág. 151.

«bida á las autoridades legítimas; pero el Estado está  
 « en la Iglesia en todo lo que toca á la fe, que la Igle-  
 « sia sola puede fijar; el Estado está en la Iglesia en  
 « todo lo que mira á la autoridad espiritual de la Igle-  
 « sia; el Estado está en la Iglesia en virtud del poder  
 « que esta ha recibido, exclusivamente, de Jesucristo  
 « para formar, cambiar, modificar su disciplina y su  
 « gobierno gerárquico. Para todos estos objetos el Es-  
 « tado está en la Iglesia: lo que quiere decir que si el  
 « Estado quebrantando los preceptos de la Iglesia, qui-  
 « siese decidir de la fe, mudar el culto, tocar á la ge-  
 « rarquia, modificar su gobierno, en este caso no habrá  
 « en él ya Iglesia católica; sino una Iglesia cismática,  
 « herética, separada de la comunión de Jesucristo;  
 « y los ministros de esta Iglesia, si antes habian sido  
 « ministros de la Iglesia católica ya no serian mas que  
 « infames y apóstatas á los ojos de la Iglesia, á la cual  
 « por leyes sacrílegas habrian querido privar de su au-  
 « toridad. Esto me parece es claro y preciso, y prueba  
 « que si es verdad que la Iglesia está en el Estado,  
 « para los objetos de la autoridad temporal, no es me-  
 « nos evidente que para todos los objetos espirituales,  
 « el Estado está en la Iglesia, cuando aquel quiere pro-  
 « fesar la Religion católica y conservarla. »

Oigamos como explica y desentraña estas ideas  
 S. Isidoro, gloria de la católica España y del Episco-

pado y lumbrera de la Iglesia, deslindando sabiamente los términos de las dos potestades.

« *Principes sæculi nonnunquam intra Ecclesiam potestatis adeptæ culmina tenent, ut per eandem potestatem disciplinam ecclesiasticam muniant. Ceterum intra Ecclesiam potestates necessariae non essent, nisi ut quod non prævalet Sacerdos efficere per doctrinæ sermonem, potestas hoc impleat per disciplinæ terrorem. Sæpè per regnum terrenum cæleste regnum proficit, ut qui intra ecclesiam positi contra fidem et disciplinam ecclesiæ agunt, rigore Principum conterantur, ipsamque disciplinam, quam ecclesiæ humilitas exercere non prevalet, cervicibus superborum potestas principalis imponat, et ut venerationem mereatur, virtutem potestatis impertiat. Cognoscant principes sæculi Deo debere se rationem reddere propter ecclesiam, quam à Christo tuendam suscipiunt. Nam sive augeatur pax et disciplina ecclesiæ per fideles principes, sive solvatur, ille ab eis rationem exiget, qui eorum potestati suam ecclesiam credidit.* » DIV. ISID. Lib. III. Sentent. de summo bono, cap. 15.

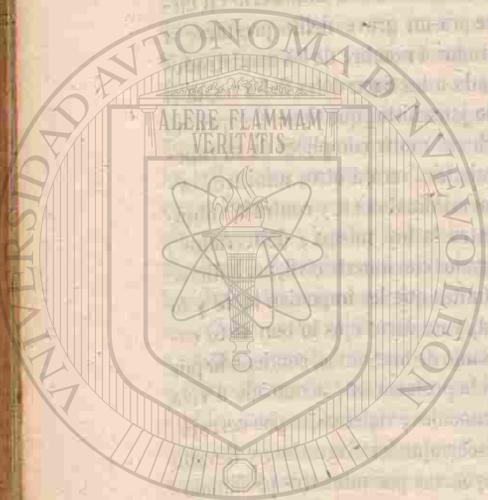
Proyart no teme asignar esta confusión de las dos potestades espiritual y temporal como una de las principales causas que precipitaron la Francia de abismo en abismo, acabando por destruir una y otra,

y tocando el extremo nunca visto en las naciones mas corrompidas, cuando llegó á declarar la Convencion por unanimidad de votos que no habia Dios; y si llegó á consentir reconocerlo despues de algunos meses, fué bajo la expresa condicion de que no se le habia de llamar en adelante mas que *Ser supremo*. Despues de referir una multitud de usurpaciones de los tribunales seculares sobre la potestad eclesiástica, como levantar censuras canónicas impuestas por los obispos, dar y quitar la jurisdiccion y la facultad de predicar á Sacerdotes sin intervencion de aquellos, legitimar divorcios escandalosos y apostasias claustrales, dice: « Los tribunales seculares se atrevieron á empresas mas incompetentes. Se les vió erigirse en árbitros de los Sacramentos y de las disposiciones debidas para su participacion, mandar á los confesores, no solo oír las confesiones de los pecadores públicos y resueltos á permanecer en tal estado, sino tambien (y esto cuesta todavía trabajo creerlo, despues de haberlo visto) á concederles el beneficio de la absolucion. ¿Y fué este el término del delirio en su prevaricacion? No; nuestros parlamentos autorizarán mayores profanaciones, mandarán impiedades mas escandalosas. Se verá en toda la Francia á los Sacerdotes

PROVART, *Louis de trône*, pag. 357.

« demandados jurídicamente y requeridos por los magistrados para ejercer actos de su ministerio en circunstancias en que era un grave delito prestarse á ellos. Se verá, llevados á nombre de los magistrados por la fuerza armada á los Sacerdotes fieles hasta el lecho del obstinado jansenista, que tiene el capricho sacrilego de hacerlos al morir cómplices de su rebelion contra la Iglesia. Se verá á otros ministros ortodoxos perseguidos criminalmente y contra la voluntad del Rey, contra la ley misma, desterrados, aprisionados, castigados con muerte civil, por haberse sostenido en los límites que les imponian la fe y la conciencia. Se verá, y nuestros ojos lo han visto como todo Paris, al Santo de los Santos, condenado por sentencia judicial á la profanacion, arrancado á viva fuerza de sus tabernáculos, violentados por cerrajeros traídos para descerrar los Sagrarios, y llevado en medio de las bayonetas por ministros profanadores á sectarios impenitentes y que se gloriaban de serlo... » Con razon pues dice La Mennais que cuando la potestad secular forma la Religion ya no se debe hablar de Escritura, de revelacion, ni de verdad.

FIN DE LAS NOTAS DEL TRADUCTOR.



## INDICE

### DEL TOMO PRIMERO.

PROLOGO DEL TRADUCTOR.	i
ADVERTENCIA sobre la primera edicion.	ii
ADVERTENCIA sobre la octava edicion.	iii
INTRODUCCION.	v

### PARTE PRIMERA.

CAPITULO I. — Consideraciones generales sobre la indiferencia religiosa. Exposicion de tres sistemas á que se reduce la indiferencia dogmática.	1
CAPITULO II. — Consideraciones sobre el primer sistema de la indiferencia, ó sobre la doctrina de los que, no viendo en la Religion mas que una institucion política, no la creen necesaria, sino para el pueblo.	30

CAPITULO III. — Continuacion de la materia.	63
CAPITULO IV. — Consideraciones sobre el segundo sistema de indiferencia, ó sobre la doctrina de los que, teniendo por dudosa la verdad de todas las religiones positivas, creen que cada uno debe seguir aquella en que ha nacido, y que no reconocen mas religion incontestablemente verdadera, que la natural.	89
CAPITULO V. — Continuacion de las consideraciones sobre el segundo sistema de indiferencia, y reflexiones sobre la religion natural.	122
CAPITULO VI. — Consideraciones sobre el tercer sistema de indiferencia, ó sobre la doctrina de los que admiten una religion revelada, con la facultad sin embargo de desechar las verdades que ella enseña, excepto algunos artículos fundamentales.	182
CAPITULO VII. — Continuacion de la misma consideracion. Exámen del sistema de los puntos fundamentales.	226
NOTAS DEL TRADUCTOR.	281

FIN DEL INDICE.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMPRESA Y FUNDERIA DE EBERT.  
CALLE DEL CADIZATE, 16.



